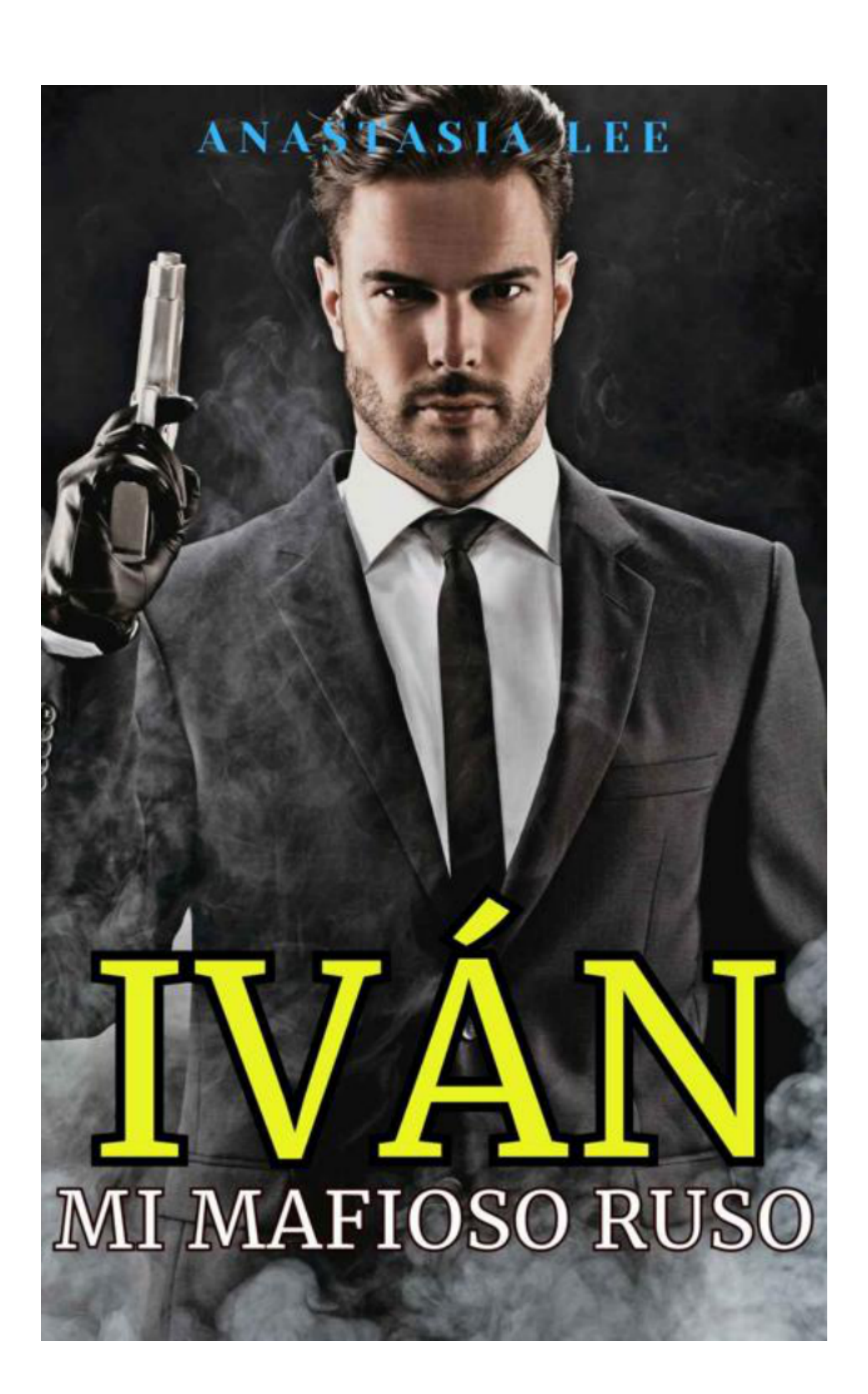

ANASTASIA LEE
IVÁN
MI MAFIOSO RUSO

Iván: Mi Mafioso ruso

Anastasia Lee

Este es un trabajo de ficción destinado a mayores de 18 años. Todos los nombres, eventos y lugares aquí reflejados son ficticios.

Capítulo uno.

Con los dos codos apoyados en la barra, Taisuke sorbió sus fideos haciendo un ruido de felicidad. Kikaku cruzó miradas con él sin dejar de picar las verduras, y ambos sonrieron. Los rayos de sol del mediodía se filtraban por los ventanales del salón, y sumado

No había nada que Marina amara más que su trabajo. En otras épocas, ella había amado a su marido, pero eso ahora se sentía tan lejano en el tiempo. Antes de que el desgraciado de Michael le pusiera los cuernos. Antes de que ella se mudara a Moscú y

comenzara una nueva vida. Una vida donde su carrera como curadora de arte era su único amor, su razón para despertarse cada mañana. El trabajo era su escape.

Pero no había sido fácil: durante sus primeras noches en Rusia había llorado contra su almohada hasta quedarse dormida. El mundo se sentía tan solitario, tan despiadado, tan cruel.

Y aquella mañana, mientras contemplaba la hermosa pieza de arte bizantino recién llegada a su oficina en el museo, todas esas penas no importaban. Su divorcio, su soledad, su desarraigo en un país extranjero, nada de eso dolía cuando tenía una magnífica pieza de arte frente a sus ojos. En esos momentos, el amor ardía en su pecho. Un amor puro y verdadero, el que nunca había tenido de ningún hombre, y el que ya había perdido esperanzas de encontrar.

Sin embargo, su trabajo era más que tan solo admirar preciosas obras de arte, también poseía una faceta muy burocrática y aburrida que consistía en responder correos electrónicos, negociar exhibiciones, y otras tareas menos estimulantes. Soltando un suspiro frustrado, Marina se arregló el moño que recogía su largo cabello castaño y se ajustó los lentes en el puente de la nariz. Luego de unas largas horas, alternando entre su laptop y su Ipad para hacer llamadas y revisar correos, su asistente Katya irrumpió en su oficina con su habitual humor chispeante.

—¿Todavía trabajando? ¡Ya pasa el mediodía!

—¿De veras? —Marina vio la hora en el reloj de su muñeca. De nuevo, había perdido la noción del tiempo trabajando.

Katya le cerró la laptop con un golpe seco.

—¡Vamos por un café!

—Sabes bien que no puedo…la exhibición de arte bizantino empieza en menos de un mes y aún no he contactado con el

diseñador del espacio….

—Necesitas un descanso —Katya la cogió de la muñeca y la obligó a incorporarse. Al hacerlo, Marina sintió el dolor en su espalda por haber estado tanto tiempo encorvada en su escritorio.

A pesar de su corta estatura, Katya era fuerte y logró sin esfuerzo arrastrarla fuera de su oficina.

Caminaban por las calles de Moscú en busca de una cafetería que Katya había descubierto en una revista de moda. Marina se quejaba porque estaba demasiado lejos del museo y perderían menos tiempo si almorzaban en la cafetería de siempre, pero de todos modos siguió a Katya por las gélidas calles de Moscú. Durante unos instantes, Marina reparó en lo mucho que apreciaba a Katya, la chica de cabello rubio y rizado era alegre y con una sonrisa siempre presente en su rostro, sin importar que tan caóticas estuvieran las cosas en la oficina.

Marina se sentía cómoda con ella, aunque a veces se sentía un poco frustrada con su falta de experiencia y su espíritu algo infantil. Pero Katya era trabajadora y comprometida, y Marina estaba contenta de tenerla en su equipo.

Katya era lo más cercano que Marina tenía a una amiga, su única amiga en Rusia, a pesar de que las dos eran tan diferentes.

Al pasar por una tienda, Marina contempló el reflejo de las dos en la vidriera, y hasta en su forma de vestir las dos eran distintas. Marina siempre había preferido un estilo elegante y refinado, como el conjunto sastre que vestía, de un tono oscuro que complementaba su piel blanca y cabello castaño. Siempre estaba al día con las últimas tendencias de la moda y, desde que su salario se lo había comenzado a permitir, vestía con ropa de diseñadores de renombre.

Katya, por otro lado, era una mujer más relajada y casual. Con su cabello rubio en un moño desordenado, llevaba jeans ajustados y una chaqueta de cuero. Marina la había regañado en varias ocasiones con que se vistiera más acorde a su puesto, pero nunca había logrado que la muchacha cambiara su estilo informal.

—¿Qué tan lejos queda esa maldita cafetería? —se quejó Marina—. En lo que tardamos en caminar, ya podría haber negociado la fecha de embarque.

—¡Deja de ser tan gruñona! —Katya alzó sus brazos al cielo—. Hay más en la vida que solo trabajo, trabajo, trabajo. Bastante nos consumirá la vida esta próxima exhibición. Debemos aprovechar cada momento que tenemos para relajarnos.

En efecto, el día era hermoso. Soleado y con el frío no tan cruel. O tal vez Marina ya se había acostumbrado al clima ruso.

—Tú estás tan animada porque estás enamorada…—bromeó Marina.

—¡¿Cómo lo sabes?!

—Estaba bromeando —murmuró Marina, descreída ante la reacción de su asistente—. ¿Estás hablando, en serio, estás enamorada de ese tal….?

—Dimitri —respondió Katya, abriendo la puerta de la cafetería.

Marina no dijo nada, y siguió a la muchacha dentro de la cafetería, realmente era un lugar magnífico, de acogedoras paredes tonos tierra y diseño con piezas de madera que le sumaban calidez. El delicioso aroma a granos de café invitaba a refugiarse del invierno en esos mullidos sillones de cuero negro. Pero mientras Katya ordenaba para las dos, los pensamientos de Marina rondaban alrededor del comentario anterior. Recordaba que Katya había conocido al tal Dimitri hacía menos de tres meses, a través

de una aplicación de citas. ¿Y ya estaba enamorada? Le sonaba demasiado rápido, O tal vez ese era el ritmo natural del amor, y Marina ya estaba muy oxidada para aquel juego.

Tal vez realmente el único amor destinado para ella era el amor al arte.

Cargando una bandeja con dos capuchinos y varios pasteles, Katya guió a Marina al centro del salón. Eligieron una mesa cerca de la ventana, desde donde se podía apreciar la avenida con su rígida arquitectura. Marina odiaba admitirlo, pero aquella cafetería tan acogedora había valido la caminata. Mientras disfrutaban de sus bebidas, charlaron un poco sobre la próxima exhibición que tenían entre manos, y sobre los artistas que estaban contribuyendo a él. Marina se avergonzó un poco al darse cuenta de que su único tema de conversación era el trabajo. Katya parecía escucharla atentamente, aunque se notaba que su mente estaba divagando en otros pensamientos.

—Escucha, Marina —la interrumpió Katya cuando ambas ya estaban por la mitad de sus capuchinos—. Tengo algo muy importante que decirte.

—Te escucho.

Katya no dijo nada, solo extendió su mano, luciendo un precioso anillo de compromiso en su dedo. Marina no podía creer que no había notado un anillo tan ostentoso antes.

—¿Qué significa esto?

—¡Dimitri y yo! —chilló la chica—. ¡Vamos a casarnos!

—¿Te has vuelto loca? —Marina creyó que iba a ahogarse con su café. Volvió a examinar los resplandecientes diamantes en aquel anillo que parecía de oro blanco—. ¿Hace cuanto que conoces a ese tipo?

—Ya sé que es poco tiempo, pero, ¿Por qué esperar cuando estás enamorada? Realmente…no existen las palabras para describir lo que siento por Dimitri. —Katya soltó un suspiro y contempló orgullosa el anillo en su dedo. Luego volvió a mirar a Marina—. Es el amor de mi vida, Marina. Sabes que he salido con muchos, he besado muchos sapos en mi vida. Pero Dimitri… Dimitri es único. Suena a cliché, pero apenas lo vi supe que era mi alma gemela.

—Y yo apenas lo vi supe que pertenecía a la Bratva —farfulló Marina, recordando la única ocasión en la cual había visto al muchacho.

Había sido una noche cuando Dimitri pasó a recoger a Katya a la salida del trabajo. Montaba una motocicleta y tenía una figura alta y delgada, pero lo que había asustado a Marina era el tatuaje de un gato negro en la mano derecha del aquel joven. Ignoraba su significado, pero sabía que estaba relacionado con la mafia rusa.

—¿Y qué? —Katya se encogió de hombros—. Mira sé lo que estás pensando, pero en realidad no es muy distinto a trabajar en una empresa de renombre. Dimitri no es ningún asesino ni violador. Tampoco tiene una jerarquía muy alta, pero nunca aceptaría algún trabajo deshonroso, por más dinero que le ofrezcan.

—Un mafioso con honor, ¡qué bonito! ¿En serio vas a caer en esa mierda, Katya? ¡Escúchate a ti misma, eres una muchacha inteligente!

—No conoces a Dimitri como lo conozco yo. ¿Piensas que soy tan idiota como para poner mi vida en riesgo? Te digo, jamás en mi vida me he sentido tan segura como cuando estoy con él.

Una punzada de envidia se clavó en su pecho: ya había olvidado

qué era sentirse segura con un hombre. Marina miró los ojos de su amiga: había amor en ellos. Amor verdadero. Y esperanza. Le recordó lo sola que estaba en esa ciudad tan grandiosa, tan gélida por momentos. A diferencia de su amiga Katya, que siempre parecía estar rodeada de gente.

—Solo me preocupo por ti —se encogió de hombros y le dio un mordisco nervioso a su pastel. Siempre que se ponía nerviosa ansiaba azúcar.

Katya le cogió la mano con cariño.

—Lo sé, y te lo agradezco con toda mi alma. —El tono de Katya era cálido y sincero—. Pero en serio, no tienes que sentir miedo por mí. Cuando conozcas a Dimitri lo comprobarás tú misma. Sé que las películas y series dan una imagen aterradora de la Bratva , y no está del todo errada. Todos hemos crecido oyendo atrocidades sobre ellos. Pero hay otras familias que tan solo se mueven por fuera de la ley, sin lastimar a gente inocente. El jefe de Dimitri es así, y él me ha dicho que es el hombre más honorable que ha conocido en toda su vida. Me ha confesado que es como el padre que nunca ha tenido. Eso es verdaderamente la Bratva, una familia. Dimitri aspira a ser como él: nunca dañar a mujeres, ni niños, ni personas inocentes. Te aseguro, Marina, que deberías estar feliz por mí.

—Supongo —suspiró ella. Era imposible no contagiarse de la efervescente alegría de Katya—. ¿Y cuándo es la fecha feliz?

—Oh, todavía no estamos seguros —suspiró Katya—. Pero lo importante es que seremos marido y mujer. —Volvió a contemplar su anillo, orgullosa.

Marina no tuvo más remedio que sonreír, y le dio otro sorbo a su cappuccino. La felicidad de su amiga parecía sincera, y tal vez el

tal Dimitri no era tan mal tipo como ella creía. Después de todo, Katya era una adulta.

Continuaron bebiendo y charlando, disfrutando su almuerzo prolongado. La conversación giró hacia temas más banales, y la mente de Marina comenzó a vagar. Estaba feliz por su amiga, aunque en su interior se sintió un poco envidiosa. A menudo se preguntaba si alguna vez encontraría a alguien con quien compartir su vida.

De pronto un poco triste por sí misma. Una horrible vocecita en su interior le dijo que el tiempo se estaba acabando y que pronto tendría que tomar decisiones importantes sobre su vida, si realmente quería cumplir su sueño de ser madre. ¿Debería buscar activamente a alguien con quien compartir su vida, o simplemente aceptar su soltería y centrarse en su carrera?

Despejó esas rumiaciones; por ahora, se concentraría en disfrutar de su tiempo con su amiga y en su trabajo en la galería de arte. Después de todo, eso era lo que la hacía feliz y le daba un sentido de propósito.

Cuando Marina decidió que el descanso ya se había alargado demasiado, las dos regresaron al Museo.

—¿Y tú, Anna? ¿Tienes alguien especial en tu vida? —preguntó Katya con una sonrisa mientras caminaba con las manos en su chaqueta para abrigarse del frío.

—No, no en este momento —respondió Anna, intentando ocultar su incomodidad.

—Bueno, seguro que pronto encontrarás a alguien. Eres una mujer hermosa y exitosa, ¿cómo no vas a tener un montón de pretendientes? —Su amiga trató de animarla.

Marina agradeció sus palabras, pero no dijo nada. Le

incomodaba hablar de aquel tema. Ya estaba cansándose de su soltería, pero encontrar a alguien no era tan fácil como parecía. A pesar de que dominaba el idioma a la perfección y se había adaptado a la idiosincrasia de la cultura rusa, a menudo se sentía fuera de lugar en Moscú, como si nunca terminara de encajar. Y aunque había tenido algunas citas, ninguna había sido lo suficientemente interesante como para querer repetir.

Tal vez se había convertido en una amargada, pero ya no tenía esperanzas de conocer a un buen hombre a través de una aplicación de citas, y su trabajo tampoco le daba mucho tiempo para conocer gente nueva. Su escaso tiempo libre lo pasaba entrenando artes marciales, y si bien la mayoría de sus compañeros de entrenamiento eran hombres, ninguno le parecía atractivo o interesante.

—¿Acaso no te gustan los hombres rusos? —insistió Katya.

—Eso no es verdad. —Marina soltó una carcajada.

Le encantaban los hombres rusos: tan altos, con esos gélidos y penetrantes ojos azules o verdes, esas quijadas cuadradas y esos pómulos bien definidos. ¡Y ese acento!

—¿Entonces? No he conocido a ningún novio tuyo desde que llegaste aquí.

—Porque no he tenido novio desde que llegué aquí.

Ni siquiera había tenido sexo desde que llegó a Moscú, se lamentó en silencio. La única forma en que gastaba energía física era con la práctica ocasional de artes marciales. Era muy liberador y bueno para su salud física pero…no era lo mismo que compartir una noche apasionada con un hombre. Le daba mucha vergüenza confesarle eso a su amiga. ¿Cuándo fue la última vez? Ni siquiera podía recordarlo…había sido con Michael. Ni había estado con

ningún hombre desde su divorcio. Patética, se dijo a sí misma, pero la verdad era que ella no servía para los rollos ocasionales. Le gustaba tener sexo acompañado de amor, y no había amado a ningún hombre aparte de su ex marido, si es que realmente lo había amado.

—Ya conoceré a alguien —sentenció Marina, ya en las puertas del museo. Le abrió la puerta a su amiga para que pasara primero —. Ahora, tenemos cosas más importantes de qué ocuparnos.

Ya de nuevo en el Museo, sus tareas la alejaron de sus preocupaciones, como siempre. Pasó la tarde en reuniones con artistas y diseñadores, revisando los diseños finales para la exhibición y coordinando los detalles con su equipo. Apenas había tenido tiempo para respirar, pero para el final de su horario laboral Marina se encontraba de pie en medio de la galería, observando el espacio vacío que en pocos días se llenaría con la nueva exhibición de arte bizantino que estaba preparando.

Y, sin embargo, no podía sentirse satisfecha del todo: su mente divagaba a menudo en pensamientos intrusivos sobre su vida personal.

Soy una amiga horrible, se dijo a sí misma mientras conducía a su casa. Siento envidia de la pobre Katya.

Pero era cierto: había venido a Moscú para iniciar una nueva vida, ¿y dónde estaba ese nuevo comienzo? En lo laboral, todo marchaba excelente, pero… a veces se sentía abrumada por la soledad.

En esos momentos, Anna se esforzaba en concentrarse en su trabajo, en las piezas de arte que tenía que preparar y en la próxima exhibición. Sabía que era lo que la mantenía en marcha, lo que la ayudaba a no pensar en lo que no tenía. Pero

últimamente, ese mecanismo de defensa no estaba funcionando.

Cuando bajó de su auto la noche estaba fría y oscura, pero la ciudad de Moscú seguía iluminada por las luces de la ciudad, que destellaban en la distancia. En su pequeño apartamento, Marina estaba sumida en sus pensamientos, contemplando su propia soledad. Esa noche, ninguna serie de televisión, ningún libro podía distraerla: no podía ignorar la sensación de vacío que la acompañaba constantemente.

Se sirvió una copa de vino blanco y luego se dio una larga ducha caliente y relajante. Cuando salió del baño, se sirvió otra copa de vino. Estaba considerando seriamente volver a intentarlo con las aplicaciones de ligue, cuando sonó su teléfono, rompiendo el silencio de la habitación. Al mirar la pantalla, vio el nombre de su exmarido parpadeando en la pantalla.

Marina se paralizó: ¿acaso había bebido demasiado? ¿Estaba borracha, estaba loca?

Pero el teléfono seguía sonando, molesto, y el nombre de Michael continuaba parpadeando en la pantalla. ¿Qué podría querer él ahora, después de todo este tiempo?

Dudó en contestar, pero finalmente decidió hacerlo.

—Hola —dijo con voz temblorosa.

—Marina, soy yo, Michael —dijo él al otro lado de la línea.

Marina sintió un nudo en el estómago. Había pasado mucho tiempo desde que había hablado con Michael, y no estaba segura de si quería hacerlo de nuevo.

—¿Hola? —insistió él, ante el silencio de Marina—. ¿Estás ahí?

—Sí…sí. —Tenía el aliento entrecortado y el corazón acelerado —. ¿Qué quieres?

Michael soltó una risita del otro lado del teléfono, y Marina

recordó lo mucho que le gustaba su voz grave y profunda.

—Siempre tan directa. Con razón estás triunfando en tu carrera: un verdadero tiburón. Leí que estás organizando una nueva exhibición.

—Así es —suspiró Marina—. Siempre trabajando. Uno de los dos tenía que hacerlo.

Al escucharlo soltar un suspiro frustrado del otro lado, Marina se sintió culpable de aquel ataque.

—Lo merezco —confesó Michael—. Tienes razón: tú trabajabas como un animal y yo me gastaba todo en apuestas. ¡Dilo! Es verdad.

Al otro lado de la línea, la voz de su exmarido sonaba diferente. Había madurado, parecía más reflexivo y tranquilo. Pero Marina estaba incrédula, y al mismo tiempo, oír la voz de Michael le recordaba lo mucho que anhelaba la compañía de alguien.

—Basta de rodeos, Michael. ¿Por qué me llamas?

—Veo que aún no confías en mí. No puedo culparte… ¿No puedo llamarte, simplemente para ver cómo estás?

—No lo has hecho en casi dos años. ¿Por qué justo ahora finges que te importo?

—No estoy fingiendo.

Se hizo una pausa incómoda.

—Pues…estoy bien. Bien —continuó hablando ella, intentando sonar fría, intentando ocultar lo agitada que se sentía gracias a esa llamada sorpresa—. Trabajo en el Museo Histórico de Moscú, ahora mismo estamos preparando una súper exhibición de arte bizantino. Los arqueólogos han rescatado más de cien piezas exquisitas…

—Sabes que nada de eso me importa. —La interrumpió

Michael, sin dejar de ser cortés. Una cortesía que ella no esperaba de él. Su voz era cálida—. Quiero saber cómo estás tú: Marina, la mujer, no la curadora de arte. Esa es la Marina de quien me enamoré, con ella quiero volver a conectar.

Marina se encontró sorprendida y confundida ante las palabras de Michael.

—¿Qué ocurre? —preguntó él ante su silencio.

—Nada, es que es extraño que nosotros pasemos más de cinco minutos sin pelear.

Lo escuchó reír, había pasado tanto tiempo desde que se habían separado, que Marina había olvidado lo seductora que podía ser la risa de su ex. Tal vez porque, durante las últimas épocas, ninguno de las dos reía mucho. Y oír esa risa la transportó a otras épocas, a épocas mejores, donde ella había sido feliz. Tal fue eso lo que le hizo bajar las defensas mientras los dos charlaban de rutina diaria y de cómo marchaban sus vidas.

—Escucha, Marina —dijo él de pronto—. Estoy en Moscú, ¿qué te parece una cena, para rememorar viejos tiempos?

—¿Estás en Moscú? —preguntó ella, y un escalofrío subió por su columna—. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo, aunque tú no lo creas. Dejé de lado las apuestas y las actividades ilegales. —Michael hizo una pausa—. Realmente quiero cambiar, Marina. Quiero empezar de nuevo, y, sobre todo, me gustaría verte y hablar cara a cara. ¿Qué me dices con respecto a esa cena?

—Déjame pensarlo —respondió Marina antes de colgar de manera impulsiva, poniéndose a salvo una vez más.

Capítulo dos

Otro día agitado en la galería: con la inauguración de la muestra de arte bizantino tan cerca, las jornadas se tornaban más caóticas y agobiantes. No había podido asistir a sus prácticas de artes marciales en dos semanas, y podía sentir esa energía acumulada molestándola. Sin embargo, a Marina algo la agobiaba todavía más.

¿Realmente debía darle una segunda chance a Michael?

Marina caminaba por el museo de arte mientras hablaba por teléfono con otro de los organizadores. Como siempre, el trabajo era el mejor recurso para no pensar en cosas incómodas. Se topó con Katya en medio de un corredor de la galería, a pesar del ruido de alrededor, logró escuchar la voz de su amiga.

—Oye, ¿tienes algún plan para esta noche? ¿No quieres venir a cenar conmigo y Dimitri? Así lo conoces de una vez. —Ofreció sin apartar la vista de su móvil.

—No puedo. Para variar, tengo planes.

Katya apartó la mirada de su teléfono y miró a su amiga con ojos desorbitados.

—¿De veras? ¡Al fin! ¡Tienes una cita caliente?¡Cuéntame todo al respecto! Por favor, no me digas que tu plan es otra de tus aburridas clases de taekwondo…

Marina dejó escapar una exhalación y finalmente le contó todo a su amiga sobre la llamada de Michael. También le contó sobre el plan de su ex marido de cenar juntos en un restaurante esa noche. Le explicó cómo él había suplicado por una segunda oportunidad y prometió que había cambiado. Conforme avanzaba el relato, veía la expresión de su amiga alejarse de la alegría inicial y transformarse en preocupación.

—¿Qué? ¿Cenar con tu ex marido? —chilló Katya cuando ella hubo terminado su historia— ¿Estás loca? ¿No te acuerdas de lo mal que te trató?

—Lo sé, lo sé —suspiró—, pero estoy cansada de estar sola. Cansada de regresar todas las noches a una casa vacía. Tú no sabes lo que es eso, Katya. Al principio la soledad es espectacular, sientes que el mundo es tuyo. Pero al cabo de unos años…los seres humanos no nacimos para estar solos. Amo mi trabajo, pero he llegado al punto que no es suficiente, No puedo seguir usando mi carrera para tapar el hecho de que mi vida romántica y personal es un desastre, ya es hora de hacer algo al respecto.

—Sí, pero… ¿tiene que ser con ese desgraciado? ¿Por qué no con otro hombre? Un hombre mejor, que no apueste ni te coloque los cuernos.

—Lo dice la que va a casarse con un mafioso.

—Por lo menos Dimitri es fiel.

—Michael dice que ha cambiado.

—Claro, todos dicen que han cambiado. Pero las cosas nunca cambian realmente — replicó Katya.

—En cualquier otra situación, te daría la razón, pero…deberías haber oído su voz. Nunca antes lo oí así, ni siquiera cuando estábamos casados y nuestro matrimonio estaba en su mejor momento. Sonaba tan…maduro. Está aquí en Moscú por negocios. Ya el hecho de que tenga un empleo estable, y que le permita viajar, es un gran avance para él.

—Podría estar mintiendo.

—Podría. Por eso, una cena es la mejor forma de aclarar las cosas. El desgraciado nunca pudo mirarme a los ojos y mentirme sin que yo lo descubriera.

Pero Katya no parecía convencida.

—Creo que deberías reconsiderar esto, Marina No quiero que te lastime de nuevo.

Marina se detuvo frente a una pintura y suspiró. Sabía que su amiga tenía razón, pero también estaba cansada de estar sola y anhelaba la compañía de alguien que la entendiera. Y tristemente, Michael era el único hombre que alguna vez la había comprendido.

—Lo sé, Katya. Pero también sé que, si no lo intento, siempre me preguntaré si podría haber funcionado. Así que voy a darle una oportunidad —dijo Marina, tratando de sonar segura de sí misma.

—Solo prométeme que serás cuidadosa, ¿de acuerdo? —Katya suspiró.

Marina sonrió; se sentía afortunada de tener una amiga como Katya.

—Lo prometo. Gracias por preocuparte por mí. Ahora, ¡a trabajar, vamos! ¡Ya hemos perdido mucho tiempo cotilleando!

Terminaron su conversación y se separaron, cada una abocada a sus respectivas tareas. No volvieron a verse durante el resto de la jornada, pero las palabras de Katya resonaron en la cabeza de Marina.

A última hora, ya cuando quedaba poca gente en la oficina del museo, Marina cogió su bolso y abrigo y se encaminó a la salida. Se detuvo en una de las galerías por un momento más, mirando las pinturas a su alrededor y preguntándose si estaba haciendo lo correcto al aceptar la invitación de su ex marido. Una tortuosa voz en su cabeza le decía que no podía seguir viviendo en soledad.

Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando notó que había un hombre en la galería. De espaldas a ella, contemplaba una de

las pinturas con las manos en los bolsillos de su pantalón. Su figura era alta y delgada, de hombros anchos, embestida en un traje negro azabache. Conforme Marina se acercaba, podía notar lo cara que era la tela, y que había sido confeccionado a medida.

—Disculpe —dijo ella, caminando hacia el desconocido—. La galería está cerrada.

Pero el hombre no reaccionó; seguía contemplando la pintura, ignorándola.

—¿Me ha oído? —Marina comenzaba a perder la paciencia—. No puede estar aquí.

Lo cogió del brazo y el hombre giró. Por primera vez, sus miradas se engarzaron. Marina sintió un escalofrío al contemplar esos ojos; parecían dos chispas de hielo, y al mismo tiempo, llenos de intensidad y fuego.

—Nadie me dice qué hacer —respondió el hombre casi al instante.

Otro estremecimiento recorrió a Marina: el rostro de aquel hombre también parecía una escultura de hielo, con perfectos pómulos que resaltaban en una cara de ángulos rectos y armoniosos. La nariz era grande, pero no demasiado, al igual que sus labios: carnosos, pero sin llegar a ser femeninos. El cabello era de un rubio ceniza, del mismo tono que sus cejas pobladas, y cierto aura de majestuosidad y peligro rodeaba a aquel hombre.

Sin embargo, pronto él sonrió.

—Lamento haberle respondido así, señorita. Me ha sorprendido.

¿Yo lo he sorprendido? Pensó Marina: sus rodillas no dejaban de temblar. Pero no era miedo lo que sentía por aquel desconocido; más bien una magnética fascinación, con tintes de miedo palpitando en su interior.

—N-no puede estar aquí —farfulló ella—. La galería está cerrada.

¿Cómo había entrado? Se preguntó Marina para sus adentros, y estudió una vez más a aquel hombre atractivo y misterioso.

—Lo sé, pero no puede culparme —respondió con su voz de terciopelo. Era grave y amenazadora, pero a la vez dulce y acaramelada, una caricia para los oídos de Marina—. Verá, siento debilidad por las cosas hermosas.

—Bueno, yo también disfruto del arte. —Ella se aclaró la garganta. Una ola de calor subía por su vientre—. Pero, como ya le he dicho, la galería está cerrada. Deberá visitarla en otro momento.

El hombre volvió a ignorarla, girando su cuello de nuevo hacia la pieza de arte que colgaba en la pared. Mientras el desconocido admiraba la pintura. Marina lo admiraba a él. Su presencia era impecable, y ella no recordaba haber visto a un hombre tan impactante en toda su vida. Con postura recta y orgullosa, los anchos hombros echados hacia atrás con un tinte de arrogancia, y un halo de confianza y poder irradiando de él, junto con el irresistible aroma de su perfume masculino.

—¿Siglo doce? —preguntó él sin mirarla.

—Catorce —respondió Marina, también mirando la pintura—. Esta es una pieza de la Edad de Oro Bizantina.

—¿Es verdad que la pintura dorada se obtenía mezclando partículas de oro en los pigmentos?

Marina miró de nuevo al hombre, sorprendida. No esperaba que supiera de arte: aquel hombre rezumaba que estaba en la mafia.

—Así es —dijo ella—. Este período se distingue por la ostentación que se buscaba hacer de las figuras religiosas.

También se usaban perlas y joyas.

—La gente se moría de hambre y aún así la Iglesia gastaba en polvo de oro para retratar a sus líderes —suspiró él, su voz ronca una caricia sensual.

—Esa es una manera de verlo.

—Oh. —El desconocido miró a Marina una vez más—. ¿Y cuál es su manera de verlo, señorita?

Ella tragó saliva; por algún motivo la estremecía conversar con aquel hombre. Su corazón latía tan rápido que creía iba a explotar.

—No me gusta que la gente sufra, pero agradezco que hoy podamos disfrutar de estas obras tan bellas. Además, no cualquier artista tenía el privilegio de pintar un ícono religioso. Quienes lo hacían, debían dedicar toda su vida a ello, pues no estaban simplemente haciendo arte, estaban creando una manifestación de los sagrado en la Tierra. Ellos sacrificaron su existencia para crear algo bello, algo magnífico que perdurara para toda la eternidad. Un trozo de algo sagrado, algo más valioso que nosotros mismos, y nosotros deberíamos estar agradecidos por ello.

Marina tragó saliva y recuperó el aliento: se avergonzó de haber soltado ese monólogo delante de ese extraño tan atractivo. Sintió el rubor subiendo por sus mejillas y desvió la mirada.

—Usted es muy apasionada cuando habla de arte —dijo él con tono, ¿seductor?

Ella volvió a estremecerse: ¿qué tenía este hombre que era capaz de despertarles aquellas reacciones que no había experimentado en años. Ni siquiera con Michael.

Pero no podía dejarse llevar: era obvio que ese hombre pertenecía a la Bratva. Su presencia en la galería debía asustarla, no intrigarla de aquella manera.

—Bueno, como ya le he dicho —Marina intentó sonar fría, a pesar de que sentía la sangre hirviendo—. La galería estaba cerrada. Podrá disfrutar de esta obra y muchas más cuando inauguremos la muestra de Arte Bizantino.

Él volvió a mirarla, sus ojos penetrantes y profundos. Marina sintió una punzada en su clítoris. Dios, hasta parecía que este hombre podía follarla con la mirada. Y en secreto, eso le gustaba. Le gustaba sentir esos ojos de hielo poseyéndola.

—Ya veo —dijo él con otro susurro ronco—. Me retiraré, entonces.

Durante una fracción de segundo, Marina detestó la idea de que el extraño se fuera. A pesar del miedo, había algo en él que la atraía, algo en su mirada y en su voz que encendía un feroz fuego en su interior. Y a pesar de lo enigmático y breve de su intercambio, había sido el encuentro más interesante que había tenido con un hombre en mucho tiempo.

Sin embargo, el desconocido desapareció de la galería tan rápido como había aparecido. Con el aliento entrecortado y el corazón golpeando fuerte contra sus costillas, Marina se encontró persiguiéndolo por los pasillos. No entendía su propia conducta: pero quería por lo menos preguntarle su nombre, contemplar una vez más esa mirada de hielo.

Pero la galería ya estaba vacía; apenas sus tacones repiqueteando contra el suelo de cerámica. El extraño había desaparecido.

Debo estar loca, se dijo Marina cuando se descubrió completamente a solas en el museo.

Miró el reloj en su muñeca, ya era tarde. Poco a poco, regresó a la realidad. El hechizo en el que la había sumergido aquel seductor

extraño fue desvaneciéndose, y conforme Marina abandonaba su lugar de trabajo recordó sus preocupaciones mundanas: la exhibición, el trabajo, el estrés. La cena con Michael.

¡Dios, la cena con Michael! ¿Cómo había sido capaz de olvidarlo? Tenía que apurarse para encontrarse con él.

Una punzada de culpa la atacó cuando se dio cuenta de que esa charla con el hombre desconocido la había entusiasmado más que la cena con su ex.

Mientras conducía rumbo a su apartamento por las ajetreadas calles de Moscú, se esforzó por borrar a aquel extraño de su mente y enfocarse en su cena con Michael. ¿Qué la empujaba a reunirse con él después de tanto tiempo? Se dio cuenta que la esperanza de una reconciliación había estado latente en su cabeza por mucho tiempo. ¿Y por qué? ¿Podría ser que realmente estuviera enamorada de Michael, aun después de tantos años y traiciones? ¿La razón por la que no había estado con ningún otro hombre después de su divorcio? Algo de esa teoría no le sonaba bien, y consideró que cenar con Michael sería la mejor manera de encontrar la respuesta. Decidió que, cuando lo viera a los ojos sabría si seguía enamorada de él o si nunca lo había estado.

Y también, era una buena manera de quitarse a ese extraño de la cabeza.

Cuando llegó a su apartamento, ya casi era la hora de prepararse para la cena. Se dio una ducha rápida, se secó el cabello y eligió uno de sus mejores vestidos, de un profundo tono azul marino. Mientras le daba los últimos toques a su maquillaje, notó que sus

dedos temblaban un poco. Una vez lista, se dio un último vistazo en el espejo; al ver su propio rostro se preguntó si estaba tomando la decisión correcta. Se dirigió hacia la puerta, salió a la calle y subió a su auto, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo en su estómago.

Cuando llegó al restaurante, Michael ya estaba allí, esperándola con una sonrisa en los labios. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Marina todavía lo encontraba atractivo. Él era alto y esbelto, con una sonrisa encantadora y ojos azules profundos. Ver ese rostro una vez más la transportó a épocas pasadas, y eso la asustó, pero mantuvo la sonrisa en su rostro, luchando contra unas extrañas ansias que le decían que huyese de aquel restaurante, que había cometido un error.

—Sabía que vendrías — dijo Michael mientras se levantaba para saludarla—. Te ves hermosa.

Marina sonrió, sintiéndose un poco cohibida por el cumplido. La voz en su cabeza seguía gritándole las palabras de Katya; esto era un error. Y a la vez, no podía evitar comparar el atractivo físico de su ex con el del desconocido de aquella tarde. Michael era un hombre buen mozo, con su cabello negro y su sonrisa contagiosa, sin embargo, aquel extraño poesía un salvajismo irresistible.

—Gracias, Michael. Me alegra volver a verte —respondió, bajando la mirada hacia la mesa.

—A mí también me alegra verte. Honestamente, me daba miedo que me dijeras que no. —Michael también tomó asiento, peligrosamente cerca—. Veo que has cambiado.

Marina asintió y no dijo nada: definitivamente él había cambiado.

Se sentaron y ordenaron la comida. Mientras esperaban a que

llegara, comenzaron a hablar de sus vidas desde que se habían separado. Michael le contó sobre su nuevo trabajo y su vida en el extranjero, mientras que Marina habló sobre su carrera en el mundo del arte y su vida en Moscú.

Sin embargo, ella no podía quitarse al otro hombre de la cabeza. Intentó concentrarse en la charla con Michael, en escuchar lo que él le estaba contando sobre su nuevo empleo.

—¿Y qué estás haciendo tú en Moscú? —preguntó ella, dándole un sorbo al vino.

—Trabajando. —Michael lanzó un suspiro—. Me he convertido en accionista.

—¿Accionista? ¿Tú? —ella soltó una carcajada.

—Ya sé lo que estás pensando, pero…tenía que poner mi vida en orden. ¿Sabes? Además, no es tan distinto apostar que invertir en la bolsa. Tantos años de juego me han dado un instinto asesino que me trae muchos dividendos.

—Me alegro por ti.

—Pero esto no se trata de dinero. Realmente necesitaba empezar una vida nueva. Dejar el caos, la bebida y la irresponsabilidad y finalmente convertirme en un hombre, tú tenías razón todo el tiempo, Marina: yo no era más que un niño inmaduro, y tú no te merecías algo así.

Marina lanzó un suspiro: era extraño oír a su ex dándole la razón.

—No hablemos del pasado, ¿sí? —dijo ella, y bebió más vino.

—Tienes razón. —Michael la observó a Marina con una sonrisa cariñosa, y ella no pudo evitar que los pocos momentos felices que habían pasado juntos en el pasado la atacaran—. ¿Y qué hay de ti, Marina? ¿Cómo ha sido tu vida desde que nos separamos?

Marina suspiró y tomó un sorbo de su bebida, sintiendo la tristeza invadir su corazón.

—Ha sido difícil —confesó con honestidad. —Me mudé a Moscú después de la separación para trabajar como curadora de arte en un museo. Ha sido un trabajo muy demandante pero también muy gratificante. Pero al mismo tiempo…

—El éxito puede ser increíblemente solitario. —Michael terminó la oración por ella.

Marina abrió sus ojos muy grandes: Michael nunca había sido muy bueno para leer sus emociones. Esta repentina empatía la sorprendió.

—Exacto.

Michael asintió con una sonrisa melancólica. Después de tantos años, su sonrisa seguía siendo bonita.

—Me sucede lo mismo. Mi empleo en la Bolsa es altamente gratificante, pero…al final del día…me duele regresar a una casa vacía. No tener con quien compartir tu éxito y tus alegrías.

Marina no podía creerlo: ¿este era el Michael con el que ella había estado casada tantos años, o lo habían reemplazado por un clon?

—¿Desde cuándo eres tan sensible y empático? —río ella, y al oír sus propias palabras se arrepintió de haber sonado tan cruel. Pero Michael tan solo se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—Te dije que he cambiado.

El sonido de la música suave se fundía con el de las risas y las charlas de las mesas cercanas. La camarera les trajo la cena, que colocó en la mesa delante de ellos con un elegante gesto. Los platos estaban decorados con pequeñas porciones de ensalada y un trozo de pescado fresco acompañado de una salsa cremosa.

Marina tomó el tenedor y comenzó a cortar el pescado en pequeños pedazos. Mientras lo hacía, se esforzó por mantener la vista fija en el plato, pero su ex marido, Michael, no dejaba de mirarla.

—Casi había olvidado lo hermosa que eres —dijo él, rompiendo el silencio.

—Gracias, Michael. Tú también te ves bien.

No tan bien como ese hombre en la galería, no pudo evitar pensar, y se odió a sí misma por esos pensamientos. Bebió más vino.

—Me alegra que hayas aceptado mi invitación a cenar, Marina. Ha sido difícil estar lejos de ti todo este tiempo. —Se llevó un trozo de carne a la boca y masticó en silencio unos momentos— ¿Y qué hay de ti? ¿Sigues con el taekwondo?

—Cuando me queda algo de tiempo libre —asintió Marina—. Encontré un dojo muy bueno aquí en Moscú.

—¿Te has vuelto a enamorar? —la interrumpió él.

Marina frunció el ceño, sintiéndose incómoda y sorprendida por la pregunta.

—No, no he tenido tiempo para esas cosas— respondió evasivamente— ¿Y tú? ¿Hay alguien especial en tu vida?

—Creo que ya te he respondido eso —dijo Michael, y la forma en que le clavó la mirada le confirmó a Marina que él buscaba una reconciliación. Ella no sabía cómo sentirse al respecto así que bajó la vista—. La verdad es que, es difícil encontrar hoy en día a una mujer que valga la pena. Una mujer no solo bella por fuera sino inteligente y sensible. Una mujer como tú.

Marina tragó saliva y se apuró a beber otra copa de vino. ¿Por qué se sentía tan incómoda? Michael había cambiado.

Definitivamente él no era el mismo hombre de hacía años atrás. Ahora tenía un empleo estable, proyectos a futuro, y denostaba una sensibilidad, un contacto con sus propias emociones inusual en él. Durante años, ella había deseado que Michael cambiara. Y ahora, que él se había transformado mágicamente en todo lo que ella siempre había deseado, había algo que la molestaba.

Tal vez porque no podía dejar de pensar en el hombre ruso que había visto esa tarde en la galería.

—Mira, no quiero incomodarte —Michael sonrió de nuevo—. Ahora disfrutemos de la comida, ¿sí?

Marina se esforzó en sonreír.

Continuaron la velada regodeándose en la exquisita cena, bebiendo vino, charlando y rememorando viejas épocas entre risas cómplices. Poco a poco, Marina fue sintiéndose más relajada, pero la punzada en la boca de su estómago no cesaba. Tampoco sus pensamientos sobre aquel extraño tan enigmático.

A medida que la noche avanzaba, Marina comenzó a sentirse más cómoda con la idea de regresar con Michael, recordando por qué alguna vez lo amó. Pero también recordaba las razones por las que se habían separado y comenzó a sentir dudas sobre si estaba haciendo lo correcto al darle una segunda oportunidad. Para la madrugada, cuando el restaurante ya estaba cerrando, Marina se estaba preguntando si realmente ellos podían volver a tener una relación saludable.

En el fondo, su corazón gritaba que no.

Después de cenar abandonaron el restaurante. La noche estaba gélida, y el viento frío hizo que Marina abrazara sus propios hombros. Con una caballerosidad inesperada, Michael le colocó el abrigo.

—Déjame acompañarte a casa —ofreció él.

—No es necesario, tengo mi auto aquí —respondió ella.

A pesar de que Michael se había metamorfoseado en el hombre perfecto, había algo que no terminaba de convencer a Marina.

—Entonces, déjame acompañarte y ver que llegas a casa sana y salva —insistió Michael con otra de sus sonrisas encantadoras.

Marina aceptó y lo guió hacia su automóvil.

Ella condujo rumbo a su apartamento y él iba sentado a su lado, todavía riendo y charlando de épocas pasadas. Pero la mente de Marina estaba lejos, muy lejos….

¿Realmente ese hombre pertenecía a la mafia rusa? Tenía todo el aspecto de un jefe mafioso, aunque también era muy atractivo… con esos hombros anchos y esa mirada penetrante. ¿Y cómo había entrado al museo? ¿Por qué lo había hecho? Tal vez todo era culpa de Katya, y este hombre trabajaba para su novio Dimitri. No, no… aquel hombre definitivamente tenía jerarquía alta. Había algo en él que rezumaba poder y autoridad. Si pertenecía a la Bratva, entonces definitivamente era un jefe.

La risa de Michael la trajo de nuevo a la realidad.

Debo estar loca, se dijo para sus adentros. Michael se ha esforzado tanto por cambiar y aquí estoy yo, fantaseando con un desconocido.

Llegaron a casa y Marina detuvo el auto en la entrada de su edificio. Permaneció inmóvil con las manos sobre el volante un extraño cosquilleo palpitando en su pecho.

—Bueno…—murmuró ella, con deseos de huir—. Ya estamos en casa. Gracias por la cena.

—Gracias a ti, por permitirme volver a verte.

Otro silencio, hasta que Michael finalmente habló.

—Espera, Marina. —Michael suspiró y le tomó la mano. Sus dedos eran cálidos y suaves, y Marina se estremeció ante su contacto. —Sé que cometí errores en el pasado. Pero he cambiado, Marina. Realmente quiero hacerlo bien esta vez.

Marina se quedó mirando a Michael, tratando de leer sus emociones. Se preguntó si estaba diciendo la verdad, o si todo era una artimaña para recuperarla.

—Lo sé. Pero tengo miedo de volver a confiar en ti. Me lastimaste mucho la última vez.

—Sé que cometí errores, pero también aprendí de ellos —dijo él, apretándole la mano a Natalia—. No te pido que olvides lo que pasó, solo te pido una segunda oportunidad.

Marina lo miró a los ojos, buscando señales de inseguridad. Pero no encontró nada. Michael parecía estar siendo honesto. Pero también recordó que él era un excelente jugador de póker, y los jugadores de póker mentían muy bien.

De nuevo, su mente volvió a divagar, preguntándose por aquel hombre ruso. Y un cosquilleo ardiente despertó en su interior, imaginando que aquel extraño regresaría a la galería. La idea de volver a verlo, de volver a escuchar su voz de barítono, la hacía estremecer. Necesitaba saber más de aquel hombre.

—Marina —dijo Michael, interrumpiendo sus pensamientos—. Quiero que sepas que lamento profundamente todo lo que sucedió entre nosotros. Me di cuenta de que eres la única mujer que he amado de verdad, y que no puedo vivir sin ti.

Marina contempló los ojos oscuros de su ex.

—¿Por qué debería creerte, Michael? —preguntó ella, en un tono de voz tranquilo pero desafiante. — ¿Cómo puedo estar segura de que no vas a volver a engañarme?

—Tienes todo el derecho a odiarme. Entiendo que tengas dudas, Marina —dijo él, en un tono suave y conciliador—. Pero te prometo que nunca volveré a hacerte daño. Te amo, Marina, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Lo vio cabizbajo, y notó que, tal vez por primera vez en su vida, Michael estaba siendo sincero. Era verdad que él había sido un marido infiel y desconsiderado, y no había mostrado ningún interés en ella durante los últimos años de su matrimonio. Pero ahora, sentada frente a Michael, no podía evitar sentirse conmovida por su presencia.

Y se dio cuenta de lo infantil que estaba siendo ella: estaba cara a cara con un hombre que la amaba, y en lugar de aceptarlo, fantaseaba en secreto con un mafioso ruso. ¡Qué idiota soy!, pensó para sus adentros. Ya no era una jovencita, la idea de conocer a un príncipe azul era una mentira ridícula. Era una mujer profesional cuyo trabajo le absorbía todo su tiempo, no tenía tiempo de conocer hombres, y los pocos que llegaba a conocer eran un desastre. Hombres que solo buscaban sexo casual. Michael no era un desconocido, Michael había cambiado: ahora se mostraba confiado y seguro, con deseos de compartir su vida con ella. Michael se había transformado en lo ella había deseado toda su vida. No podía darse el lujo de rechazarlo. Por primera vez en su vida, Michael representaba la estabilidad que ella necesitaba.

Finalmente, Marina suspiró y asintió.

—De acuerdo —dijo—. Te daré una oportunidad. Más te vale no desperdiciarla.

Al oír sus propias palabras sintió una punzada de miedo. Pero ver a Michael sonreír tan entusiasmado también la hizo sonreír.

—Gracias, gracias. —El rostro de él se iluminó con alegría y

alivio—. No te arrepentirás, lo prometo. Quiero demostrarte que puedo ser el hombre que mereces.

Se quedaron en silencio por un momento más, como si estuvieran tratando de encontrar las palabras adecuadas para decir. La tensión se sentía palpable en el aire, y Marina se preguntó si estaba haciendo lo correcto al darle una segunda oportunidad. El desconocido de ojos de hielo volvió a resplandecer en su memoria, provocándole un escalofrío.

Michael cogió su mano con cuidado y la besó suavemente.

—Gracias por esto. Estoy emocionado de volver a estar contigo.

Marina asintió, sintiéndose un poco perdida en sus emociones.

—Sí, yo también.

Se encontraron mirándose a los ojos, y Marina se sintió abrumada, Vio el rostro de su ex acercarse para un beso: lo hizo lo suficientemente despacio para que ella pudiera rechazarlo de así quererlo. Otra amabilidad atípica en él, otro signo de que había cambiado. Y ella no lo rechazó: cerró los ojos y dejó que sus labios se tocaran.

Hacía tanto que no besaba a ningún hombre. Y se dijo a sí misma que, la respuesta a si estaba tomando la decisión correcta o no, la tendría cuando ella y Michael se besaran.

Otra vez, el rostro de aquel irresistible hombre en el museo brotó en su memoria. Mientras los labios de Michael besaban los suyos con ternura y cuidado, Marina se encontró pensando en ese desconocido. De nuevo, la culpa la atacó, y se esforzó con toda su voluntad para borrar a ese hombre de su mente y disfrutar a pleno su beso con Michael. El primer beso en tantos años, un beso que prometía esperanza y estabilidad de una maldita vez por todas.

Y, sin embargo, cuando sus labios se separaron, Marina no

sentía nada. Ni siquiera un estremecimiento, a pesar de que Michael sabía exactamente qué le gustaba, sabía cómo sujetarle el rostro con sus manos fuertes y cómo mordisquearle el labio inferior con delicadeza.

Y nada había despertado en su interior: no le habían temblado las rodillas ni se le había acelerado el corazón como cuando charlaba sobre arte bizantino con aquel hombre de cabello rubio ceniza.

—Te he extrañado tanto —susurró Michael contra sus labios, y ella forzó una sonrisa.

Michael volvió a besarla y Marina intentó de nuevo perderse en el beso. No era desagradable besar a Michael, pero un beso no se suponía que fuera eso. Ella ansiaba un beso que la hiciera explotar por dentro, como una colisión de estrellas.

Tal vez era una tonta, que a pesar de sus treinta y tantos años seguía soñando con cuentos de hadas. Esas cosas solo sucedían en las películas románticas, y ya era hora de abandonar esos sueños infantiles. Ahora, sola en un país extraño y sin amigos ni familiares, Marina necesitaba formar lazos. Necesitaba estabilidad en su vida, y Michael era la opción perfecta. Sería ilógico rechazarlo solo por una razón tan tonta como la química. Después de todo, todas las parejas a la larga se enfriaban, y perdían el deseo mutuo con el paso de los años. No tenía sentido dejar pasar una buena oportunidad como Michael solo porque sus besos no la hacían sentir como una adolescente cachonda.

El beso se tornaba más profundo, y la mente de Marina buscó al hombre ruso de la galería. Tal vez como un mecanismo de defensa, pero se encontró fantaseando con que era él quien la besaba, quien rozaba su lengua con la suya de una manera que la

hacía temblar. Se sintió culpable, pero no se detuvo. Ahora las manos de Michael se deslizaban por su cuerpo, para buscar masajearle un pecho por encima del vestido. Marina se encontró soltando un gemido dentro de su boca mientras él la masajeaba, y el beso se tornó más apasionado.

—¿Pasamos la noche juntos? —ofreció Michael con un jadeo contra sus labios.

Marina aceptó. Se acomodó el vestido y abrió la puerta del auto, mientras los dos entraban al edificio, a ella le pareció que alguien estaba vigilándola entre las sombras. Una figura alta de pie junto a un automóvil aparcado. ¿Acaso una persona la había espiado mientras ella se besaba con Michael? O tal vez era tan solo alguien esperando a otra persona.

Pronto alejó ese pensamiento tonto: tenía cosas más importantes que la preocupaban. Una vez dentro de su apartamento, Michael se apresuró a desvestirla entre besos apasionados. Pero no importaba cuanto él se esforzaba en estimularla, su cuerpo no reaccionaba. Aunque por fuera ella gemía y le devolvía los besos y las caricias, en el fondo, se sentía algo decepcionada, y no dejaba de dudar con respecto a su decisión. Pero ya era muy tarde para decir que no: los dos estaban desnudos en su habitación.

Solo cuando ella recordaba esos ojos de hielo, esa sonrisa algo maligna, y esos hombros anchos de postura dominante, su cuerpo reaccionaba. Solo en esos momentos se humedecía y gozaba como Michael la penetraba, imaginando que era aquel hombre ruso el que la estaba follando con pasión.

Tal vez una buena noche de sexo sea lo que necesito para olvidarme de ese tipo, se dijo a sí misma.

Michael tal vez había cambiado: tal vez ahora tenía un trabajo

estable, un buen salario y una actitud sobria y sensible. Pero en la cama, seguía siendo el mismo egoísta. Seguía apresurándose en penetrarla en lugar de tomarse su tiempo para estimularla. Seguía olvidando cuáles eran sus zonas erógenas, y seguía siendo el mismo hombre que embestía con fuerza en su interior a la hora de follar, a un ritmo torpe y desparejo.

Y de nuevo, el recuerdo del hombre ruso acudió al rescate de Marina. Cuando ella imaginaba que era él quien la estaba follando, duro, penetrándola hasta lo más profundo de su ser sin piedad, que era su polla la que vibraba contra sus músculos internos, que eran sus labios los que le mordisqueaban el cuello y los pezones, entonces su cuerpo experimentaba una eufórica ola de placer. Pero aquello la hacía sentir culpable, así que borró al extraño de sus pensamientos y se concentró en Michael.

Marina se encontró fingiendo un orgasmo, como había hecho tantas veces durante su matrimonio. Volvió a repetirse que preocuparse por aquellas cosas era trivial. Ya era una mujer lo suficientemente madura e inteligente como para darle tanta importancia al sexo. Lo importante era la compañía, el apoyo emocional que un hombre podía brindarte. Antes quizás, cuando ella era más joven, le hubiera molestado fingir orgasmos. Ahora, no le importaba fingir siempre y cuando Michael pudiera proveerle cariño y apoyo sinceros.

Para la madrugada, Michael dormía abrazado a ella, y Marina no podía conciliar el sueño.

Se decía a sí misma que debía sentirse aliviada, que todo estaba saliendo bien. Michael finalmente había madurado y los dos iban a crear una vida juntos. Pero una parte de ella no lograba alegrarse con sinceridad.

Una parte de ella seguía intrigada con el hombre del museo.

Capítulo tres

La noche de la inauguración finalmente llegó, y la galería de arte estaba iluminada con luces suaves que resaltaban la belleza de la exposición de arte bizantino. Afuera era una noche gélida, con los copos de nieve revoloteando sobre un cielo ya teñido de negro, pero adentro del museo el clima estaba preciosamente cálido. Tal vez demasiado cálido para Marina, cuyos nervios ya la estaban haciendo sudar. El evento tan ansiado, por el que había trabajado durante meses, estaba desplegándose frente a sus ojos, y como curadora principal su deber era que todo resultara perfecto, Ataviada en unos tacones de vértigo y un delicado pero elegante vestido negro, Marina se movía entre los invitados con gracia y profesionalismo, saludando a todos y compartiendo su entusiasmo

por la muestra que había estado preparando con tanto cuidado.

Su corazón latía acelerado, en esa exquisita mezcla de ansiedad pero a la vez felicidad por estar dedicándose a aquello que amaba.

Cuando encontró el momento de tomarse un respiro entre conversaciones superficiales y apretones de mano, vio a Katya a su lado.

—Tómate un descanso, ¿sí? —le aconsejó su fiel amiga y asistente, ofreciéndole una copa de champagne—. Bebe, un poco de gasolina para rellenar el tanque.

Marina bebió, sus ojos dando un vistazo rápido al salón donde los invitados sonreían y admiraban las obras en exhibición.

—Todo está saliendo bien, ¿no?

—Mucho mejor que bien —le reafirmó su amiga.—Relájate un poco, no sé cómo lo haces.

—No lo cambiaría por nada del mundo —sonrió Marina. No le importaban las eternas jornadas en el museo, los interminables trámites, llamadas telefónicas y correos electrónicos, las noches de insomnio y las jaquecas y dolores de ojo restaurando obras. Amaba esa adrenalina que en ese momento galopaba por sus venas; para eso había nacido.

Sin embargo, había una nube que ensombrecía la felicidad de aquella noche. Marina miró con el rabillo del ojo hacia la barra, donde Michael bebía solo, su figura envuelta en un traje gris oscuro encorvada sobre el taburete.

Casi se arrepintió de haberlo invitado: desde que él había llegado su comportamiento era extraño y distante. Pero, ¿qué había hecho mal ella? Ambos habían decidido reanudar su relación, ¿había hecho mal en invitarlo? Marina sabía que a él siempre le había aburrido el arte, pero, ¿por qué esa noche

deambulaba por el salón, bebiendo e ignorándola? De tanto en tanto Michael estrechaba alguna mano e intercambiaba palabras con algún invitado, pero cada vez que Marina lo miraba o le sonreía, él evitaba el contacto visual. Parecía molesto por algo, incluso hasta asustado.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Katya con disgusto cuando descubrió a Michael a la distancia.

—No seas así —la regañó Marina—. Yo lo he invitado. Es mi pareja ahora.

—Bueno, pero ¿qué le pasa?

—No lo sé —suspiró Marina, y apuró su copa de champagne—. Ha estado distante toda la noche.

—Ay, Marina —se lamentó Katya—, no entiendo por qué una mujer inteligente y profesional como tú le da una segunda oportunidad a un tarado como él.

—No hables así de Michael. Está haciendo un gran sacrificio por mí al venir aquí esta noche: no sabes lo aburrido que es el arte para él.

—Para estar aquí con esa cara de amargo mejor se hubiera quedado en casa.

—Déjalo en paz —murmuró Marina, agotada. Aunque una parte de ella estaba de acuerdo con su amiga. Invitar a Michael había sido un error.

—¿Sabes lo que pasa? A los hombres inseguros les da miedo una mujer exitosa. Los hace sentir más inseguros. Y esta noche tú eres la estrella, no él. Si te amara, estaría a tu lado,apoyándote.

—Está a mi lado, está aquí ¿no?

—Necesitas un hombre mejor. Un hombre de verdad. —Katya apartó la vista hacia el salón y de pronto sus ojos se abrieron con

asombro, sus labios formando una sonrisa lasciva—. Alguien como él, ¡madre mía! ¿De dónde ha salido ese hombre?

—Recuerda que vas a casarte —rio Marina, pero cuando quiso ver a quien estaba mirando su amiga, la sonrisa se borró de su rostro.

A escasos metros de distancia, el hombre ruso misterioso estaba allí nuevamente, como si el destino hubiera conspirado para que se encontraran. Su mirada se encontró con la de él y una corriente eléctrica pareció recorrer su piel. Incapaz de resistir la curiosidad, Marina se dirigió hacia él, ignorando momentáneamente la multitud y las expectativas de la noche. Vestía un entallado traje negro, que modelaba espectacularmente su alta figura, y llevaba las manos en los bolsillos. Aun en esa postura tan informal, aquel hombre transmitía elegancia y respeto. A medida que se acercaba, Marina admiró esos hombros anchos y ese cabello que bajo las luces artificiales de la galería parecía de oro puro. De nuevo, una invasión de cosquillas atacó a Marina, desde las puntas de los pies hasta sus sienes. Una mezcla deliciosa de anticipación, euforia y adrenalina, palpitaba en su pecho y entre sus piernas. él giró el rostro, casi como si pudiera sentirla acercarse, y sonrió sin perder su aura dominante y masculina. Cuando ya estuvieron a centímetros de distancia, el hombre la saludó con una sonrisa cálida y un gesto de cabeza.

—Nos volvemos a encontrar —dijo él, su voz profunda y cargada de una misteriosa sensualidad.

—Es una sorpresa agradable —respondió Marina, sintiendo una emoción inusual en su interior. ¿Por qué estaba hablando con aquel extraño, en lugar de con Michael?

Pero no podía dejar de mirarlo.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo. —Él fijó sus cristalinos ojos en Marina—. La belleza merece ser adorada.

Un destello salvaje en su mirada hizo que Marina se estremeciera. Tragó saliva y alejó la vista hacia la pintura de la Virgen María que colgaba frente a ellos.

—Debo admitir que he estado esperando esta noche desde que nos conocimos —agregó él, multiplicando la ansiedad en el interior de Marina.

Pero era una ansiedad buena, adictiva,una que jamás había experimentado durante sus años de casada. Y a pesar de sentirse algo culpable, ella se dejó ir en ese misterio sensual y placentero. En secreto disfrutaba que un hombre como él le prestara atención.

—¿De veras? —murmuró ella, y se sintió como una colegiala tonta.

Él volvió a mirarla.

—De veras. No todos los días tengo el privilegio de contemplar algo tan bello.

Está hablando de la pintura, se dijo ella para sus adentros. Era una estúpida si realmente creía que él estaba coqueteando con ella. Y tal vez era para lo mejor. Se aclaró la garganta y miró de nuevo la pintura.

—Me alegra saberlo. ¿Te ha impresionado la muestra hasta ahora?

El hombre asintió mientras observaba las obras de arte bizantino.

—El arte es una ventana a la historia y la cultura. Esta exposición es un testimonio de la rica herencia que tenemos.

Marina ponderó las palabras de ese hombre.

—Suenas como un hombre muy patriótico —ella soltó una

risita, y se encontró intrigada por saber más sobre ese hombre misterioso.

—Lo soy —respondió él, serio, y volvió a dedicarle una mirada capaz de desarmarla—. Esta tierra habrá sido cruel conmigo, pero sigue siendo mi madre.

—Oh, no quise sonar ofensiva —se disculpó ella—. Aunque no he nacido aquí, he llegado a amar Rusia como mi propia patria.

—Sí, —sonrió él—. Puedo notar tu amor. También puedo notar soledad en ti, a pesar de ese amor innegable.

Ahora vulnerable y algo incómoda, Marina desvió la mirada, y la conversación, hacia la pintura.

—Nadie que aprecie el arte puede sentirse realmente solo cuando contempla una obra así. —Ella soltó un suspiro—. Creo que el arte tiene el poder de conectar a las personas con épocas pasadas y emociones universales.

—Estoy de acuerdo —asintió él.

Durante un momento, sus miradas se encontraron, y en ese instante, Marina sintió una conexión profunda con el hombre. Era como si estuvieran compartiendo algo más allá de las palabras, algo que solo podía entenderse a través de la mirada. De nuevo se encontró incómoda de sentir algo así por un hombre que no fuera Michael. Se sintió casi como si le estuviera siendo infiel.

—¿Y tú? ¿Qué opinas de esta obra?— preguntó Marina, tratando de desviar sus pensamientos hacia el arte. Decidió poner a prueba al hombre, y señaló una pintura en particular, un retrato de la Virgen María que era su favorito. Detrás del hermoso rostro, que emanaba una delicadeza maternal, se alzaba un halo de pigmentos de oro. Por el rabillo del ojo, Marina se deleitó estudiando el perfil del hombre, que a su vez estudiaba la pintura

en silencio mientras ponderaba sus próximas palabras con un cuidado misterioso.

—La serenidad en su rostro es realmente conmovedora, pero hay algo más: esta pintura muestra a la Virgen María de una forma diferente a la mayoría de sus retratos. Aquí no solo vemos a la madre rebosante de amor y cuidado por su niño, sino que también podemos apreciar su tristeza; su soledad por el futuro sacrificio de su hijo. Esta pintura no solo nos muestra a la Santa sino también a la mujer de carne y hueso; capaz de sentir amor,ternura, compasión, pero también miedo, tristeza y soledad. Y aun así, tiene la fortaleza que solo pocas mujeres ostentan hoy en día, la fortaleza para que esos sentimientos devastadores no la venzan. La capacidad de encontrar fortaleza en la ternura. —Volvió a mirarla—. Eso es lo que opino. Tal vez estoy equivocado: no soy experto en arte. Pero al ver los ojos de esa mujer, veo una fortaleza increíble. Es imposible no sentirse conmovido por ella.

A Marina le temblaron las rodillas.

—¿Sabes? Es extraño —murmuró con el corazón acelerado—. Esta es mi pintura favorita, y es la primera vez que escucho a alguien articular mis pensamientos en voz alta.

El hombre la miró con sus ojos intensos, y Marina estaba a punto de preguntarle su nombre cuando uno de sus superiores del museo la llamó a la distancia.

—Lo siento, debo irme —se disculpó ella. Alejarse de aquel hombre con el que experimentaba una química avasallante le provocaba casi dolor físico: quería seguir compartiendo con él, hablando, riendo, conociéndolo. Pero el deber la llamaba, y además, una parte de ella sabía que esto estaba mal.

—No es necesario disculparse, señorita —sonrió el hombre ruso

—. Nos volveremos a ver.

En secreto, Marina deseó con todas sus fuerzas que aquello fuera cierto. Y lo más pronto posible.Acudió al encuentro de su jefe y estrechó la mano del socio comercial que le presentó. Compartió brindis y charlas superficiales con un par de invitados más, y con cada palabra vana que cruzaba, se daba cuenta de cuánto ansiaba una conversación profunda como la que aquel misterioso extraño le había brindado en forma desinteresada. Aquellos minutos que intercambió con él fueron los más estimulantes en los últimos meses. Quizás en los últimos años. ¿Por qué un completo desconocido tenía tanto poder, tanto magnetismo sobre ella? Le daba miedo la respuesta. Se paseó un poco más por la galería repartiendo sonrisas y saludos con otros invitados, y en secreto ansió volver a cruzarse con él. Pero no lo encontró: el irresistible hombre parecía haberse esfumado.

A pesar de la desilusión, Marina trató de convencerse de que tal vez aquello era lo mejor. Ese hombre ostentaba un aura de peligro tan magnética como él. No importaba que tan buen mozo, sexy, culto e inteligente resultaba: lo mejor era mantenerse alejada de él. Ella estaba en un punto de su vida en la cual necesitaba estabilidad. Michael era estabilidad, no ese hombre desconocido. Marina vació su copa de champagne de un sorbo y se esforzó al máximo para convencerse a sí misma. Lo mejor era olvidar a aquel hombre.

Pero Michael también parecía haber desaparecido, y durante más de un cuarto de hora Marina deambuló sola entre los invitados, y sintió su soledad amplificarse.

Aun rodeada de personas estoy sola, se dijo a sí misma, y sus ojos giraron de nuevo hacia la pintura de la Virgen María. Tan

espléndidamente bella con su halo de oro puro, tan serena, tan sagrada. Y a la vez tan sola frente a la tristeza.

Marina sintió las lágrimas amenazar con asomar, y unos pasos acercándose a ella la trajeron de nuevo a la realidad. Eran unos pasos masculinos, de zapatos de cuero retumbando sobre el piso de linóleo. Durante un segundo ella se ilusionó con ver de nuevo al extraño, pero al girar el cuello encontró a Michael. La decepción la tomó por sorpresa, pero fingió una sonrisa educada.

Por su parte, Michael lucía decaído, y como si hubiera bebido de más.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella en voz baja, sin desdibujar la sonrisa falsa en sus labios.

—Sabes que el arte no es para mí —respondió él, y Marina confirmó que Michael había bebido demasiado. Su aliento apestaba.

—Prometiste acompañarme, y sin embargo me has dejado sola toda la noche —insistió ella, y de nuevo los fantasmas del pasado la acosaban. Fantasmas de Michael decepcionándola, pensando en nadie más que en sí mismo, traicionándola. Hiriéndola.

Miró los ojos de su exmarido, y fue evidente que él no la amaba. Nunca la había amado, y tampoco lo hacía ahora. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Separó sus labios para hablar, pero él la interrumpió.

—Lo siento, Marina, no puedo hacer esto —dijo. Y antes de que ella pudiera responderle, Michael desapareció entre los invitados.

Marina necesitó de toda su fuerza de voluntad para no llorar. Pero no eran lágrimas de tristeza o desamor, sino de rabia. De odio hacia sí misma por haber sido tan inocente y patética. De pronto se encontró desnuda y vulnerable contra el mundo, Desamparada.

Pero esa sensación no iba a abatirla. Recordó dónde estaba: recordó el trabajo y la pasión puestas en la exhibición de esa noche, y utilizó todas sus fuerzas para reponerse. Aunque sea en el exterior. Apretó los dientes, bebió otra copa de champagne y fingió otra sonrisa. Se concentró en su trabajo para olvidar el dolor,la táctica que había usado toda su vida. Y pasó las últimas horas de la exhibición con una sonrisa plástica y rígida en sus labios, fingiendo que todo estaba bien cuando solo deseaba gritar por dentro.

La noche transcurrió y Marina logró mostrarse ante sus colegas e invitados con total profesionalidad, ocultando con maestría la angustia que la carcomía por dentro. No volvió a ver a Michael, pero tampoco al hombre misterioso. Una parte de ella ansiaba verlo: lo necesitaba casi como una cura, un alivio para su desazón. Sin embargo, conforme pasaban las horas ella se convencía, cada vez más, de que volver a verlo era una locura.

La velada se le hizo eterna, y sus pies estaban doloridos gracias a los tacones. Cerca de la medianoche, todos los invitados se habían retirado y la galería estaba vacía. Marina soltó un suspiro y se quitó los tacones, caminó descalza por la galería, sintiendo el frío linóleo bajo sus plantas y ansiando dormir cinco días seguidos. Pero también sabía que, por más cansada que estuviera, esa noche no podría conciliar el sueño. Buscó su abrigo, se lo colocó sobre los hombros y se encaminó hacia la salida. Ahora que estaba sola de nuevo, las preocupaciones la agobiaban. ¿Cómo estaba su situación con Michael?,¿A qué se había referido él con “no puedo hacer esto”?, ¿Por qué se había comportado tan distante toda la noche? En realidad, aquella conducta no la sorprendía del todo: Michael siempre había odiado quedar en segundo plano con

respeto a ella. Marina siempre había sospechado que él la envidiaba un poco por su éxito profesional. Pero entonces, ¿por qué la había buscado? ¿Por qué le había prácticamente rogado por una segunda chance, si después iba a seguir actuando de la misma forma que destruyó su matrimonio? Con cada paso que Marina daba, la rabia caldeaba con más intensidad en su corazón. Cuando finalmente atravesó la salida del museo, una pacífica nevada caía del cielo renegrido. Marina alzó la vista hacia las estrellas, y vio el vapor blancuzco de su aliento danzar con los copos que danzaban en el aire.

Y unos metros más adelante, Michael la esperaba fumando junto al auto. Engarzaron miradas a la distancia, y él rompió el contacto visual. Lucía encorvado y culpable, y Marina sintió su furia arder con más ímpetu. Mientras ella avanzaba hacia él se repetía que no debía ser impulsiva. Su voz interior le decía que no le diera otra oportunidad (¡ya una tercera!), que mandara a Michael a la mismísima mierda. tal como Katya le había dicho. tal como su propia intuición le había gritado, pero otra parte de ella, la parte más insegura, la parte que odiaba estar sola, le decía que mejor ser conciliadora. De nada servía ser tan agresiva. Por lo menos, debía darle a Michael la oportunidad de explicarse.

Cuando estuvieron cara a cara, él hizo silencio y bajó la mirada hacia sus propios pies hundidos en la nieve.

—¿Bueno? —le espetó ella, incapaz de ocultar la rabia en su voz—. ¿Por qué mierda has actuado así, por qué me has dejado sola toda la noche?

Michael apartó la vista hacia un lado.

—Marina…yo…lo siento.

Esas palabras, murmuradas de una forma tan lastimosa, solo

encendieron más su furia.

—¿Crees que vas a arreglar todo con un “lo siento”? —Su voz sonaba cada vez más alta, aunque Marina odiaba gritar—. ¡No lo comprendo! Tú viniste a mí, Michael. ¿Para que me rogaste volver a estar juntos cuando claramente no tienes voluntad de cambiar! Sigues haciendo lo mismo…

Y de pronto Marina hizo silencio. Algo no estaba bien. Algo en la mirada culpable y asustada de Michael le advertía que faltaba una pieza en este rompecabezas. Había algo que ella no sabía… algo que iba más allá de la exhibición y unos simples celos de su exmarido.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella de nuevo, esta vez con voz baja y aparentemente calma. Por dentro, su corazón había comenzado a acelerarse.

Michael volvió a mirarla con esa expresión patética, y sacudió la cabeza.

—Perdóname, Marina. Te ruego que me perdones.

Una punzada de miedo se clavó en su pecho: nunca había visto a Michael así. Ni siquiera en sus peores días. Él estaba realmente asustado,pero, ¿de qué?

—Michael, ¿de qué estás hablando?¿Qué está ocurriendo?

Su exmarido ni sierra llegó a responder: pronto una mano masculina le cubrió la boca a Marina, y otro brazo la envolvía, inmovilizándola. La adrenalina bombeaba duro en todo su cuerpo, dando lugar al pánico, pero Marina decidió no rendirse ante él, aunque su mente no alcanzaba a comprender qué estaba ocurriendo. Solo podía sentir varios brazos intentando capturarla, levantarla del piso. Mordió la mano que le aprisionaba la boca, pero pronto otra mano le cubrió el rostro. Esta vez con un pañuelo

que despedía un olor fuerte, ácido. Ella siguió luchando, pateando, forcejeando mientras unas voces masculinas gritaban maldiciones en ruso, pero pronto sus brazos y piernas comenzaron a perder fuerza. Estaba tan débil que apenas podía pelear, y su mente daba vueltas en la oscuridad. Sintió que sus captores lograron levantarla del piso y luego la dejaron caer, pero no en la nieve, sino en una superficie lisa y cálida. Olía a un desodorante para autos. Marina quiso luchar, pero sintió que iba a desmayarse, y lo último que escuchó antes de desvanecerse fue una puerta cerrándose con fuerza, y Michael sollozando una vez más: “Perdóname”.

Capítulo cuatro

Cuando despertó, Marina no supo dónde se encontraba, ni cuánto tiempo había transcurrido. Una suave venda en sus ojos hacía que todo fuera una oscuridad profunda, pero podía percibir que el clima era cálido: estaba en un lugar cerrado. Pero, ¿dónde? ¿Por qué?

Poco a poco fue regresando a la realidad: recordó brevemente la inauguración en la galería, discusión con Michael…la conversación con el atractivo hombre ruso. Y luego, la confusión. Los secuestradores vendando sus ojos y sometiéndola, a pesar de sus inútiles forcejeos. Y después, la oscuridad. El desmayo en lo que Marina supuso era un auto en fuga.

Los músculos le dolían, pero supo que no estaba herida. la oscuridad la rodeaba, pero pronto notó que ya no tenía la venda en sus ojos. Abrió los párpados y la sorprendió encontrarse en un lujoso dormitorio, de amplios ventanales. Mientras regresaba de su sopor, también descubrió que estaba acostada sobre un mullido colchón king size. Todavía tenía puesto el vestido de la noche anterior, pero estaba descalza. Más allá de algún moretón fresco por su forcejeo con los secuestradores, no había ninguna herida en su cuerpo.

Y estaba sola.

Conforme sus ojos se acostumbraban de nuevo a la luz, estudió la habitación donde se encontraba. Miró hacia los ventanales, pero las cortinas le impedían ver hacia afuera, solo supo que ya era de mañana. Se apresuró a bajar de la cama, pero sus piernas estaban algo entumecidas y tropezó. Su cuerpo chocando contra el suelo de madera lustrada emitió un eco que reverberó por todo el dormitorio. Mientras Marina se levantaba, escuchó unas voces hablando en ruso por el corredor. Ella se apresuró hacia los ventanales y movió la cortina de terciopelo azabache con la punta de los dedos. Estaba en Moscú, pero no conocía el vecindario.

¿Dónde la habían llevado? ¿Y por qué? Claramente sus raptores eran de la Bratva…pero ¿por qué la mafia estaría interesada en una curadora de arte?

El pánico comenzó a anidar en su pecho, acelerándole el corazón y haciendo que la adrenalina bombeara hasta el último músculo de su cuerpo.

No, se dijo…No debo caer en la desesperación. Tampoco era el momento de buscar respuestas, sino de escapar. Viró la mirada hacia la puerta cerrada del dormitorio. Afuera, ahora las voces masculinas sonaban más altas, más cercanas. hablaban en ruso. pero además, ahora venían acompañadas de unos pasos cada vez más cercanos.

Marina sintió su corazón golpeando duro contra su pecho, y se dijo a sí misma que no debía temer. No debía dejar que el miedo la paralizara justo ahora. Ahora era su chance (quizás la única que tendría) de escapar, de ser libre. Tragó saliva y trató de calmar sus pensamientos enloquecidos por la ansiedad. Los pasos retumbaban cada vez más cerca, y supo que los hombres ya estaban detrás de la puerta.

Ella se acercó a la puerta por el lado izquierdo y se preparó para actuar rápido.El miedo que bombeaba en su pecho le recordó que era muy probable que aquellos hombres estuvieran armados, lo que le hizo reconsiderar su plan de escape. Intentó tragar saliva, y notó que el miedo le había secado la boca y la garganta.Era una locura que una mujer se enfrentara sola a un grupo de mafiosos rusos con armas de fuego, no importaba cuántos años de taekwondo tuviera encima. Pero aun así, quizás esta era su única oportunidad de ser libre de nuevo, y debía aprovecharla. Debía arriesgarse.

Los pasos resonaron más fuerte ahora, y supo que los hombres estaban detrás de la puerta, Podía oír sus voces retumbando del otro lado de la madera, y su corazón se aceleró todavía más por el

pánico. Marina controló su respiración, tratando de calmarse, y se concentró en contar cuántas voces eran. Entre la maraña de tensión y miedo, pudo reconocer a tres hombres diferentes, pero ¿si eran más? No había tiempo: debía actuar rápido.

La puerta se abrió y Marina dio un salto corto hacia atrás: se colocó en postura de guardia, con sus puños en alto protegiendo su rostro, y lanzó una patada al pecho de uno de los hombres. los otros dos, sorprendidos, se abalanzaron sobre ella. Marina lanzó un puñetazo al rostro de otro de sus captores, mientras oía al hombre golpeado maldecir en ruso en el suelo. Ella aprovechó el caos de la escena y la sorpresa de sus enemigos para huir. Arremetió hacia la puerta con el corazón acelerado, pero apenas pudo dar unos pasos por el corredor cuando otro de los hombres la sujetó con fuerza por detrás. Le envolvió el pecho con sus brazos, obligándola a levantar los pies del suelo.

En medio de la confusión de la pelea, Marina escuchó a uno de los hombres decir:

—¡Cuidado! El jefe se enfurecerá si la lastimamos.

¿Qué significaba eso? ¿Quién era el jefe? No era momento de intentar descifrarlo, sino de escapar. Y por alguna razón que a Marina la favorecía, estos hombres no estaban armados ni peleando al tope de sus capacidades.

Aterrada, pero decidida a no dejarse vencer, Marina comenzó a gritar y lanzar furiosas patadas. Logró patear a otro de los hombres que intentaban sujetarle las piernas, y el que la sujetaba aflojó un poco su agarre. En esa pequeña ventana de oportunidad, Marina mordió la mano del hombre con todas su fuerzas. con un grito de dolor, él la soltó. Ya libre, Marina le lanzó otra patada a uno de los rivales y huyó. Huyó por ese estrecho corredor con toda las

fuerzas que sus piernas le permitían: no tenía idea de dónde estaba, y la desesperación bombeaba en todo su cuerpo mientras ella intentaba encontrar la salida. Se sintió perdida en un laberinto, y con las voces y pasos de los rusos resonando cada vez más cerca de ella. El pánico volvió a apoderarse de ella cuando no podía encontrar la salida: en medio de la confusión, le pareció que estaba en una antigua casona del siglo dieciocho, pero restaurada. Con el corazón golpeándole duro contra las costillas divisó unas escaleras que conducían hacia abajo. Recordó la vista alta de Moscú que tenía desde el cuarto y supuso que necesitaba bajar para llegar al primer piso y por ende, a la salida. Descendió por las escaleras acaracoladas de reluciente roble pulido, y una vez en la planta baja confirmó que estaba en una casa antigua que había sido restaurada con el más exquisito de los gustos. Pero no encontraba la salida: Marina se encontró desubicada y asustada en medio de una sala de impecable mobiliario y gruesas cortinas de terciopelo oscuro que impedían ver para afuera.

Cuando creyó que el pánico iba a vencerla, escuchó los pasos apurados de sus captores reverberando por la escalera, cada vez más cerca. Giró y vio un grupo más grande hombres rodepandola; todos vistiendo trajes negros. Incluso divisó algún que otro tatuaje en las manos y cuellos. Aunque no tenía fuerzas para seguir peleando, Marina se dijo a sí misma que no la iban a vencer. Aun así, pronto sintió otro trapo húmedo cubriéndole la boca y la nariz con fuerza.Pateó y forcejeó como pudo, antes de que todo volviera a tornarse negro.

No supo cuántas horas transcurrieron hasta que se despertó. Todavía no había abierto los ojos, pero poco a poco los recuerdos recientes brotaron en su memoria. La pelea con sus castores

todavía retumbaba en sus músculos cansados y entumecidos, y la frustración por no haber podido escapar todavía la torturaba. Se sentía cansada y odiaba la incertidumbre, y durante un instante, Marina se sintió vencida: ¿cómo iba a hacer para escapar, cuando ni siquiera sabía dónde estaba? ¿Y por qué? ¿Por qué la habían secuestrado, por qué estaba ocurriendo todo esto?

Los deseos de llorar la embargaron, pero se repitió una vez más que iba a escapar. De alguna manera, iba a ser libre y superar todo esto. Respiró hondo y tomó consciencia de su cuerpo. De nuevo, estaba acostada en una cama, y no estaba herida a pesar del agotamiento que la pelea había dejado en sus músculos. pero esta vez había algo diferente: sus manos estaban atadas por encima de su cabeza; sus muñecas inmovilizadas con una soga a la cabecera de la cama. Al descubrir esto, Marina tuvo el impulso de forcejear, pero no pudo liberarse. Los nudos que atravesaban sus muñecas no le causaban dolor, pero estaban lo suficientemente ajustados como para no dejarla soltarse con facilidad. Recién en ese momento abrió los ojos: lo primero que hizo fue girar el cuello y ver sus propias manos atadas por encima de su cabeza, bien sujetas a la lujosa cabecera de una cama. Su visión todavía estaba algo borrosa, pero le pareció que estaba en el mismo dormitorio de antes, de grandes ventanales arqueados, opulentos cortinajes y altísimos techos. De pronto, Marina percibió que no estaba sola, y su corazón se celebró con miedo una vez más.

—Vaya, vaya. —Una profunda voz de barítono, con un dejo algo rasposo, perforó el silencio—, al fin ha despertado la bella durmiente.

Al oír esa voz, Marina miró hacia adelante. Su corazón dio otro vuelco al encontrarse cara a cara con el mismo hombre ruso que

había visto en la exhibición. Él estaba de pie junto a la cama, con las manos elegantemente guardadas en los bolsillos de su pantalón negro. Tan negro como su camisa de la más fina seda, y que dejaba ver un irresistible destello de su pecho gracias a los dos ultimos botones abiertos. Al verlo, Marina pensó que una parte de ella no se encontraba sorprendida: de hecho, de alguna manera, todo cobraba sentido ahora. La furia ardió dentro de su pecho, al punto de que ella se sintió estallar, y cuando el hombre le dedicó una sardónica sonrisa de lado, Marina creyó que las llamas de su rabia iban a consumirla viva. No pudo evitar el impulso de forcejear entre sus ataduras, de patear en el aire y lanzar gruñidos de rabia entre dientes. Pero todo era en vano, las sogas no se aflojaban de sus muñecas y ella estaba inmovilizada en la cama.

—Shh, si sigues forcejeando vas a lastimarte —susurró él en un tono reconfortante. Pero Marina no se sintió reconfortada. jadeante y con el aliento entrecortado, vio cómo el hombre ruso avanzó unos pasos y se sentó a su lado en la cama—. hemos tenido que atarte porque eres una verdadera bestia salvaje.

Al decir esta última frase, volvió a sonreír, satisfecho. Y con la yema de sus dedos acarició con suavidad la cara interna del brazo de Marina.

—No queremos que te lastimes esa hermosa piel.

Una corriente eléctrica la recorrió, a pesar de lo efímero y sutil de su caricia, y ella sintió sus interiores retorcerse una vez más, su rabia amplificada por mil. Deseaba tener las manos libres para darle un buen puñetazo en la cara a ese desgraciado, pero al no poder hacerlo, se conformó con lanzarle un escupitajo.

—Suéltame, hijo de puta…

Lejos de sentirse ofendido o amenazado, el hombre sonrió

todavía más, y se limpió el rostro con el revés de la mano.

—Muy hermosa, pero te comportas muy mal. Creo que necesitarás aprender algo de disciplina.

Al decir esto, Marina sintió una punzada de miedo, y hasta casi se arrepintió por su exabrupto.¿Qué iba a hacerle aquel monstruo? Recordó que estaba a la merced de él, maniatada, y que en cualquier momento ese hombre tenía el poder para golpearla, o peor…sacar un arma y dispararle. Recordó que estaba lidiando con la mafia, y se dijo que debía ser inteligente y no impulsiva para sobrevivir.

Sin embargo, el hombre ruso no demostró ninguna actitud violenta. Ni siquiera su voz perdía su tono acaramelado y seductor. Inclinó su torso hacia Marina, y ella pudo sentir cómo el aroma amaderado de su piel la envolvía. Era extrañamente placentero y acogedor, a pesar de la situación.

Miró a los ojos de aquel hombre: tan profundos, tan cristalinos…y sintió otra punzada atacándola en su interior, pero esta vez no era miedo ...era algo..diferente. indescriptible. Como una ola de hormigueos calientes recorriendo hasta la última porción de su piel. De alguna manera él lo supo, y su sonrisa se tornó más arrogante y descarada. Volvió a recorrer el brazo de marina con la yema de sus dedos, un toque tan sutil, y aún así tan eléctrico. le acarició la cara interna del brazo y descendió con lentitud hacia la cara interna del antebrazo, despertándole todo tipo de escalofríos y cosquillas. Marina no pudo evitar juntar sus piernas y frotarlas, los dedos de los pies curvados hacia adentro.

—Verás, soy un hombre exigente. Difícil de complacer —dijo él mientras continuaba sus caricias tortuosas. Ahora las yemas de sus dedos apartaron un mechón de cabello del cuello de Marina. Al

sentir el índice en su cuello, ella no pudo evitar lanzar un gemido vergonzoso. Él sonrió todavía más—. Para mí no es suficiente con que una mujer sea hermosa. Con la belleza exterior solo se conforma un hombre mediocre, inseguro. Y como podrás comprobar, yo soy de todo menos eso.

Le acarició el cuello con dedos tiernos, y se lo rodeó. Pero no hizo presión alrededor del cuello del Marina, tan solo lo rodeó con dedos suaves, mostrando su poder pero sin oprimir. Luego descendió con calma por su torso, ahora recorriendo las clavículas con caricias sutiles. Marina sentía que iba a estallar.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, jadeante.

—Pues, ¿no es obvio? —sonrió él—. A ti.

Marina quiso responder, una mezcla de rabia con orgullo ardiendo en su pecho. Pero también había algo más; algo peligroso, desconocido y atrayente. Por algún motivo que Marina no lograba comprender, no estaba tan asustada como debería en una situación así. A pesar de estar maniatada a merced de un extraño, una parte de ella sentía que tenía el control de la situación, y los dedos de ese hombre recorriendo su cuerpo con una suavidad tortuosa la elevaba al límite. Ahora las yemas de sus dedos jugueteaban con la carne entre sus pechos, recorriendo esa curva sin llegar a tocarla realmente, pero Marina podía sentir esas manos en lo más profundo de ella. Con vergüenza, notó que su clítoris comenzaba a palpitar con fuerza, las pulsaciones torturándola mientras ese hombre pretendía acariciarla sin llegar a tocarla. Ese juego solo encendía más sus deseos, volviéndola loca. Clavó su mirada en los ojos de hielo de aquel hombre, desafiándolo, demostrándole que ella no se daría por vencida. Su mirada era fría y ardiente al mismo tiempo, y Marina sintió otro

cosquilleo enloquecedor entre sus piernas. El hombre parecía disfrutar esa silenciosa lucha de poder, y sus labios se curvaron en una media sonrisa irresistible.

—No me toques, hijo de puta —dijo ella entre dientes. Apenas podía respirar con la ola de palpitaciones que recorrían todo su cuerpo. Su carne ardía tanto que se encontró apretando las piernas, rozando los muslos para intentar reprimir los latidos en su clítoris.

—Oh, pero no te estoy tocando —dijo él, los dedos rozándole el cuerpo. Sus ojos viraron hacia su entrepierna—. De hecho, parece que deseas que te toque.Te estás retorciendo mucho…

Marina quiso escupirlo de nuevo, pero cuando separó los labios un gemido vergonzoso se le escapó de los labios. El hombre sonrió algo asombrado, y ella sintió el ardor subir por sus mejillas.

—Parece que disfrutas estar atada…no me esperaba eso —suspiró él con su voz de barítono—. Parece que realmente deseas que te toque.

Marina sintió su corazón a punto de reventar.

—Tú has planeado todo esto —jadeó ella—. Desde un principio…la galería…la exhibición…

—Te equivocas, yo no lo he planeado —dijo él, sin despegar su mirada de hielo del cuerpo de Marina—. No me has respondido, ¿quieres que te toque o no?

—¿Cómo que no lo has planeado? —jadeó de nuevo, La cabeza le daba vueltas, toda su carne ardía y apenas podía ordenar sus pensamientos—. Tú me has secuestrado.

—Yo no —respondió con fingida inocencia—. Mis subordinados te han secuestrado. —Deslizó las manos por la cara interna de sus muslos, y al sentir ese calor Marina se estremeció. No pudo contener un gemido de placer escapando de sus labios. Él

sonrió, satisfecho—. Si no quieres que te toque, dilo, y me detengo al instante.

Marina apretó los dientes. Aunque odiaba admitirlo, ese tacto se sentía tan bien.

—Imbécil…¡me han secuestrado porque tú se los has ordenado! —Contuvo otro gemido; el placer era demasiado intenso. Y al mismo tiempo, le avergonzaba disfrutar las caricias lascivas de ese desconocido.Pero sus manos eran tan ágiles, sus dedos tan sedosos y expertos, y su sonrisa tan dominante y atractiva.

—Eso no es verdad —dijo él con otro susurro ronco, que Marina sintió retumbar entre sus piernas, multiplicando esos latidos desesperados.

Agobiada por el calor y el deseo que ardía en su interior, Marina intentó mantener la cordura y procesar las palabras de aquel hombre. ¿Acaso le estaba mintiendo?

—Tú…—jadeó, intentando disimular los gemidos que estaba a punto de escaparle de la boca—..tú me has…secuestrado…

—¿Por qué te cuesta tanto hablar? —preguntó él con una sonrisa maligna—. ¿Acaso te gusta cómo te estoy tocando? —Sus dedos ascendieron por la cara interna de su muslo, provocando carne de gallina, y Marina se mordió los labios. ël se detuvo, y ella sintió deseos de gritar. El hombre volvió a sonreír, orgulloso y algo sádico—. Estás a punto de correrte, ¿no es cierto? Si quieres que te alivie, solo tienes que pedírmelo. Lo haré con gusto.

Marina apretó los párpados: estaba mal. Esto estaba mal, pero su clítoris palpitaba tan fuerte que casi dolía, y se sentía empapada entre las piernas. Nunca se había sentido tan excitada en toda su vida, pero ¿por qué? ¿Acaso eran las sogas aprisionando sus muñecas, el peligro de toda la situación? ¿Encontrarse

completamente sumisa ante aquel hombre? Y no se podía negar el hecho de que ese extraño era uno de los hombres más atractivos que había visto jamás.

Aun así, estaba mal…estaba mal que se excitara tanto en una situación tan peligrosa como aquella. Pero cuando Marina se topó de nuevo con esos profundos ojos como dos piezas de hielos eco, tan fríos y ardientes al mismo tiempo, y sintió el calor de las yemas de sus dedos contra sus muslos húmedos y temblorosos, nada de eso le importo. Solo le importaba sentir placer, conseguir algo de alivio para los latidos furiosos entre sus piernas.

—Bien —respondió ella entre dientes—. Termina lo que has comenzado.

—¿Quieres mantener el control hasta el final? —El ruso curvó su sonrisa todavía más, y sus ojos resplandecieron como los de un demonio. Marina gimió de nuevo cuando la mano de él subió hasta su clítoris, y comenzó a masajear con lentos y deliciosos movimientos circulares. Aun con la ropa interior como barrera, sus dedos se sentían como una bendición, y Marina se encontró arqueando la espalda en contra de su voluntad y echando el cuello hacia atrás para expulsar otro gemido.

—Pero no eres tú la que tiene el control ahora —decía él mientras la masturbaba—. Mejor lo comprendes pronto. Aunque creo que una parte tuya ya lo sabe, y eso le gusta. te gusta estar bajo mi poder, ¿no es cierto?

Marina apretó los dientes: el placer era inmenso, y las palabras de ese hombre, pronunciadas en esa voz tan grave y profunda, solo la acercaban más y más rápido al orgasmo. Los dedos de él giraban en torno a su clítoris cada vez más rápido, y ella solo podía retorcerse bajo sus ataduras y gemir.

—¿Quién eres? —masculló Marina entre dientes. No tuvo respuesta, pero sus movimientos se tornaron más briosos y apasionados, y ella supo que su orgasmo ya estaba palpitando entre sus piernas. Aun así, utilizó la poca fuerza de voluntad y autocontrol que le quedaba para volver a preguntar—. ¿Por qué estás haciendo todo esto?

—Porque tú me lo has pedido —respondió él con otro susurro ronco. Marina solo pudo jadear—. Mírate, no dejas de gozarlo.

Marina sintió la oleada final de placer golpearla: su orgasmo estaba explotando desde su interior, el ma intenso en toda su vid hasta ahora, y justo cuando estaba a puto de abandonarlo todo y entregarse a ese abismo…él se detuvo.

El hombre alejó la mano de su entrepierna con un movimiento rápido y frío, dejando a Marina frustrada y jadeante.

Todavía podía sentir sus muslos palpitando, los latidos en su clítoris ahora convirtiéndose en una desesperante frustración.

No pudo evitar soltar todo tipo de insultos, retorciéndose con más furia entre los nudos que sujetaban sus manos. Pero a él le parecía divertido verla protestar y patear la cama.

—Que te sirva de lección —dijo él, poniéndose de pie—. No me gustan las mujeres que desean una cosa pero dicen otra. De ahora en más, solo di lo que quieras sin vueltas.

—¡Quiero que me dejes ir! —gritó ella, todavía jadeante.

—Eres inteligente —murmuró él—, pero eso no es posible.

Al verlo encaminarse hacia la puerta, Marina sintió que su corazón iba a reventar.

—¡Dime quien eres! —exigió Marina—¿Por qué me secuestraste?

Lo vio girar sobre sus talones, su alta figura adquiriendo porte

majestuoso y aterrador. Pero Marina no sintió miedo cuando lo vio acercarse a la cama de nuevo, por algún extraño motivo, no sintió miedo. le daba más miedo quedarse sola de nuevo en ese cuarto tan amplio y tan blanco.

—No soy yo quien te ha secuestrado —dijo con tono solemne —. Dale gracias a tu ex marido por eso.

Notó que los labios del ruso se curvaron en una diminuta mueca de disgusto al mencionarlo, tan solo por un microsegundo.

—¿Michael? —pensó Marina en voz alta. Y ella también sintió disgusto. Disgusto de sí misma, por no haber visto a través de sus patrañas. Por haber caído en sus mentiras otra vez, como una idiota.

Vio que el hombre ruso asintió con la cabeza.

—Mi nombre es Iván Morozov, jefe de la familia Morozov —expresó con un tinte de orgullo, y Marina sintió otro escalofrío al oír ese nombre—. Me han acusado de muchas cosas a lo largo de mi vida, pero nunca de ser un mentiroso. Y no te he mentido antes: no fui yo quien te ha secuestrado, ni quién ha planeado nada de esto. A mí simplemente me han ofrecido un pago por una deuda. —La miró con ojos lascivos y volvió a sonreír. Marina sintió que los latidos en su clítoris volvían a despertar solo por esa mirada de hielo—. Normalmente no acepto pagos que no sean en efectivo, pero en este caso, he decidido aceptar—. Se llevó los dedos a la nariz, los mismos dedos con los que la había masturbado segundos atrás, y luego los saboreó—. Sabes delicioso.

Marina estaba a punto de rugir cuando vio a Iván encaminarse de nuevo hacia la puerta.

—¡Desátame! —aulló ella.

—Cuando aprendas a comportarte —respondió él sin mirarla,

antes de dar un portazo y dejarla de nuevo sola en ese cuarto de altísimas paredes níveas.

Capítulo cinco.

No supo en qué momento se quedó dormida. En sus sueños se mezclaban extrañas imágenes, del llamado telefónico con michael cuando la invitó a cenar, de la noche que pasó por él, de la inauguración en la galería…y los ojos de hielo de Iván Morozov siempre estaban acechándola como una bestia a su presa. También brilló ante sus ojos la pintura de la Virgen María, con sus partículas de oro trayendo alivio en un momentos de

incertidumbre, y revivió en sus sueños su encuentro con Iván en la noche de exhibición. Esa charla tan estimulante, donde por primera vez en años sintió una conexión genuina con otro ser humano. ¿Había sido todo una mentira?

¡Por supuesto que había sido una mentira! Un engaño, se dijo a sí misma conforme despertaba y regresaba a la conciencia. Y Michael….había caído otra vez en las mentiras de Michael. por supuesto que no había cambiado…el desgraciado la había ofrecido como pago a la Bratva.

Pero también desfilaban en su memoria los dedos de Iván dándole placer, sus ojos devorándola y su presencia brindándole un gozo tan intenso como peligroso, uno que jamás había experimentado en toda su vida.

La terminaron de despertar unos suaves tirones en sus muñecas. Percibió que alguien la estaba desatando, alguien por fin la estaba liberando. Abrió los párpados de prisa, y durante unos breves instantes la luz de la mañana la encegueció. Mientras sus ojos se acostumbraban de nuevo a la luz del sol,una parte de ella se encontró deseando ver de nuevo a Iván Morozov. Deseó que fueran sus manos las que estaban desatando las suyas, deseó volver a oír su voz acaramelada de barítono, deseó de nuevo ver esos ojos de hielo capaz de quemarla viva. Deseó de nuevo sentir esas manos poderosas entre sus piernas, esta vez empujándola al clímax y no negándolo.

¿Por qué? ¿Acaso se había vuelto loca?

Sin embargo, incluso antes de abrir los ojos supo que la persona que la estaba liberando no era Iván; su intuición se lo dijo, o tal vez era la ausencia de ese perfume amaderado y varonil de su piel.Una parte de ella se decepcionó, y abrió los ojos con lentitud y

vio un hombre de pie frente a la cama. Vestía un traje negro, pero a pesar de su elegancia carecía del aire imponente y sofisticado de Iván.También era unos años más joven. Marina supuso que era un subordinado.

—Me han ordenado desatarte. Pórtate bien y no usaré esto —dijo, y abrió el saco para mostrarle el revólver que cargaba en la cintura.Marina también notó un tatuaje en su mano derecha.

—No vas a usarla —respondió Marina, desafiante—. Tu jefe te asesinaría si me tocas.

Vio al ruso hacer una mueca de rabia, pero procedió a desatarla de todas maneras. Cuando sus manos estuvieron libres, Marina se apuró a sentarse en la cama y masajearse las muñecas. Inmediatamente, sus ojos analizaron el cuarto donde se encontraba, buscando el punto débil para poder escapar.

—Ni se te ocurra intentar escapar —dijo el muchacho ruso, como si pudiera leerle los pensamientos—. Entonces no tendré reparos en usar mi arma. Además, el jefe tolera todo menos la traición.

Marina lo vio alejarse unos pasos y encender la luz del baño adyacente al dormitorio,

—Aquí puedes darte un baño caliente —explicó el hombre, y Marina notó que suavizaba su tono de voz—. Las criadas te traerán una muda de ropa, y cuando termines puedes bajar a desayunar.

Marina asintió, y el hombre ruso se retiró de la habitación.Una vez que estuvo sola, entró al baño con pasos lentos: era tan lujoso como la habitación, y lo que había podido divisar de la casona. Soltó un suspiro y abrió el grifo de agua caliente para llenar la tina. la verdad era que ansiaba un reconfortante baño caliente.

Antes de desnudarse, se aseguró de que no hubiera nadie espiándola, ni cámaras cerca. Cuando por fin su piel desnuda entró en contacto con el humeante agua jabonosa, ella soltó un suspiro de alivio y placer. Un oasis en medio de la tormenta. Se enjabonar los brazos y el cabello con calma, buscando reconfortarse a sí misma. Ignoró cuánto tiempo pasó sumergida en la tina, pero de toda manera nadie la apuraba.Analizó en su mente paso por paso cómo había llegado allí; Marina siempre supo que racionalizando era como se salía de situaciones difíciles. Y se negaba a darse por vencida. Se negaba a aceptar su cautiverio. Un brote de rabia estalló en su pecho al recordar a Michael. Maldito. Por culpa de él estaba allí, prisionera de la mafia. Todo había sido una mentira; su cambio de carrera, sus deseos de darle una segunda oportunidad… seguía siendo un adicto enfermo a las apuestas. Todo aquello de conseguir trabajo en la bolsa probablemente era otra de sus patrañas: el desgraciado había sido tan idiota de meterse en problemas con la mafia rusa. Seguramente le debía dinero al jefe de la familia Morozov y ella había sido el pago. A Michael nunca le había interesado reconciliarse con ella: la había usado, como siempre. Y ella había caído como una imbécil.

Marina sintió las lágrimas de rabia asomando por sus ojos, y dio un golpe en el agua con ambas manos,salpicando en todas direcciones. Abrazó sus propias rodillas y rompió en llanto.

Tres golpecitos secos en la puerta del baño la arrancaron de sus preocupaciones.

—Oye —dijo el muchacho ruso del otro lado—. ¿Por qué te demoras tanto?

—Ya voy —gritó Marina y se enjugó las lágrimas.

Mientras se secaba a toda velocidad, decidió que un momento

de desesperanza no iba a vencerla. Iba a ser fuerte. Iba a escapar. Nadie iba a detenerla, ni siquiera el mismísimo Iván Morozov y toda su familia de mafiosos. Con ánimos renovados, se cubrió con una bata de algodón y salió del baño. Esperaba encontrar al hombre ruso, pero la habitación estaba vacía de nuevo. Como había prometido, había una muda de ropa nueva sobre la cama: unos denim gruesos, una camiseta blanca y un abultado sweater de lana. Marina calculó que los calcetines solo valían un tercio de su salario. Se vistió, y una vez abrigada, se secó y cepilló el cabello. Abandonó la habitación y una vez más se encontró recorriendo ese estrecho corredor hasta llegar a las escaleras. Las bajó escalón por escalón, apreciando la bella y antigua arquitectura de esa casona.

Si voy a ser prisionera, por lo menos es una prisión de lujo, se consoló dentro de su mente mientras admiraba los ampulosos cortinas de terciopelo acariciados por la luz del sol. Se paseó por la sala, adornada por exquisitas obras de arte en las paredes. La misma sala por donde ella había intentado huir la noche anterior, solo que en ese momento nadie la estaba persiguiendo. Era innegable que los hombres de traje negro, de pie en las esquinas de la sala, la estaban vigilando, pero mantenían una distancia respetuosa mientras ella admiraba el arte exquisito en las paredes.

De pronto, una muchacha se acercó a ella.

—Señora, el desayuno la espera.

Marina asintió, sorprendida. No estaba acostumbrada a que la sirvieran, o a que la llamaran señora. Se dejó conducir por la chica a través de la majestuosa sala, hasta una larguísima mesa de madera pulida, donde ya habían servido un abundante desayuno. Marina tomó asiento frente a un hogar cuyo fuego crepitaba, y se dio cuenta de lo hambrienta que estaba cuando su estómago rugió

ante la visión de las tostadas. El primer sorbo de café descendió por su garganta, haciéndola entrar en calor y regalándole una hermosa sensación de confort.

Mientras untaba con mantequilla la primera tostada, vio que la criada daba los pasos hacia un ampuloso mueble de madera contra la pared y colocaba un disco en una antigua vitrola. Marina estaba dando el primer bocado a su tostada cuando una relajante melodía de violines llenaba el ambiente.

—¿Esta música es de su agrado, señora? —preguntó la chica.

Marina asintió.

—Puedo poner otra cosa si no le gusta…—insistió la criada, visiblemente preocupada por complacerla.

Marina se preguntó para sus adentros por qué era tan importante para la chica que ella se sintiera a gusto. Seguramente eran órdenes de Iván.

—Está perfecta, gracias —respondió Marina.

La muchacha le respondió con una respetuosa reverencia y se alejó, dejando a Marina sola en esa inmensa y cálida sala bañada de música y luz de sol. Ella comió con bocados lentos, saboreando el delicioso café e intentando ordenar sus pensamientos.

Iba a escapar. No importaba cómo, iba a escapar. Pero antes necesitaba llenarse el estómago y reponer energías. Con el rabillo del ojo estudió a los hombres de negro que la vigilaban desde la distancia. Tenía que actuar con inteligencia,no como el día anterior: había sido impulsiva al intentar usar la violencia. Su ingenio era su mejor recurso. Podía percibir cómo, ahora que ella masticaba sus tostadas en silencio, los guardaespaldas se relajaban al verla calmada. Necesitaba seguir actuando así; tranquila. Aunque sea por fuera. Así los hombres se relajarían y

eventualmente, se distraerían. Y cuando ellos se distrajeran, Marina huiría. Pero debía actuar con calma y ser paciente, y sobre todo, fingir tranquilidad.

Terminó de desayunar y se paseó por la sala. Con cada paso que daba, sentía los ojos de los hombres d enegro en su nuca. Los ignoró, contemplando el bello arte que adornaba las paredes. Y durante unos instantes, admirando esas pinturas, Marina se olvidó de todo.Se olvidó del secuestro,se olvidó de Michael y de su traición, se olvidó de su hogar, del miedo y de la incertidumbre y peligro que la rodeaba. Ese era el efecto que el arte tenía sobre ella:y en ese momento, Marina agradeció que algo fuera capaz de reconfortar y darle esperanza en un momento tan oscuro. De pronto, se acercó unos pasos hacia la pared para admirar mejor un retrato de la Virgen María. La paz en su mirada le llamó la atención, y la conmovió. Sin embargo, luego de enjuagarse una lágrima, Marina notó que aquella pieza no era una reproducción: ¡era un original!

¿Cuánto dinero poseía Iván Morozov, para tener colgada en sus paredes una auténtica pieza de arte bizantino? ¿A qué se dedicaba exactamente? ¿Y para que la quería a ella? ¿se convertiría en otra de las criadas de aquella inmensa casona, o algo peor? ¿La vendería a alguna red de trata de blancas? De tan solo pensarlo, otro escalofrío la recorrió.

Y al mismo tiempo, contemplar la serena mirada de María le recordó esa noche en la galería, donde había conversado con Iván por segunda vez.

Esa ocasión se sentía tan lejana ahor,a y ella se sentía tan idiota: ¡hasta se habia sentido atraida por Iván! Había caído por esa sarta de mentiras que le había dicho: había creído que sinceramente

Iván Morozv era un apasionado del arte, cuando claramente la estaba manipulando. Un depredador acechando a su presa antes de atacar. ¡Y hasta ella lo había considerado un hombre culto! Lo peor de todo era que, incluso ahora, cuando recordaba esa charla sobre lo eterno del arte, todavía le parecía que Iván Morozv estaba realmente conmovido por la pintura de la Virgen.

No importa ahora, se dijo. Ahora debo escapar.

Tragó saliva y utilizó toda su fuerza de voluntad para mantener la calma. Sabía que no podía dejarse llevar por sus emociones si quería encontrar una oportunidad para escapar. Después de todo, había algo en esa casona que le daba un respiro momentáneo, aunque la situación fuera extenuante.

Mientras se paseaba por la sala, notó un piano de cola en una esquina. Se acercó a él y dejó que sus dedos se deslizaran suavemente sobre las teclas. El sonido llenó la habitación, añadiendo una nueva capa a la melodía que aún resonaba en la vitrola. Los mafiosos vestidos de negro la miraron con curiosidad, pero no hicieron ningún movimiento para detenerla.

Marina aprovechó el momento y se acercó a una ventana que daba al jardín. Observó el paisaje exterior, intentando descifrar en qué parte de Moscú estaba. No podía ubicarse, no reconocía esos altos edificios que se divisaban más allá de los muros del jardín. La desesperanza la apuñaló en el pecho durante unos breves instantes, pero pronto la despejó. Continuó observando a través de la ventana, y se percató de que había una puerta trasera que daba a un patio ajardinado. La idea de una posible ruta de escape comenzó a formarse en su mente.

Decidió continuar con su actuación de tranquilidad y se dirigió hacia una biblioteca adyacente. Se entretenía hojeando libros y fingía interés en las obras de arte literarias. La criada que la había atendido durante el desayuno apareció y le ofreció un nuevo café. Marina lo aceptó con gratitud, pensando en cómo podría utilizar ese pequeño gesto a su favor. A medida que pasaba el tiempo, Marina notó que la atención de los hombres de negro se desviaba ocasionalmente. Algunos de ellos se mostraban más relajados, confiando en que la prisionera no representaba una amenaza inmediata.

Finalmente, Marina decidió poner su plan en acción. Se levantó de la silla, agradeció a la criada por el café y se dirigió hacia la puerta que llevaba al patio. Al llegar a la puerta, uno de los guardias se acercó.

—¿A dónde cree que va, señora? —preguntó con tono firme.

—Solo quiero dar un pequeño paseo por el jardín. Necesito estirar las piernas —respondió Marina, manteniendo la calma y una sonrisa amigable en su rostro.

El hombre de negro la observó con suspicacia, pero finalmente asintió.

—Hágalo rápido. No se aleje demasiado.

Marina agradeció y salió al patio. Una vez fuera, comenzó a caminar con paso firme pero no apresurado. Se dirigió hacia la puerta trasera que había identificado desde la ventana. Mientras se

acercaba, rezaba para que no hubiera más obstáculos en su camino. Al llegar a la puerta, la tanteó con dedos temblorosos, tratando de ser discreta. Su corazón dio un vuelco al notar que la cerradura estaba abierta. Extática, la abrió con cuidado y salió a la calle. Miró a ambos lados, buscando señales de la presencia de la mafia rusa. Al no ver a nadie, se alejó rápidamente de la casona, decidida a encontrar ayuda y escapar de esa pesadilla.

La libertad estaba a la vuelta de la esquina, y Marina estaba determinada a no dejar que la jaula de lujo en la que se encontraba se convirtiera en su prisión permanente. Pero el pánico palpitaba en su corazón…¿realmente sería tan fácil escapar? Con paso rápido, Marina caminaba por las calles, intentando mezclarse con la multitud y dejar atrás la mansión que se convirtió en su prisión temporal. Sus pensamientos, frenéticos, comenzaron a trazar un plan: había huido con las manos vacías: sin su móvil, ni dinero… pero de alguna manera lograría orientarse y regresar a casa. El viento gélido le recordó que el sweater que estaba usando no era suficiente para sentirse abrigada, pero tampoco importaba eso ahora. Lo importante es que era libre. Aunque sentía el alivio y la euforia de la libertad, una inquietud persistente la acompañaba. Sabía que no podía bajar la guardia; la mafia rusa no la dejaría ir tan fácilmente.

Mientras avanzaba por las calles empedradas, escuchó el inconfundible sonido de pasos apresurados detrás de ella. Giró la cabeza con nerviosismo y vio a dos hombres de negro, los mismos que la habían vigilado en la casona, acercándose rápidamente.

El corazón de Marina latía con fuerza mientras aceleraba el

paso, buscando entre la multitud la posibilidad de perder a sus perseguidores. Sin embargo, los hombres de negro no se dejaban despistar. La persecución se intensificó, y Marina se dio cuenta de que no podía escapar simplemente caminando. Necesitaba un plan.

A lo lejos, divisó una estación de metro. La esperanza creció en ella, pensando que podría perderse entre la gente que ingresaba y salía del subterráneo. Aumentó la velocidad y se dirigió hacia la entrada de la estación.

Justo cuando llegaba a las escaleras que conducían al metro, sintió una mano firme agarrándola del brazo. Se giró con horror para encontrarse con uno de los hombres de negro, con una expresión seria en el rostro.

—Creí que podríamos hacerlo fácil, señora. Pero parece que quiere complicar las cosas —dijo el hombre, mientras el otro se acercaba.

Marina forcejeó, intentando liberarse, pero la fuerza de los hombres de negro era abrumadora. La multitud que transitaba por la estación de metro observaba con curiosidad, pero nadie se atrevía a intervenir. Los hombres de negro la arrastraron de vuelta hacia la calle, ignorando las miradas de los transeúntes. Un automóvil negro, elegante y ominoso, se detuvo frente a ellos. La puerta se abrió, revelando a un hombre que Marina reconoció de inmediato: Iván Morozov.

—Marina, Marina... ¿por qué intentas huir? No es necesario que

esto sea complicado. Podemos resolver las cosas de manera civilizada, como adultos —dijo Iván con calma, pero sus ojos de hielo la miraban con una intensidad que enviaba escalofríos por su espalda.

El automóvil se puso en marcha, avanzando por las calles de la ciudad. El silencio en el vehículo era tenso, solo interrumpido por el suave murmullo del motor. Iván Morozov la observaba con atención, como si tratara de descifrar sus pensamientos.

—Pensé que podríamos hacer esto de manera civilizada, Marina. Pero veo que has decidido hacer las cosas a tu manera impulsiva —comentó Iván, con una voz suave que contrastaba con la gravedad de la situación.

Marina mantuvo la boca cerrada, negándose a darle el placer de una respuesta. En su mente, trataba de recordar cada detalle de su entorno, buscando cualquier indicio que pudiera serle útil en una futura fuga. Pero cuando volteó la vista y vio de nuevo ese rostro de hielo,Marina no pudo contenerse y se abalanzó sobre Iván en el asiento trasero, mientras el auto avanzaba de nuevo rumbo a la casona. Con una rugido rabioso entre los dientes, ella fue directo a darle un puñetazo en la cara, pero Iván fue más rápido y la asió de ambas muñecas. Marina no se rindió, forcejeando y pateando entre gruñidos. Pero él era fuerte, increíblemente fuerte, y con un mínimo esfuerzo logró voltearla. Ella expulsó un gemido al sentir su espalda chocando contra el asiento de cuero, y el cuerpo de Iván sobre el de ella. De nuevo, una serie de furiosos hormigueos nacieron entre sus piernas, a la par que su corazón se aceleraba.

Iván Morozov estaba encima de ella, sujetándole las muñecas e inmovilizándola, pero sin abusar de su fuerza. Marina vio esos ojos de hielo penetrando los suyos, como una bestia salvaje. De pronto su miedo se mezcló con algo más, una euforia deliciosa y adictiva. Marina engarzó mirada con Iván, y notó que el muslo de él estaba presionando entre sus piernas. Se sentía tan duro, tan firme, al mismo tiempo que unos cosquilleos rabiosos nacieron en su clitorís. Algo avergonzada, Marina luchó con más ansias, desesperada por librarse. Iván no hacía nada, tan solo le sujetaba las muñecas, y mientras más luchaba ella, se multiplicaban los latidos en su clítoris, firmemente presionado contra la pierna de él. Las pulsaciones crecieron, crecieron y crecieron conforme Marina forcejeaba con más ímpetu, hasta que un estallido furioso irradio desde su interior hasta todo su cuerpo. El orgasmo la golpeó sin piedad, tensando hasta el último de sus músculos y obligándola a arquear la espalda en contra de su voluntad. No pudo evitar soltar un vergonzoso gemido de placer, mientras los latidos resonaban en toda su carne. Mientras todavía estaba recuperando el aliento, vio el rostro de Iván a escasos centímetros del suyo. El desgraciado sonreía orgulloso, sus ojos resplandeciendo como los de un depredador orgulloso. El odio que Marina sentía por él hizo que los latidos entre sus piernas aumentaran.

—Parece que lo has disfrutado —dijo él con un susurro ronco.

Marina lo empujó de una patada, Iván soltó una risita mientras se acomodaba de nuevo en el asiento trasero.

Ella se ajustó el sweater, abrazando su propio estómago con ambos brazos. El orgasmo todavía palpitaba en todo su cuerpo cuando ella alejó la mirada a través de los vidrios polarizados del auto.No podía creer que había tenido un orgasmo gracias a Iván

Morozov, su captor.

No dijo nada, tan solo contempló el regreso a la casona. Vio como el auto atravesaba de nuevo las rejas del patio y Marina se dio cuenta de que su breve sabor de libertad había llegado a su fin. La mafia rusa la había atrapado nuevamente, y esta vez, temía que las consecuencias serían aún más severas. Mientras Iván le ofrecía la mano para bajar del automóvil, una mezcla de desesperación y determinación ardió en sus ojos. Aunque la situación parecía sombría, Marina no estaba lista para rendirse. Sabía que su lucha por la libertad no había terminado.

Marina fue escoltada de regreso al automóvil negro, sintiendo la mirada penetrante de Iván Morozov sobre ella. Aunque se encontraba rodeada por los hombres de negro, su mente trabajaba frenéticamente para idear un nuevo plan de escape. Sabía que la situación se volvía cada vez más peligrosa, pero la determinación ardía en su interior.

Los hombres de negro la condujeron de nuevo hacia la entrada principal, donde la figura de Iván Morozov se recortaba contra la luz de la entrada.

—Marina, deberías aprender a apreciar las comodidades que te ofrezco. No tienes que ser una prisionera, podrías ser alguien especial aquí —dijo Iván mientras entraban en la casona.

Marina mantenía la mirada fija en el suelo, ignorando las palabras de Iván. Sabía que cualquier muestra de debilidad o rendición solo empeoraría su situación.

La llevaron de regreso a la habitación donde la habían retenido anteriormente. Aunque la mansión seguía siendo lujosa, ahora sentía que cada rincón estaba impregnado de peligro. Se preguntaba qué destino le depararía esta vez.

Iván Morozov se detuvo frente a ella, sus ojos fríos evaluándola. La agarró suavemente del mentón, obligándola a encontrarse con su mirada.

—Marina, Marina, ¿tan difícil es aceptar tu lugar en todo esto? —dijo con un toque de desdén.

—No tienes derecho a decidir mi lugar. No soy tu propiedad —respondió Marina, manteniendo la firmeza en su voz.

Iván soltó una risa breve y soltó su mentón.

—Entiendo cómo te sientes.

—¡No entiendes nada! —se sacudió ella, y con el rabillo del ojo vio a dos guardias de negro agitarse. Iván los tranquilizó con un ademán de su poderosa mano. Marina se mordió el labio y bajó la voz—.Si tanto me comprendes, déjame ir.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Vio a Iván soltar un suspiro, y divisó preocupación genuina en su ceño fruncido.

—Hay mucho que necesitas saber, pero este no es el momento para hablar de ello.

—¿Y cuándo, entonces? —Marina sintió un nudo en la garganta —. ¿Cuando me vendas como un pedazo de carne a alguno de tus “socios”?

Marina notó que la expresión de Iván cambió todavía más. Ahora su ceño había cobrado un aspecto de seriedad y preocupación extremas, y la sonrisa se terminó de disolver de sus labios.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó él con su voz de barítono tornándose hasta casi reconfortante.

Marina sintió el miedo acumulándose en su pecho y no pudo responder, solo asentir.

—Nada más alejado de la verdad —sentenció él, y por primera vez Marina se sintió segura ante su presencia. ¿Por qué? ¿Por qué de pronto ese hombre le proyectaba seguridad y calma?—. Mira, es algo complicado de explicar, pero te mereces la verdad. Necesitas comprender lo que está ocurriendo. Iba a explicártelo hoy, pero tu plan de huída me quitó la oportunidad.

—Deja de dar vueltas y explicamelo ahora —respondió Marina entre dientes.

Iván Morozv volvió a sonreír: de nuevo él tenía el control. Y el desgraciado adoraba tener el control. Adoraba arrancarle esas reacciones tan fogosas a ella.

—Tiempo al tiempo —dijo él—. Ahora necesitas comer, descansar y reponer energías. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

—¿Tengo otra opción? —suspiró Marina. Aunque por otro lado, tal vez si conducían a un restaurante ella tendría otra oportunidad de escapar.

—Por supuesto —dijo él, muy serio, y volvió a sujetarle el mentón con una suavidad que la hizo estremecer. Sus ojos lucían tan profundos tan solemnes—. Marina, sé que esto suena contradictorio, pero esta noche lo comprenderás todo. Lo prometo. Ahora descansa. Ve a tu habitación, lee, mira televisión, duerme una siesta. Haz lo que gustes, este es tu hogar. Pero encuéntrate lista a las siete, llamaré por ti y cenaremos juntos junto al fuego de la gran sala.

Ordenó a los hombres de negro que la dejaran sola en la habitación. Apenas cerraron la puerta, Marina se lanzó hacia la ventana, buscando una vía de escape.

Sin embargo, esta vez las medidas de seguridad eran más estrictas. Las ventanas estaban aseguradas y cualquier intento de escape parecía fútil. Marina se sentó en la cama, sintiendo el peso

de la derrota. Pero la chispa de determinación en sus ojos no se extinguía. No iba a rendirse. Aunque la mafia rusa la tenía prisionera, la batalla por su libertad aún no había concluido.

Capítulo seis

En su habitación, Marina intentó pasar el tiempo lo mejor posible, aunque su mente no paraba de dar vueltas y vueltas. Las

comodidades no escaseaban en aquella casona: las criadas le trajeron libros y café, y ella intentó disfrutarlos en su cama junto a la calefacción que creaba un ambiente delicioso. Pero no podía esperar a que llegara la hora de la cena:quería respuestas. Las necesitaba. Por lo tanto, pospuso su plan de escape hasta que conociera en profundidad las circunstancias que la rodeaban. Cuanto más información tuviera , más preciso sería su plan de libertad. Sentada en la cama con las piernas cruzadas, hojeaba un viejo libro de arte bizantino, y no pudo evitar que sus pensamientos vagaran.

¿Cómo era posible que un hombre tan cruel y manipulador como Iván Morozov tuviera un gusto tan exquisito? La charla que habían compartido en la exhibición, frente al retrato de la Virgen María, había sonado tan sincero…él lucía genuinamente conmovido por el arte. A Marina todavía le costaba aceptar que todo había sido una pantomima para manipularla. Un depredador jugueteando con su presa antes de darle el golpe de gracia.Le avergonzaba haberse sentido atraída hacia él aquella noche.

“Más vergüenza debería darme haber creído las patrañas de Michael…de nuevo” se dijo para sus adentros, y arrojó el libro contra el colchón con rabia. Su corazón palpitaba furioso.

Pero había algo que la avergonzaba todavía más: el poderoso orgasmo que había tenido en el auto, mientras forcejeaba con Iván. No recordaba que su cuerpo vibrara tan duro, ni experimentara un placer tan intenso con Michael. Ni con ningún otro hombre. Ni sola. ¿Cómo era posible? Definitivamente se había vuelto loca:correrse mientras frotaba su clítoris contra la pierna de Iván… como una colegiala cachonda. ¡Y en una situación tan peligrosa! ¿Tal vez era un mecanismo de defensa, el excitarse en una

situación tan límite?

Ahora Marina se sentía abochornada de su propio orgasmo, pero al mismo tiempo, al recordarlo, su piel volvía a arder. Un cosquilleo ardiente y delicioso despertaba entre sus piernas, ansiando por más, ansiando repetirlo.

Miró la hora de nuevo en el reloj en la pared: cada vez faltaba menos para la cena, y la idea de reunirse otra vez con Iván le aceleraba el pulso.

¿Por qué confiaba en él? ¿Por qué esperaba oír sus explicaciones?¿Qué razón tenía para creerle una sola palabra de lo que dijera?Pero lo hacía: su sexto sentido de alguna manera le decía que podía creer en sus palabras.

La puerta se abrió, interrumpiendo sus pensamientos. Durante una fracción de segundo se ilusionó con ver a Iván Morozov cruzando el umbral, pero en su lugar entró un muchacho joven vestido de negro. La atención de Marina viró hacia el vestido que el chico cargaba: una preciosa pieza de diseñador, de tirantes finos, largo hasta los tobillos y un precioso color rojo, profundo como la sangre.

—¿Qué significa esto? —preguntó Marina. Observó el vestido con curiosidad, preguntándose por la razón de ese inusual regalo. El vestido, a pesar de su belleza, le pareció una especie de trampa, una artimaña para confundirla.

—El señor Morozov le ha hecho este regalo, y estaría complacido de verla estrenarlo esta noche en la cena. —El joven dejó el vestido sobre la cama y le dirigió una mirada breve—. Siéntase libre de darse un baño, cambiarse y bajar al salón. Yo la

escoltaré.

Cuando el chico depositó el vestido con suavidad sobre la cama. los ojos de Marina fueron a su mano derecha, que estaba tatuada. Con ojos veloces, ella divisó que el tatuaje era un gato negro, y que le resultaba muy familiar.

“¿Dónde he visto ese tatuaje antes? “ se preguntó ella en silencio. Y mientras sus pensamientos daban vueltas y vueltas intentando encontrar la respuesta, también notó un anillo en el dedo anular izquierdo. Ese anillo también le resultaba conocido: lo había visto en el dedo de su amiga Katya.

—¡Dimitri! —dijo Marina en voz alta, y el chico la miró al oír ese nombre—. Eres tú, ¿no es cierto? El prometido de Katya.

Los ojos del muchacho se sorprendieron durante una milésima de segundo, y finalmente asintió. Una chispa de esperanza estalló en el pecho de Marina, y se acercó al joven Dimitri con pasos apresurados.

—¡Por favor, ayúdame! ¡Katya es mi mejor amiga! —suplicó Marina entre dientes apretados—. Yo soy su jefa en el Museo…

—Ya sé quién es usted —murmuró Dimitri—. La he visto un par de veces en mi motocicleta, cuando pasaba a buscar a Katya.

Marina asintió.

—¡Ayúdame a escapar! Katya así lo querría. Ella te ama y sé que tú la amas a ella.

—Amo a Katya —Dimitri sacudió la cabeza, pensativo—, pero no puedo hacer eso.

—No comprendes, ella no quiere esto para mí. No quiere verme atrapada en este lugar. Por favor, Dimitri, sé que tienes tu lealtad, pero también sé que eres un hombre de honor. ¿Puedes permitir que esto suceda? —Marina imploró con urgencia, sus ojos reflejando una mezcla de desesperación y determinación.

Dimitri titubeó, su mirada mostraba conflicto interno. La conexión con Katya y la petición de Marina lo ponían en una posición difícil. Finalmente, suspiró y dijo:

—Entiendo su situación, pero no puedo ir en contra de las órdenes del jefe. Mi deber es protegerla y asegurarme de que cumpla con sus obligaciones aquí.

Marina sintió un nudo en la garganta. Aunque había albergado la esperanza de que Dimitri fuera su aliado, ahora enfrentaba la dura realidad de su lealtad a Iván Morozov.

—Si realmente amas a Katya, encontrarás una manera de ayudarnos a ambas. No puedo aceptar este destino, y sé que Katya tampoco lo haría. Hay algo oscuro detrás de todo esto, algo que Iván no está diciendo. Ayúdame a descubrir la verdad y a escapar de aquí, por favor —suplicó Marina, con los ojos llenos de determinación.

Sin embargo, al ver que el joven Dimitri no iba a ayudarla, la esperanza que segundos atrás había ardido en su corazón ahora la despedazaba. De pronto, Marina sintió que toda ilusión de volver a ser libre desaparecía para siempre, y perdió el control. perdió el control y rompió en llanto.

No esperaba que el joven Dimitri colocara una afectuosa mano en su hombro, buscando consolarla. Entre ojos lagrimosos, Marina vio la mirada preocupada y comprensiva del chico. Incluso buscó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo ofreció.

—Por favor no llore.

—¡¿Cómo no voy a llorar!? —reclamó ella, limpiándose el rostro con el pañuelo que Dimitri le había ofrecido—¿Esperas que acepte con una sonrisa convertirse en una esclava?

Mientras se limpiaba la nariz, Dimitri le masajeó el hombro en otro intento torpe de consolarla. Extrañamente, funcionó.

—Mire, mi deber es obedecer al señor Morozov, y eso incluye no revelarle información que él todavía no le ha revelado —explicó Dimitri—. Sin embargo, puedo asegurarle que nunca será una esclava en esta casa. Jamás en mi vida he presenciado al señor Morozov abusando de ninguna mujer, en esta familia no hacemos eso. El jefe no dudaría en disparar a uno de sus propios hombres si lo viera aprovechándose de una mujer. De hecho, muchas mujeres se matarían por recibir la oferta que Iván Morozv le hará esta

noche.

—¿Qué oferta? —Marina se limpió las lágrimas con el pañuelo.

—No puedo hablar más —se excusó Dimitri—. Pero, por ahora, debe prepararse para la cena. No es seguro desafiar abiertamente las órdenes del jefe. Por favor, báñese rápido y cámbiese. La esperaré en el corredor para escoltarla a la sala.

Marina asintió, agradecida por la pequeña esperanza que Dimitri le brindaba. Sabía que no podía confiar completamente en él, pero al menos tenía un aliado dentro de la casona de Iván Morozov. Mientras Dimitri abandonaba la habitación, Marina se sumergió en sus pensamientos, ideando estrategias para descubrir la verdad y escapar de su cautiverio. La noche prometía ser intensa, llena de peligros y decisiones cruciales.

Marina se sumió en la intimidad del baño, cerrando la puerta tras de sí con un suspiro aliviado. El baño estaba decorado con la misma opulencia que el resto de la casona. Mientras el agua caliente llenaba la bañera, Marina se miró en el espejo, evaluando la situación. Se preguntaba cuánto podría confiar en Dimitri y si sería capaz de ayudarla a escapar de esa trampa. Aunque sus esperanzas se mantenían vivas, sabía que la prudencia debía ser su mejor aliada en ese juego peligroso.

Después de sumergirse en el agua caliente y disfrutar de un breve momento de relajación, Marina se apresuró a bañarse. No podía permitirse perder el tiempo. Mientras se secaba y se arreglaba, su mente trabajaba a toda velocidad, buscando posibles salidas, analizando cada detalle que pudiera conducirla a la verdad.

Envolvió su cuerpo en una gruesa bata de algodón y regresó al dormitorio. El baño caliente le había proporcionado un breve alivio y le permitió despejar su mente, aunque la incertidumbre y la tensión persistían. Al salir del baño, encontró el vestido rojo perfectamente dispuesto sobre la cama, como si la habitación misma estuviera conspirando en su contra. Con un suspiro, desvió la mirada hacia el pequeño tocador que la esperaba junto a la pared.

Al sentarse en él, la sorprendió ver la cantidad de cosméticos de alta gama casualmente esparcidos en el cajón. Se sintió una tonta por entusiasmarse, aunque sea durante unos breves segundos, al pensar en que iba poder usar esos productos. Se maquilló los ojos y las pestañas, se colocó rubor para disimular su palidez, y el toque final fue una capa de lápiz labial de un rojo tan profundo como el del vestido que Iván había seleccionado.

La cena se acercaba, Marina contempló su rostro maquillado en espejo y decidió que era hora de enfrentar a Iván y obtener las respuestas que tanto ansiaba. “Esta es mi pintura de guerra” se dijo así misma para darse valentía. Se puso el vestido rojo con cautela, sintiendo la suavidad de la tela entre sus dedos. Aunque apreciaba la exquisitez de la prenda, no olvidaba la situación en la que se

encontraba. La exquisitez de la tela y el ajuste perfecto la hicieron sentirse cautiva de la contradicción entre su entorno y el lujo de la ropa.

Finalmente, con el vestido rojo deslizándose sobre su figura, Marina se contempló en el espejo. A pesar de la gravedad de la situación, no podía negar que el vestido realzaba su belleza y la envolvía en un misterioso encanto. Se ajustó los tirantes finos, respirando profundamente antes de salir de la habitación.

Dimitri la esperaba afuera, y con una inclinación de cabeza, indicó que la seguiría. Juntos descendieron por las elegantes escaleras, atravesando pasillos iluminados por lámparas suntuosas. Marina se esforzaba por mantener la calma y la compostura, ocultando su ansiedad tras una máscara de serenidad. La experiencia le había enseñado que perder la compostura solo le jugaría en contra. Sin embargo, se descubrió a sí misma presionando el brazo del joven Dimitri.

—No se preocupe, señora —le susurró el muchacho—. Esta noche, el señor Morozv le brindará las respuestas que estará buscando.

Marina no dijo nada, solo le siguió el paso a Dimitri por los intrincados pasillos de la mansión, cada paso acercándola más a la confrontación con Iván Morozov.

La cena se llevaba a cabo en un comedor lujosamente decorado, con una mesa elegante y cubierta de plata y cristal. La iluminación tenue creaba una atmósfera casi surrealista, y la ansiedad hizo que Marina sintiera un leve mareo.

La rescataron los ojos de hielo de Iván, mirándola fijo. esa mirada penetrante fue su ancla a la realidad, e irónicamente, le dieron fuerza.

Cuando se sintió mejor, Marina notó que la mesa estaba elegantemente dispuesta, iluminada por velas que parpadeaban con un resplandor dorado y le daban a Iván Morozov el aspecto de un demonio seductor. Estaba sentado en el extremo de la mesa, y se puso de pie cuando Marina se acercó.

—Marina, arrebatadoramente hermosa, como siempre. —comentó Iván.

Marina dejó ir el brazo de Dimitri y asintió con un simple "gracias". El joven saludó con respeto a su jefe y abandonó el salón con pasos rápidos.

Ahora ella se encontraba a solas con aquella bestia, con Iván Morozov, y un escalofrío la recorrió. Él no dejaba de mirarla, de estudiar su figura con sus ojos gélidos y ardientes al mismo tiempo. Ella tambien estudió su enemigo, impecablemte envestido en un traje negro hecho a medida, y una camisa negra cuyo segundo botón abierto dejaba ver atisbos de una piel pálida y tatuada. Iván dio un paso adelante, y a Marina le llegó una ráfaga

de su perfume masculino y amaderado. Sintió sus rodillas temblando, no de miedo sino de otra cosa que no lograba identificar. Pero ella no dio muestras de su miedo, tan solo echó los hombros hacia atrás y alzó el mentón,desafiante y orgullosa. Eso pareció complacer a Iván, quien sonrió satisfecho.

—Veo que he acertado con la talla del vestido —murmuró en tono grave y seductor.

Marina sintió deseos de insultarlo, pero no dijo nada. Vio como él daba unos pasos hacia la mesa y movía la silla en forma caballerosa para que ella se sentara. Marina así lo hizo.

—¿Champagne? —ofreció Iván, mostrándole la opulenta botella que dormía entre los hielos de la cubeta.

Ella volvió a asentir, y vio a Iván descorchar la botella con un sonido estridente que incluso la asustó.

La atmósfera en la mesa se volvía cada vez más tensa a medida que Iván llenaba las dos copas. Marina, con el vestido rojo que la hacía destacar en medio de la opulencia del comedor, se esforzaba por mantener la compostura y ocultar sus verdaderos sentimientos. Iván Morozov, por otro lado, parecía disfrutar del juego de poder que se desarrollaba entre ellos.

Marina desvió la vista de su captor durante unos instantes: le llamó la atención una pintura al óleo que se alzaba en la pared detrás de Iván.

—Como era de esperarse —sonrió él, después de descubrir que ella estaba admirando la pintura tras sus espaldas—. Nada más bello que una mujer que aprecia la belleza verdadera.

—¿Siglo dieciocho? —preguntó Marina, todavía embelesada por la obra de arte.

—Diecisiete —la corrigió él—. Marina, ¿no encuentras fascinante cómo el arte puede iluminar hasta los rincones más oscuros de nuestra alma? —preguntó Iván, su mirada fija en ella.

Marina no dijo nada, pero pensó que estaba en lo correcto: incluso en su situación, el arte le brindaba cierto sosiego.

—Un brindis —dijo él, alzando la copa. Marina lo imitó—. Por el arte, el estándar más alto al que puede aspirar un simple humano.

Marina sintió un escalofrío. No solo por su mirada penetrante, si no porque, de nuevo, ella descubría que ese hombre del submundo tenía la misma visión de la vida que ella. El mismo amor por el arte y la belleza.

“No, no” se desdijo ella para sus adentros. “Yo no tengo nada en común con este monstruo”.

—Por el arte —agregó Marina al brindis—. Y por la libertad.

Los dos bebieron, y ella notó que Iván percibió su sarcasmo, y

hasta parecía disfrutar de su actitud desafiante.

—He tenido el placer de adquirir algunas piezas realmente excepcionales a lo largo de los años. —Iván dijo con inocencia mientras cogía el cuchillo y tenedor—. Pero ninguna tan valiosa como tú, Marina.

Esa declaración hizo que Marina apretara los dientes, pero mantuvo la calma. Quería entender cuál era el juego de Iván, qué buscaba con todo esto.

—Ya veo —dijo ella mientras cortaba un trozo de carne con dedos parsimoniosos—. No soy más que otro objeto de tu colección. Es así cómo ves a las mujeres, ¿no es cierto? Un simple artículo para comprar y vender.

—Me ofendes, Marina.

—¡Tú me has secuestrado! —exclamó ella,soltando el cuchillo y tenedor contra el plato— ¿Y eres tú quien se ofende?

—Yo no he planeado tu secuestro —explicó con calma, y bebió más champagne con elegancia—. Tu ex marido tenía una deuda conmigo y te ofreció como medio de pago. Nunca fue mi plan secuestrarte. Tampoco es cierto que veo a las mujeres como objetos: amo a las mujeres, aunque la mayoría se decepciona. No todas son cultas, independientes, fogosas y bellas como tú. Y la familia Morozov tiene muchos negocios, sin embargo ninguno de ellos tiene que ver con la prostitución o la trata de mujeres.

Marina soltó una exhalación. De alguna manera, oír eso la tranquilizaba. ¿Por qué? ¿Por qué le creía a ese delincuente? ¿Cómo era posible que confiara en sus palabras, o que Iván la hiciera sentir segura?

Pero, así era: por más ilógico que sonara. Añoraba regresar a casa, ser libre de nuevo, y que todo ese episodio no fuera más que un mal recuerdo. Eso le decía su mente racional. Y al mismo tiempo, en presencia de Iván, Marina percibía un magnetismo cálido que la envolvía, y la hacía sentir segura, como ningún hombre lo había hecho antes. Como si debajo de su "profesión", hubiera una fortaleza y un honor palpables.

—Sin embargo, aquí estoy, prisionera en tu casa. Incomunicada de mis amigos y el mundo exterior —dijo ella al cabo de unos minutos—. Si realmente respetas a las mujeres, ¿por qué no me dejas ir? ¿por qué me has aceptado como una ofrenda?

—Es cierto: en una situación común, no te habría aceptado como pago —respondió él, pensativo—. En cuanto un perdedor como Michael no hubiera saldado su deuda, le hubiera disparado en la cabeza sin pensarlo. Sin embargo, cuando te vi… —Iván hizo una pausa, una sonrisa lobuna curvándose en sus labios, y retomó su discurso—. Cuando te vi no pude resistirme. Te espié ¿sabes? Esa noche en que saliste a cenar con el imbécil de Michael. No podía creer que ese perdedor mediocre tuviera una chance contigo. Pero ya te he dicho: mujeres hermosas hay de sobra en el mundo. Hermosas e inteligentes, no tantas. Por eso

tuve que romper mis propias reglas, y me acerqué a ti. Nuestra conversación en la galería fue lo que selló el pacto para mí. Tenía que poseerte, tenias que ser mía —suspiró—. Así que acepté. Tú fuiste mi debilidad. Hasta se podría decir que le has salvado la vida a tu ex, pues he aceptado el trato que me ofreció. Y aquí estás.

—Aquí estoy —murmuró Marina, procesando toda esa información.

Odiaba a Michael, pero aun así, no podría soportar ser la causa de su asesinato. No podría vivir con la culpa aunque recuperara la libertad.

La dulce voz de Iván interrumpió sus meditaciones.

—Te traigo a mi hogar no como prisionera, sino como una invitada especial. —continuó Iván, su tono suave pero cargado de un significado oculto—. Podrías tener una vida llena de lujos y comodidades si decides cooperar.

—No quiero tus lujos ni tu "invitación especial".—Marina no pudo contener su frustración, y su voz resonó en el comedor—. Quiero respuestas, Iván. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué esperas de mí? ¿Que sea tu esclava?

—Marina, querida, veo que no soy lo suficientemente claro. —Iván sonrió, pero sus ojos fríos revelaban la seriedad de sus palabras.

Marina levantó la mirada de su plato, enfrentándolo con determinación.

—No estoy aquí para juegos ni charlas sin sentido, Iván. ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Cuál es tu verdadero propósito?

Iván dejó su copa con elegancia y se recostó en su silla, sus ojos nunca apartándose de los de Marina.

—Estoy seguro de que ya has notado que en esta casa no hay mujeres. Por supuesto, las criadas. Pero no tengo ninguna relación estable. Mi oferta no es tan simple como parecía al principio. Pero me parece que eres lo suficientemente inteligente como para entender las oportunidades cuando se te presentan.

Marina arqueó una ceja, instándolo a continuar.

—Te propongo un trato, Marina. Uno que puede cambiar tu destino aquí de una manera más favorable. —Iván hablaba con calma, como si estuviera negociando un simple trato comercial.

—No estoy interesada en tus tratos, Iván. Quiero respuestas reales, no juegos.

Iván se inclinó hacia adelante, sus ojos penetrantes clavados en los de Marina.

—Escucha antes de juzgar. He pensado en una solución que

podría beneficiarnos a ambos. En lugar de ser una prisionera en esta mansión, podrías tener un estatus diferente, uno que te otorgue ciertas libertades y privilegios.

Marina frunció el ceño, cautelosa pero intrigada. Iván continuó:

—Te propongo un matrimonio, Marina. Sé mi esposa. Sé que suena un tanto arcaico en estos tiempos modernos, pero es la solución perfecta para nuestros problemas.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Marina. Un matrimonio con Iván Morozov estaba más allá de lo que hubiera imaginado. Sin embargo, su instinto le advirtió que debía proceder con precaución.

—¿Matrimonio? ¿Estás loco? No tengo intenciones de unir mi vida a la tuya de ninguna manera.

Iván levantó la mano para calmarla.

—Marina, no me malinterpretes. Este no sería un matrimonio convencional en el sentido romántico. Sería un acuerdo pragmático. Tú obtendrías ciertos privilegios y libertades, y yo obtendría una asociación que me beneficiaría en diversos aspectos.

—No entiendo por qué debería aceptar algo así. ¿Qué ganaría yo?

Iván sonrió, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Podrías vivir con más comodidades aquí, en mi mansión. Tendrías acceso a ciertos lugares y podrías moverte con más libertad. Además, podrías mantener una apariencia de vida normal ante el mundo exterior. No estarías completamente encerrada.

—¿Podría seguir trabajando en el museo?

—Por supuesto. Aunque el dinero jamás será una preocupación para ti: me encargaré de proveerte para toda la vida. Pero entiendo que eres una mujer apasionada, que no solo trabaja para pagar las cuentas sino porque ama el arte. Jamás me atrevería a quitarte algo así.

Marina procesó la información, pesando las opciones en su mente. Aunque la propuesta de Iván parecía tentadora desde ciertos ángulos, no podía ignorar el hecho de que estaba tratando con un hombre cuyas verdaderas intenciones eran un enigma.

—¿Y cuál sería tu parte en este acuerdo? —preguntó Marina con escepticismo.

—Mi parte sería la apariencia de una vida familiar y estable. Frente al mundo exterior, seríamos un matrimonio respetable. Tendrías la libertad de llevar una vida normal, y yo obtendría una sociedad que me proporcionaría ciertas ventajas. —Arqueó sus cejas—. Y además, disfrutaría de la exquisitez de tu presencia todos los días.

Marina cruzó los brazos, reflexionando sobre la propuesta. Sabía que aceptar algo así la ataría aún más a Iván Morozov, pero también entendía que podría significar cierta libertad dentro de los confines de su mundo. Iván se recostó en su silla, observando la reacción de Marina.

—Entiendo que es mucha información. Piénsalo, Marina. Una vez que formes parte de la familia Morozov, no hay vuelta atrás. Pero los beneficios son enormes: yo doy la vida por los mios de ser necesario.

La atmósfera se volvió aún más tensa con la sugerencia de este inusual acuerdo entre ambos. Iván sonrió con suficiencia, como si hubiera anticipado esa reacción.

—Marina, eres una mujer inteligente. Podrías ser una parte valiosa de mi mundo, si tan solo abrazaras la oportunidad que te ofrezco. Pero entiendo que necesitas tiempo para asimilarlo. Todo a su debido momento.

Marina apretó los puños bajo la mesa, luchando contra la creciente sensación de impotencia.

—No necesito tiempo, Iván. Necesito respuestas. Y no te equivoques, no me tendrás rendida.

—Tampoco pretendo eso —la interrumpió.

—No pienso aceptar tu oferta —respondió entre dientes

apretados—. No me interesa ser tu esposa, ni siquiera de mentirillas. No firmaré ningún contrato. Puedes meterte todos tus lujos y regalos en el culo.

Marina se puso de pie. Mientras se alejaba de la mesa, pudo oír la risa de Iván y se detuvo sobre sus pasos.

—Entonces, ¿no te importa si ejecuto a Michael? —dijo él en tono tan juguetón como amenazante.

—Mátalo si quieres —escupió Marina, aunque sintió sus rodillas temblando por el miedo—. No estoy enamorada de ese imbécil, y no me importa lo que le ocurra.

—La primera parte de esa última oración es cierta:no amas a Michael. Lo sé —Iván se levantó y caminó hacia ella—. Pero la segunda es mentira. Eres una mujer compasiva y empática: ¿realmente podrás cargar con la muerte de un ser humano en tus hombros?

—No me importa —repitió ella, su corazón galopando fuerte contra su pecho—. Me voy de este lugar, no seré tu esposa.

—Te estás apresurando a tomar decisiones, Marina. Este no es un juego sencillo, y tus palabras podrían tener consecuencias.

Marina, a pesar de su temor, no mostró signos de retroceso. Sus ojos destilaban determinación.

—No soy una marioneta en tu juego, Iván. Ni tú ni tu amenaza cambiarán mi decisión. Puedes hacer lo que quieras con Michael, pero yo no seré parte de tus manipulaciones.

Marina escuchó los zapatos de Iván resonando sobre el suelo de madera, y supo que se estaba acercando a ella. Todo su cuerpo tembló, especialmente cuando sintió el calor que emanaba de su pecho abrazándole la espalda, y el aroma masculino de su piel embriagándola. Marina tragó saliva mientras su entrepierna comenzaba a palpitar, pero se quedó inmvoil. Sintió las manos de Iván sujetarle los hombros con delicadeza, y el aliento caliente contra su oído la hizo estremecer.

—Eres valiente, Marina, pero la valentía no siempre es suficiente. Incluso, a veces es fácil confundir valentía con estupidez. Has visto una pequeña parte de mi mundo, pero hay mucho más que desconoces.

Con suavidad, Marina giró sobre sus talones para enfrentar a Iván. la intensidad de su expresión le hizo temblar las rodillas, todo su cuerpo despertando ante esa mirada posesiva y salvaje. Iván soltó sus hombros pero no retrocedió, manteniendo la cercanía.

—No subestimes mi determinación, Iván. No seré parte de tu juego, no importa cuánto intentes envolverme en tus misterios. —Marina habló con firmeza, aunque el corazón le latía con fuerza.

Iván sonrió, una mezcla de diversión y admiración en sus ojos.

—Tienes agallas, Marina. Eso me intriga.Me encanta la chispa de rebeldía que hay en tus ojos. Pero, estás pasando por alto un detalle muy importante: no tienes otra opción.

Marina engarzó miradas con Iván, y percibió su espíritu dominante. Por alguna razón ridícula, se sintió cautivada en su presencia, aunque no estaba dispuesta a ceder. Luego de unos silenciosos instantes, Iván siguió hablando.

—Serás mi esposa:eso no se discute. Este es tu nuevo hogar.

—Muy bien —suspiró Marina, sin darse por vencida. Perder una batalla no significaba perder la guerra—. Haré todo lo posible por escapar de aquí, y cuando lo haga, asegúrate de no estar en mi camino.

La amenaza en las palabras de Marina no pasó desapercibida para Iván. Sin embargo, en lugar de enfadarse, soltó una risa sutil.

—Marina, aprecio tu valentía. Pero antes de tomar decisiones apresuradas, deberías considerar todas las cartas sobre la mesa. No siempre es sabio subestimar el juego que se está jugando. Y además —acercó de nuevo su rostro para susurrarle al oído—. tal vez hasta disfrutes ser mi esposa. Después de todo, has disfrutado bastante hoy en el asiento trasero de mi auto.

—Jamás —escupió ella, y abandonó el salón dando trancazos y con la risita grave de Iván resonando detrás de sus espaldas.

Marina regresó a su habitación y dio un portazo de rabia. La luz tenue de las lámparas creaba sombras danzantes en las paredes, y el silencio reinante la envolvía como un manto.

Se dejó caer en la cama y contempló el techo. A pesar del agotamiento, su mente seguía trabajando, analizando cada detalle de la noche y las decisiones que debía tomar. Sin embargo, la fatiga ganó la batalla, y sus pensamientos se volvieron borrosos.

Cerró los ojos y, en medio de la incertidumbre, se sumergió en

el abrazo reconfortante del sueño. La habitación quedó envuelta en la quietud, dejando que los sueños y las reflexiones se entrelazaran en el tejido de la noche. Su mente tenía más preguntas que respuestas, la única certeza era que ella pronto sería, indefectiblemente, la esposa de Iván Morozov.

Capítulo siete

Al amanecer, la luz tenue del sol se filtró por las cortinas de la habitación de Marina, despertándola de un sueño inquieto. Aunque las horas de descanso habían proporcionado cierto alivio, la sombra de las situación en la que se encontraba seguía acechando en su mente.

Todavía no podía acostumbrarse a despertar en una cama que no era la suya, rodeada de aquellas paredes tan altas, esos muebles tan lujosos. A pesar de lo mullido del colchón, de lo abrigado y acogedor del cuarto bañado por la luz del sol, Marina se recordó a sí misma que estaba en una prisión.

Marina se incorporó en la cama y se restregó los ojos para terminar de despertarse. Miró alrededor de la habitación,lo primero que vino a su memoria fue el atractivo rostro de Iván Morozov, y, poco a poco, fue recordando la noche anterior. La sensación de estar atrapada, como una mariposa en una telaraña, persistía. Se preguntaba si el día que se avecinaba traería más respuestas o simplemente complicaría aún más su situación.

Decidió levantarse y enfrentar el día, mirar la batalla cara a cara como había hecho toda su vida. Mientras estaba en la ducha, alguien golpeó su puerta. Era una de las criadas, anunciándole que el desayuno la esperaba abajo. Marina salió del baño, y abrió el closet. Le sorprendió encontrar una colección de chaquetas, camisas y pantalones exactamente de su estilo. Casi como una copia del closet que tenía en su propio piso, de no ser porque

aquellas prendas eran diez veces más costosas. Decidió no pensar en ello,se vistió con un conjunto de chaqueta y pantalón gris y se recogió el cabello en un moño práctico. A pesar de la incertidumbre que rodeaba su futuro, la rutina mañanera de maquillarse le proporcionó cierta sensación de normalidad.

Bajó las escaleras pensando en nada más que regresar al museo. Tal vez allí, tendría una chance de escapar…obviamente los guardaespaldas de Iván la escoltarían, pero tal vez en algún momento se distraerían, o tal vez su amiga Katya le daría una mano al contarle su situación. Tal vez podría contactar a la policía…

Claro…como si la policía pudiera hacer algo contra una mafia tan poderosa.

Cuando entró al salón donde se servía el desayuno, encontró a Iván Morozov sentado a la mesa, disfrutando un café de manera casual. Una suave música de cellos y violines bañaba el ambiente, y el hombre vestido de negro leía de una tableta. Marina se detuvo en seco, sorprendida por un pensamiento repentino: ¿realmente sería tan desagradable despertarse todos los días en una casa así, repleta de música y exquisito arte, y estar casada con un hombre tan magnético? Y no pudo evitar imaginarse esa vida: despertar todas las mañanas junto a Iván…

Sería una vida idílica, el sueño de cualquier mujer…si tan solo Iván Morozov no fuera la cabeza de la mafia rusa.

Marina se obligó a apartar esos pensamientos de su mente. No podía dejarse seducir por las comodidades aparentes de aquel lugar...ni por esos ojos tan penetrantes. Recordó las palabras de Iván sobre la complejidad de su mundo, sobre cartas que aún no estaban sobre la mesa. No podía permitirse caer en una ilusión superficial: perder su libertad, su tan ansiada independencia, para caer en las redes de otro hombre.

—Buenos días, Marina —saludó Iván, levantando la vista de su tableta con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Buenos días —respondió ella con frialdad, manteniendo la guardia alta.

Iván indicó el asiento frente a él con un gesto amistoso. Marina obedeció y contempló como él le sirvió el café con aires caballerosos. Ella sintió un escalofrío al sentir su mirada estudiándola de arriba a abajo.

—¿Por qué estás usando este atuendo tan aburrido? —preguntó él con fingida inocencia.

—Es lo que tú dejaste en mi closet —respondió ella,y le dio un sorbo al café. La sonrisita de Iván la puso furibunda pero también le aceleró el pulso de esa forma tan adictiva y deliciosa—. ¿O acaso esperas que use vestido largo y stilettos a las nueve de la mañana?

—Si me lo preguntas a mí, es un crimen cubrir una obra de arte tan exquisita.

Marina sacudió la cabeza.

—No puedo ir al Museo así vestida.

Iván la interrumpió con un gesto casual de la mano.

—No te preocupes por eso. —Él regresó su mirada a la tableta —. He dispuesto que tu empleo quede en pausa temporalmente.
—¿Qué? —chilló Marina, su voz sonando más aguda de lo que esperaba. Iván soltó una risita grave y algo maligna en respuesta —. ¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo. —Iván alzó la mirada de nuevo hacia ella y arqueó una ceja en actitud arrogante—. ¿O acaso no sabes quién es uno de los mecenas anónimos más generosos del Museo? El gerente sabe que si se rehúsa a mis pedidos, pierde la donación anual que prácticamente mantiene la galería a pie.

Ella soltó un suspiro de sorpresa e indignación, y antes de poder estallar de nuevo, Iván hizo su tableta a un lado y la tranquilizó.

—Marina, Marina, no temas por tu trabajo. Tú sigues siendo la curadora general. Solo he negociado unas pequeñas vacaciones para ti. Has trabajado tan duro en la última exposición, te mereces algo de descanso. Y, por supuesto, puedes pasarlo aquí, para familiarizarte con tu nueva vida.

Marina frunció el ceño, sintiendo la irritación burbujeando en su interior.

—No puedes simplemente tomar decisiones por mí. Mi trabajo

es importante para mí.

Iván se acercó lentamente, sus ojos azules fijos en los de Marina.

—Jamás te privaría de tu trabajo. Sé la pasión que sientes por el arte. Tan solo estoy un poco celoso: me gustaría que sientas esa misma pasión por tu futuro marido —Le dedicó una mirada tan hambrienta que las pulsaciones desertaron entre sus piernas—. O tal vez ya la sientes, tan solo vives en negación.

—Estás loco.

—Tal vez —sonrió él—. Lo que es importante aquí, Marina, es que te ajustes a las circunstancias. No querrás que las cosas se compliquen, ¿verdad?

La amenaza implícita en sus palabras resonó en el aire. Marina se mordió el labio, luchando contra la frustración y la sensación de impotencia.

—Seré tu esposa —dijo ella—. Solo si me permites regresar a mi antigua vida.

Iván asintió como si estuviera de acuerdo, pero su expresión sugería que él ya había tomado decisiones por ambos.

—Por supuesto —respondió Iván—. Pero por el momento, disfruta de tus vacaciones aquí. Será una buena oportunidad para

conocernos mejor antes de la boda.

De tan solo oír la palabra boda, Marina sintió otro escalofrío.

—¿Y cuándo será la feliz ocasión? —preguntó ella con sarcasmo.

—En un mes, aproximadamente —respondió Iván pensativo—. Cuando me ames.

Marina soltó una carcajada.

—¿Crees que en un mes me enamoraré de una basura como tú?

—¿Por qué no? Te has enamorado de la escoria de tu ex.

—Ya te dije que nunca amé a Michael.

—Entonces tengo esperanzas —dijo Iván, orgulloso.

Marina volvió a reír, divertida.

—¿Realmente esperas que me enamore de ti en un mes?

—No lo espero. Estoy seguro. En un mes no solo estarás enamorada, estarás completa, total y locamente enamorada de mí.

Marina se mordió el labio, desafiante, y vio una oportunidad.

—¿Y si no lo estoy, me dejarás ir?

—Ya te he dicho que yo, Iván Morozov,jamás he forzado a una mujer en mi vida —respondió en tono serio y solemne—. Si en un mes no me amas, eres libre de irte. Regresarás a tu casa, a tu trabajo, a tu vida normal y aburrida. Y yo me convertiré en un recuerdo. No volverás a verme jamás, como si la Bratva se hubiera esfumado de la faz de la Tierra. Y además, tendrás mi palabra de que ninguna otra familia te molestará nunca.

Marina contempló sus palabras unos instantes.

—¿Puedo confiar en ti?

—Tienes mi palabra de honor. —Él le ofreció la mano, y al hacerlo el puño de su camisa se deslizó revelando atisbos del tatuaje en su brazo musculoso.

Marina sintió un relámpago subir por su columna vertebral cuando estrechó la mano de Iván. por algún motivo, confiaba en él. Y por otro motivo extraño, el contacto con su piel le despertaba palpitaciones.

—Pero recuerda,Marina —dijo él, recuperando su sonrisa—. Aquí las cosas se hacen a mi manera.

Con esas palabras, Iván se levantó y se alejó por el pasillo, dejando a Marina con un nudo en el estómago. La última imagen

que pasó por su mente antes de cerrar los ojos fue la mirada intensa de Iván y la melodía suave que aún resonaba en el salón. A pesar de todo, el deseo de libertad seguía ardiendo en su corazón, y ahora se había encendido una nueva chispa de esperanza.

“Un mes, en un mes seré libre”, pensó ella con una sonrisa. Después de todo, jamás podría enamorarse de un criminal como Iván, y algo le decía que podía confiar en su palabra, que él era un hombre de honor.

En un mes regresaría a su vida normal y Iván Morozov no sería más que un mal recuerdo.

Capítulo ocho

Pasaron dos días en la mansión de Iván Morozov, y Marina se encontró inmersa en una extraña rutina. A pesar de las lujosas comodidades, no podía ignorar la constante sensación de estar bajo vigilancia. Los guardaespaldas siempre presentes, las cámaras de seguridad en cada rincón, todo recordándole que, aunque tuviera cierta libertad aparente, su situación estaba lejos de ser normal.

Pero al mismo tiempo, ella sabía que pronto sería libre: solo debía aguantar veintiocho días más para regresar a casa. Y, aunque, le daba vergüenza admitirlo, era agradable pasar sus días durmiendo hasta tarde, hojeando la magnífica biblioteca de la sala, admirando las flores del jardín y escuchando música, con criadas constantemente preocupándose por si ella deseaba algo.

Por otro lado, no había visto a Iván en las últimas cuarenta y ocho horas,y eso de alguna manera hacía que el tiempo transcurriera más lento.

¿Por qué? Odiaba admitirlo, pero las constantes discusiones

eran entretenidas, y había algo en él que la vigorizaba.

Aquella tarde, mientras exploraba la biblioteca de la mansión, Marina se topó con un rincón lleno de libros sobre la historia de la mafia rusa y las dinámicas de poder en ese oscuro mundo. No pudo evitar sentirse atraída hacia aquel libro, y se acomodó en la silla junto al fuego para leer. Cada página era un recordatorio de la peligrosa red en la que ahora estaba atrapada. Se preguntó si Iván esperaba que comprendiera su realidad o si simplemente disfrutaba de tener el control. Pero había otra pregunta más insidiosa: ¿por qué ella disfrutaba estar bajo el control de un hombre como Iván?

La fecha límite de un mes se acercaba rápidamente, y Marina se esforzaba por entender sus sentimientos hacia Iván. Cada interacción dejaba una huella en su mente, y aunque detestaba sus métodos, no podía negar que había momentos en los que su presencia la intrigaba. La línea entre la repulsión y la atracción se volvía cada vez más borrosa. Marina no estaba del todo segura de querer saber la respuesta a ese interrogante.

De pronto, unos pasos interrumpieron su lectura. Durante un breve instante su corazón dio un vuelco, pero cuando alzó la vista vio al joven Dimitri acercarse. Una parte de ella se decepcionó, pero fingió una sonrisa.

—El señor Morozv tiene un pedido para usted —dijo el muchacho en tono ceremonioso.

—Oh, ¿se acordó que yo existo? —respondió Marina hojeando su libro—. Hace días que no lo veo.

—El jefe ha estado ocupado y lamenta no poder verla —explicó

Dimitri.

—Claro que sí —masculló ella.

—Por eso quiere resarcirse con una cena especial. El señor Morozv requiere que esté lista a las ocho. Yo la recogeré.

Luego de decir eso, el chico dio la vuelta, pero Marina lo retuvo.

—¡Espera! ¿Has hablado con Katya?

—Claro que sí. Se puso muy feliz cuando le comenté de su futuro matrimonio con el señor Morozov, y le desea que disfrute sus "tan deseadas vacaciones".

Marina soltó una maldición entre dientes y dejó caer el libro de su regazo. Al verlo, Dimitri se acercó para recogerlo.

—No debería leer estas cosas —aconsejó el chico—. El señor Morozov odia este libro, dice que es una imagen equivocada de lo que somos nosotros.

—Entonces, ¿por qué lo tiene en su biblioteca?

Dimitri frunció los labios.

—No lo sé, supongo que tendrá sus motivos. Pero si quiere conocer el verdadero corazón de la Bratva, no se deje llevar por medios moralistas y tendenciosos. Mejor hable con el señor

Morozov, él responderá todas sus dudas. —Le dedicó una reverencia educada—. La veo a las ocho.

Cuando se encontró sola de nuevo, Marina soltó otra maldición entre dientes. Y al mismo tiempo, comprendía porqué Katya estaba enamorada de aquel chico.

Las horas transcurrieron y conforme llegó el anochecer, Marina se dio un baño caliente. Al regresar al cuarto encontró un bellísimo vestido azul extendido sobre su cama. Deslizó los dedos por el suntuoso satén y encontró una notita.

"El rojo es tu mejor color, pero no creo poder tolerar tanta belleza esta noche. Usa azul, por mi propia salud mental…aunque creo que eres capaz de enloquecerme vistiendo cualquier color".

—idiota —dijo Marina, pero no pudo evitar sonreír.

Se cambió por el precioso vestido azul que abrazaba su figura, se maquilló y se recogió el cabello. De pronto, se dio cuenta que había olvidado durante unos momentos su situación: había olvidado que estaba secuestrada por el jefe de la mafia rusa,y se encontró preocupándose por lucir arrebatadora como si fuera una cita real.

Sacudió la cabeza y escuchó a Dimitri golpear la puerta.

Al verla, el muchacho vestido de traje negro le dedicó otro respetuoso saludo.

—El señor Morozov todavía está en su despacho, la reunión se ha prolongado. Pero me ha pedido que la acompañe al auto y que usted lo espere allí.

Marina asintió. Cogió su bolso y se dejó conducir escaleras abajo. Su mente vagaba entre las historias sangrientas que había leído en el libro, la cena de esa velada, y la anticipación por encontrarse de nuevo con Iván. Una vez en la planta baja, una cara familiar la arrancó de sus ensoñaciones.

—Michael —ella no pudo evitar murmurar al verlo.

Su exmarido estaba allí, en la sala de la casona Morozov. Sostenía un cigarrillo en sus manos y vestía un traje gris barato. Su cara poseía el brillo de una fina capa de sudor nervioso.

—Marina —dijo él al verla. Su expresión mutó de la ansiedad al terror, como si hubiera visto un fantasma. Ella también reconoció la culpa en su rostro, la culpa de un cobarde que se arrepiente de sus actos.

Dimitri le soltó el brazo y dio un paso al frente.

—¿Qué haces aquí? —lo espetó el muchacho. Era extraño ver a alguien tan joven amedrentando a un hombre de la edad de Michael—. La reunión ha terminado, el jefe te dijo que desaparezcas.

El miedo hizo que Michael se encorvaba un poco más, y Marina

comprendió el motivo de su miedo: el deudor se había reunido con su amo para que le perdonara la vida.

—Déjanos hablar a solas —dijo Marina.

Sorprendido, Dimitri lo miró.

—Al jefe no le gustaría..

—Por favor —lo interrumpió Marina, con partes iguales de exigencia y amabilidad.

—Cinco minutos —accedió Dimitri antes de retirarse por la puerta frontal.

Cuando estuvieron los dos solos, Marina sintió que el aire podría cortarse con una tijera. Michael apenas tenía la valentía para mirarla a los ojos.

—Marina…—susurró—. Perdóname.

Ella no lo dejó seguir hablando: le dio un sonoro bofetón en la mejilla.

—¿Perdón? —chilló ella, casi al borde de las lágrimas de furia —. ¿Eso es lo único que puedes decir? No mereces perdón, Michael. Has arruinado mi vida, nos has puesto a ambos en este infierno.

Michael bajó la mirada, tocándose la mejilla adolorida.

—Lo siento, no sabía que esto llegaría tan lejos.

—¿De verdad crees que esa excusa cambiará algo? ¡Vendiste mi libertad! Y lo peor de todo es que me manipulaste: ¡me hiciste creer que sentías algo por mi! Y como una imbécil, te creí ....—soltó una carcajada amarga y se enjugó una lágrima de bronca.—Tal vez hasta me merezco haber caído en este infierno: por haberme dejado manipular por ti dos veces.

—Marina: escúchame, no tenía otra opción. Tenía deudas, muchas deudas. No tuve más opción que acudir a la Bratva…

—¿Te endeudarse con la mafia rusa para pagar tu deuda anterior con los usureros?

Marina se sintió una estúpida: realmente Michael no había cambiado. de hecho, su adicción al juego ya rozaba lo patológico.

—¡Iban a asesinarme si no saldaba mi deuda!

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Y tu mejor idea fue venderme como si yo fuera un pedazo de carne?

El silencio pesado se instaló entre ellos antes de que Michael intentara hablar de nuevo.

—Mira, sé que piensas que soy un hijo de puta. Y tal vez lo sea,pero..pero…escúchame…Aunque estaba en una situación desesperada, tampoco soy un desalmado.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Qué excusa patética estás inventando ahora?

Michael suspiró, visiblemente nervioso.

—Iván Morozov… él no te hará daño.

—¡Oh, entonces supongo que todo está bien! —respondió con sarcasmo—.¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Todos saben que es uno de los pocos jefes de la “vieja escuela”. El tipo tiene honor. No lastima niños ni mujeres. la familia Morozov se mantiene lejos de la prostitución y el narcotráfico. Su fortuna viene en gran parte de las apuestas y el contrabando de arte.

Marina escuchó las palabras de Michael con escepticismo. La idea de confiar en las supuestas "reglas" y "honor" de un líder de la mafia no la tranquilizaba en lo más mínimo. No obstante, cuando recordaba sus interacciones con Iván, especialmente la calidez y seguridad que le hacía sentir en su presencia, algo le decía que Michael no estaba mintiendo.

—¿Qué estás tratando de decirme? —preguntó ella con

desconfianza pero un poco más calmada que antes.

—El tipo tiene un fetiche raro con el arte, pero no es un enfermo. No te hará daño.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—¿Te ha hecho algo hasta ahora? ¿Algo en contra de tu voluntad?

Marina soltó un suspiro; odiaba darle la razón a su ex, pero Iván no la había lastimado. Incluso le había proporcionado dos experiencias muy placenteras…

—No me vengas con la idea de que debería agradecerle por no lastimarme. No debería estar aquí en primer lugar.

—No estoy diciendo que sea una situación ideal, pero al menos estarás a salvo. Muchas mujeres adorarían estar en tu lugar. Iván podría protegerte de los peores peligros, proveerte de una vida sin preocupaciones...a decir verdad, él es un prospecto mucho mejor que yo. Solo tienes que adaptarte y jugar según sus reglas.

—¿Jugar según sus reglas? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —Marina estalló de nuevo, sintiendo la rabia acumulándose en su pecho—.¡Ahora tengo que darte las gracias a ti por conseguirme un buen marido!

—Marina, escucha... —Michael intentó acercarse, pero ella lo

apartó con un gesto de la mano—...él…a Morozov realmente le gustas.

Marina sintió su corazón dar un vuelco. No quería escuchar más las mentiras de Michael, pero al mismo tiempo, no podía dejar de escucharlo.

—¿De qué mierda estás hablando ahora?

—Eres una ingenua si no sabes que gran parte de la colección del museo donde trabajas no viene de sus manos —murmuró él con amargura—. Él y sus hombres merodean siempre por la galería, haciendo negocios, y él… te ha visto. Varias veces. Pero tú nunca le prestaste atención. Esa fue la razón por la que aceptó mi propuesta, por la que te aceptó a ti como pago, porque ya estaba obsesionado por ti hacía meses.

El rostro de Michael reflejaba arrepentimiento, pero también impotencia. Sabía que no podía deshacer lo que había hecho.

—Tú…tú…—Marina apenas podía articular palabra. Esa última pieza de información había sido demasiado para ella: ¿Iván la había estado observando desde las sombra desde hacía meses, y ella nunca se había dado cuenta?

De pronto sintió las rodillas débiles, pero al mismo tiempo un escalofrío delicioso la recorrió al imaginar a Iván Morozov acechándola como una bestia hambrienta.

—Lo siento, Marina —agregó Michael—. Si pudiera retroceder

el tiempo, haría las cosas de manera diferente.

Con esas palabras tan penosas, Marina observó a Michael. Siempre había sido un hombre débil debajo de esa fachada, sin embargo ella sintió que lo estaba mirando por primera vez. Y no sintió más rabia, ni furia, solo pena. Pena por un hombre inseguro y condenado, un prisionero de sus propias adicciones, que dañaba todo lo que tocaba.

No pudo evitar compararlo con Iván Morozov: un criminal, pero aun así en control de sí mismo, fuerte, confiado y poderoso. Irónicamente, el hombre que la tenía prisionera no le provocaba el asco que Michael despertaba en ella.

—Marina. —La voz grave de Iván interrumpió la escena. Marina sintió ese tono retumbar en todo su cuerpo, arrancándola de sus preocupaciones y provocándole una paz inmediata.

Casi como si lo hubiera llamado con su mente, Iván estaba de pie en la sala, vistiendo un espectacular traje de gala de terciopelo negro. un aura imponente lo rodeaba, y caminó hacia ella con pasos decididos y dominantes. Su mirada estaba encendida, pero no la miraba a ella sino a Michael, y su expresión destilaba desprecio.

—¿Por qué estás todavía aquí? —lo espetó con voz calma pero amenazante.

Michael estaba balbuceando una respuesta cuando Marina

intervino.

—Yo lo he retenido, pero ya no tengo nada más que decirle.

Iván asintió y le ofreció el brazo a Marina. Por algún motivo, ella sintió la necesidad imperiosa de cogerlo, y cuando se encontró sostenida por ese antebrazo fuerte y protector, una sensación de calma la sobrecogió. Como si Michael ya no existiera, como si nunca hubiera existido.

—Vamos —dijo Iván antes de guiarla del brazo hacia la salida.Marina lo acompañó sin mirar atrás.

Capítulo nueve.

Iván la condujo afuera, donde la limusina negra los estaba esperando.Marina subió sin hacer preguntas, solo deseaba alejarse

de aquella escena tan patética a la que Michael la había obligado a participar.

El lujoso auto se puso en marcha, atravesaron la verja del jardín y se internaron en la fría y luminosa noche de Moscú. Marina tan solo observaba la ciudad en silencio, los altos edificios con luces parpadeantes y el cielo cargado de estrellas. Algo había cambiado en su interior luego de aquel intercambio con su ex. Michael le había dejado de importar. Había cercenado de raíz esa dependencia tan tóxica con él: esa necesidad de tener a alguien en su vida, de tolerar que la lastimen solo para no estar sola. Por primera vez en su vida, se sentía libre. Rió por lo bajo: ¡qué ironía! Necesitar que te secuestren para finalmente sentirte libre. Pero a pesar de todo, contemplando el precioso paisaje urbano del cual se había enamorado tantos años atrás al emigrar, Marina sintió que estaba comenzando un nuevo capítulo en su vida.

—¿Te encuentras bien? —La voz de Iván, cargada de preocupación, la arrancó de sus ensoñaciones.

—Así es —. Ella asintió y giró el cuello para mirarlo: su expresión era tan sincera y descarnada que ella sintió un estremecimiento. De alguna manera, en ese rostro esculpido en hielo se mezclaban a la perfección la dureza, el honor y la ternura, y Marina no pudo tolerarlo. Jamás un hombre la había mirado así en toda su vida, y se negaba a aceptar que el primero fuera un criminal como Morozov. Tampoco estaba dispuesta a reconocer que estaba agradecida por la forma en que él la había rescatado de aquella escena tan humillante con Michael. Así que simplemente

sonrió y cambió el tema de conversación.— ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa—. La cara de Iván recuperó su aire arrogante y seductor, dibujando una sonrisita cómplice.

—No creo poder tolerar más sorpresas —suspiró Marina, cruzando los brazos.

—Lamento que hayas tenido que cruzarte con ese perdedor.

—No hablemos más de él: Michael pertenece al pasado.

—¿Eso significa que yo soy tu futuro?

—No te hagas ilusiones, Iván: en un mes estaré libre. Recuerda tu palabra: si no me enamoro de ti, tienes que dejarme ir.

—Yo siempre cumplo mi palabra, pero tu recuerda las mías: en un mes, no podrás vivir sin mí.

—Lo dudo.

—Espera a ver lo que tengo planeado para nuestra primera cita.

—Esto no es una cita, es un secuestro. ¿Y qué tienes planeado?

—Ya te he dicho: es una sorpresa.

Iván volvió a sonreír con aire misterioso, y Marina se encontró sonriendo también. Era obvio que jamás iba a poder ganarle una discusión a este hombre, pero, por algún motivo,era entretenido intentarlo.

La limusina dio un par de giros por unas calles desconocidas,y finalmente se detuvo. Ella miró de nuevo a Iván y notó que sacaba

algo del bolsillo de su chaqueta: una venda de seda violeta.

—¿Qué es eso? —preguntó Marina.

—Para que la sorpresa sea total —respondió él, y acercó la venda a su rostro con suavidad.

Sus movimientos fueron pausados, Marina pudo haberse resistido o luchado, y sin embargo no lo hizo. Se quedó inmóvil mientras Iván le vendaba los ojos, sintiendo como su corazón galopaba ansioso y entusiasmado al encontrarse rendida ante él. Luego de la escena con Michael, y de que Iván la ayudara a retirarse con dignidad, una parte de ella disfrutaba rendirse ante esa bestia protectora, anticipando con delicia la sorpresa que le auguraba.

—Listo —dijo él después de ajustar el nudo en su nuca—. ¿Está muy ajustado?

—No. ¿Por qué no puedo ver dónde estamos?

—Paciencia, mi querida. No seas ansiosa, en tan solo unos instantes lo descubrirás, y la espera habrá valido la pena. ¿No te parece que mientras más se construye la anticipación, más intenso es el placer de la recompensa después?

La voz de Iván ya de por sí era profunda y masculina, con un irresistible dejo acaramelado. Pero, con los ojos vendados, en la total oscuridad, Marina notaba que sus otros sentidos se amplificaban, y oír su voz ahora le provocaba escalofríos

exquisitos en todo el cuerpo. Su entrepierna comenzó a latir, furiosa, necesitada, y ella apenas pudo asentir en respuesta.

—En este estado —él le susurró al oído, y su clítoris despertó con pulsaciones desesperadas—, dependes completamente de mí, Marina. Debes confiar en mí para que te guíe.

Ella soltó una exhalación; todo su cuerpo estaba ardiendo, presa de un oscuro e intenso placer solo por el hecho de entregarle todo el control a un hombre como Iván. Era una sensación tan deliciosa como esa vez en la cual él le había atado las manos. No dijo nada, solo asintió. Escuchó a Iván soltar una risita satisfecha, y segundos después, sintió su piel erizarse cuando él la cogió de la mano.

—Ven —ordenó él con su voz de barítono—. Sígueme.

La ayudó a bajar de la limusina, y Marina obedeció. era lo único que podía hacer, lo único que ansiaba hacer. Obedecer. Seguirle los pasos a Iván Morozv en la oscuridad, tan solo sostenida de su fuerte antebrazo que se negaba a soltarla.

¿A dónde la estaba llevando? Lo ignoraba, y hasta a una parte de ella tampoco le importaba. Confiaba en las palabras de Iván: confiaba en que la recompensa valdría la pena.

Sin embargo, la curiosidad la llevaba a analizar cada pequeño detalle que podía absorber con el resto de sus sentidos. No podía ver, pero podía oír que los sonidos de la ciudad se hacian cada vez más difusos y lejanos, como si hubieran entrado a un túnel.

También podía sentir que el clima ahora era cálido: ya no estaban a la intemperie del invierno ruso. Estaban en algún lugar cerrado y calefaccionado, incluso perfumado. A medida que Iván la guiaba, podía escuchar sus tacones repiqueteando sobre el linóleo: un sonido similar al del suelo de la galería de arte. Le dio la sensación de que Iván la estaba conduciendo por un pasillo, algo estrecho por la forma en que sus pasos creaban eco. Escuchó a Iván abrir una puerta con una llave y dejó que Marina entrara primero. Dieron algunos pasos más, y de pronto, Iván le ordenó que se detuviera con un movimiento suave, Marina obedeció. Durante ese instante de pausa,ella pudo sentir todos sus sentidos amplificados al máximo, toda su carne palpitando ante el suspenso, completamente entregada a la voluntad de Iván, era una sensación tan nueva como eufórica, y a pesar de la profunda excitación que pulsaba en todo su cuerpo, también una reconfortante tranquilidad la llenaba.

—Llegamos —dijo él con un irresistible susurro ronco. Esa voz hizo que un estremecimiento recorriera a Marina—. Te quitaré la venda ahora, ¿confías en mí, Marina?

—Confío en ti, Iván —sentenció Marina, una reafirmación en voz alta de sus sentimientos más profundos. Incluso a ella la sorprendieron aquellas palabras, pero eran verdad: confiaba en Iván Morozov, por algún motivo misterioso e incomprensible.

A pesar de que no podía verlo, ella supo que Iván sonrió, y a continuación sintió sus dedos desatándole la venda con una suave caricia.

Cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo a la luz, lo que se desplegó ante los ojos de Marina la dejó sin aliento. Estaban en una galería oculta, una especie de santuario personal de Iván. Las paredes estaban revestidas con obras de arte invaluables, decoradas con un exquisito panel de madera oscura que acentuaba la riqueza y la elegancia del lugar. La iluminación, cálida, de haces broncíneos y cuidadosamente diseñada, destacaba cada obra maestra expuesta, creando un ambiente que transportaba a un mundo diferente.

—Bienvenida a mi mundo privado —dijo Iván, observando el asombro de Marina.

Ella caminó lentamente, maravillada por la riqueza de la colección. Cada obra parecía contar su propia historia, y Marina no pudo evitar preguntarse cuántos secretos albergaban esas paredes. De pronto, ya no importaba su secuestro, su discusión con Michael o el contrato con Iván. Solo importaba ese hechizo que el arte siempre ejercía sobre ella, esa sensación de gozo ante la contemplación de la belleza en su estado más puro. Ese alivio instantáneo, ese refugio con el que ella siempre podría contar ante cualquier angustia.

Las piezas de arte ruso y bizantino que adornaban la sala eran verdaderamente deslumbrantes. Íconos ortodoxos del siglo XV, con sus detalles minuciosos y colores vibrantes, ocupaban un lugar destacado, evocando la espiritualidad y la devoción de épocas

pasadas. Las esculturas bizantinas, con sus formas majestuosas y expresiones serenas, emanaban una sensación de atemporalidad.

Al caminar por la galería, se encontraban tapices rusos que contaban historias a través de intrincados patrones y colores cálidos. Cada uno de estos tapices, cuidadosamente preservados, narraba fragmentos de la historia rusa y sus ricas tradiciones.

En las vitrinas de cristal, Iván exhibía pequeñas maravillas: joyas talladas con maestría, reliquias que habían sobrevivido a los vaivenes de la historia. Cofres de madera finamente trabajados contenían manuscritos antiguos y objetos rituales, resguardados como tesoros sagrados.

El aroma del incienso impregnaba el aire, aportando un toque espiritual a la galería. La elección del mobiliario era impecable, con sillas y mesas de madera tallada que combinaban perfectamente con el entorno. Cada rincón estaba meticulosamente cuidado, desde las alfombras persas que yacían en el suelo hasta las cortinas de seda que ondeaban suavemente en las ventanas.

A medida que la iluminación cambiaba sutilmente, las piezas de arte se transformaban, revelando nuevos detalles y matices. El silencio de la sala, roto ocasionalmente por el repiqueteo de sus pasos, le otorgaba un aire de solemnidad y reverencia. Con cada obra que admiraba, una calidez crecía en el pecho de Marina, irradiando hacia todo su cuerpo.A pesar de su situación, la felicidad la invadía al estudiar cada icono, cada pincelada,cada rostro que le devolvía una mirada piadosa desde el lienzo.

Iván caminaba junto a ella, en silencio, acompañándola en su contemplación. No eran necesarias las palabras, en ese preciso instante, los dos estaban compartiendo un lenguaje sin palabras, el lenguaje de admirar la belleza, de empaparse en ella. Se detuvieron frente a una pintura en particular, Marina desvió su atención unos segundos para admirar los ojos azules de Iván. Brillaban con una pasión única mientras hablaba sobre la historia del artista y la técnica utilizada.Marina escuchaba atentamente, cautivada por la forma en que Iván compartía su amor por el arte. Sus explicaciones iban más allá de las superficialidades; él entendía el contexto histórico, las motivaciones del artista y la esencia de cada obra. Nunca había escuchado a ningún hombre hablar así de arte, y notó cómo su corazón se aceleraba y no podía evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa de admiración por Iván Morozov. Y de pronto, Marina hizo un descubrimiento que la hizo estremecer:Iván Morozov no solo coleccionaba arte; él vivía el arte, rodeado de la historia y la cultura de su tierra natal. Cada obra contaba una historia, y la sala en sí misma parecía respirar con la esencia de un pasado rico y diverso. Era un testimonio de la pasión y el respeto de Iván por las artes rusas y bizantinas, un rincón del mundo donde la belleza y la historia se fusionaban en una armonía cautivadora.

—Es la primera vez que te veo sonreír así —dijo él.

Avergonzada, Marina intentó borrar su sonrisa, y desvió su atención a la pintura frente a sus ojos.

—Es una colección exquisita —exclamó ella.

—Gracias —respondió orgulloso—. Pero es más que una mera colección. Lo que estás contemplando ahora mismo, mi querida Marina, es mi razón de vivir.

Ella estudió el rostro de Iván: había aprendido a desconfiar de los hombres, esencialmente de un capo criminal como Morozov. Sin embargo, había algo puro y sincero en su expresión y en sus palabras. Otro escalofrío la recorrió: la pasión y la veneración que él sentía por esas piezas era real. No era una artimaña ni un intento por manipularla: Iván Morozov estaba revelando una cara oculta de su personalidad. Se preguntó por qué ella, por qué la había traído aquí.

—Siempre he considerado que el arte es un reflejo de la humanidad, una expresión pura del alma. Cada pieza aquí tiene un significado especial para mí, ya sea por su belleza, su mensaje o el momento en que la adquirí —continuó él, paseándose entre las galerías—. Este lugar, mi querida Marina, es mi refugio. El lugar donde vengo cuando el mundo se torna demasiado oscuro.

—Si el mundo es un lugar hostil, es gracias a hombres como tú —respondió Marina.

Lejos de ofenderse, Iván le dedicó una sonrisa algo melancólica.

—Lo es. Pero incluso para desgraciados como yo, la oscuridad es desoladora a veces. Por eso comencé esta colección: es mi

recordatorio de que la belleza puede surgir incluso en los lugares más oscuros, devastadores e inesperados.—Iván asintió, mirándola con una expresión que revelaba un rincón más íntimo de su ser—. Solo hay que saber buscarla, saber buscar en la oscuridad.

Ella contempló de nuevo su mirada, profunda y penetrante, y sintió que sus rodillas temblaban. ¿Por qué se sentía así? Después de explorar la galería unos segundos más, Iván la condujo con un ademán cortés a una pequeña mesa colocada estratégicamente en el centro del espacio. Una mantelería blanca y velas encendidas adornaban la mesa, creando una atmósfera íntima.

—Quise que nuestra primera cena juntos fuera especial —dijo Iván, ofreciéndole a Marina una silla—. Por eso te he traído aquí. Eres la única mujer que jamás ha puesto un pie aquí, ¿sabes?

—¿Y se supone que así piensas seducirme?

—¿Está funcionando? —preguntó con picardía mientras abría el champagne. le llenó la copa con amabilidad—. No, te he traído porque, más allá de nuestro contrato,creo que eres la única mujer que conozco que realmente valora estas piezas. Más allá de lo que suceda entre nosotros dentro de un mes, no quería que te alejaras de mi vida sin antes contemplar estas obras.

Marina recorrió el borde de su copa con los dedos, pensativa, y alzó la mirada una vez más hacia uno de los íconos en la pared. Las tenues luces de las velas refulgían en los pigmentos de oro.

—Cuando era más joven —agregó ella—, todos me trataban como si fuera un bicho raro, pero el arte siempre fue mi mayor consuelo. No solo en la adolescencia, toda mi vida. Siempre preferí hundir las narices en un libro de arte o pasear sola por los museos antes que estar con gente. Era mi…mi santuario. Mi refugio cuando el mundo se tornaba demasiado hostil.

Cuando volvió a mirar a Morozov, el ambiente se llenó de complicidad y entendimiento mientras compartían la cena rodeados de arte. Aunque Iván Morozov era el líder de una oscura organización criminal, en ese momento, compartiendo su pasión por el arte y la cena a la luz de las velas, parecía existir una conexión única entre ellos, parecía que él comprendía de lo que ella estaba hablando, y era una sensación tan reconfortante como aterradora.

—Conozco ese sentimiento —respondió Iván—. Cada uno tiene su propio santuario, ¿verdad? Una forma de escapar del caos que nos rodea. —Iván sostuvo su copa y chocó suavemente contra la de Marina en un gesto casi ritual—. Brindemos por los santuarios que nos han mantenido cuerdos en un mundo que a menudo carece de sentido.

—Por nuestros santuarios —Marina sonrió, sintiendo una extraña conexión con Iván en ese momento.

Los dos bebieron, y Marina probó la deliciosa cena servida frente a sus ojos. La galería, iluminada por la tenue luz de las velas

y el destello de las obras de arte, se convirtió en un lugar mágico donde el tiempo parecía detenerse. Iván Morozov, el hombre cuyas acciones eran a menudo envueltas en sombras, compartía con Marina su amor por la belleza y la historia.

Sin embargo,un pensamiento no dejaba de rondar por la cabeza de Marina; las sangrientas historias que había leído en aquel libro sobre la mafia rusa, y sobre todo, aquello que Michael le había contado sobre Iván acechándola en el museo.

—¿En qué estás pensando? —El susurro ronco y seductor de Iván la arrancó de sus ensoñaciones.

—En algo que me dijo Dimitri esta tarde.

—¿Dimitri? —Iván sonrió sorprendido—. Es un buen muchacho, aunque un poco ingenuo. ¿Qué te ha dicho?

—Estaba leyendo uno de los libros en tu estudio, uno sobre los orígenes de la Bratva. Me dijo que tú odiabas ese libro.

Iván bajó la mirada, pensativo durante unos segundos, y finalmente respondió.

—Sé a qué libro te refieres. Es una investigación periodística que se hizo a principios del año 200o, creo, sobre la mafia aquí en Moscú. Está llena de detalles violentos y sangrientos para apelar al morbo del lector curioso, y por eso fue un éxito en ventas. Dimitri tiene razón, odio ese libro.

—Entonces, ¿por qué conservar algo que odias?

Iván no respondió esa pregunta. Continuaron disfrutando de la comida y la bebida bajo la luz de las velas, rodeados por las obras maestras que les observaban desde las paredes. El ambiente estaba cargado de una energía especial, una mezcla de pasión por el arte y complicidad. Iván compartía anécdotas de cómo adquirió algunas de las piezas, mientras Marina, a su vez, relataba historias de su experiencia en el mundo de la curaduría.

Después de la cena, Iván se levantó y ofreció su mano a Marina, invitándola a explorar más a fondo la galería. Juntos, admiraron las piezas mientras él le contaba historias detrás de algunas de las obras más preciadas. Marina se sorprendió al descubrir la profundidad de conocimiento y la pasión que Iván tenía por el arte.

Al final de la velada, mientras contemplaban un ícono bizantino iluminado por la luz de las velas, Iván rompió el silencio.

—Marina, aunque en un mes decidas irte, me gustaría que este lugar también sea parte de tus recuerdos. No como una prisionera, sino como alguien que compartió una conexión única conmigo.

Ella asintió, reflexiva, sin poder evitar preguntarse cómo sería vivir una vida en la que el arte y la oscuridad coexistieran de manera tan intrincada. Aunque la vida con Iván Morozov estaba lejos de lo que había imaginado, descubría que cada capa de su personalidad complicada añadía profundidad a la experiencia.

—En un mes regresaré a mi casa —resistió Marina, aunque no podía evitar dejarse envolver por la magia del lugar y la presencia de Iván—. Sin embargo, recordaré la majestuosidad de este lugar toda mi vida.

Iván asintió con solemnidad, y en ese momento, Marina sintió que el tiempo se detuvo.

—¿Es cierto que me has estado observando en el museo, antes del secuestro? —soltó ella, incapaz de controlar sus palabras. necesitaba saber la verdad.

Aunque algo sorprendido, Iván sonrió con su desbordante confianza, y dio un paso hacia Marina, acortando la distancia entre ellos. El aroma masculino de su piel la envolvió como un hechizo.

—¿Quién te ha dicho eso? —Su voz era una caricia áspera, y Marina sintió toda su piel erizarse con una descarga eléctrica.

—Michael.

—¿Y todavía le crees a ese perdedor mentiroso?

—No. No lo sé —Marina no dejaba de temblar en presencia de Iván, aunque no tenía miedo.

Engarzaron miradas durante un momento que se sintió eterno, Marina sentía su corazón galopar con furia, su pulso acelerarse a medida que su entrepierna palpitaba. Finalmente, Iván respondió

con otra de sus magnéticas sonrisas.

—Es cierto —confesó, acercándose todavía más, hasta que sus narices casi se rozaban—. Solía observarte desde la distancia, embelesado no solo por tu belleza, sino por tu aura,algo que jamás he sentido por ninguna mujer.

—Entonces es verdad —suspiró Marina, incapaz de sostenerle la mirada—. No soy más que una pieza más de tu colección, como una de estas pinturas en la pared, encerradas para siempre en esta galería secreta.

Marina sentía su corazón latiendo tan fuerte que parecía que iba a estallar. Iván le sostuvo la mejilla con suavidad, obligándola a alzar la cara y encontrar su mirada de nuevo.

—Hay algo de verdad en eso, pero también hay mucho de mentira. —Su voz acaramelada reverberaba en las paredes con un eco reconfortante—. Marina todas las obras aquí presentes son invaluables para mí. No solo por su valor material, sino porque son mi ancla, mi recuerdo de que en este mundo tan violento y oscuro aún hay lugar para la belleza. Y aun así, ninguna de ellas es tan valiosa como lo eres tú.

Marina apenas podía articular una palabra: solo podía hundirse en esas dos chispas de hielos eco que eran los ojos de Iván Morozov. tan profundos,tan penetrantes…y tan sinceros. En ese preciso instante, Marina se encontró llena de claridad, como si la neblina de la confusión que la había rodeado hacía semanas

finalmente se disipara. Todo era claro como el agua agua, y estaba cien por ciento convencida de que Iván no le estaba mintiendo había una sinceridad descarnada en sus palabras en su expresión, en sus gestos y ella tan solo podía rendirse ante él, Rendirse no ante su lado más dominante, sino ante su lado más sincero. Por primera vez en su vida, no estaba frente a Iván Morozov, el jefe de la mafia rusa, sino frente a Iván Morozov, el hombre.

—Este lugar —siguió hablando él—, no es una simple galería de arte costoso. Mi querida Marina, este lugar es el último bastión de mi humanidad. Y tú eres la única que ha entrado aquí. En este mismo momento, Marina, estás dentro de mi misma alma.

Marina sintió un nudo en la garganta, una mezcla de emoción y vulnerabilidad. Era como si las palabras de Iván hubieran penetrado más allá de su piel y se hubieran instalado en el rincón más profundo de su ser. En ese momento, la línea que separaba al criminal del hombre se desvaneció, dejando al descubierto a alguien más complejo de lo que ella había imaginado. El silencio se apoderó de la galería, solo roto por el suave crepitar de las velas. Iván y Marina se encontraban en medio de aquella colección de tesoros artísticos, compartiendo un momento que iba más allá de las palabras. La conexión entre ellos se intensificó, y Marina, sintiendo la gravedad de la situación, no pudo evitar acercarse lentamente a Iván.

Él la miró con una mezcla de anhelo y cautela, sus ojos reflejando la complejidad de sus emociones. Marina levantó la mano y, con suavidad, trazó los rasgos de su rostro, como si

quisiera memorizar cada detalle. Iván, en respuesta, se inclinó ligeramente hacia ella, como si estuviera hipnotizado por su presencia.

La distancia entre ellos se redujo hasta que sus alientos se mezclaron, creando una atmósfera cargada de anticipación. Marina pudo sentir el latido del corazón de Iván, rápido y sincero, casi como si estuviera revelando su humanidad a través de esos latidos. Y al contemplar esa humanidad descarnada y hasta vulnerable, algo se apoderó de Marina. Algo poderoso y peligroso que nunca había experimentado con nadie antes. Ni siquiera con Michael.

Sin previo aviso, Iván tomó el rostro de Marina entre sus manos con determinación. Sus labios se encontraron en un beso lento y apasionado. Era un encuentro que iba más allá de la lujuria, era una búsqueda mutua de consuelo y conexión en un mundo tan complejo y oscuro.

Marina cerró los ojos, permitiéndose sumergirse en la experiencia. Sentía la calidez de Iván, la suavidad de sus labios, y todo a su alrededor parecía desvanecerse. En ese instante, no eran el jefe de la mafia y la mujer secuestrada, eran simplemente dos almas perdidas encontrándose en medio de la tormenta.

El beso se prolongó, una danza íntima que trascendía las barreras del tiempo y del entorno. Marina sintió todo su cuerpo despertando, palpitando con anticipación y deseo. Carne de gallina en toda su piel, su clítoris latiendo furioso con necesidad, sus piernas temblando, su corazón galopando…Era maravilloso y

peligroso al mismo tiempo, y el sabor de Iván era adictivo.

Cuando finalmente se separaron, sus miradas se encontraron, y en esos ojos azules grisáceos, Marina vio algo que nunca había esperado descubrir en el líder de la Bratva: vulnerabilidad.

—Marina... —susurró Iván, con la voz ligeramente ronca por la intensidad del momento.

Y fue en ese momento, cuando escuchó la voz de Iván pronunciar su nombre de una manera en que ningún hombre lo había pronunciado jamás, que Marina reparó en la locura que había cometido. Había besado al jefe criminal Iván Morozov, el hombre que la había privado de su libertad, el que le había robado su vida…el que la había adquirido como una obra más para su colección.

El hechizo lánguido y placentero que la había envuelto segundos atrás se disipó con violencia. Ahora sus piernas temblaban pero no por la pasión sino por el miedo ante el error que acababa de cometer. ¡Había besado a Iván Morozov!

—No debí haber hecho eso —Ella dijo con una sonrisa suave, incómoda, todavía procesando la magnitud de lo que acababa de suceder.

Iván le devolvió una mirada de sorpresa y algo de desilusión. Y en esa mirada Marina encontró algo que no esperaba encontrar: sinceridad. Iván no le había mentido ni estaba tratando de

engañarla o manipularla.Este hombre, cuya vida estaba inmersa en la oscuridad, le había mostrado un lado de sí mismo que rara vez revelaba.

—Creo que deberíamos volver —sugirió Iván con una sonrisa reconfortante. Marina aceptó, sintiendo la necesidad de alejarse del santuario secreto de Iván y enfrentar la realidad que la rodeaba.

Iván la guió afuera, pero no soltó su mano. Marina no deseaba soltarlo tampoco, aunque era consciente del error que había cometido. Juntos, abandonaron la galería oculta, dejando atrás las obras de arte y los secretos compartidos. Aunque el mundo exterior seguía siendo un lugar peligroso y desconocido, algo había cambiado entre ellos.

Capítulo diez

Días después del beso en la galería de arte, Marina continuaba prisionera en la imponente casona de Iván Morozov. Aunque había una parte de ella que se sentía fascinada por el mundo misterioso de Iván, otra parte de su conciencia no dejaba de cuestionar sus propias acciones.

Se encontraba en su habitación, mirando por la ventana hacia la fría ciudad de Moscú. El sol comenzaba a ponerse, y los edificios se iluminaban con una luz naranja y tenue. Mientras el crepúsculo se apoderaba del horizonte, el peso de sus decisiones la envolvía.

—¿Cómo he podido ser tan demente y besar a Iván?— se preguntaba a sí misma en silencio una y otra vez. El recuerdo del beso con Iván la perseguía, como una sombra en cada rincón de su mente. Había sido un momento de intimidad y vulnerabilidad, algo que ella misma no había buscado conscientemente. La conexión que compartían era innegable, pero también sabía que estaba jugando con fuego.

Se reprochaba por haberse dejado llevar por el impulso del momento, por haberse permitido sentir algo por un hombre cuyo mundo estaba tan alejado del suyo. Recordaba el sabor de sus labios, la forma en que la abrazó, y una mezcla de deseo y culpa la invadía.

Tomó un profundo respiro y trató de reagrupar sus pensamientos. Cada vez quedaban menos días para que se cumpliera el mes, y para que Iván cumpliera su palabra y la dejara libre. Lo de la otra noche no había sido más que un bache en el camino, no debía darle más importancia de la que se merecía.

—Un error lo comete cualquiera —se consoló a sí misma. Lo importante ahora era mantener el autocontrol hasta que se cumplieran los treinta días.

Algo le llamó la atención a través de la ventana: un auto negro entrando a través de las rejas del jardín. Los hombres de Iván se acercaron a recibirlo, y cuando las puertas se abrieron Marina vio a un grupo de claro aspecto mafioso. Vestían ropa y gafas oscuras, y algo en su lenguaje corporal denotaba tensión.

La puerta se abrió y Marina giró el cuello, un estremecimiento la recorrió, con la esperanza de ver a Iván. Pero en su lugar era Dimitri quien entró a su cuarto.

—Señora Marina —dijo el muchacho. Lucía algo nervioso.—El jefe le solicita que permanezca en su habitación durante las próximas horas.

Estaba por volver a irse cuando Marina lo detuvo.

—¿Por qué, qué ocurre? —exigió ella.

Dimitri parecía renuente de hablar.

—Tendrá una reunión muy importante.

—¿Con los hombres que acaban de llegar? ¿Quienes son?

—La familia Petrov, la segunda más poderosa de Moscú. —El chico soltó un suspiro—. La reunión de hoy es vital para llegar a un acuerdo. El señor Morozov necesita que todo sea perfecto, y sus guardias estaremos ocupados vigilando la situación. Así que le ruega su cooperación durante las próximas horas.

—Comprendo —asintió Marina con una sonrisa—. Me quedaré aquí leyendo, junto a la ventana.

Dimitri la dejó sola una vez más, y ella sintió su corazón acelerarse.

Era la oportunidad perfecta para escapar: los guardaespaldas de Iván estaban ocupados en asuntos más importantes que ella, lo cual significaba que la vigilancia en la casona sería mínima durante las próximas horas.

No tenía tiempo que perder.

Con el corazón galopando con fuerza por la ansiedad, Marina comenzó a trazar un plan de escape.

En medio de la vorágine, una parte de su mente le decía que estaba siendo impulsiva, que se estaba apresurando. Faltaban un

poco más de veinte días para que se venciera el plazo que habían acordado con Iván. ¿Valía la pena escapar cuando faltaba tan poco para que él la libere de buena voluntad?

Sí, se repitió a sí misma. Y la razón por la cual era tan urgente escapar no era que ella no confiara en que Iván cumpliera su palabra. Al contrario, confiaba en que él la liberaría cumplidos los treinta días. Confiaba en el honor de Iván Morozov, por alguna razón misteriosa. Era en ella misma en quien no confiaba. Marina no confiaba en poder aguantar el tiempo que faltaba sin cometer alguna locura como en la noche de la galería, cuando había besos a Iván. No confiaba en su mente, que no dejaba de repetir aquel beso una y otra vez. No confiaba en cómo Iván consumía sus pensamientos día y noche. No confiaba en su propia voluntad para resistir la tentación.

No confiaba en pasar veinte días más sin enamorarse de Iván Morozoc, y ese era un lujo que Marina no podía permitirse. No podía permitírselo con ningún hombre, mucho menos con un jefe criminal de la Bratva como Iván Morozov.

Marina estudió el panorama: observó a través de la ventana. El jardín casi parecía un cementerio de lo pacifico y silencioso que estaba. Ni un solo guardaespaldas a la vista. Marina sintió un cosquilleo de anticipación en su garganta: si tan solo lograba llegar allí abajo…ya había escapado una vez. Aun en caso que la pequeña puerta del patio estuviera cerrada, la verja no era alta: podía treparla con facilidad. La última vez que había intentado escapar los guardaespaldas estaban pendientes de ella, pero

ahora…ahora que no había nadie mirando…podía lograrlo si era lo suficientemente rápida y silenciosa.

Marina no esperó más. Caminó hasta la puerta de su habitación e intentó abrirla, solo para comprobar que estaba cerrada con llave. ¡Mierda, Dimitri la había dejado encerrada! Seguramente por órdenes de Iván. No importaba, no había tiempo que perder. Marina caminó hasta la ventana y la abrió con suavidad. El viento frío le golpeó el rostro y ella asomó la mitad de cuerpo afuera. Miró hacia abajo: no estaba demasiado alto. Con el miedo palpitando en su garganta, Marina saltó. La hierba del jardín amortiguó su caída, aunque sus rodillas quedaron algo resentidas. Lo importante era que no se había lastimado y todavía podía caminar, pero debía ser silenciosa. Atravesó el jardín intentando ser lo más sigilosa posible, rengueando un poco por el dolor en su pierna derecha. La puerta del patio estaba tan cerca, tan cerca… solo debía cruzar el jardín. El problema eran las paredes de cristal de la sala en la planta baja, y cuando Marina se acercó a ellas encontró otro problema aún más grave: la reunión de Iván con la familia Petrov estaba ocurriendo en esa misma sala.

Se cubrió la boca para tapar un suspiro de pánico: era imposible que no la descubrieran: la reunión estaba ocurriendo allí mismo, a metros de distancia, con tan solo una fina pared de cristal separándola del jardín. Marina se escondió detrás del gran ciprés del jardín y se tomó unos segundos para calmarse y normalizar su respiración. Cuando el pánico le dio un descanso, volvió a mirar con timidez hacia la sala. Allí estaba Iván, embestido en un magnífico traje azul marino, rodeado de sus guardaespaldas con

expresión de pocos amigos. Dimitri estaba allí también, y la familia Petrov. Todos lucían aterradores, y la conversación no parecía ir bien.

Marina, agazapada detrás del ciprés, intentaba descifrar fragmentos de la conversación. La tensión en la sala era palpable, y aunque no lograba escuchar claramente las palabras, el tono y las expresiones faciales indicaban que las negociaciones no iban como se esperaba.

Iván, con gesto imperturbable pero ojos fijos en los representantes de la familia Petrov, parecía estar lidiando con una situación complicada. La atmósfera enrarecida y cargada de la sala dejaba entrever que algo importante estaba en juego. Marina se preguntó si su fuga en medio de estas circunstancias podría pasar desapercibida.

Sus ojos se desviaron hacia la puerta del patio, y se percató de que uno de los guardias de Iván estaba parado cerca. La adrenalina recorrió su cuerpo mientras evaluaba sus opciones. La puerta estaba a pocos metros, pero llegar a ella sin ser vista representaba un desafío. Decidió esperar a que el guardia se alejara y se sumiera en la discusión de la sala.

Mientras se mantenía oculta, no pudo evitar pensar en la ironía de la situación. Aquí estaba, tratando de escapar de un hombre que, de alguna manera, le había mostrado una faceta más humana de sí mismo en la galería de arte. Aunque su mente le decía que era peligroso y que debía alejarse, su corazón parecía resistirse a

darle la espalda completamente a Iván Morozov.

Finalmente, el guardia se movió hacia el interior de la casa, y Marina aprovechó la oportunidad. Salió cautelosamente de su escondite y avanzó con sigilo hacia la puerta del patio. Con cada paso, rezaba para que su fuga no fuera detectada. Deslizó sus dedos por la puerta entreabierta y, con una subida de adrenalina, comprobó que estaba abierta.

¡Era libre!

El siguiente desafío era simplemente cruzar esa puerta y huir. Huir por la calles de Moscú sin mirar atrás.

Y sin embargo, Marina se encontró paralizada. No podía cruzar la puerta, a pesar de que su tan ansiada libertad estaba allí, esperando por ella.

Un extraño impulso la obligó a mirar de nuevo hacia la reunión. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo allí dentro. La sala estaba ocupada por varios hombres de aspecto imponente, todos enfrascados en discusiones acaloradas. No pudo evitar notar que algunos de ellos llevaban insignias que indicaban su afiliación a la familia Petrov. Iván, con gesto serio, intentaba mantener el control de la situación. Dimitri estaba junto a él, observando la escena con atención.

Marina se mordió el labio inferior, indecisa sobre si seguir adelante con su plan de escape o quedarse para entender mejor la

situación. La incertidumbre la envolvía mientras, oculta en la penumbra, observaba la tensión crecer en la sala. Las discusiones entre Iván Morozov y los representantes de la familia Petrov se volvían cada vez más agresivas. A medida que la atmósfera se enrarecía, Marina sentía un nudo en el estómago. ¿Qué clase de negociación se estaba llevando a cabo? Algo le advertía que la violencia era inminente, y ella estaba atrapada en medio de un juego de poder del que no entendía todas las reglas. Y aun así, no podía cruzar la puerta.

De pronto vio a Iván ponerse de pie con un movimiento violento y elegante a la vez, y uno de los hombres de la familia Petrov, con un gesto brusco, sacó una pistola y apuntó directamente a Iván.

La sala quedó en un silencio tenso, solo roto por el chasquido del arma siendo cargada.

Marina sintió que el tiempo se ralentizaba. La adrenalina la invadió, y su instinto de supervivencia se activó. En lugar de correr hacia la puerta y continuar su escape, algo en ella la empujó a actuar.

En un movimiento audaz, Marina retrocedió y se abalanzó hacia la sala con pasos rápidos y decididos. Recién en ese momento Iván chocó miradas con ella. Su expresión se tiñó de sorpresa al verla en el jardín, corriendo hacia él con los brazos en alto.

—¡Iván! —gritó, levantando las manos en un gesto instintivo de protección—¡Tiene un arma! ¡Cuidado!¡Un arma!

La expresión de Iván Morozov cambió de sorpresa a preocupación al ver a Marina en el campo de fuego. No tuvo tiempo de reaccionar antes de que el hombre de la familia Petrov apretara el gatillo.

El estruendo del disparo resonó en la sala, y las paredes de cristal estallaron en miles de pedazos. Marina cerró los ojos y cayó de rodillas, esperando sentir el impacto del proyectil. Sin embargo, en lugar de eso, escuchó un sonido sordo y un fuerte impacto. Abrió los ojos y se dio cuenta de que Iván la estaba abrazando, poniéndose él mismo entre ella y la bala. El proyectil había alcanzado a Iván en el hombro. El dolor se reflejaba en su rostro, pero no se derrumbó. En lugar de eso, mostró una determinación feroz. Sin soltar a Marina de su abrazo protector, desenfundó su arma y disparó con una precisión mortal.

—¡Al suelo, todos! —gritó uno de los guardaespaldas de Iván, desenfundando su propia arma. La sala estalló en caos mientras los hombres de ambas familias se arrojaban al suelo para evitar ser alcanzados por posibles disparos adicionales.

Marina, aún en estado de shock, permanecía entre los fuertes brazos de Iván, quien sostenía su hombro herido. La sangre manaba entre sus dedos, pero su mirada ardía con una furia contenida.

—¿Estás bien? —preguntó ella, temblando.

Iván asintió con un gesto brusco.

—Lo estoy.

En medio del caos, los guardias de Iván neutralizaron al hombre de la familia Petrov que había disparado. Dimitri, con rostro pálido pero firme, se acercó a su jefe.

—Todo ha terminado jefe —dijo Dimitri, preocupado—. El traidor ha muerto.

Iván se puso de pie con dificultad, apoyándose en el brazo de Marina. Su hombro sangraba, tiñendo su traje azul marino con un río escarlata, pero a él parecía no importarle su propia herida. Miró a Marina, que aún temblaba, le sujetó las mejillas usando ambas manos, con una ternura incongruente con la masacre que había ocurrido instantes atrás, y la miró a los ojos con esa mirada tan fría y caliente al mismo tiempo.

—¿Te encuentras bien?

—S-sí…Estoy bien —asintió ella con la voz todavía temblorosa.

Iván volvió a abrazarla, tan fuerte como ningún hombre la había abrazado jamás en su vida. Marina podía percibir el aroma de la sangre, pero también el aroma masculino de su piel. El calor de Iván la envolvió, conforme el miedo seguía palpitando en su pecho. Y aun así, una poderosa sensación le decía que nada podría dañarla mientras Iván estuviera con ella. Algunas lágrimas

amenazaron con brotar de sus ojos. Así que se aferró más fuerte a la ancha espalda de Iván. Marina supo que su única oportunidad de escapar se había desvanecido como arena entre los dedos.

Y lo peor de todo era que ni siquiera le importaba.

Capítulo once

Tres días habían pasado después del episodio con la familia Petrov, y la vida en la casona de Morozov transcurría como si

nada hubiera sucedido. Las primera veinticuatro horas los guardaespaldas habían reforzado la seguridad, y un médico de confianza llegó a altas horas de la madrugada para tratar el hombro de Iván. A Marina no le permitieron presenciar: Iván la mantuvo encerrada en su habitación bajo la rigurosa vigilancia de sus mejores hombres. Ella apenas pudo pegar un ojo en toda la noche, hasta que a la mañana siguiente, cuando la criada le trajo el desayuno a la cama. Dimitri también entró para anunciarle que el jefe estaba sano y salvo. La bala apenas le había rasguñado la piel del hombro.

Aun así, Marina nunca podía relajarse del todo. Intentaba pasar la pasta los días leyendo y escuchando música, pero un hormigueo en la base de su estómago no la dejaba en paz. No dejaba de recordar la escena en su cabeza, todavía podía escuchar los disparos en sus oídos. Pero también podía recordar el abrazo de Iván, tan poderoso, tan protector, tan teñido de preocupación. La había abrazado en medio del caos, buscando protegerla aún cuando las balas volaban a su alrededor. Cuando sus miradas se habían encontrado en medio de la tormenta, parecía que a él no le importaba la herida sangrante en su hombro, solo le importaba mantenerla a ella a salvo.

Y ella ... .ella había desperdiciado quizás su única oportunidad de escapar para protegerlo a él. Aun con la puerta del patio entreabierta, Marina corrió hacia Iván para mantenerlo a salvo. Había renunciado a su libertad para proteger a un criminal como Iván Morozov, el mismo hombre que la había secuestrado. ¿Y por qué? ¿Qué mierda se había apoderado de ella para hacerla tomar

unas decisiones tan pésimas?

Esa era la pregunta que más atormentaba a Marina. Su único consuelo era que el tiempo pasara rápido, y que pronto llegara el fin del mes cuando Iván cumplirá su promesa y la dejara ir.

Para el atardecer, Dimitri la encontró en la sala de estar, mientras ella hojeaba un libro de arte junto al fuego.

—Señora Marina —anunció el muchacho con sus aires respetuosos—, el señor Morozov la invita a cenar. Las criadas le han dejado un vestido nuevo en su cama, por favor esté lista a las siete.

El chico estaba retirándose cuando Marina lo detuvo.

—¿Acaso es seguro salir a la calle? ¿La familia Petrov no nos va a acribillar en medio del restaurante?

—No tema; ese asunto ya ha sido solucionado. El jefe jamás tomaría una decisión que ponga en riesgo la vida de su gente, mucho menos de la mujer que ama.

Ésa última frase le puso la carne de gallina a Marina. Y por la expresión de Dimitri, supo que el muchacho se había arrepentido de hablar de más. Avergonzado, abandonó la sala dando trancazos. Después de darle una última mirada al fuego de la chimenea, Marina soltó un suspiro y subió escaleras arriba a su cuarto, para prepararse. Mientras se daba una ducha caliente, las palabras de

Dimitri no dejaban de resonar en su cabeza.

La mujer que ama.

Capítulo doce

El aroma del perfume se mezclaba con el sonido de la ducha que caía en cascada. Marina observaba su reflejo en el espejo, sus ojos buscando respuestas que la misma realidad le negaba. Las palabras de Dimitri resonaban en su mente como un eco persistente.

"La mujer que ama".

La sola idea de que Iván Morozov pudiera tener algún tipo de sentimiento hacia ella era inverosímil. Un hombre así era incapaz de amar…no importaba cuánta pasión y reverencia tiñeran su voz y su mirada cuando contemplaba obras de arte. es fácil amar una pintura, un objeto inanimado que cuelga de la pared. Un objeto no te cuestiona. Sin embargo, no podía ignorar las múltiples ocasiones en las que las acciones y palabras de Iván la habían desconcertado. Se preguntaba si todo era parte de un juego más grande, un elaborado plan para mantenerla cerca.

Cuando salio de la ducha, encontró un elegante vestido negro

sobre la cama. Era imponente, y resaltaba el color de sus ojos. ¿Era ese el propósito? ¿O Iván realmente apreciaba la estampa que presentaba?

Marina suspiró mientras se colocaba el vestido. Cada movimiento era una coreografía de pensamientos que danzaban en su cabeza. La seda fría le acariciaba la piel, y el roce del material le recordaba que no estaba en su propia casa, que estaba lejos de la vida que conocía.

Mientras se miraba en el espejo, una mezcla de emociones turbias nublaba su reflejo. El mismo vestido que la hacía sentirse hermosa también le recordaba que estaba atrapada en una realidad peligrosa. ¿Por qué se quedaba? ¿Por qué no aprovechaba la oportunidad para huir? Las respuestas eran evasivas, como sombras que se deslizaban entre sus dedos.

Cerró los ojos, intentando encontrar una solución en la oscuridad momentánea. ¿Qué quería realmente? La libertad estaba a su alcance, pero algo en ella se resistía a tomarla. La conexión con Iván, compleja y enigmática, la tenía atrapada. ¿Era miedo, atracción o algo más profundo?

“La mujer que ama", se repitió una vez más.

Las palabras resonaban, y un nudo se formaba en su estómago. La criada tocó la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

—Señora Marina, Dimitri la espera en el auto.

Marina asintió, tratando de despejar su mente. No podía dejar que la confusión y la incertidumbre la consumieran. Debía enfrentar la cena con determinación, encontrar respuestas o al menos comprender mejor el juego en el que se encontraba. Con un último vistazo al espejo, salió de la habitación, lista para enfrentar la noche que se cernía sobre ella.

La noche era preciosa: estrellada y no demasiado fría.Marina cruzó el umbral y subió al auto negro estacionado en la entrada. Dimitri conducía, y ella deleitó su vista por el paisaje urbano nocturno acariciado por el invierno. No sabía a dónde la estaba conduciendo el muchacho, pero poco le importaba. Durante todo el trayecto, Marina no pudo evitar que sus pensamientos volaran.

¿Por qué ella estaba todavía allí? ¿Qué la había impulsado a desperdiciar la perfecta (y tal vez única) oportunidad de escape? Lo único que sabía era que, en ese momento cuando corrió hacia Iván para advertirle que su enemigo iba a dispararle, no había ni una sola duda en su mente. Se encontraba en un perfecto estado de claridad. No había estado tan segura de algo en toda su vida; lo único que deseaba era proteger a Iván. ¿Pero por qué? Y la spalabras de Dimitri aún resonaban en su mente: “La mujer que ama”....y esa noche en la galería apreciando esa bellísimas obras de arte…y su voz…y sus ojos de hielo que a veces velaban la sinceridad más descarnada.

El auto se detuvo.Llegaron a un elegante restaurante de Moscú, conocido por su exclusividad y ambiente refinado. Dimitri abrió la

puerta del auto para Marina con cortesía, y ella salió, sintiéndose envuelta por la atmósfera vibrante de la ciudad. Los edificios iluminados y la sofisticada arquitectura creaban un escenario impresionante.

Entraron al restaurante, donde un maître los recibió con una reverencia y los condujo hacia una mesa en una sección más privada. Dimitri se retiró discretamente, dejando a Marina sola por un momento mientras esperaba a que Iván llegara.

Mientras observaba el elegante interior del restaurante, su mente volvía a la complicada situación en la que se encontraba. Iván la miraba como si fuera la única mujer en el mundo, pero su mente estaba envuelta en un halo de misterio y peligro. La cena, en lugar de ser una oportunidad para relajarse, se sentía como un enfrentamiento silencioso entre dos mundos opuestos.

Finalmente, Iván entró al restaurante con su característica elegancia y aplomo. Llevaba un impecable traje oscuro que resaltaba su presencia dominante. Marina sintió una corriente eléctrica recorrer su espina dorsal cuando sus ojos se encontraron.

—Marina, querida —saludó Iván con una sonrisa encantadora, acercándose para darle un beso en la mejilla.

—Iván —respondió ella con una inclinación de cabeza, intentando mantener su compostura.

Se sentaron a la mesa, y el maître les ofreció la carta de vinos.

Mientras examinaban las opciones, Iván tomó la iniciativa.

—Recomendaría el Cabernet Sauvignon, es excelente. Pero, por supuesto, la decisión final está en tus manos, querida.

Marina asintió y dejó que Iván hiciera el pedido. La conversación fluyó entre platos exquisitos y sorbos de vino, pero no pudo evitar notar la mirada intensa de Iván que la exploraba como si quisiera descifrar cada pensamiento oculto.

—Me intriga saber qué pasa por esa hermosa mente tuya —comentó Iván con una sonrisa intrigante—. ¿Qué pensamientos rondan en la cabeza de la bella Marina esta noche?

Marina tomó un sorbo de vino, deliberando sobre cómo abordar la situación.

—Me pregunto sobre muchas cosas, Iván. Sobre tu mundo, sobre tus motivos. A veces parece que estás a punto de revelarme todo, y luego vuelves a ser el hombre de la mafia que mantiene sus secretos.

Iván la observó en silencio por un momento antes de responder.

—Marina, querida, mi vida está envuelta en sombras y secretos. No es un mundo para los débiles de corazón. Pero, cada vez que miro dentro de tus ojos, veo algo que despierta un deseo en mí de ser transparente contigo. Y, sin embargo, hay cosas que deben permanecer en las sombras por el bien de ambos.

La respuesta de Iván no hizo más que aumentar la intriga de Marina. Sus ojos se encontraron, y por un momento, se sintió perdida en esa mirada intensa. La tensión en el aire era palpable, como si estuvieran al borde de un abismo emocional.Marina deslizó sus dedos por el borde de su copa de vino, pensativa.

—¿Podemos sentarnos a comer tranquilos aquí esta noche? —preguntó ella, y alzó la mirada hacia Iván—. ¿Qué hay de la familia Petrov?

Iván sonrió.

—No debes temer. Ese asunto ya ha sido resuelto.

—¿Así de fácil? —Exclamó ella, asombrada—. ¿Un día te intentan asesinar y al otro forman una alianza y todo queda en el olvido?

—Negocios, mi querida.¿Crees que la política es muy distinta?

—Por lo menos las negociaciones no terminan en tiroteos.

—¿De veras crees eso? —Iván sonrió todavía más—. No debes preocuparte por la familia Petrov, querida Marina. Ni por mi bienestar; mi hombro ya ha sanado por completo, gracias a tí.Lo que realmente deberíamos conversar hoy es el hecho de que arriesgaste tu vida por salvar la mía.

Marina sintió un escalofrío; de pronto se sintió acorralada y vulnerable. Como mecanismo de defensa, soltó un bufido burlón y bebió más vino.

—Yo no te salvé la vida.

—Lo has hecho, mi querida. —Su tono de voz ahora era seductor e irresistible—. ¿Por qué?

—Instinto. supongo.

—El instinto te hubiera hecho huir, sobrevivir. —Iván sacudió la cabeza, y su sonrisa ahora derramaba una confianza irritante—. Tenías la puerta abierta: podrías haber huído. Sin embargo, corriste directo hacia las balas para protegerme. ¿Por qué?

—¿Cómo sabías que la puerta estaba abierta?

—Tal vez te estaba probando. O tal vez anticipé que las cosas se tornarían violentas y tú no ibas a obedecer mi orden de quedarte en tu cuarto.

—¡Desgraciado!

Lejos de ofenderse, él sonrió todavía más divertido. Marina se sintió acorralada, y al mismo tiempo, un hormigueo de excitación despertó en su pecho. No sabía si quería besar a Iván o abofetearlo.

—No has respondido mi pregunta —insistió él, rebosante de seguridad—. ¿Por qué no huiste? ¿Por qué me salvaste?

—Te necesitaba vivo para que cumplieras tu palabra de liberarme.

—Muerto, tú hubieras recuperado tu libertad antes. ¡Vamos, Marina, eres una mujer inteligente! ¿Crees poder engañarme con una excusa tan tonta?

—Tú también me salvaste —dijo ella, recordando ese protector abrazo como barrera contra las balas.

—Por supuesto. Le salvé la vida a mi futura esposa; y lo haría mil veces más si ella estuviera en peligro. —dijo Iván con total seriedad—. Ahora, responde mi pregunta.

Ella soltó una exhalación y bajó la mirada.

—No lo sé —suspiró por lo bajo al cabo de unos instantes—. No sé porqué lo hice.

Iván apoyó sus codos sobre la mesa, acercando su rostro al de ella.

—Tal vez, porque te has enamorado de mí.

Otra vez, una furiosa ola de electricidad recorrió su columna.

—No seas ridículo —respondió Marina—. En menos de veinte

días se cumple nuestro contrato, y espero que cumplas tu palabra, Morozov.

Ella estaba esperando otra respuesta ingeniosa de parte de él, cuando Iván se precipitó hacia sus labios. Cogiéndole la nuca con una mano poderosa, él se adelantó para besarla. Al instante en que sus labios se rozaron con el delicioso equilibrio entre fuerza y suavidad. Marina sintió una corriente eléctrica subiendo por su espina dorsal. Los labios de Iván era dominantes, sensuales y apasionados, con un delicioso dejo a vino, y Marina no pudo evitar rendirse ante ese beso perfecto. Se encontró cerrando los ojos y exhalando en su boca, dejando que los labios de Iván le aprisione el labio superior, y luego el inferior y luego el superior. Todo su cuerpo ardía y su clítoris cosquilleaba furioso cuando la lengua de Iván rozó la suya. La cabeza le daba vueltas y cuando Iván separó la boca de la suya con calma jadeante Marina apenas podía respirar, y su corazón se sentía a punto de explotar.

—Ahora mírame a los ojos y dime que no estás enamorada de mí —la desafió Iván con un susurro ronco, irresistible—. Vamos, miénteme si puedes.

De pronto, Marina necesitaba huir. Huir de esa mesa, de ese restaurante. Huir de los ojos tentadores de Iván Morozov. Huir de los sentimientos que había despertado en ella. Sentimientos salvajes, peligrosos, que no se podía dar el lujo de sentir por ningún hombre.Mucho menos por un criminal como Iván Morozov. Casi sin pensarlo, se levantó de la mesa y se encaminó a la salida.

—¡Marina, espera! gritó —Iván desde la mesa, pero ella ya había atravesado el salón con pasos furiosos.

Afuera del restaurante, el viento frío de la noche chocó contra las lágrimas que comenzaban a asomar de sus ojos. Marina se la slimpió con un movimientod ecidido y subió al auto negro.

—Arranca —le ordenó ella a Dimitri, quien esperaba al volante.

—¿Y el señor Morozov? —preguntó el muchacho.

—¡Te he dicho que arranques! —chilló ella, al borde del llanto. No se sintió orgullosa de gritarle así al chico, pero estaba furiosa. Furiosa consigo misma, y ahora la adrenalina bombeaba rabiosa en todo su cuerpo, instándole a escapar. Escapar a donde sea, mientras fuera lejos de Iván.

Algo inseguro, el muchacho puso el auto en marcha. No pudieron avanzar mucho: otro auto surgió de la nada y los chocó. Mientras todo daba vueltas a su alrededor, el pánico se apoderó de Marina, pero no llegó a perder el conocimiento. Ni siquiera por el dolor de la conmoción.

—¡Señora Marina! Señora Marina, ¿se encuentra bien?

Ella escuchaba a Dimitri gritar desesperado como a través de un túnel. Ella quería responderle que estaba bien, pero las palabras quedaron atoradas en su garganta. El auto había quedado dado

vuelta, y Marina se arrastró como pudo hacia el pavimento. Cuando alzó la vista, notó que otros dos autos los rodeaban, junto con el que los había chocado. De ellos salieron varios hombres armados. Mientras su instinto le advertía del peligro que la rodeaba, Marina giró el cuello hacia el restaurante.Con sus ojos oscurecidos por la inminente pérdida de consciencia, vio a Iván salir a su encuentro en cámara lenta.Ella quería gritarle que se quedara adentro, que se que mantuviera a salvo, pero se sentía a punto de desmayarse. Oyó de nuevo la voz de Dimitri y vio al chico de pie a unos metros de distancia. Sangre brotaba de su frente. De pronto, uno de los hombres sacó un arma y le disparó.

Marina gritó de horror mientras veía al chico caer. Instantes después,una sombra se interpuso en su camino. Un hombre alto y fornido, con la cara medio oculta por la solapa de su abrigo, se le acercó. Marina sintió un nudo en el estómago. Antes de que pudiera reaccionar, otro hombre apareció detrás de ella, bloqueando cualquier intento de escape.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Marina entre llantos, usando la poca fuerza que le quedaba para no desmayarse.

A pesar de sus intentos de resistirse, los hombres la condujeron a la fuerza hacia uno de los automóviles que habían provocado el accidente. Iván comenzó a disparar, las balas perforando el automóvil pero incapaces de detener a los secuestradores. La puerta se abrió, y Marina fue empujada bruscamente al interior del vehículo.

El auto arrancó, alejándose del restaurante y de Iván Morozov. Mientras las luces de la ciudad se desvanecían en la distancia, la incertidumbre y el temor se apoderaron de ella. No sabía quiénes

eran sus captores ni qué pretendían, pero una cosa estaba clara: se encontraba en el centro de un peligro que amenazaba con desencadenar consecuencias impredecibles.

Capítulo trece

Marina yacía en el suelo del automóvil, aturdida y magullada por el impacto. Miró por la ventana mientras las calles pasaban velozmente, perdiendo toda noción del tiempo y del rumbo que tomaban. Intentó mantenerse despierta, consciente de que debía estar alerta para buscar una oportunidad de escape.

En algún momento, el auto se detuvo. Uno de los hombres abrió la puerta y la sacó del vehículo con brusquedad. Ella lanzó patadas y golpes, pero fueron inútiles. Uno de los hombres le respondió con un violento puñetazo que la dejó mareada. Entre náuseas y

mientras su visón daba vueltas, escuchó a otro de los hombres decir:

—¡No la arruines, idiota! Morozov la valora demasiado; muerta no nos servirá para negociar.

¿Qué estaba ocurriendo? se preguntó ella para sus adentros. Estaban en un lugar apartado, oscuro, sin testigos. Marina miró a su alrededor, intentando identificar algún punto de referencia que pudiera ser útil.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó con voz temblorosa, pero ninguno de los hombres respondió.

La llevaron a un edificio abandonado, una estructura sombría y desgastada por el tiempo. La condujeron por pasillos oscuros hasta llegar a una habitación vacía y mal iluminada. Cuando entraron, la empujaron hacia adentro y cerraron la puerta con llave.

Marina se apoyó contra la pared, evaluando la situación. Necesitaba encontrar una salida, una manera de regresar a la ciudad, de volver con Iván. Aunque no entendía completamente la complejidad de las conexiones de Iván Morozov con el bajo mundo ruso, sabía que confiar en los extraños que la tenían prisionera no era una opción.

Decidida, Marina examinó la habitación en busca de posibles salidas o debilidades en la estructura. Sabía que debía actuar con rapidez y astucia para enfrentar lo que sea que le esperara. Pero pronto la desesperanza la derrotó: era imposible escapar de ese lugar. Recordó a Dimitri: la escena del muchacho cayendo al pavimento por el disparo. No pudo evitar abrazar sus propias rodillas y romper en llanto. Todo eso era su culpa: ¡pobre Dimitri! ¡Y pobre Katya! No dejaba de torturarse pensando que su amiga había perdido al amor de su vida gracias a ella, gracias a sus

caprichos. De pronto, ya no le importaba escapar: tal vez ella no merecía ser libre. Merecía quedarse allí prisionera para siempre. El miedo le hacía temblar las piernas y la tristeza era apabullante. Incapaz de batallar contra la culpa y la angustia, Marina se dejó vencer. Su cuerpo cedió a la abrumadora carga emocional, y la oscuridad la envolvió mientras perdía el conocimiento en aquel lugar sombrío y desconocido. La incertidumbre del futuro se mezclaba con la culpa, formando un torbellino de emociones que la sumergía en un profundo letargo.

Cuando Marina recobró la conciencia, se encontraba en la misma habitación oscura y fría. Los recuerdos de su captura y el doloroso episodio con Dimitri la golpearon como un puñetazo en el estómago. Se palpó la frente y notó una leve sensación de mareo. La habitación parecía girar a su alrededor.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado. Podrían haber sido horas o incluso días. El silencio la envolvía, solo interrumpido por el sonido ocasional de pasos distantes o el crujir de la madera. Decidida a enfrentar su situación, Marina se puso de pie con precaución, sintiendo el dolor punzante en su cabeza. La habitación estaba cerrada con llave, y no había signos de ventanas ni posibles rutas de escape.

La incertidumbre sobre su destino la llenaba de ansiedad. ¿Qué querían sus captores? ¿Por qué la habían llevado a este lugar?

Pasaron horas, y la impotencia de no poder hacer nada la devoraba. Sin embargo, el sonido de pasos apresurados y murmullos en el pasillo la alertó. Se quedó quieta, escuchando atentamente, cuando de repente la puerta se abrió de golpe.

Marina se protegió el pecho en forma instintiva, y vio a un hombre entrar con una botella de agua. Se la ofreció sin decir una

palabra, pero ella no la cogió. Rápidamente examinó a su captor: lo primero que le llamó la atención era que sus ropas eran baratas: un simple conjunto deportivo con manchas en el pantalón. ¿Era un miembro de la familia Petrov? Su aspecto distaba bastante de la sombra elegancia de los hombres que habían visitado la casona Morozov la semana anterior. ¿Tal vez se trataba de un subordinado del estrato más bajo?

—¡Vamos, bebe! —le ordenó el hombre. Marina cogió la botella—. ¿Temes que esté envenenada? —El hombre soltó una risa vulgar—. Te necesitamos viva.

Eso despertó más preguntas en la cabeza de Marina. Por un lado, le alivió que no fuera a matarla. Por el otro, era obvio que la estaban usando para chantajear a Iván. Pero sonaba como algo muy bajo, incluso para la mafia. ¿Tal vez la familia Petrov buscaba venganza por lo sucedido la semana anterior? En tal caso la hubieran asesinado, ¿por qué "la necesitaban viva"?

Sus pensamientos volaban dentro de su cabeza, y de pronto Marina volvió a sentir la adrenalina que la impulsaba a luchar, a sobrevivir.

Abrió la botella de agua mineral con parsimonia y se la llevó a los labios. Bebió un sorbo para darse fuerzas y volvió apartarla. Cuando el hombre menos lo esperaba, ella usó la botella para golpearlo en la entrepierna. El captor se inclinó de dolor y Marina tuvo su rostro lo suficientemente cerca: lo cogió de los hombros y le golpeó la cara con la rodilla. Mientras el hombre maldecía de dolor, Marina cruzó la puerta.

De pronto se encontró en una especie de depósito industrial abandonado.Su corazón se aceleró, mezcla de miedo y desesperanza, pero siguió corriendo buscando una salida. No

sirvió de mucho: pronto el mismo grupo de hombres que la había secuestrado a la salida del restaurante la estaba acorralando. Aunque Marina lanzó golpes y patadas, lograron inmovilizarla. Un golpe le hizo perder el conocimiento de nuevo.

Sintiendo la cabeza pesada y confusa, regresó poco a poco a la realidad. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido; ¿horas, días? ¿Semanas? Con torpeza separó los párpados. La penumbra de la habitación le impidió distinguir detalles. Intentó moverse, pero la rigidez de sus extremidades la alertó de que algo no estaba bien. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus manos estaban atadas.

La voz amortiguada de hombres hablando llegaba a sus oídos, pero aún no lograba enfocar sus pensamientos. Se esforzó por entender lo que decían, aunque las palabras parecían llegarle desde lejos.

"asegúrense de que todo esté en su lugar. No queremos dejar cabos sueltos."

La alerta creció en el interior de Marina. Intentó recordar cómo había llegado a esta situación, pero las imágenes eran borrosas.

"cuando tengamos a Morozov donde queremos, liberamos a la chica. Si todo sale como lo planeado, saldremos de ésta con lo que merecemos."

El corazón de Marina comenzó a latir con fuerza. Los fragmentos de recuerdos empezaron a ensamblarse en su mente. Recordó el secuestro, el accidente, y ahora estaba en algún lugar desconocido, atada y a merced de…¿la familia Petrov? Marina no estaba segura de la identidad de sus captores: sus métodos

parecían bastante desprolijos para la Bratva.

"Ella es la llave para doblegar a Morozov. Si le hacemos daño, estamos perdidos. Solo asegúrense de mantenerla controlada; es una perra salvaje."

La gravedad de la situación se apoderó de Marina. Estaba siendo utilizada como una ficha en un juego peligroso. Trató de mantenerse inmóvil, como si aún estuviera inconsciente, mientras escuchaba cada palabra con atención.

"La reunión está programada para mañana."

"¿Morozov aceptó reunirse? ¿De veras?

"Te dije que esta puta es importante para él. Asegúrense de que todo esté listo. No podemos fallar."

Los planes de sus captores se revelaban ante sus ojos cerrados, pero la confusión persistía. Lo único claro era que Iván Morozov estaba en peligro, y ella era el peón en esta retorcida partida.

Sentía una mezcla de miedo, frustración y determinación. Debía encontrar la manera de advertir a Iván, pero para eso, primero necesitaba liberarse de estas ataduras y descubrir dónde se encontraba exactamente.

Con la mente alerta y el cuerpo aún adormecido, Marina comenzó a urdir su propia estrategia para enfrentar la situación. La adversidad había vuelto a golpearla, pero esta vez, no estaba dispuesta a ser solo una pieza en el juego de otros.

Un estruendo llenó el depósito cuando una de las paredes se derrumbó: un auto irrumpió destrozando la entrada, acompañado de tres más. El caos reverberó en el depósito con gritos, maldiciones...y disparos. De manos atadas, Marina tan solo podía temblar mientras intentaba comprender qué estaba ocurriendo, y

rezaba para sus adentros que ninguna bala la alcanzara.

Para su sorpresa, Iván Morozov salió del primer auto, irrumpiendo en la habitación con la misma intensidad con la que entraba a un salón de negocios.

—Caballeros —dijo él, mientras el arma que cargaba en su mano derecha seguía humeando—. Sé que la reunión era mañana, pero decidí adelantarla.

Otra lluvia de balas retumbó en el depósito. Sus ojos, normalmente imperturbables, mostraban un destello de furia. Al verla, algo cambió en su mirada de hielo tal vez una chispa de alivio y vulnerabilidad. Se abrió paso hacia Marina, sin dejar de disparar.Inmediatamente, sus hombres comenzaron a desatar las cuerdas que ataban a Marina, mientras ella lo miraba con mezcla de sorpresa y desconcierto.

—¿Iván? —murmuró, sin poder entender completamente lo que estaba sucediendo.

Él la miró con preocupación, algo inusual en su expresión. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, Iván la cargó en brazos. Perdida en ese abrazo donde parecía que nada pudiera dañarla, Marina se desmayó con el sonido de las balas desvaneciéndose como a través de un túnel.

Capítulo catorce

Al despertar, incluso antes de abrir los ojos, Marina supo que estaba en el suave colchón de su hogar, y esa sensación de miedo y alerta que había habitado en su cuerpo los últimos días se disipó con tranquilidad. Luego, conforme recuperaba la consciencia se dio cuenta que estaba en la cama de su cuarto en la casona Morozov. ¿Por qué ahora consideraba el hogar de Iván como el suyo?

No quiso ahondar mucho en el tema, solo se regodeó en la comodidad que la envolvía, en lo relajado que se encontraban sus músculos ahora.

—¿Te encuentras bien? —La voz aterciopelada de Iván terminó de despertarla.

Marina abrió los ojos, sorprendida por oír su voz, y encontró a Iván de pie en un rincón, sosteniendo un cigarrillo entre sus dedos.

—Sí, estoy bien —respondió ella, y se incorporó en la cama.Lo segundo que notó fue que ya era de noche—. ¿Cuánto tiempo dormí?

—Casi un día entero —explicó él, esbozando algo cercano a una sonrisa de alivio. Se acercó unos pasos y se sentó en la cama a su lado—. ¿Seguro te encuentras bien? ¿No te duele nada?

Marina iba a repetir que estaba bien, cuando la imagen de

Dimitri cayendo muerto sobre el pavimento regresó para torturarla.

—Dimitri…oh, Dios mío…¡Dimitri!

Ella estaba por romper en llanto cuando Iván le sujetó las manos con ternura.

—Marina, Dimitri está bien. Se encuentra en el hospital ahora mismo.

—¿C-cómo? —preguntó ella, confundida. Las lágrimas todavía estaban rodando por sus mejillas.

—El chico resultó ser más duro de lo que yo creía —sonrió Iván, orgulloso—. Es inteligente: llevaba un chaleco, como yo le enseñé.

—¿Entonces se pondrá bien?

Iván asintió de nuevo.

—Pasará unos días más en el hospital y después le darán el alta. Si quieres, puedes visitarlo mañana. Siempre y cuando te sientas bien.

—Sí, eso me gustaría. —Aliviada Marina dejó caer su espalda de nuevo sobre las almohadas. Vio cómo Iván le servía un vaso de agua y se lo alcanzaba, mientras ella repasaba todos los caóticos hechos de las últimas horas—. ¿Dimitri estará seguro en el hospital? La familia Petrov podría atacarlo para llegar a ti, como hicieron conmigo.

—He puesto vigilancia las veinticuatro horas en el hospital —explicó Iván—. De todas maneras, no fue la familia Petrov quien te secuestró.

—¿No? —Marina bebió un sorbo de agua fresca y sintió sus fuerzas revitalizarse—. ¿Quién, entonces?

—Un grupito de mediocres, ni siquiera forman una familia organizada. —Iván sacudió la cabeza—. Se corrió el rumor de que Iván Morozov tiene una debilidad, y quisieron aprovecharla a su favor, Grave error.

—Pero, ¿quién corrió el rumor?

—Estamos averiguandolo.

Se hizo un silenció incómodo.

—¿Yo soy tu debilidad? —murmuró Marina.

Iván se acercó todavía más, su rostro ahora a milímetros del suyo.

—Por supuesto que lo eres, ¿acaso lo dudas? —Su aliento cálido le acarició los labios—. ¿Acaso sabes lo mucho que me preocupé?

Marina no pudo contenerse más; se dejó vencer cuando Iván la besó de nuevo. Pronto tenía esos cálidos y fuertes brazos apretándose contra su pecho, y Marina podía sentir los latidos acelerados de Iván. O tal vez era su propio corazón, galopando duro contra sus costillas. Iván la apretó fuerte contra su cuerpo, como si nunca deseara dejarla ir, y sus labios se aprisionaban el uno al otro con frenesí, devorándose, saboreándose el uno al otro. Cuando la lengua de Iván buscó la de Marina, una intensa sensación de placer despertó entre sus piernas. Se aferró con ambos brazos a la espalda ancha de Iván, cuya piel parecía hervir aún por debajo de su camisa de seda. El beso se tornaba más profundo, y a Marina le daba vueltas la cabeza. Nunca en su vida su carne había ardido con tanta necesidad, con tanto deseo por un hombre. Su clítoris palpitaba rabioso, ansiando por alivio, por fricción. Desvergonzadamente se apretó más fuerte contra el cuerpo de Iván, y pudo sentir su erección creciente.Las manos de

él le recorrían el cuerpo, dominantes, ansiosas, sujetándole el cuello con suavidad y firmeza mientras se lo besaba arrancándole gemidos, acariciándole la espalda y los pechos, hasta que Marina apenas podía respirar.

Una desesperación la invadió, urgente por sentir la piel de Iván contra sus manos desnudas. Le acarició los hombros y la espalda, y buscó los botones de su camisa para abrirla, pero las manos de Iván fueron más rápidas, y la sujetaron de las muñecas con un movimiento tan rápido como dominante, acostandola de espaldas contra el colchón al mismo tiempo que la besaba. La lengua de Iván jugueteaba con la suya, y ahora Marina podía sentir el fuerte cuerpo de Iván sobre el suyo, su erección dura como una roca presionando entre sus muslos con un roce delicioso. El beso era cada vez más salvaje, más profundo y más necesitado, y Marina sentía toda su carne arder mientras Iván le mantenía las muñecas inmovilizadas contra la cama, totalmente a la merced de sus besos y caricias. Con un gruñido de placer, Iván le soltó las manos y se apuró a desvestirla.Prácticamente le arrancó el vestido en un instante, y lo arrojó al otro lado de la habitación. Marina se sentó en la cama para ayudarlo, y cuando sus pechos estuvieron al desnudo, Iván se apuró a acariciarlos y besarlos.Sus caricias eran firmes y delicadas al mismo tiempo, y cuando sus labios besaron y mordisquearon el pezón, Marina soltó un gemido de placer. Ajustó el abrazo de sus muslos alrededor de Iván, sintiendo su erección presionando entre sus piernas, y atrapó un puñado de su cabello entre los dedos. Iván seguía succionando, mordisqueando y torturándole el pezón, hasta que ella se sintió a punto de explotar, y luego cambió al otro pezón. A Marina la cabeza le daba vueltas, su clítoris palpitando con urgencia mientras ella mecía sus caderas

contra su miembro,creando una fricción exquisita pero que era insuficiente. Con el aliento entrecortado y manos torpes, Marina se apuró a quitarle la camisa a Iván. Él separó la boca de sus pezones y terminó de quitarse la camisa, que arrojó al suelo con un movimiento enérgico. Ella al fin pudo apreciar ese torso moldeado, ese pecho ancho y tan firme como los músculos abdominales, de un tono pálido pero a la vez atractivo, cubierto por una fina capa de sudor. Marina no pudo contenerse y le besó el cuello y el pecho, y hundió los dedos en sus bíceps para asombrarse con su firmeza. Sin dejar de besarlo, deslizó sus yemas por los durísimos músculos de su abdomen, y continuó su camino hacia abajo. Iván aun vestía sus pantalones negros, pero Marina pudo perfilar la dureza su miembro, y el calr que despedía. Con otro gruñido, Iván la besó y la volvió a empujar de espaldas contra el colchón, claramente, a él le gustaba tomar el control, y ella disfrutaba muchísimo rendirse ante su poderío, antes sus caricias y besos salvajes. Los labios y dientes de Iván siguieron por su cuello, por sus pechos, por su vientre, y con cada toque Marina se estremecía, ya se sentía empapada entre las piernas, su clítoris latiendo con rabia, multiplicando la necesidada y la anticipación con cada beso. Iván siguió, besándole las caderas a la vez que le quitaba la ropa interior con dedos tortuosos. Marina alzó sus piernas para ayudarlo,y una vez que estuvo completamente desnuda ante Iván Morozov, enganchó la curva de su rodilla en la curva dle hombro, y depositó suaves besos en la cara interna de su muslo. Marina apenas podía aguantarlo: los latidos en su interior eran cada vez más potentes, más desesperados. Solo podía desear ser llenada por Iván.

—Fóllame, Iván —suplicó ella con el aliento entrecortado—. Ya

no aguanto más…fóllame…

Él alzó la mirada hacia ella, una expresión dominante ,irresistible y algo cruel, pero también sonriente.

—Paciencia, mi querida Marina. —Fue lo único que dijo, y continuó besándole la cara interna del muslo, a veces hasta dedicándole un pequeño mordisco que la ponía en el límite justo entre dolor y placer.

Con el corazón a punto de reventar, Marina estaba a punto de maldecirlo, cuando Iván hundió su rostro entre sus piernas y deslizó la lengua contra su clítoris palpitante. Soltando un lastimoso gemido de placer, una ola de electricidad hizo que Marina arqueara la espalda en contra de su voluntad. Iván soltó una risita sin detenerse, y ahora su lengua se movía contra su clítoris, palpándolo, castigándolo, mientras Marina se retorcía de placer. Sus labios le besaban entre las piernas, y alternaba lamerle el clítoris con masajearlo con movimientos circulares de sus dedos. Marina apenas podía respirar, completamente arrebolada mientras Iván la devoraba con ansias primitivas. Estaba cada vez más cerca de un poderosísimo orgasmo, y cuando Iván la penetró con un dedo al mismo tiempo que su lengua le lamía el clítoris a un ritmo delicioso. Y cuando Marina se sentía al límite del abismo, justo a punto de correrse gracias a la lengua de Iván, él se detuvo.

La frustración la hizo retorcerse de nuevo, soltando un insulto que solo despertó la risa de Iván.

—Mi querida Marina —él dijo mientras se incorporaba sobre sus rodillas y se abría la cremallera—. Tú te corres cuando yo lo permito.

Marina estaba a punto de maldecirlo, cuando la visión de su miembro desnudo la silenció.Grande, grueso y enrojecido. Iván se inclinó sobre ella con un movimiento rápido, le cogió el rostro y la calló con un apasionado beso al mismo tiempo que la penetraba. Marina se percibió gimiendo en la boca de Iván mientras se sentía tan llena, tan enceguecida de un placer agudo e intenso, que rozaba un poco con el dolor gracias al impresionante tamaño de Iván. Él avanzó impaciente y dominante, colmándola, y cuando hasta el último centímetro estuvo enterrado en lo más profundo de su ser, Marina soltó otro gemido lastimoso de placer. Era increíble lo bien que se sentía: tan plena, tan completa. Iván la besó de nuevo, en los labios, el cuello, los pechos, y ella tan solo podía rendirse al placer. Iván comenzó a mecer sus caderas a un ritmo cadencioso, y Marina se aferró a sus anchos hombros, hundiéndole las uñas en la piel conforme él aceleraba el ritmo y la follaba más duro. Ella alzó más las piernas y ajustó el abrazo de sus muslos alrededor de su cintura, para sentirlo todavía más profundo. Desde ese ángulo, sus estocadas se tornaron brutales, y Marina sentía toda su carne arder y palpitar a medida que el orgasmo estaba todavía más cerca. Una última arremetida, salvaje y profunda, y Marina sintió que se resbalaba en un abismo infinito. Arqueando su espalda a través de su voluntad, sintió como hasta el último de sus músculos se tensaban, ajustando el miembro de Iván en su interior con una fuerza impresionante. Iván también comenzó a palpitar enterrado en ella, y rompió el beso que los unía

para echar el cuello hacia atrás y despedir un largo jadeo de placer. Segundos después, su semen caliente estaba desbordándola, y los latidos en su interior se habían multiplicado por mil.

El orgasmo los atravesó a ambos casi al unísono. Marina todavía sentía la explosión en todo su cuerpo palpitando con suavidad y a Iván todavía enterrado en lo más profundo de ella, perdiendo su dureza conforme jadeaba en la curva de su cuello. Cuando alzó la cara y la miró, ella vio en sus ojos una expresión que nunca había visto en ningún hombre, tenía el aliento entrecortado, y se veía agotado, satisfecho, feliz y vulnerable a la vez. Ella quiso decir algo pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Él tan solo depositó la mano en su mejilla con suavidad y la besó de nuevo. un beso totalmente diferente: apasionado pero tierno y posesivo a la vez. Marina se dio cuenta de que ningún hombre la había besado así jamás en su vida.

—Marina —le susurró contra los labios—, no sabes desde hace cuánto sueño con follarte así.

Ella no dijo nada, aunque sentía lo mismo. Lo besó con ánimos renovados, perdiéndose en su lengua y en los brazos fuertes que la abrazaban.

Capítulo quince

A Marina nunca le habían gustado los hospitales, especialmente ese aroma a desinfectante que irradiaba en los pasillos impolutamente blancos. Esa mañana caminaba por ellos flanqueada por dos guardaespaldas a los que Iván les había ordenado protegerla. La había conducido un muchacho nuevo en el imponente auto negro con vidrios blindados, y ahora ella se acercaba a la habitación de Dimitri cargando un ramo de margaritas amarillas. Con cada paso que daba, no dejaba de pensar en Iván Morozov, en la noche apasionada que habían compartido.

¿Había sido un error? (tres errores, si contaba que habían repetido a la madrugada y a la mañana al despertar)

Aunque así fuera, Marina nunca se había sentido tan revitalizada y segura de sí misma. Como si una parte de su mente le reafirmara que había tomado el camino correcto. aquella mañana, ni las dudas ni el miedo la invadían, y atravesaba el pasillo de hospital con una seguridad inaudita en sí misma.

—¿Dimitri? Soy Marina, ¿puedo pasar? —Le dio un golpecito a la puerta de la habitación y entró.

Sonrió al instante de ver al chico sentado en la cama, disfrutando del desayuno que le habían servido las enfermeras.A pesar de la escayola en su brazo izquierdo, el muchacho no se veía ni pálido ni débil, pero sí sorprendido de verla.

—¿Señora Marina? ¿Qué hace aquí? ¿El jefe le ha permitido salir?

—Estoy bien, estoy bien —dijo ella, dando unos pasos hacia dentro y dejando las flores en un pequeño jarrón—. No tienes de qué preocuparte. El asunto con la familia Petrov está solucionado, quienes nos atacaron fueron unos malandras de poca monta que querían extorsionar a Iván.

—¿El jefe los ha encontrado?

—Está en eso. Pero ahora tú tienes que preocuparte por tu bienestar.

—Yo estoy bien —refunfuñó Dimitri—. Me aburre pasta otro día más aquí.

—¿Y ese brazo?

—Fue la caída. Nada grave —explicó el muchacho.

En ese momento, los guardaespaldas que custodiaban la puerta de la habitación dejaron pasar a alguien, para la sorpresa de Marina, Katya llegó regañando a Dimitri.

—No conseguí cigarrillos abajo, mejor así dejas ese hábito horrible. —En medio de su discurso alzó la mirada y encontró la presencia de Marina. Al verla, la muchacha sonrió y corrió a su encuentro. Las dos amigas se reunieron en un caluroso abrazo, y Marina no podía creer la felicidad que sentía.

—¡Marina! —chilló Katya— ¿Qué haces aquí? Creí que estabas de vacaciones. Merecidas, debo decir. ¿Hace cuánto que no te tomas unas?

Marina soltó un suspiro: reencontrarse con Katya era como reencontrarse por la fuerza con su vieja vida, y ahora todo se sentía tan extraño. Parecía que hacía siglos desde que ella había tenido una vida normal, como curadora del museo. Antes del secuestro, de Michael, de la Bratva y Iván Morozov. Y de pronto, no encontró palabras para explicarse, para reconciliar su antigua

vida con la actual. ¿Podrían reconciliarse acaso? Y más importante aún: ¿deseaba ella reconciliarlas después de todo?

—Sí…—Marina se aclaró la garganta—. Me enteré de lo ocurrido con Dimitri y quise venir a visitarlo. —Le echó una mirada rápida al chico en la cama—. Tu prometido me ha salvado la vida, ¿sabes?

—No me extraña —respondió Katya orgullosa—. Siempre pensando en los demás antes que en sí mismo. Pero dime, ¿qué tal tu prometido? ¡Oí que vas a casarte con nada más y nada menos que Iván Morozov!

—Parece que los rumores corren rápido por aquí —Marina le dedicó una mirada de reproche a Dimitri.

—Nunca vi al jefe tan enamorado en mi vida —dijo el chico a la vez que masticaba una tostada.

—¿En serio? —insistió Katya, sorprendida.

Marina lanzó un suspiro: había tanto para contarle a su amiga Comenzando por la traición de Michael, el secuestro, el contrato de matrimonio con Iván…Pero no podía hablar allí: no delante de Dimitri y con los otros guardaespaldas cerca, necesitaba hablar con su amiga a solas, explicarle que Iván la tenía en contra de su voluntad y que el matrimonio noe r ampas que una farsa. Pero debía actuar con cautela para no levantar sospechas. Una vez más, las esperanzas de escapar brillaban frente a sus ojos.

—¿Por qué no vamos por un café? —sonrió Marina, acariciándole el brazo a su amiga.

Ella accedió y cuando se aproximaron a la puerta, uno de los guardaespaldas apuró el paso.

—No es necesario que nos sigan, vamos a la cafetería de la planta baja. —Marina intentó convencerlo, pero el hombre se

negó.

—Lo siento, el señor Morozov nos encargó que la protegieramos con nuestras vidas.

Marina no pudo deshacerse de los guardaespaldas, pero por lo menos logró que mantuviera la distancia mientras ella y Katya se sentaban en una de las mesas de la cafetería del hospital.

—Parece que ese hombre realmente está enamorado de ti. —Katya le guiñó el ojo.

Marina lanzó otra exhalación, revolvió el azúcar de su café y se llevó el vaso de plástico a los labios. Como era de esperarse, el café del hospital sabía horrible.

—Sí…parece que lo está —murmuró ella, pensativa.

Con la vista perdida a través de los ventanales del hospital,Marina dejó que sus pensamientos vagaran. Recordó las manos de Iván sobre su cuerpo, su voz ronca y sincera durante la cena a la luz de la velas en la galería oculta, su mirada justo después de hacer el amor, su abrazo protector como barrera contra los disparos…y no había dudas en su mente que Iván estaba enamorado. Marina era consciente de que había sido presa de varios mentirosos a lo largo de su vida, Michael llevándose el primer premio, pero en este caso…en este caso confiaba en Iván, confiaba en sus palabras, confiaba en que sus sentimientos eran sinceros. Iván Morozv estaba enamorado de ella.

¿Y ella? ¿Qué sentía ella por el jefe de la Brava? Y más importante: ¿qué podía permitirse sentir?

—Tierra llamando a Marina —la regañó Katya entre risas—. Se nota que estás enamorada…nunca te he visto así. —Le dio un sorbo a su café—.¿Cuándo es la fecha feliz?

Marina recordó la fecha; apenas faltaban ocho días para que se

cumpliera el mes que Iván había pactado.

—Todavía no nos hemos puesto de acuerdo.

—¡Vamos, cuéntame todo! ¿Dónde lo conociste, cómo se enamoraron?

Esta era su oportunidad: Marina sintió un hormigueo nervioso en la boca del estómago y miró de nuevo a los guardaespaldas a la distancia. Estaban lo suficientemente lejos como para poder hablar con libertad. ¿Cuántas veces ella había soñado con este momento? Allí estaba Katya, su único nexo con su antigua vida, y su puncia oportunidad de recuperarla. Solo debía contarle la verdad: contarle que el matrimonio no era más que una fachada, que Iván la mantenía en contra de su voluntad. De pedirle que se conecte con la policía y la ayude a escapar. De contarle que no estaba enamorada de Iván.

No estaba enamorada de Iván.

—Lo conocí la noche de la inauguración de la muestra bizantina, ¿lo recuerdas? Tú estabas allí —comenzó Marina, y la spalabras simplemente escapaban de su boca sin que ella las planeara.

—Sí…¿acaso ese hombre tan atractivo era Iván Morozov?

Marina asintió.

—Recuerdo la primera charla que tuvimos, frente al retrato de la Virgen María.

—Tu pintura favorita.

—Y también la suya —Sonrió Marina —. Nunca escuché a ningún hombre hablar con tanta pasión, con tanta vehemencia sobre una obra de arte. Creo que eso fue lo primero que me atrajo de él: más allá de su físico y sus ojos, y su voz…sonará tonto pero, cada evz que lo esucho hablar de arte me estremezco. Es como si

nuestras almas se conectaran.

Katya soltó un chillido de emoción.

—¡Marina, esto es increíble! ¡No me digas que has encontrado al hombre de tus sueños entre tanta excentricidad y peligro! —Katya dio pequeños saltitos en su asiento.

Marina forzó una sonrisa, sintiendo el peso de sus propias palabras. No había ni un ápice de mentira en su propia historia.

—Sí, es increíble —murmuró Marina, preguntándose cuánto más podría sostener esa fachada—. Jamás creí que podía llegar a conectar con un hombre así pero…Iván es diferente. Sé que he dicho lo mismo un montón de veces con otros hombres, pero realmente lo es. Con él me siento segura. Me siento protegida, y me siento fuerte al mismo tiempo.

Katya la miraba con ojos brillantes, esperando detalles emocionantes y románticos.

—Estoy feliz por ti, Marina. Mereces encontrar el amor verdadero después de todo lo que has pasado.

Marina soltó otro suspiro y le agradeció a su amiga. Cada una de sus palabras la había sorprendido, pero eran verdad, hasta la última de ellas. Iván Morozov la hacía sentir segura, una cálida felicidad que nunca antes había experimentado.

—Gracias, Katya. La verdad es que me sorprende a mí misma, pero creo que Iván es diferente a todo lo que he conocido antes —

dijo Marina, sorprendida por la verdad en sus palabras. La conexión que sentía con Iván era genuina, aunque las circunstancias que la habían conducido a él fueran tan retorcidas como las calles de un laberinto.

Respiró hondo. De nuevo, miró a Katya y se dio cuenta que estaba una vez más frente a la puerta abierta. Y una vez más, ella decidía no huir. decidía quedarse con Iván. Y por primera vez en su vida, estaba satisfecha con su decisión. deseaba quedarse con Iván, deseaba compartir su vida con él.

Marina respiró hondo, sintiendo una extraña calma interior al aceptar su elección. No estaba mintiendo a Katya, simplemente estaba omitiendo ciertos detalles para protegerla, para protegerse a sí misma de un pasado que ya no podía cambiar. Lo importante era el presente, la conexión emocional que había encontrado con Iván, y eso era lo que estaba decidida a conservar.

Con una sonrisa serena, Marina miró a Katya y sintió la certeza de que estaba tomando la decisión correcta. Por primera vez en su vida, estaba satisfecha con su elección, deseaba quedarse con Iván, deseaba compartir su vida con él.

—Gracias por estar aquí, Katya. Significa mucho para mí —dijo Marina con gratitud sincera.

Katya le devolvió la sonrisa, sin darse cuenta del torbellino de emociones que Marina estaba experimentando en ese momento. Era su amiga, su confidente, y Marina sabía que siempre estaría allí para ella, pase lo que pase.

Con renovada determinación, Marina se levantó de la mesa, lista para enfrentar lo que sea que el futuro le deparara junto a Iván. No importaba cuán retorcido fuera el camino que la había llevado hasta él, lo único que importaba era el amor que compartían y la promesa de un futuro juntos.

Juntas,abandonaron la cafetería, y a Marina la embargó la cálida sensación de que, no solo tenía el amor de Iván, sino también la amistad incondicional de Katya. En ese momento. se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Para el mediodía, Marina se despidió con un abrazo afectuoso de Katya y un gesto de agradecimiento hacia Dimitri, antes de regresar al auto escoltada por los dos guardaespaldas de Morozov. Mientras el vehículo se abría paso por las transitadas calles de la ciudad, Marina se permitió relajarse por un momento, disfrutando del cálido sol de mediodía que se filtraba por las ventanas.

La sensación de seguridad que le brindaban los guardaespaldas y la compañía de Katya le reconfortaban profundamente. Había momentos en los que aún se preguntaba cómo había llegado hasta allí, pero ya no dudaba de su elección. Estaba decidida a enfrentar cualquier desafío que el destino le presentara junto a Iván.

Con el viento acariciando su rostro, Marina cerró los ojos por un instante, dejándose llevar por la tranquilidad del momento. Sabía que el camino que había elegido no sería fácil, pero estaba dispuesta a recorrerlo con determinación y valentía.

Mientras el auto avanzaba por las calles de la ciudad, Marina se prometió a sí misma que haría todo lo posible por proteger el amor y la amistad que había encontrado en su vida, sabiendo que, con Iván a su lado y Katya en su corazón, nada podía detenerla.

El auto traspasó los portones de la casona Morozov y se detuvo en el patio. Los guardaespaldas bajaron primero y le abrieron la puerta a Marina, quien entró a la casa sintiendo que regresaba a su hogar. No pudo evitar recordar lo sucedido la noche anterior (y esta mañana), y al hacerlo un hormigueo delicioso despertaba entre sus piernas, y no podía evitar sonreír. Sentía muchos deseos de ver a Iván, y su corazón se aceleraba al pensar que iba a aceptar el contrato que habían pactado. Iba a convertirse en la esposa de Iván Morozov, y eso la hacía feliz. No porque el sexo había sido bueno (que de hecho, había sido espectacular) sino porque no podía dejar de pensar en Iván poniendo el cuerpo entre ella y las balas, protegiéndola cuando incluso su propia vida estaba en riesgo. Era la primera vez en toda su vida que un hombre pensaba en ella antes que en su propio bienestar. Y era la primera vez que ella deseaba renunciar a todo para compartir su vida con alguien.

—¿Dónde está el señor Morozov? —preguntó Marina a una de las criadas mientras le ayudaban a quitarse el abrigo.

—En su despacho, señora —respondió la chica.

Marina atravesó la sala rumbo al despacho de Iván, y lo encontró sentado en su escritorio, pensativo.Al oírla acercarse, él alzó la mirada pero no sonrió.

—¿Cómo está Dimitri? —preguntó él, regresando la mirada a sus asuntos.

—Bien —respondió ella, entrando al despacho con pasos lentos —. También me he encontrado con Katya. fue bonito verla.

Iván asintió: aunque intentaba parecer tranquilo, Marina percibió que algo no estaba del todo bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella

—No puedo ocultarte nada —suspiró Iván. Mirándola por primera vez y esbozando una sonrisa melancólica. esa sonrisa pronto se desvaneció—. No importa cuánto intente protegerte de mis asuntos, esto es algo que necesitas saber. ¿Quieres un trago antes?

Marina sacudió la cabeza.

—Bueno, yo sí —dijo Iván, y se puso de pie. Dio unos pasos hacia el minibar en su estudio y se sirvió un vodka con dedos parsimoniosos—. Mis hombres han dado con quien corrió el rumor. Con la persona que hizo saber que Iván Morozov tenía una debilidad llamada Marina, y que atacando esa debilidad podían derrumbar a la familia Morozov.

La voz de Iván sonaba apesadumbrada, y Marina lo vio vaciar su vodka de un sorbo antes de servirse otro.

—¿Quién fue? —preguntó ella con un murmullo preocupado.

Otra sonrisa amarga de parte de Iván.

—¿Realmente no lo sabes? Tu basura de ex marido: Michael, él ha sido el soplón.

De alguna manera, a Marina eso no la sorprendió pero al mismo tiempo sintió sus rodillas aflojarse. Tomó asiento en el sillón junto al escritorio. Iván volvió a ofrecerle un trago y ella volvió a

negarse.

—La adicción al juego ha hecho estragos en él —pensó ella en voz alta—. No puedo creer que haya caído todavía más bajo.

—Bueno, la terapia ya no es una opción para él —sentenció Iván con tono seco, y bebió otro vodka.

Recién en ese momento Marina comprendió la gravedad de las palabras de Iván, lo sombrío de su tono de voz. Lo miró, y con solo una mirada supo el motivo de su pesar. De pronto un escalofrío la recorrió.

—¿L-lo has…asesinado? —susurró ella, el miedo palpitando en su voz.

—¿Te sorprende? —Su voz era calma—. Yo no le he disparado, pero tampoco hice nada para evitarlo. Así se arreglan las cuentas por estos lares.

Marina tomó otro respiro hondo: no sabía cómo procesar aquello. Michael estaba muerto. Muerto. El hombre a quien cierta vez había amado, el que cierta vez fue su esposo. Ya no respiraba, ya no existía. También era el mismo hombre que la había entregado como un pedazo de carne a la mafia para saldar sus deudas. Dos veces. Michael estaba muerto, y al mismo tiempo, ella no sentía nada. Sentía que debía estar triste, pero la hacía sentir culpable que no lo estaba. Tal vez porque una parte de ella había dado por muerto a Michael semanas atrás, después de su confrontación.

Y lo había asesinado Iván Morozv, el hombre con quien ella había tenido sexo. Se había acostado con un asesino…pues claro, ¿recién ahora te enteras? Es el jefe de la Bratva,¿quien sabe a

cuántos ha asesinado antes? La única diferencia es que ahora conoces el rostro de una de sus víctimas.

Otro escalofrío la sacudió: se había acostado con el asesino de su exmarido. y no solo eso: se había enamorado de él.

—Pude haberlo evitado —siguió hablando Iván—, pero no lo hice. Preferí mantener mi poderío y mi reputación antes de perdonarle la vida a un hombre.

Iván dio otro paso hacia ella.

—Hace un tiempo, me preguntaste por ese libro en mi biblioteca sobre la Bratva, ¿recuerdas? Me preguntaste porque yo conservaba un libro que odiaba. ¿Por qué crees que lo odio?

—¿Porque son puras mentiras?—susurró ella.

—No, mi querida.Porque son puras verdades. Lo odio porque me recuerdan esa parte de mí que tanto desprecio, pero que necesito para sobrevivir en este mundo. Lo odio porque me recuerda el monstruo que soy debajo de estas capas de refinamiento y lujo. Y ahora tú estás viendo mi verdadera cara.

Marina no podía articular palabra: si Iván era un monstruo, entonces, ¿qué era ella, que ni siquiera podía derramar una lágrima por el hombre que cierta vez había sido su esposo, el hombre a quien había jurado amar? ¿Por qué estaba más angustiada por Iván que por Michael?¿Por qué no podía ordenar sus propios sentimientos?

Marina se sintió atrapada en un torbellino de emociones contradictorias. Por un lado, el miedo y la incredulidad la

embargaban al escuchar las palabras de Iván, al verlo confrontar su propia oscuridad con tal sinceridad. Por otro lado, una extraña sensación de complicidad y conexión la envolvía, como si estuviera presenciando un momento íntimo y vulnerable de su ser más profundo.

—No sé qué decir —murmuró Marina, luchando por encontrar las palabras adecuadas para expresar la confusión que la consumía.

Iván se acercó más, su mirada penetrante buscando la suya con intensidad.

—No necesitas decir nada, Marina. Entiendo que me odies —dijo Iván, su voz cargada de una mezcla de pesar y determinación —. No soy un hombre bueno, ni pretendo serlo. Pero tú… tú eres diferente. Eres la luz en medio de mi oscuridad, la única que ha logrado traspasar las barreras que he construido a mi alrededor.

Las palabras de Iván la golpearon como una ola, sacudiendo su mundo interior y desatando una tormenta de emociones. No podía negar la verdad en sus palabras, ni la intensidad de lo que sentía por él. Pero tampoco podía ignorar las consecuencias de estar involucrada con alguien como Iván Morozov. Él se acercó aún más, tomando su rostro entre sus manos con delicadeza.

—¿Recuerdas la galería, mi colección privada?—dijo Iván, su mirada reflejando una vulnerabilidad que Marina nunca antes había visto en él.Ella asintió—. ¿Recuerdas lo que te dije esa noche? Ese lugar es el último bastión que queda de mi humanidad. La única parte que me previene de ser un verdadero monstruo., y

ahora, voy a aferrarme a ella. Voy a aferrarme al último ápice de mi humanidad para dejarte ir, Marina.

Una mezcla de miedo y esperanza se agitaba en el corazón de Marina mientras lo miraba, debatiéndose entre la necesidad de protegerse y la fuerza magnética que la atraía hacia él. En ese momento, se dio cuenta de que su destino estaba entrelazado con el de Iván de una manera que nunca había imaginado, y que la elección que estaba a punto de hacer cambiaría el curso de sus vidas para siempre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella, sin poder evitar que las lágrimas asomaran.

Iván le soltó el rostro con delicadeza y se alejó. Marina sintió dolorosa esa distancia.

—En cinco días vence nuestro contrato, ¿recuerdas? Bueno, voy a desestimarlo. —Se alejó todavía más—. Ya no hay más contrato,Marina. Eres libre, ya no eres mi prisionera, puedes regresar a tu casa, a tu empleo en el museo. Mi familia seguirá traficando arte y haciendo negocios con el museo, pero prometo que mis hombres jamás intervendrán en tu vida, y a la vez te prometo que nadie nunca te lastimará. Será como si yo no existiera, como si nunca nos hubiéramos conocido.

Marina titubeó, apenas capaz de pronunciar una palabra.

—Eres libre—repitió Iván—. Es lo menos que puedo hacer después de haberte privado de tu libertad, de haber asesinado al hombre que amabas. He sido egoísta, y in idiota por oensar que una muejr como tu podpia amarme. por haber pensado que podía obligarte a amarte. Siempre seré un monstruo, lo sé, pero por lo

menos…por lo menos con este gesto espero poder redimir una ínfima parte de mi crimen.

Las palabras de Iván resonaron en el silencio del despacho, dejando a Marina atónita y desarmada. La mezcla de emociones que la invadía era abrumadora: por un lado, el alivio de la liberación inesperada; por otro, la angustia de tener que enfrentar la vida sin Iván.

Iván la miró con tristeza, sus ojos oscuros brillando con una intensidad que la hizo temblar.

—Eres demasiado valiosa para ser arrastrada por mi mundo oscuro y peligroso. Mereces una vida tranquila y feliz, lejos de todo esto.

Marina se levantó del sillón, sintiendo como si el mundo entero se tambaleara a su alrededor. Quería aferrarse a Iván, quedarse con él y enfrentar juntos lo que sea que el destino les deparara. Pero no tenía fuerzas para hablar, para ordenar sus propios sentimientos caóticos.

—Espero que algún día puedas llegar a perdonarme, Marina —Sin mirar atrás, Iván salió del despacho—. Adiós.

Capítulo dieciséis

Marina había regresado a su antigua vida.Todas las mañanas se levantaba,si los ajustados tiempos se lo permitían desayunaba (generalmente se tenía con conformar con un café al paso) y pasaba todas las horas del día, ya a veces también de la noche trabajando en el museo. Las nuevas exhibiciones le consumían sus

horas laborables; llamados telefónicos, negociaciones con el equipo de curadores, responder correos electrónicos…

Tenía dos asistentes nuevos; uno para suplir la enorme cantidad de trabajo que traía la nueva inauguración y otro para reemplazar a Katya, quien se había tomado licencia matrimonial.

La ausencia de su mejor amiga hacía que todo fuera todavía más difícil: aunque la muchacha la llamaba y le enviaba mensajes de texto a diario, muchas veces los atisbos de su feliz vida de recién casada con Dimitri se sentía como arrojar gasolina al fuego.

“Si lo extrañas deberías llamarlo…todavía no entiendo porque rompieron”, le había dicho una vez Katya durante una de las videollamadas nocturnas.

A pesar de sus esfuerzos por seguir adelante, Marina sabía que una parte de ella siempre pertenecería a Iván. Él había dejado una huella imborrable en su corazón, y aunque intentara negarlo, lo seguía amando en silencio.

Sin embargo, también sabía que su decisión de alejarse de él era lo mejor para ambos. Iván había sacrificado su propia felicidad por su bienestar, y ella estaba decidida a honrar ese sacrificio viviendo una vida digna y plena.

Marina se abocó entonces al mecanismo de defensa que siempre utilizaba cuando su vida se estaba derrumbando: el trabajo. Su primer y único amor. Pero aunque intentaba mantenerse ocupada para distraer su mente de los recuerdos de Iván, era inevitable que su pensamiento volviera una y otra vez hacia él. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, si estaría bien, si pensaría en

ella como ella pensaba en él.

Los días pasaban lentamente, marcados por la monotonía de su rutina. A veces se encontraba perdida en sus pensamientos, recordando los momentos compartidos con Iván: las cenas a la luz de las velas, la galería nocturna, las conversaciones profundas que nunca antes había compartido con ningún hombre. Cada recuerdo la llenaba de una melancolía dulce y amarga a la vez.

Los días pasaban monótonos y silenciosos, como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor. Marina se esforzaba por mantenerse ocupada, sumergiéndose en su trabajo en el museo como una forma de escapar de los recuerdos y las emociones que la atormentaban. Sin embargo, cada noche, cuando se encontraba sola en su apartamento, la ausencia de Iván se hacía más palpable que nunca.

Intentaba convencerse a sí misma de que había tomado la decisión correcta al dejar atrás el mundo peligroso de Iván Morozov, pero una parte de ella anhelaba desesperadamente su presencia, su voz, su cálido abrazo. Se preguntaba si alguna vez lograría superar el dolor de haber perdido al único hombre que había amado de verdad.

Una tarde, mientras trabajaba en la galería del museo, Marina se detuvo frente a una de las pinturas expuestas. Era el hermoso retrato de la Virgen María, frente al cual Iván y ella habían hablado por primera vez. Ya era hora de descolgar ese retrato y embalarlo para enviarlo a otro museo, pero Marina tan solo se quedó contemplando en silencio, sus pensamientos vagando lejos de allí. De repente, una voz familiar la sacó de su ensimismamiento.

—¿Marina?

Marina giró lentamente, esperando encontrar la sonrisa cautivadora en el rostro, de Iván Morozov. Sin embargo, al mirar de nuevo, no había nadie allí. Estaba completamente sola en la galería.

"Debo estar volviéndome loca", se dijo antes de regresar a su oficina con el corazón acelerado.

Otra noche sin poder dormir, otra noche con sus pensamientos merodeando en la vieja casona Morozov. Marina se encontraba una vez más en su apartamento, luchando contra el insomnio que la atormentaba desde que había tomado la decisión de dejar a Iván. Las horas pasaban lentamente mientras su mente se llenaba de recuerdos y preguntas sin respuesta. Se preguntaba si Iván también estaba sufriendo, si pensaba en ella como ella lo hacía en él.

Intentó distraerse con un libro, pero las palabras se mezclaban frente a sus ojos sin sentido alguno. Se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación, incapaz de encontrar paz en su interior. Finalmente, se detuvo frente a la ventana y observó el paisaje nocturno que se extendía ante ella.

El brillo de las estrellas y el silencio de la noche la envolvieron, y por un momento, Marina se permitió soñar con un futuro en el que pudiera estar con Iván sin miedo ni preocupaciones. Un futuro en el que pudieran amarse libremente, sin las sombras del pasado acechándolos.

Pero sabía que ese futuro era solo una ilusión, una fantasía que nunca se haría realidad. Iván había tomado la decisión de alejarse

de ella, de protegerla de su oscuro mundo, y Marina no podía culparlo por ello. Sin embargo, su corazón se negaba a aceptar la idea de dejarlo ir por completo.

Con un suspiro resignado, Marina se alejó de la ventana y se acostó en su cama, sabiendo que otra noche sin dormir la esperaba. En medio de la oscuridad, cerró los ojos y se aferró a la esperanza de que algún día, tal vez, el destino los volvería a reunir.

Volvió a abrirlos, ahora lleno de lágrimas. Pero no eran lágrimas de tristeza, sino de rabia. rabia y furia. Encendió la luz: ¿desde cuando ella era tan pasiva? ¿Desde cuando ella pasaba las noches en vela llorando en lugar de tomar el toro por las astas? Llena de determinación, se enjugó las lágrimas y tomó una decisión.

La mañana siguiente faltó al trabajo: algo inauditamente irresponsable en ella. En su lugar, cogió un taxi hasta la vieja casona de la familia Morozov.

Capítulo diecisiete

El taxi no pudo avanzar más allá de las rejas del patio. Cuando Marina bajó del auto y contempló la casona una vez más su corazón dio un vuelco.La casona de la familia Morozov se alzaba imponente frente a ella, sus paredes de piedra y sus altos ventanales evocando un pasado lleno de misterio y poder. Marina inhaló profundamente, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón, y luego avanzó decidida hacia las puertas de hierro forjado que bloqueaban el acceso al patio.

Marina se quedó de pie en el patio, sintiendo el peso de la incertidumbre sobre sus hombros. ¿Qué diría Iván cuando la viera? ¿Estaría dispuesto a escucharla? Su mente daba vueltas en círculos mientras esperaba, preguntándose si estaba tomando la decisión correcta.

Con determinación, tocó el timbre y esperó. Pasaron unos minutos de silencio tenso antes de que la puerta se abriera lentamente, revelando a un hombre fornido que la miraba con curiosidad.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó, su voz grave resonando en el aire tranquilo de la mañana. No dijo su nombre, pero era obvio que la había reconocido.

Marina respiró hondo, reuniendo todas sus fuerzas para lo que estaba a punto de hacer.

—Necesito ver a Iván Morozov —dijo con firmeza—. Es urgente.

El hombre la miró con atención durante un momento antes de asentir lentamente.

—Lo siento, el señor Morozov se encuentra en una reunión —respondió y cerró la puerta.

Pasmada, Marina sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Pero no iba aceptar un no por respuesta. Golpeó la puerta con todas sus fuerzas, hasta que finalmente, la puerta se abrió de nuevo y el hombre fornido reapareció.Iván la miró con sorpresa y algo de preocupación en sus ojos oscuros.

—Señorita, —bufó el guardaespaldas frustrado— ya le he dicho que…

No pudo terminar la oración; Marina le asestó un golpe en el

estómago y se escabulló en la casona.

Marina no había actuado de esa manera en años, pero la urgencia de su situación la había impulsado a romper con todas las normas de cortesía y protocolo. Ignorando los llamados de protesta del hombre fornido, se adentró rápidamente en la casona en busca de Iván Morozov.

El corazón de Marina latía con fuerza mientras avanzaba por los pasillos conocidos, su determinación aumentando con cada paso que daba. Sabía que no podía perder tiempo, que necesitaba hablar con Iván antes de que fuera demasiado tarde.

Finalmente, llegó al despacho de Iván y encontró la puerta entreabierta. Sin dudarlo, empujó la puerta y entró, encontrándose con Iván sentado detrás de su escritorio, mirándola con una mezcla de sorpresa y preocupación.Otros hombres de traje negro estaban sentados en la larga mesa de reunión, y al verla sus expresiones se tiñeron de sorpresa. Algunos en forma instintiva desenfundaron sus armas y miraron a Morozov, esperando su reacción. Dos de sus guardaespaldas lo flanqueaban, y apuntaron sus revólveres a Marina, lo mismo hicieron otros tres que la habían venido persiguiendo.

De pronto, Marina estaba de pie frente a la mesa de reuniones de la Bratva, jadeante y cubierta de sudor, y con cinco armas apuntándole a la cabeza. Aun así, no dejó que el miedo la hiciera echarse atrás.

—¡Iván Morozov! —aulló ella—. Tú tienes asuntos pendientes conmigo.

Percibió una pequeña sonrisa de costado en su irresistible rostro.

—Estoy en medio de una reunión —respondió él con voz apacible.

—Bueno, la reunión ha terminado —ordenó Marina—. Ahora tienes una reunión conmigo.

Con otra leve sonrisita, Iván hizo un gesto con su mano derecha y todos los hombres bajaron sus armas.

—Déjennos —ordenó Iván, y acto seguido todos los hombres abandonaron la sala de reuniones.

Una vez solos, Marina sintió que su corazón iba a explotar en su pecho.La tensión en la habitación era palpable mientras Marina y Iván se quedaban frente a frente, sus miradas chocando en un silencio tenso. Marina respiró hondo, tratando de controlar la oleada de emociones que la invadía mientras Iván la observaba con curiosidad y preocupación.

—¿Qué está pasando, Marina? —preguntó Iván finalmente, rompiendo el silencio—. ¿Por qué estás aquí de esta manera?

Marina se acercó al escritorio de Iván, sintiendo la necesidad imperiosa de estar cerca de él, de confrontarlo.Durante unos segundos sintió que la ansiedad la paralizaba: había deseado estar cara a cara con Iván desde hacía meses ya, y sin embargo verlo tan cerca ahora le hacía temblar las rodillas. Para colmo el desgraciado lucía tan bien aquella mañana: con ese traje gris oscuro que resaltaba lo gélido de su mirada. Parecía que no se había afeitado desde hacía unos días, y una sutil sombra de barba remarcaba lo bien definido y angular de su quijada. y por supuesto, el aroma de su piel todavía era increíblemente masculino y seductor, con un dejo amaderado capaz de hacerla estremecer. Percibir ese perfume envolviendola una vez más hizo brotar recuerdos de sus caricias, de sus besos salvajes, de la manera brutal y deliciosa con la que él había embestido en lo más profundo de ella para regalarle tantos orgasmos espectaculares.

—Bueno —exclamó él con su voz de barítono, arrancándola de sus ensoñaciones—. ¿Has venido hasta aquí como una demento solo para quedarte callada?

—Por supuesto que no —refunfuñó ella, y encontró coraje para finalmente hablar—. Hay algo que tengo que decirte.

Con un movimiento lento y elegante, él se levantó de su silla a la cabecera de la mesa y avanzó hacia ella, hasta que la distancia entre ambos fue mínima.

—Te escucho.

Marina necesitó de otra profunda bocanada de aire antes de abrir su pecho por completo, algo que nunca antes había hecho con ningún hombre. Mostrarse tan descarnada y vulnerable la asustaba, pero a la vez no sentía nada de miedo porque se trataba de Iván. Qué ironía; sentirse segura y protegida ante el jefe de la Bratva. Pero ese era exactamente el motivo por el cual ella estaba allí.

Marina miró fijamente los profundos ojos oscuros de Iván, encontrando en ellos un apoyo silencioso que le dio fuerzas para hablar.

—Siempre sospeché que Michael, mi ex marido, estaba involucrado en asuntos ilegales —comenzó ella, su voz temblorosa pero firme—. Y siempre supe que no estaba enamorada de él. Supongo que no quería ver la verdad; prefería vivir una mentira antes que estar sola. Por eso le di una segunda oportunidad. Él estaba en deudas con gente peligrosa, y cuando intentó utilizar mi relación contigo para su beneficio, todo salió mal. Fue entonces cuando...

Una oleada de emociones la inundó, amenazando con ahogar sus palabras. Pero Marina se aferró a su determinación y continuó.

—Fue entonces cuando Michael murió —concluyó ella, las lágrimas asomando en sus ojos—. Tú lo mataste.

El silencio que siguió fue abrumador, apenas interrumpido por el suave sollozo de Marina. Iván la miraba con una expresión impenetrable, sus ojos revelando una mezcla de sorpresa, tristeza y una oscura resignación.

—¿Por eso estás aquí? —dijo él finalmente, su voz cargada de pesar—. ¿Quieres venganza?

Marina lo interrumpió, sus ojos llenos de tristeza pero a la vez sonriendo.

—¿Acaso no estabas prestando atención a lo que dije? —soltó una risa amarga—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que nunca amé a Michael?

Sus palabras se ahogaron, e Iván se acercó a ella con pasos lentos y cuidadosos. Con un gesto gentil, él levantó su rostro para que sus miradas se encontraran una vez más.

—¿Por qué estás aquí? —dijo él, su voz suave y firme.

Marina lo miró a los ojos y respiró hondo, sintiendo cómo el latido de su corazón resonaba en sus oídos mientras se preparaba para abrir su alma por completo a Iván.

—Iván, una vez dijiste que eras un monstruo, y tú último gesto de humanidad fue dejarme libre —comenzó Marina, su voz temblorosa pero llena de determinación—, pero yo no quiero esa libertad. O mejor dicho, no es libertad si no te tengo a mi lado: cuidándome,protegiéndome,admirando arte juntos, acompañándome…amándome. Tú asesinaste a Michael, y quién sabe a cuántos más, y lo peor de todo es que no me importa. No

me importa. Si tú eres un monstruo, entonces yo también lo soy. Porque no lo extraño ni un poco, y sin embargo si te extraño a tí. Porque desde que abandoné esta casa no dejo de pensar en tí, y no he derramado ni una sola lágrima por él. Supongo que yo también soy un monstruo, y deseo estar con mi igual. Por eso estoy aquí: para obligarte a que cumplas con tu palabra.

Iván la miró con atención, sus profundos ojos oscuros mostrando un brillo de curiosidad y anticipación.

—Dime, Marina. —respondió él con calma, pero con un deje irresistible de confianza y picardía en su tono—. ¿Cómo he fallado a mi palabra? Prometí que si no me amabas, te dejaría libre.

Marina se acercó un paso más hacia él, dejando que la intensidad de su mirada transmitiera todo lo que sentía en ese momento.Las palabras se atascaron en su garganta por un momento, pero Marina sabía que no podía retroceder ahora. Tomó otra bocanada de aire y se obligó a continuar. Este era el momento decisivo, el momento que cambiaría su vida de ahora en más.

—Iván, me he dado cuenta de que te amo. Te amo más de lo que nunca pensé ser capaz de amar a alguien. Así que supongo que soy un monstruo también, enamorado de otro monstruo.

Marina no pudo hablar más: Ivaan se abalanzó hacia ella y la calló con un beso. Fue un beso salvaje, apresurado, desesperado, parecía que Iván había aguardado siglos tan solo para poder besarla. Y ella se sentía igual: los labios hambrientos de él contra los suyos le despertaron un furioso relámpago todo a lo largo de su columna vertebral. En ese espectacular instante le dolió lo mucho que lo había extrañado, lo mucho que lo había deseado…y las piernas le temblaron a la vez que su clítoris comenzaba a palpitar con desesperación. La lengua de Iván rozó la suya, dominante y

voraz, y Marina tan solo pudo aferrarse a sus anchos hombros mientras él la asía de la cintura y pegaba su cuerpo al suyo. Marina sintió sus pechos aplastarse contra el pecho plano de Iván, su corazón a punto de explotar. El beso se hizo más profundo, y sus manos más ansiosas. Iván le acariciaba la espalda, los pechos, el trasero…y ella solo podía estremecerse mientras se tornaba más y más húmeda con cada beso. Iván deslizó su boca ansiosa desde sus labios hasta su cuello, mordisqueándola hasta hacerla gemir. Las manos de él no dejaban de explorarle el cuerpo, y le estaban apretando el trasero cuando ella echó el cuello hacia atrás y soltó un gemido de frustración: lo necesitaba. necesitaba a Iván dentro de ella, ya mismo. No podía esperar ni un segundo más: estaba empapada y su clítoris latía tan duro que molestaba. Con un subidón de adrenalina, empujó a Iván sobre la mesa de reuniones. El cayó de espalda y con una sonrisa de excitación y sorpresa en sus labios. Marina se quitó la ropa interior, pero estaba demasiado apresurada como para quitarse la falda, y se subió a la mesa, a horcajadas de Iván. El se sentó con un movimiento rápido y le bajó el escote del sweater para poder besarle los pechos mientras ella le abría la cremallera. Al encontrar su miembro, gigante y ya endurecido, Marina lo envolvió en su mano derecha con firmeza, impresionándose por cómo su piel ardía bajo sus yemas. Lo masturbó un poco, más que nada para deleitarse en lo durísimo que estaba, mientras él le mordía uno de los pezones hasta hacerla gritar. Brevemente a Marina le tentó llevarse ese miembro enorme a la boca y saborearlo con el mismo hambre con el que Iván le torturaba los pechos, pero estaba demasiado acelerada, demasiado hambrienta por sentirlo en su interior, así que decidió postergarlo. Con una sonrisita pensó que ocasiones sobrarían en el futuro que

iba a compartir con Iván. Así que se acomodó mejor a horcajadas de él y condujo la punta de ese miembro enrojecido y palpitante hacia su entrada húmeda. Ella estaba tan mojada que pudo auto penetrarse con facilidad. Descendió sus caderas mientras él la guiaba con manos expertas, hasta que estuvo totalmente enterrado en su interior. Marina arqueó la espalda y soltó otro gemido de placer: no le importaba si la oían; amaba sentirse tan llena por Iván, tan plena con él en lo más profundo de su ser. Comenzó a moverse, cabalgando, deleitándose en ese placer tan salvaje mientras él le sujetaba las caderas y le besaba el cuello y los pezones. Era increíble lo bien que se sentía, lo profundo e intenso de ese placer. Marina se movió hacia arriba y abajo, cada vez más rápido, cada vez más desbocada mientras su cabeza daba vueltas. Y los ojos gélidos de Iván estaban fijos en ella, gozando con cada movimiento furioso de sus caderas desesperadas. Cuando ella sintió sus músculos internos retorciéndose de placer, anunciando el más devastador de los orgasmos a punto de explotar en su interior, Iván la sujetó con fuerza de la cintura y la volteó de espaldas. Ella soltó un lamento de dolor cuando su espalda chocó contra la madera de la mesa, pero poco le importó. Ahora Iván estaba encima de ella, embistiendo como un animal, tocando en puntos de su interior que ella ni sabía que existían. Marina ajustó el abrazo de sus muslos alrededor de su cintura y elevó las piernas, haciendo la penetración más profunda y brutal. Iván soltó un gruñido masculino de gozo y la besó: la besó con desesperación mientras la llenaba con sus emen caliente, Y Marina se corrió más duro que en toda su vida, con Iván todavía empujando dentro de ella y besándola como si deseara robarle todo el oxígeno. El corazón se sentía a punto de reventar, y hundió las uñas en la

espalda musculosa de Iván hasta que el orgasmo terminó de atravesarlos ambos, casi al unísono.

Minutos después, los dos permanecieron acostados y a medio vestir sobre la mesa de reuniones. Iván se negaba a soltar a Marina, y Marina se negaba a soltar a Iván. Tan solo intercambiaban suaves caricias y besos, cubiertos de sudor y arrebolados, mientras los dos recuperaban el aliento.

De pronto, a Marina le invadió una mezcla de vergüenza y ganas de reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iván mientras le acariciaba el cabello con ternura.

—Tal vez alguien me escuchó.

—No es la primera vez que escuchan a una mujer en este despacho —dijo él, y cuando Marina estaba por darle un golpecito,él le interceptó el puño y sonrió—.Lo importante es que de ahora en más solo te escucharán a ti, mi futura esposa.

Esa respuesta la dejó satisfecha, y volvió a acomodarse entre sus protectores brazos.Una mezcla de emociones cruzó el pecho de Marina al imaginarse esposa de Iván Morozov. Sorpresa, alegría, incredulidad...y por supuesto algo de miedo, pero sobre todo, amor. Sin decir una palabra, Iván se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos, mirándola con una ternura que ella jamás imaginó en el jefe de la Bratva. El famoso último bastión de humanidad de aquel monstruo. El monstruo que ella amaba, y que solo le mostraba esa cara a ella.

—Marina, mi querida Marina —susurró Iván, su voz llena de una sinceridad avasallante—. Yo también te amo, más de lo que puedo expresar con palabras. Eres mi todo, mi razón de ser, la calma después de la tormenta. Estaré a tu lado siempre, en la luz y

en la oscuridad.

Marina se acurrucó entre los brazos de Iván, sintiendo cómo todo el universo se alineaba en ese momento. En ese abrazo, en esas palabras, encontró la paz y la plenitud que siempre había buscado. Y supo, sin lugar a dudas, que su amor por Iván era verdadero. Sin decir una palabra, Marina se dejó envolver por los cálidos brazos de Iván, encontrando consuelo en su abrazo. Aunque sabía que su camino juntos estaría lleno de obstáculos y peligros, también sabía que no podía dejarlo ir. Juntos, enfrentarían lo que fuera que el destino les deparara.Y por primera vez en su vida, ella supo que aunque tuviera de nuevo la puerta abierta para escapar, ella no huiría. Permanecería para siempre junto a Iván ,el hombre que amaba.

Y el hombre que la amaba a ella.

Fin.

.



Sinopsis:

Justine LaTorre sueña con ser madre y formar una familia sin descuidar su carrera como chef. Desafortunadamente, solo conoce

hombres con fobia al compromiso, como su ex Alejandro, quien rompió con ella a través de mensaje de texto. Pasada la barrera de los treinta, Justine teme que jamás podrá cumplir su sueño de tener un bebé.

Hasta que, por desgracia o fortuna, un día le toca cocinar para Thomas Campbell, uno de los CEOs más poderosos del momento.

Con su reputación de mujeriego, actitud arrogante y paladar exquisito, Thomas choca de inmediato con la personalidad impulsiva y honesta de Justine. Sin embargo, conforme su relación de negocios se torna más profunda, Thomas le ofrecerá un trato irresistible a la joven chef: ser su esposa por contrato, y concebir al futuro heredero del CEO.

A simple vista, el contrato es perfecto para ambas partes: Thomas tendrá un heredero para su fortuna sin tener que lidiar con molestas y empalagosas relaciones románticas, y Justine no solo cumplirá su sueño de ser madre, sino que el futuro de su bebé está asegurado.

Pero una vez que Justine contrae matrimonio con Thomas y comienzan los intentos por concebir, ella notará que un extraño sentimiento que jamás sintió por ningún hombre empieza a aflorar. Un sentimiento tan poderoso que amenaza con romper el contrato. un contrato donde el amor está prohibido.

Fragmento

De nuevo, el desgraciado ha reservado el salón para nosotros dos, y la forma en que la luz de las velas resplandece en sus pupilas oscuras solo acelera los latidos de mi corazón. Hoy también viste uno de sus impecables trajes de terciopelo negro, y debajo una camisa de seda del mismo tono azabache profundo, con el segundo botón abierto y dejando ver atisbos de su piel broncínea. Evito que mis ojos vaguen por allí, por esa porción de carne tan irresistible,

que evoca recuerdos de todos los orgasmos que él me ha provocado. Una suave música de violines y piano tiñe el ambiente con un dejo romántico y acogedor, y Thomas me sirve una copa de vino tinto. De nuevo, mis ojos admiran su mano, grande , fuerte, masculina, y atravesada por pequeñas venas azuladas. Recuerdo cómo esas manos me han acariciado…

—¿Estás incómoda luego de…? —él rompe el silencio sin ningún tipo de reparo.

—Para nada —le interrumpo. Y bebo un sorbo de vino incluso antes de que él proponga un brindis. Lo veo sonreír, divertido, y luego bebe—. Somos dos adultos, ¿por qué no podemos tener sexo casual y ya? No debería haber ningún conflicto, mientras ambos cumplamos nuestro acuerdo de no mezclar sentimientos con placer.

—¿Quieres convencerme a mí o a ti misma?

—No necesito convencer a nadie. —Bebo más.

La verdad es que todo esto del sexo casual es bastante nuevo para mí, y no estoy segura de estar manejándolo del todo bien. Ahora mismo, cuando veo lo bien que luce Thomas frente a mí, solo puedo pensar en follarlo otra vez. Pero mi mente racional sabe que eso sería jugar con mi suerte…bastante afortunada soy de que Campbell aun desee ofrecerme empleo.

De pronto, una idea descabellada me ataca…¿y si la propuesta que quiere hacerme es que sea su chef personal? Dios, no creo tener la fortaleza suficiente para estar en la cocina de Thomas todos los días, a solas con él…en su mansión. Sería como jugar con fuego.

Thomas Campbell es como jugar con fuego.

—Me alegra que pienses de esa manera —Él rompe el silencio con su voz de barítono—. La mayoría de las mujeres no comparten mi

manera práctica de ver las cosas. Aunque…—me dedica una mirada lobuna—. Tú no eres como la mayoría de las mujeres, señorita Justine. Por eso estás aquí conmigo esta noche.

—¿Te refieres a la mayoría de las mueres que tú desechas la mañana después de follar?

—Si mal no recuerdo, tú me desechaste a mí, señorita Justine. Me dejaste solo en mi propia cama y huiste.

—¡Ay pobrecillo!

Los dos reímos. El camarero nos trae nuestros platillos, dos deliciosas piezas de carne blanca con hierbas alimonadas. El primer bocado es una explosión de sabor en mi boca, y usualmente, cuando yo pruebo algo nuevo por primera vez, mi mente intenta descubrir la receta para replicarla, y pensar las ilimitadas posibilidades de modificarla o mejorarla. Pero hoy, mi foco principal es Thomas. Mi mente da vueltas, ¿por qué me ha citado aquí? ¿Acaso es toda una excusa para follarme de nuevo? No que eso me moleste, pero….

No, no eso no puede repetirse. Es hora de que yo deje de razonar como una colegiala cachonda.

¡Es que yo nunca he sido así!

Bebo más vino; el suspenso me está matando.

—Bueno, Campbell, no demos más vueltas —digo con determinación—, ¿por qué me has citado aquí?

—Qué ansiosa te encuentras. Señorita LaTorre. —Su voz es como una caricia áspera y placentera sobre mi piel. Y esa mirada…no lo soporto.

—¡Basta de juegos! Si me has traído aquí para follarme de

nuevo…

—¿Eso te molestaría? Creo que has disfrutado mucho la última vez, ¿sería tan terrible para ti repetirlo?

Trago saliva y le sostengo la mirada. No, no sería terrible para nada. De hecho, cuando contemplo sus ojos negros, todo mi cuerpo parece estar clamando por sentir a Thomas de nuevo, por sentirlo en lo más profundo de mí, colmándome de placer.

No puedo permitirme esto. Esto es peligroso.

—Venir aquí ha sido un error, yo creí que era una cena de negocios —digo, y me pongo de pie. Thomas coge mi muñeca y me detiene con suavidad, y al sentir su mano envolviéndomela, mi corazón se acelera todavía más.

—Espera, no te vayas —me dice, y suena casi como una súplica, sin perder su usual actitud orgullosa—. Solo estaba jugando contigo. Siéntate, por favor.

Obedezco, y finalmente él suelta mi muñeca.

—Tienes razón, señorita LaTorre, esta es una cena de negocios. De hecho, mi intención era hacerte mi propuesta en nuestro último encuentro, pero…digamos que no me diste tiempo. Prácticamente me has arrancado la ropa en mi propia sala de estar. —Me dedica otra mirada traviesa y maliciosa, y cuando me ve fruncir el señor suelta una risita—.Verás, Justine LaTorre siempre ha sido un misterio para mí, desde que leí todos esos artículos gastronómicos sobre la nueva estrella incipiente de la cocina. Y cuando te conocí cara cara, me sorprendí. No solo por lo decepcionantes que fueron los primeros platillos que me serviste, si no por tu reacción. Pocas mujeres si no, ninguna, se animarían a arrojarme polenta caliente en el rostro. De hecho, también son pocos los hombres capaces de desafiarme, tú me desafiaste, Justine, y por eso me intrigas. Y por eso eres perfecta para lo que tengo en mente.

Tomo un respiro hondo. Hasta hace cinco segundos, yo estaba convencida que iba a ofrecerme empleo en alguna cocina de sus tantos conglomerados. Pero ahora…ahora es inevitable que este hombre tiene otra cosa en mente. Pero, ¿qué?

Me dedica otra sonrisita enigmática y lo veo buscar algo en el bolsillo de su saco. Para mi sorpresa, pronto tengo un estuche frente a mis ojos. Pequeño, y de terciopelo bordo. Mi pulso se acelera y mi corazón golpea duro contra mis costillas. ¿Acaso…? No, no puede ser. Eso no puede ser una joya. Y cuando Thomas abre el estuche, resplandecen ante mí los diamantes de un precioso anillo de compromiso.

—Justine LaTorre, ¿serías mi esposa?

Creo que voy a desmayarme. La cabeza me da vueltas mientras la adrenalina sobre desde la punta de mis pies hasta mi garganta. Siento deseos de huir. Y al mismo tiempo, una euforia deliciosa me golpea, casi como un orgasmo.

—Bebe algo de vino, te ves pálida —él deja el estuche sobre la mesa y acerca la copa de vino a mis labios. Admito que la bebida me hace sentir un poco más lucida, pero las rodillas todavía me tiemblan y puedo sentir una migraña punzando en mi sien.

—Siempre supe que estabas loco…—murmuro—, ahora tengo la certeza de que estás como una puta cabra.

Thomas suelta una carcajada refrescante.

—Siempre tan ansiosa, señorita Justine, ¡no me has dejado terminar mi oración! Quise preguntarte si serías mi esposa…por contrato.

—¿Contrato?

Thomas asiente.

—Contrato que además incluye ser la madre biológica de mi futuro hijo.

Bebo más vino, él me quita a copa vacía de entre los dedos y la posa con delicadeza sobre la mesa.

—Déjame explicártelo bien, señorita LaTorre, antes de que entres en un coma etílico. —Toma un profundo suspiro antes de hablar, como meditando bien las palabras antes de pronunciarlas. Sus ojos se posan de nuevo en el estuche—. Así como tú, yo también deseo formar una familia, tener un hijo. No solo para que herede mi fortuna, sino porque deseo ser padre. Quiero tener la experiencia de criar a un niño mío.—Vuelve a mirarme a los ojos y sonríe— Sé lo que estás pensando, que un cerdo egocéntrico como yo no puede ansiar ser padre de un niño.

—No estaba pensando eso —murmuro.

Thomas asiente, pensativo, y continúa hablando.

—Mi problema es que, como bien sabes, soy un adicto al trabajo. Y en el poco tiempo que me queda libre solo conozco mujeres que quieren sexo, mujeres superficiales, mujeres que no serían, ni les interesa ser, una buena madre. Y las que, si están interesadas en formar una familia conmigo, es porque están interesadas en mi dinero. Cazafortunas. Hace mucho he llegado a la conclusión de que el amor no es para mí. No es para nadie, la verdad. Tan solo un invento, infantil, un cuento de hadas. Pero sí quiero tener un hijo. Y aquí es donde entras, tú, Justine.

—¿Yo?

—Tú también deseas ser madre. Y eres lo suficientemente inteligente para no esperar enamorarte de un príncipe azul. Eres lo suficientemente racional y práctica para separar emociones de tus

objetivos. Por eso eres tan talentosa. Por eso estabas dispuesta a casarte y concebir un hijo con un hombre que no amabas. Y lo que yo te propongo no es distinto, pero…por lo menos no soy un perdedor como tu ex. A tu hijo, nuestro hijo, nunca le faltará nada. Ni dinero, ni educación, ni contención. Ni amor. Tendrá el amor que a ti a mi nos negaron. Solo debes aceptar ser mi esposa.

Proceso sus palabras poco a poco.

—No…no puedo creerlo.

—Sé que es inusual. Pero, tú eres la única mujer que puede comprender algo así. Las otras intentarían aprovecharse de mi dinero, probablemente hasta abandonarían al niño.— Se acerca más a mí—. El trato es simple: te casas conmigo, estrictamente por motivos legales: quiero que mi hijo sea mi hijo con todas las de la ley. Llevará el apellido Campbell. Vives conmigo, y concibes un hijo conmigo. Criaremos al niño juntos, seremos sus padres. A otra mujer, le ofrecería dejarme la crianza total de niño. Alquilarme el vientre y luego desaparecer de mi vida. Pero sé que tú no aceptarías eso. Sé que tú desearías cuidarlo, criarlo, ser su madre. Y por eso eres perfecta.

—Entonces, ¿yo sería tu esposa, y tendría un hijo contigo?

—Lo único que no puedo ofrecerte es amor. Los dos sabemos que eso es un problema.

La cabeza no deja de darme vueltas con tanta nueva información.

—¿Tendría que acostarme contigo? —pregunto como una idiota.

—Si así lo deseas. —Dee nuevo esa sonrisita insoportablemente confiada y seductora—. De lo contrario lo podemos usar fertilización in vitro. Pero…creo que los dos ya dejamos bien en claro que tenemos mucha química. ¿Por qué no disfrutar del proceso natural?

—Sin sentimientos.

—Sin sentimientos.

Dejo escapar una profunda bocanada de aire: mi corazón no palpita tan rápido ahora. Dejando de lado el shock inicial, no es una propuesta tan descabellada. Los dos ansiamos ser padres, los dos somos lo suficientemente inteligentes para no creer en el amor. Viviré en una preciosa mansión, tendré sexo espectacular con Thomas Campbell, y podré cumplir mi sueño de ser madre. A mi hijo nunca le faltaría nada, no tendré que segur intentado conocer a un hombre decente. No más preocuparme por el futuro o el dinero.

Y seré madre. Finalmente, cumpliré mi sueño de tener un bebé. No más preocuparme por mi útero envejeciendo. Y Thomas Campbell podrá proveerme el mejor seguro médico. El mejor futuro para mi hijo.

Nuestro hijo.

—Sé que es una decisión difícil —Thomas interrumpe mis pensamientos—. No pretendo apresurarte a que me respondas hoy….

—Acepto —lo interrumpo.

Él abre sus ojos en forma exagerada, y luego sonríe.

—Eres una mujer increíble.

—Espera, espera. Quiero dejar bien en claro algunas cosas.

—Por supuesto. —Él no puede dejar de sonreír.

—Un matrimonio por contrato. O sea, es puro negocios. ¿verdad? Una transacción que nos beneficia a ambos. Yo quiero ser madre,

tú quieres ser padre. Yo pongo el útero, y tú el dinero.

—Es una manera interesante de decirlo.

—Los dos criamos al bebé juntos, ¿verdad?

—Por supuesto —asiente muy serio—. Quiero que tengas bien en claro esto, Justine: yo deseo ser padre. Deseo a este niño. Quiero estar involucrado en todo aspecto de su vida, quiero concebirlo, mantenerlo criarlo y amarlo.

Oír esas palabras me acelera le corazón. Y a pesar de lo demente de toda esta situación, una sensación cálida anida en mi pecho al imaginar a Thomas como padre de un niño.

De mi niño.

—O sea, seremos como un matrimonio real.

—Seremos un matrimonio real. —Aclara él— Solo que sin amor.

—Igual que el de mis padres .bromeo yo, y bebo más vino.

—Y el de los míos. Solo que nosotros somos inteligentes como para admitirlo. Y eso me recuerda, si deseas tener amantes, yo no tengo ninguna objeción. Y, a la inversa, yo puedo acostarme con todas las mujeres que desee. Siempre y cuando, seamos discretos para los paparazis. No necesitamos rumores con respecto a nuestro matrimonio. Nadie puede saber de nuestro acuerdo.

Asiento de nuevo.

—Pero…¿no te parece algo nocivo para un niño, criarse en un hogar sin amor?

—Eso nos pasó a nosotros , ¿no? Y creo que resultamos bastante bien. —Suelta una risita—. Pero, hablando en serio, a este niño no

le faltará nada. Mucho menos amor. Yo lo amaré con toda mi alma. Tú lo amarás…él o ella no necesita que sus padres se amen entre ellos para crecer sano o sana.

Todavía no puedo creer que Thomas Campbell me ha propuesta ser su esposa. Y todavía no puedo creer que he aceptado con tanta facilidad.

—Justine —vuelve a romper el silencio—, puedes negarte, si así lo deseas. Nunca voy a forzarte a hacer nada que no desees.

—Acepto —repito en voz baja, esta vez más calmada—, No puedo seguir esperando a príncipe azul mientras mis óvulos se van acabando. Esto es como ir al banco de esperma.

Thomas ríe.

—Eso me gusta de ti: eres tan práctica. Otra mujer se hubiera escandalizado.

—Solo quiero dejar bien en claro todos los detalles legales. ¿Y qué ocurrirá con mi carrera?

—¿A qué te refieres?

—Alejandro esperaba que, al casarnos, yo abandonara mi carrera y me dedicara exclusivamente a ser madre.

—Yo no soy el imbécil de tu ex, ya deberías saberlo para estas alturas. Durante el embarazo, yo sugiero reposo, y tendrías a los mejores médicos a tu disposición antes, durante y después del parto. Una vez recuperada, eres libre de hacer lo que desees. Personalmente, odiaría que abandonaras la cocina, eres demasiado talentosa. Pero si esa es tu decisión, la respetaré.

—Quiero ser madre, y profesional al mismo tiempo. No quiero descuidar ninguno de los dos aspectos de mi vida.

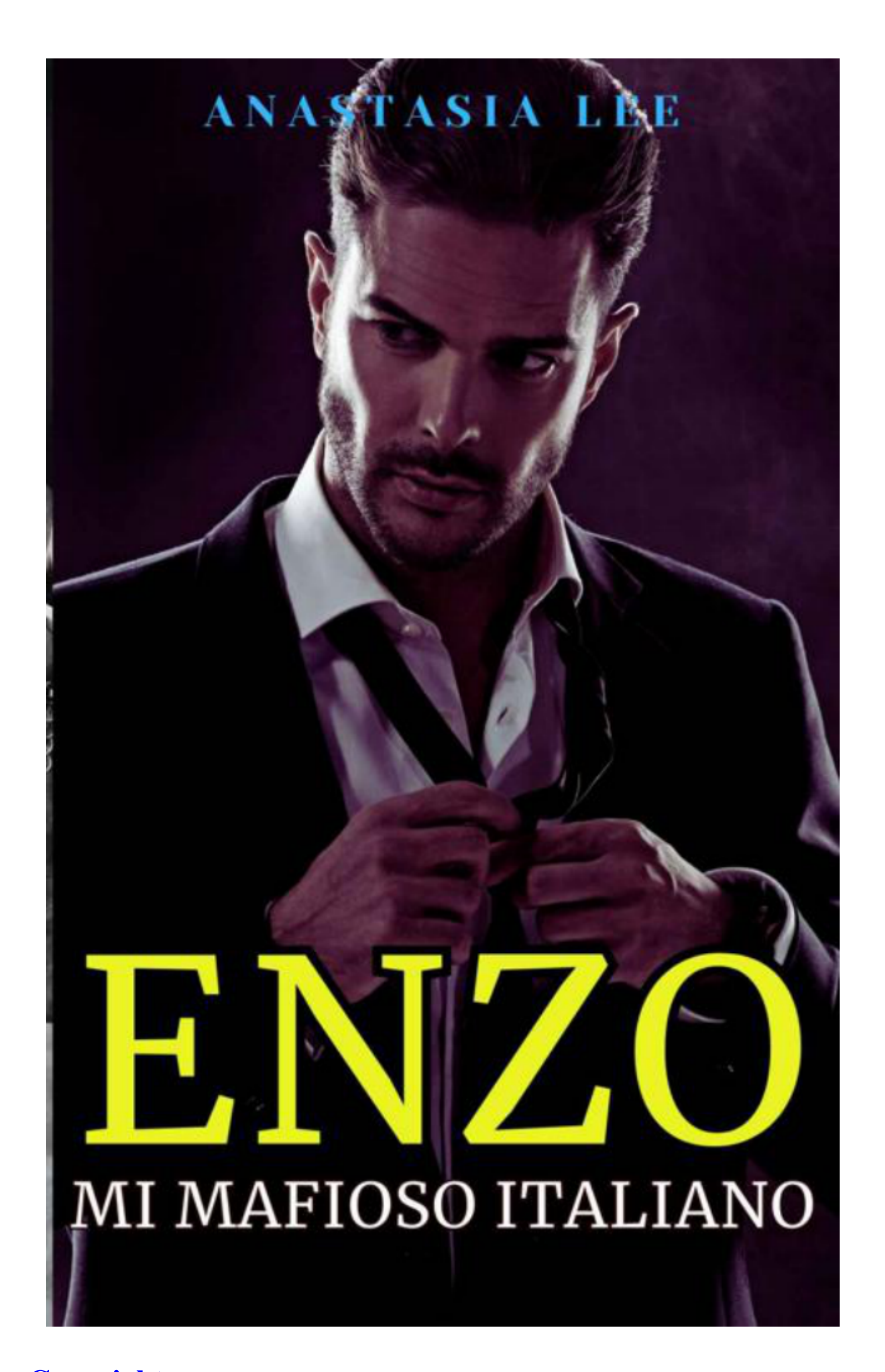
—Y no tendrás que hacerlo. La mayoría de las mujeres sufren este horrible dilema: si avanzar con sus carreras profesionales no tienen tiempo para cuidar a sus hijos. Si se quedan en casa, entonces el dinero no alcanza. Eso sucede porque se casan con perdedores sin dinero ni la madurez emocional para ser padres. Tú no tendrás ese problema; te repito que este niño lo tendrá todo de mí. Todo.

No puedo creerlo: es lo que siempre he deseado. Ser madre y chef al mismo tiempo. Sin restricciones ni problemas financieros. Es demasiado bueno para ser verdad, y recuerdo el pequeño detalle de que serpa un *matrimonio sin amor.*

Pero ¡vamos! ¿Soy tan estúpida como para seguir esperando amor a mi edad, y después de Alejandro? Pensándolo fríamente, esta propuesta es perfecta. La solución a todos mis problemas y miedos.

—Entonces, si te parece bien —continúa hablando Thomas—, haré que mis abogados confeccionen el contrato y te lo enviaré.

Bebo más vino, noto que la botella ya está vacía y la comida se ha enfriado.



Copyright

Enzo: Mi mafioso italiano
Anastasia Lee

Este es un trabajo de ficción destinado a mayores de 18 años.
Todos los nombres, eventos y lugares aquí reflejados son ficticios.

Capítulo uno

No importaba cuántas veces Lyra se hubiera presentado en el auditorio principal del conservatorio, sus rodillas siempre temblaban mientras esperaba trás bambalinas. Tampoco importaba cuantas veces hubiera practicado la pieza que iba a interpretar: sus manos siempre temblaban un poco justo antes del concierto. Esa noche, mientras aguardaba su turno, Lyra cerró los ojos y trató de calmar su respiración. Recordó las palabras de aliento de su maestro, quien siempre le decía que el miedo era solo una señal de que algo importante estaba por suceder. Se concentró en ese pensamiento, permitiendo que una oleada de determinación reemplazara su ansiedad.

Tal vez porque desde niña había soñado con dedicarse a la música, con tocar el piano desde que despertaba hasta que se iba a dormir, pero ese sueño nunca incluía escenarios, presentaciones, críticas o público. Lyra hubiera sido feliz tan solo encerrada en su estudio tocando; poco le importaba la fama, el prestigio o el dinero. Pero aún así, ese era un sueño imposible: todo concertista de piano debía pues…dar conciertos. Subirse a un escenario y estar en contacto con el público, le gustara a Lyra o no. Mientras se masajeó los nudillos,algo entumecidas por las horas de rigurosa práctica, y se repitió una vez más que este era un sacrificio que debía hacer. Sacrificar su naturaleza introvertida durante algunas horas para poder cumplir su sueño de vivir por y para tocar el piano.

Finalmente, el presentador anunció su nombre, arrancándola de sus ensoñaciones, y Lyra salió al escenario con paso firme. El brillo de las luces la cegó momentáneamente, pero pronto se adaptó al resplandor. Tomó asiento frente al piano, dejando que sus dedos acariciaran las teclas con confianza. Y en ese momento cuando las yemas de sus dedos seducían las teclas, toda preocupación y angustia desaparecieron. Era en ese momento

cuando Lyra era ella misma, cuando se sentía poderosa, cuando nada ni nadie le daba miedo.

Mendelssohn,concierto para piano N°1. Lyra amaba esa pieza, y esa música fluía de ella como un río, llevando consigo todas sus emociones y experiencias. Cada nota resonaba en el auditorio, envolviendo a la audiencia en un mundo de sonidos y sensaciones. Lyra se perdió en la melodía, olvidando todo menos la música que fluía a través de ella. Olvidó su nombre, su cara, lo duro que había sido abandonar su familia y país de origen para ir a estudiar a Italia, su falta de amigos y vida social,su torpeza por adaptarse a una cultura ajena, la soledad que la acosaba noche tras noche en su habitación, …todo se desvanecía como partículas de arena al viento, y solo quedaba música. Música, su vida entera. Su pasión, su éxtasis.

Conforme la pieza llegaba a su clímax, Lyra sentía que ella también estaba a punto de caer en un abismo. Podía sentir la música palpitando en hasta la última porción de su carne, vibrando, latiendo, haciéndola sentir más viva que nunca. El último acorde sonó y Lyra se encontró con el aliento entrecortado y el pulso acelerado. Su corazón galopaba duro contra sus cosillas y notó su cuerpo cubierto de sudor. Un verdadero éxtasis, que le hizo perder noción del tiempo y el espacio durante unos instantes.

Cuando finalmente levantó las manos del piano, el auditorio estalló en aplausos. Lyra se puso de pie y se inclinó ante el público, sintiendo una oleada de gratitud y satisfacción. Aunque sus manos aún temblaban un poco, ahora lo hacían con emoción y alegría.

Se puso de pie y se acercó al borde del escenario. Mientras recibía la admiración de la gente, Lyra se pregunta si el escenario era donde realmente pertenecía. Aunque los nervios nunca desaparecían por completo (y de hecho, con el tiempo parecían aumentar), tal vez debía aprender a abrazarlos como parte del proceso. Después de todo, cada vez que subía al escenario, ella

descubría la magia de compartir su música con el mundo. Y ese era un placer completamente diferente a tocar sola en el estudio o en su habitación.

Su corazón todavía latía fuerte en su pecho mientras contemplaba la sala del auditorio rugiendo con aplausos. le costaba creer que esos aplausos eran para ella. Le costaba creer que la gente estaba dispuesta a pagar un boleto para escucharla tocar. Le costaba creer que, apenas un año atrás, ella había llegado a Italia con una beca universitaria. Le costaba creer que con tan solo veintisiete años ya pisaba el escenario principal del conservatorio.

Pronto, recibir tanta atención comenzó a hacerla sentir incómoda, y comenzó a picarle el deseo de escapar. De huir de ese escenario y volver a retraerse en su piso. Tomó un respiro hondo; antes tenía algo que hacer. Las luces del escenario la cegaban, y Lyra levantó un brazo sobre su rostro para poder ver mejor. Viró su mirada hacia el palco superior; allí era siempre dónde estaba él.

¿Quién? Lyra no sabía su nombre, ni jamás había visto su rostro. Pero desde su primera presentación, él estaba sentado entre las sombras del palco superior como una negrura misteriosa. Lyra no era famosa todavía, apenas se estaba haciendo un nombre como concertista; una figura como ella nunca vendería todos los boletos de la sala, por eso los palcos siempre estaban vacíos. El conservatorio ni siquiera ponía a la venta esos asientos, y sin embargo, él siempre estaba sentado allí.

Muchas veces Lyra fantaseó con descubrir la identidad de este extraño. Obviamente, para acceder a esas localidades cerradas al público debía ser alguna autoridad dentro del conservatorio. En un principio ella sospechó que era el maestro Rossi, pero pronto descubrió que no era así.

¿Quién era entonces?

No importaba: poco a poco, Lyra decidió que era mucho más

interesante no descubrirlo. Pero una parte de ella ardía con curiosidad; deseaba ver el rostro de ese extraño. Y también agradecerle, porque muchas veces, cuando su ansiedad y sus miedos amenazaban con impedirle tocar en público, era la idea de volver a verlo en el palco lo que la alentaba a seguir adelante. Cuando volvió la vista hacia arriba, el palco estaba vacío. Siempre hacía lo mismo: siempre huía.

Lyra regresó a la realidad, a los aplausos y los halagos. Dio un saludo final y regresó tras bambalinas.Cuando entró al pequeño cuarto que hacía de camerino, encontró un espléndido ramo de rosas rojas esperándola. Como siempre, sin tarjeta que indique quién las había enviado. Lyra no pudo evitar sonreír al verlas.Acarició uno de los pétalos y acercó su nariz para deleitarse en el perfume, mientras la felicidad cosquilleaba en su garganta.

—Tu admirador secreto te ha traído flores de nuevo —dijo una voz femenina. Cuando Lyra salió de su ensoñación, vio a Clara, una de sus compañeras de conservatorio, sonriéndole mientras se colocaba los aretes.

Lyra devolvió la sonrisa de Clara, agradecida por la ligera distracción que su presencia le proporcionaba. Clara era lo más cercano a una amiga que Lyra tenía en Roma.

—¿Qué haría yo sin mi admirador secreto?— bromeó Lyra, jugando con la idea mientras admiraba las rosas. —A veces creo que debería dejarle una nota para agradecerle por su constante atención.

—Tal vez algún día descubrirás quién es en realidad —Clara rió suavemente—. ¿No tienes ningún sospechoso en mente?

Lyra negó con la cabeza, pensativa.

—No lo sé. ¿El fantasma de la ópera? —Las dos rieron, y alguien le avisó a Clara que ya debía salir para el escenario.—Por ahora,

creo que prefiero disfrutar del misterio,

Las dos chicas compartieron una risa mientras Clara cogía su violín. Otras chicas se preparaban para salir a escena también. Se despidió de su amiga con una sonrisa y segundos después, Lyra escuchó los aplausos distantes del escenario. Y después, la música de nuevo; Mozart, concierto para violín N°3. Cerró los ojos y dejó que la música la transportara de nuevo a sus primeros días en el conservatorio, sus primeros días en Roma. A la presión aterradora de estudiar en un conservatorio tan prestigioso, al miedo a perder la beca por no ser lo suficientemente buena, a las noches de insomnio practicando sin parar junto al piano…todo aquello había rendido sus frutos. Su carrera finalmente estaba despegando. Y aun así, Lyra no se sentía satisfecha. No del todo. Todavía dependía de su beca para no perder el visado, todavía no era una ciudadana italiana.Y todavía tenía que trabajar en la tienda de ropa para pagar la renta y la comida.

Su móvil sonó dentro de su bolso, arrancandola de nuevo de su ensoñación. Caminó hasta la mesa donde descansaba su bolso y buscó el teléfono. Miró la pantalla: era el maestro Rossi. la decepcionó que no la llamara y que en su lugar ligier aun mensaje de texto. pero para empezar, Lyra ya estaba decepcionada que su mentor no estuviera presente entre el público aquella noche.

Ya terminó la presentación? Cómo salió?

Ella fingió una sonrisa a pesar de que él no podía verla, y comenzó a teclear.

Bien. Estaba súper ansiosa, pero todo resultó bien. Cenamos esta noche para festejar?

Lyra se mordió el labio mientras esperaba la respuesta, y sintió que su estómago se revolvía de nuevo por la ansiedad. Aunque, en el fondo, ya sabía la respuesta.

No puedo esta noche. Almorzamos mañana?

Ella soltó una exhalación; no estaba sorprendida. Ni siquiera decepcionada. Pero aun así, tecleó:

De acuerdo, almuerzo mañana. Te quiero.

De nuevo, unos instantes tortuosos donde ella se quedó esperando una respuesta. Tardó unos largos momentos en darse cuenta de que no iba a recibirla. Y tal vez aquello era lo correcto:tal vez Lyra nunca debió enamorarse de su maestro. Sin embargo, ¿cómo evitarlo? El maestro Rossi había sido una luz en medio de la oscuridad: cuando el miedo la rodeaba, cuando era una extranjera asustadiza en un país desconocido, completamente sola, él había confiado en su talento. Había sido un profesor exigente, por supuesto, pero también inspirador, y cálido, y reconfortante. Había sido él quien la había guiado y alentado desde el momento en que llegó al conservatorio, brindándole apoyo y orientación cuando más lo necesitaba. Incluso , durante los primeros meses, él era su único amigo. Pronto, esos mismos sentimientos de gratitud y admiración se mezclaron con una confusión y un anhelo que Lyra no pudo ignorar. Ella nunca se había sentido atraída hacia los hombres mayores, pero había algo en él que la hacía sentir segura, protegida, calma. Al confrontar sus sentimientos hacia el maestro Rossi, Lyra se encontró inmersa en un torbellino de emociones contradictorias. Lyra sabía que enamorarse de su maestro era un territorio peligroso, aunque los dos eran mayores de edad. Las relaciones entre estudiantes y profesores estaban estrictamente prohibidas por las políticas del conservatorio, y además, ella entendía la complejidad ética y emocional que implicaba enamorarse de alguien en una posición de autoridad sobre ella.

Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos por contener sus sentimientos, Lyra no pudo evitar la chispa de emoción que sentía cada vez que estaba cerca del maestro Rossi. Su presencia le brindaba una sensación de seguridad y confort que no había experimentado con nadie más, y cada palabra de aliento que él le

ofrecía hacía que su corazón latiera un poco más rápido.

Además, él parecía perfectamente consciente de la atracción de su alumna, y no parecía molestarle. De hecho, fue él quien dio el primer paso y la besó, a escondidas, durante una práctica de piano. Cada vez que Lyra recordaba ese momento, su corazón se aceleraba, pero también, en lo más profundo de su mente, algo le molestaba de aquella situación. Pronto comenzaron un romance no tan secreto con el maestro Rossi, y él era todo lo que ella siempre había soñado: un virtuoso del piano, apasionado por la música y por la vida, desbordante de entusiasmo, y sobre todo, dispuesto a cobijarla bajo su ala. ¿Cómo no iba a enamorarse de él? Siempre tenía algo para enseñarle.

Fue con él que Lyra perdió la virginidad; incluso en sus veintitantos, ella no tenía experiencia. Siempre había sido demasiado tímida, demasiado antisocial, siempre prefiriendo quedarse en casa a tocar el piano que salir a conocer hombres y socializar.

Con el paso de los meses, el maestro Rossi se había convertido en más que su profesor, era su mentor, su guía, su inspiración, su ancla en un mundo de inseguridades. Su amante, el faro que la alejaba de la oscuridad.

El hombre de su vida.

Y sin embargo, desde el año pasado las cosas habían comenzado a cambiar. Lyra intentó negarlo al principio, actuar como si todo estuviera bien, pero con el paso del tiempo era indiscutible que Rossi estaba más distante. Comenzó llegando tarde a sus citas, luego demorando más en responderle, quedando menos con ella.

¿Por qué?, se había preguntado Lyra durante sus angustiosas noches de insomnio. ¿Acaso se había aburrido de ella? ¿Acaso había hecho algo malo?

Cuando tuvo el valor de confrontarlo, él tan solo soltó una risita y le dijo que estaba exagerando, que era demasiado sensible.En un principio Lyra no tuvo más opción que aceptar esa respuesta. Pero a medida que los días pasaban y la distancia entre ellos se volvía más evidente, Lyra luchaba por comprender qué estaba sucediendo. Había dedicado tanto tiempo y energía a su conexión con el maestro Rossi que la idea de perderlo era simplemente insoportable.

Cada excusa y cada evasión de su parte cortaban más profundo en el corazón de Lyra, dejándola preguntándose qué había hecho mal. ¿Acaso había malinterpretado su relación desde el principio? ¿O tal vez el maestro Rossi nunca había sentido lo mismo por ella? Y cuando menos lo esperaba, él regresaba a ser ese hombre apasionado y arrebatador del cual se había enamorado.

Las noches se convirtieron en una tortura de pensamientos y dudas, mientras Lyra luchaba por reconciliar sus sentimientos con la realidad cada vez más dolorosa que enfrentaba. La idea de confrontar al maestro Rossi una vez más la atormentaba, ¿y si lo arruinaba todo creando un drama de la nada?

Lyra alejó los pensamientos de sus problemas y regresó a la belleza de las rosas, al misterio de su admirador anónimo. Prefería pensar en ello aquella noche. Aunque la identidad de su admirador secreto seguía siendo un enigma, Lyra se sentía reconfortada por el simple gesto de cariño. En un mundo lleno de presiones y expectativas, era bueno saber que alguien estaba ahí, observando en las sombras, siempre dispuesto a enviar un rayo de luz en forma de flores.

Decidió que esa noche iba a abandonar el conservatorio con la sensación de felicidad que le habían dejado los aplausos, y no con la amargura del maestro Rossi plantándola una vez más. Más allá de sus problemas amorosos, su carrera estaba despegando. Estaba un pequeño paso más cerca de su sueño de ser una gran concertista.

Tomó un respiro hondo y cogió su bolso y abrigo. Con una sensación de calidez en el corazón, Lyra se despidió de las demás personas del conservatorio y se preparó para regresar a casa. Mientras caminaba por las calles de Roma al anochecer, llevaba abrazado contra su pecho el ramo de rosas, y el eco de los aplausos y el perfume de las rosas aún la envolvían, recordándole el poder y la belleza de la música.

Capítulo dos

Lyra llegó al piso que rentaba y se dio una ducha caliente para relajarse de la tensión del día. Como siempre, tocar en público la dejaba con una sensación de eufórica satisfacción, pero también con un cansancio extremo en sus cada uno de sus músculos. El agua caliente contra su piel desnuda se sintió como una bendición, y Lyra permaneció en la ducha unos largos veinte minutos más de lo necesario. Cerró los ojos y agradeció en secreto que al día siguiente no tenía que trabajar. Ansiaba dormir y relajarse.

Mientras el agua y el jabón acariciaba su cuerpo, encontró que sus pensamientos viraban una vez más hacia su admirador secreto.Lyra se encontraba inmersa en una mezcla de emociones mientras el agua caliente calmaba su cuerpo tenso. A pesar del agotamiento físico que acompañaba a cada actuación, la sensación de haber compartido su música con el mundo siempre la dejaba con una sensación de gratificación única.

Sin embargo, esta noche, su mente no podía evitar volver a su admirador secreto. La presencia constante pero misteriosa de esa persona en su vida había sido una fuente de consuelo y motivación en los momentos de duda y ansiedad. Aunque nunca habían

intercambiado palabras ni gestos más allá de los misteriosos ramos de rosas, la sola idea de su presencia era reconfortante para Lyra.

Mientras se enjabonaba el cuerpo, Lyra se permitió fantasear brevemente sobre quién podría ser su admirador secreto. ¿Era alguien del conservatorio, quizás otro estudiante o incluso un miembro del personal? ¿O tal vez era alguien completamente ajeno a su mundo musical, alguien que simplemente había sido cautivado por su arte?

A medida que los minutos pasaban, Lyra se encontró sonriendo ante la idea de descubrir la identidad de su misterioso admirador. Pero al mismo tiempo, también apreciaba la magia y el misterio que rodeaban su conexión. Tal vez, pensó Lyra mientras apagaba el agua y envolvía una toalla alrededor de su cuerpo, algunas cosas estaban destinadas a permanecer sin resolver, al menos por ahora.

Con un suspiro de satisfacción, Lyra se preparó para relajarse por fin y entregarse a una noche de descanso reparador. Mañana sería otro día, con nuevas oportunidades y desafíos por delante. Y aunque el enigma de su admirador secreto aún la intrigaba, por ahora, estaba contenta de simplemente disfrutar el momento y dejar que el misterio perdurara un poco más.

Antes de acostarse, puso las rosas en agua con cariñoso cuidado y depositó el jarrón en su mesa de noche. Le dio una última mirada a las flores y apagó la luz, preparándose para dormir. Sin embargo, una vez que la oscuridad la envolvió, su mente se encontró invadida por preocupaciones sobre su relación con el maestro Rossi.

Los pensamientos comenzaron a dar vueltas y vueltas dentro de su mente, impidiéndole dormir. Lyra se revolvió inquieta en la cama, sintiendo el peso de sus preocupaciones sobre su relación con el maestro Rossi presionando sobre ella en la oscuridad de la habitación. A pesar de sus esfuerzos por distraerse y dejar de pensar en ello, los pensamientos seguían volviendo una y otra vez,

como una canción pegadiza que no podía quitarse de la cabeza. Se preguntaba qué había salido mal, cómo habían llegado a este punto de distanciamiento y desilusión. Habían compartido tantos momentos especiales juntos, tantas conversaciones íntimas y momentos de conexión profunda. ¿Cómo podía haberse desmoronado todo tan repentinamente?

Lyra se sentía perdida en un mar de confusión y angustia, deseando desesperadamente poder volver atrás el tiempo y arreglar las cosas, o al menos entender qué había salido mal. Pero sabía que no podía seguir fingiendo que todo estaba bien, que necesitaba encontrar respuestas.

Con un suspiro resignado, Lyra se dio cuenta de que no encontraría respuestas esa noche. El insomnio continuó persiguiéndola mientras el reloj marcaba las horas en la penumbra de la habitación. Finalmente, al amanecer, Lyra cayó en un sueño agitado y sin descanso, sabiendo que las preocupaciones y los desafíos aún la esperaban en el nuevo día que se avecinaba.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Lyra se aferró a su teléfono móvil en busca de alguna distracción ante la tormenta de emociones que la invadía. La luz del dispositivo iluminaba débilmente su rostro en la oscuridad de la habitación mientras se sumergía en el abismo de las redes sociales.

Entre las publicaciones habituales, Lyra notó una foto que la dejó helada. Era una imagen de su maestro Rossi, sonriendo con complicidad junto a una joven alumna del conservatorio. La expresión de la chica irradiaba admiración mientras el maestro Rossi la abrazaba con ternura.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lyra mientras sus ojos se clavaban en la fotografía, incapaz de apartar la mirada. Las sospechas que había albergado durante tanto tiempo ahora se materializaban ante ella de la manera más dolorosa.

Reconocía la mirada de esa muchacha:ese admiración mezclada con enamoramiento. La conocía porque ella misma había estado en ese lugar.

Con el corazón acelerado y la mente llena de turbación, el primer instinto de Lyra fue la negación. No, no, seguro aquella era una foto inocente. Un simple recuerdo del concierto de una alumna cercana. nada más. de pronto Lyra sintió la necesidad de sumergirse más profundamente en el abismo de las redes sociales en busca de respuestas. necesitaba encontrar algo que negara sus sospechas, algo que confirmara que aquella no había nada entre aquella alumna y el maestro Rossi, pero en el fondo de su corazón, Lyra temía encontrar más respuestas. Deslizó su dedo por la pantalla de su teléfono, navegando entre fotos y publicaciones aparentemente inocuas, pero cada vez más ansiosa por lo que pudiera descubrir.

Y entonces, como un golpe en el estómago, lo vio.

Una serie de fotos apareció en su feed, capturando momentos íntimos entre el maestro Rossi y una alumna del conservatorio. En las imágenes, se veían abrazados, compartiendo risas y miradas cómplices, y el corazón de Lyra se hundió aún más con cada instantánea que pasaba. En un ejercicio de masoquismo, Lyra ornato descubrió que la muchacha se llamaba Mina, una estudiante de violín de primer año.

El corazón de Lyra se hundió en su pecho mientras el dolor y la incredulidad la inundaban. No podía creer que el hombre en ella confiaba tanto, al que había llegado a amar como a ninguno, pudiera traicionarla de esa manera. Se sentía como si el suelo se desmoronara bajo sus pies, dejándola en un abismo de confusión y desesperación.

Las lágrimas comenzaron a emerger en sus ojos mientras Lyra luchaba por procesar la verdad que tenía frente a ella. Se sentía

traicionada, engañada y profundamente herida. La confianza que había depositado en el maestro Rossi se desvanecía rápidamente, dejándola sintiéndose vulnerable y expuesta.

Con un suspiro tembloroso, Lyra dejó caer el teléfono sobre la cama y cubrió su rostro con las manos, ahogando un sollozo de angustia. Todo lo que había creído sobre su relación con el maestro Rossi se desmoronaba ante sus ojos, dejándola con el corazón destrozado y la mente en caos.

La noche se convirtió en un torbellino de pensamientos y emociones mientras Lyra luchaba por encontrar una salida a su dolor. Sabía que tendría que enfrentar al maestro Rossi y confrontar la verdad, pero en ese momento, todo lo que podía hacer era dejar que las lágrimas fluyeran y permitirse sentir el peso abrumador de su dolor.

La poca estabilidad emocional que tenía en su vida se desmoronaba a su alrededor, dejándola sola en la oscuridad de la habitación con el peso abrumador de la traición sobre sus hombros.

En ese momento, Lyra se sintió perdida y vulnerable, sin saber hacia dónde dirigirse o qué hacer a continuación. La realidad de la situación la golpeaba con fuerza, y se encontraba enfrentando una verdad dolorosa que preferiría no haber descubierto.

Con el corazón roto y la mente en caos, Lyra se sumergió en un mar de emociones tumultuosas, incapaz de escapar del dolor y la angustia que la consumían. Y en la quietud de la noche, se encontró sola con sus pensamientos y el doloroso conocimiento de que el hombre en quien confiaba la había traicionado.

Con un suspiro resignado, Lyra se dio cuenta de que aquello era

lógico:mirando a aquella muchacha,Mina, con su preciosa sonrisa vibrante y su cascada de cabello rubio, era obvio que Rossi la hubiera elegido. De seguro no solo era una violinista talentosa con un brillante futuro por delante, sino una de esas personas que iluminaba la habitación al entrar. Era hermosa, carismática,extrovertida y popular. Cualquier hombre, y especialmente uno tan talentoso y admirado como el maestro Rossi, elegiría a una muchacha así por sobre Lyra. Recordando sus fotos juntos, era más que obvio que Rossi hacía mejor pareja con Mina que con ella. Simplemente parecían hechos el uno para el otro.

El insomnio continuó persiguiéndola mientras el reloj marcaba las horas en la penumbra de la habitación. De pronto, ella giró en la cama y su vista se topó con las rosas en su mesa de noche. La oscuridad les otorgaba un hermoso tono azulado, casi azabache, y el perfume acarició su nariz, regalándole un momento de solaz en medio de la angustia. A pesar de que tenía los ojos ardidos y las mejillas húmedas por las lágrimas, se encontró sonriendo mientras admiraba las rosas, pues le recordaban a su misterioso admirador secreto. No pudo evitar comenzar a pensar en él. Entre la oscuridad de la habitación, las rosas emitían un aura mística, bañadas por la luz de la luna filtrándose por la ventana. Lyra se encontró hipnotizada por su belleza, una belleza que contrastaba dolorosamente con el tormento emocional que la consumía.

El perfume suave de las rosas llenó la habitación, envolviendo a Lyra en una sensación de calma y consuelo. Por un momento, sus pensamientos se apartaron del dolor y la traición, y se permitió sumergirse en la fantasía de su admirador secreto.

Imaginó a un hombre enigmático y apasionado, alguien que la observaba en la oscuridad, admirando su talento y su belleza con admiración silenciosa. Se preguntó cómo sería su voz, cómo serían sus ojos, qué secretos guardaría en el fondo de su alma.

La idea de su admirador secreto le brindó un rayo de esperanza en medio de la desesperación. Aunque el mundo a su alrededor parecía desmoronarse, la idea de que alguien, en algún lugar, la apreciaba y la valoraba era reconfortante.

Con una sonrisa en los labios y un brillo de curiosidad en los ojos, Lyra se permitió soñar despierta un poco más antes de finalmente cerrar los ojos y entregarse al sueño. Aunque el dolor y la confusión seguían presentes, por un momento, las rosas y su misterioso admirador secreto la transportaron a un lugar de calma y belleza, donde la esperanza aún brillaba en la oscuridad.

Capítulo tres

Aquel domingo, Lyra durmió hasta el mediodía. Sin embargo, despertó agotada física y mentalmente, como si no hubiera descansado en lo absoluto. Se despertó en la penumbra de su habitación, el sol del mediodía filtrándose débilmente a través de las cortinas entreabiertas. A pesar de haber dormido hasta tarde, se sentía más cansada que nunca, como si el peso de todas sus preocupaciones la hubiera seguido hasta sus sueños.

Con un suspiro pesado, se levantó de la cama y se vistió lentamente, como si cada movimiento requiriera un esfuerzo sobrehumano. El insomnio y la angustia de la noche anterior aún la perseguían, dejándola con una sensación de vacío y desolación en el pecho.

Después de un desayuno sin apetito,Lyra aseó y ordenó un poco su apartamento, un intento vano de mantenerse ocupada para no pensar en la traición de Rossi. La hora del almuerzo se acercaba, así como crecían las mariposas en su estómago.

Se dio una ducha y salió del baño secándose el cabello con una toalla. las rosas en su mesa de noche le llamaron la atención una vez más. Lyra se sentó en la cama y se permitió unos instantes de silencio para admirar su belleza. Eran hermosas, y en esa belleza

ella encontró la fuerza y la determinación que necesitaba.

Iba a confrontar a Rossi. No iba a seguir fingiendo que todo estaba bien entre ellos. No iba a pretender que no había visto las fotos con Mina.

Por supuesto, tan solo pensar en la confrontación hizo que una oleada de miedos e inseguridades la invadiera. ¿Y si Rossi se enojaba con ella? Pero aún ¿y si la abandonaba? ¿Podía darse el lujo de perder al único hombre que la había amado? Y sobre todo, un hombre como Mario Rossi. Ella había tenido la enorme fortuna de que un virtuoso de la música,inteligente y desbordante de talento y pasión, se fijara en ella. Y oportunidades así no llegan dos veces en la vida. ¿Realmente era conveniente, para una mujer tímida e insípida como ella,que estaba cada vez más cerca de los treinta y sola en una tierra extranjera, arriesgarse a perder a un hombre así?

Admirando el profundo carmesí de los pétalos, una valentía inusual en ella la invadió. Sí, iba a hacerlo. No importaban las consecuencias. No podía, ni quería, seguir viviendo con esa angustia en su pecho.

A pesar de su agotamiento, Lyra sabía que había llegado el momento de enfrentar la verdad. Había decidido confrontar al maestro Rossi y poner fin a la incertidumbre que había estado consumiendo su mente y su corazón desde que descubrió su traición.

La hora del almuerzo se acercaba, y Lyra se arregló con cuidado, eligiendo una blusa sencilla pero elegante y pantalones oscuros. Se miró en el espejo con determinación, dispuesta a enfrentar lo que fuera que estuviera por venir.

Finalmente, llegó el momento de salir de su apartamento y dirigirse al lugar acordado para encontrarse con el maestro Rossi.

El restaurante estaba a solo unos pasos de distancia, pero el camino parecía interminable mientras Lyra luchaba contra sus propios pensamientos tumultuosos.

Al entrar en el restaurante, Lyra buscó con la mirada a Rossi y lo encontró sentado en una mesa apartada en la esquina. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras se acercaba a él, cada paso más difícil que el anterior. Aun con los recuerdos de aquellas fotografías junto a Mina, ella no pudo evitar reconocer lo atractivo que era su maestro, lo magnética que era su pasión por la música, su generosidad para transmitir sus conocimientos, y el apoyo incondicional que le brindaba a sus alumnos. Lyra tomó un respiro hondo, y alejó esos pensamientos que gritaban que él era demasiado para ella, que mejor no perderlo.

Cuando finalmente llegó a su mesa, Rossi se levantó para recibirla con una sonrisa cálida, pero Lyra no pudo devolverle el gesto. La traición y el dolor aún quemaban en su interior, y sabía que no podía seguir fingiendo que todo estaba bien.
—Me he tomado la libertad de ordenar —dijo él, y sus ojos regresaron al móvil entre sus dedos. Lyra se escuchó a sí misma tocar el piano desde el teléfono—. Estoy viendo tu concierto de ayer. Estabas un poco tiesa.

—Sabes que las presentaciones en público no son lo mío —respondió Lyra, y bebió un sorbo de agua para calmar sus nervios.

—Lo sé, pero es vital para un músico superar ese miedo.—Una breve mirada y regresó la vista a la pantalla del móvil—. Mendelssohn —suspiró con resignación—. ¿Por qué lo elegiste? te dije que tocaras Brahms.

—Pues sentí deseos de tocar Mendelssoh anoche. Sabes que es mi favorito.

Y también es el favorito de mi admirador secreto, se dijo así misma. Podía sentir un horrible hormigueo de ansiedad en la boca

del estómago.

Otra mirada de desaprobación de Rossi, y el hombre finalmente dejó el teléfono sobre la mesa.

—Lyra, ¿cuántas veces debo decírtelo? Debes dejar tus sentimientos de lado si quieres triunfar. Brahms era una buena elección, Mendelssohn no.
—Al público le gustó el concierto de anoche.

—Pues pudo haber estado mejor.¿Desde cuándo no me haces caso?

—¿Desde cuándo dejar los sentimientos de lado ayuda a crear buen arte?

Lyra se encontró apretando los dientes: sabía que esta discusión no era sobre Mendelssohn y Brahms.

Mario Rossi sacudió la cabeza.

—Lyra, Lyra, Lyra…¡yo solo quiero ayudarte a crecer! ¿Y así me pagas, enojándote por una nimiedad? Sabes que quiero lo mejor para ti.

Por algún motivo, esas palabras, acompañadas de ese tono tan condescendiente, fueron la gota que rebalsó el vaso. De pronto,Llyra sintió que alguien le había quitado la venda de los ojos: el tono de voz de Mario Rossi, que ella siempre había considerado reconfortante, ahora sonaba pasivo agresivo. ¿Acaso siempre le había hablado así y ella no se había dado cuenta? De todos modos, sintió una furia caldeando en su interior. Una furia que no podía contener más en su interior.

—Rossi— dijo Lyra con voz temblorosa, luchando por mantener la compostura. —¿Quién es Mina?

Los ojos de Rossi se oscurecieron ligeramente al oír ese nombre y al captar la seriedad en la voz de Lyra. Durante unos momentos permaneció petrificado, y luego asintió con solemnidad.

—¿Mina? No me suena ese nombre —dijo él con un gesto de preocupación en su rostro—. Creo que es una alumna de primer año…¿Por qué, qué sucede?

Lyra inhaló profundamente, reuniendo todo su coraje antes de enfrentar a Rossi con la verdad que había estado evitando. Le sostuvo la mirada a Rossi con determinación, sintiendo el peso de su propia valentía mientras se preparaba para pronunciar las palabras que habían estado atormentándola desde que descubrió la traición.Y al mismo tiempo, no podía creer lo malo que era él mintiendo; cada gesto, cada palabra, le parecían patéticos.

—Lo sé, Mario. Sé quién es Mina —dijo Lyra con firmeza, su voz ganando valentía con cada sílaba—. He visto las fotos, he visto cómo la abrazas, cómo sonríen juntos. No puedes negarlo más.

Los ojos de Rossi se ensombrecieron aún más ante la acusación directa de Lyra.
—Creí que tú no usabas redes —murmuró él, y luego sacudió la cabeza de nuevo con seguridad—. Ya entiendo lo que está ocurriendo: no puedes tolerar una crítica. Sabes que has actuado mal en el concierto de anoche y en lugar de admitir tu error, te desquitas conmigo, con acusaciones infantiles.

Ahora la rabia ardía en el estómago de Lyra. Incapaz de pronunciar palabra, sacó el móvil de su bolso, buscó una de las fotos y lanzó el aparato sobre la mesa con violencia.

—No intentes negarlo, Rossi. Las fotos hablan por sí mismas. —Las palabras de Lyra salieron con una mezcla de dolor y furia contenida, su corazón hecho añicos ante la realidad que se desplegaba frente a ella—. ¿Abrazas de esa manera a tus alumnos

varones también? ¿Sales a cenar con ellos después de clases y se sacan fotos sonrientes en restaurantes caros?

Durante un breve instante, él pareció luchar por encontrar las palabras adecuadas, pero finalmente sus hombros cayeron en una resignación silenciosa.

—Lyra, escúchame —intentó comenzar Rossi, pero Lyra lo interrumpió con un gesto de incredulidad.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Yo confiaba en ti…

Rossi bajó la mirada, incapaz de enfrentar el dolor y la decepción en los ojos de Lyra. Durante un momento, reinó el silencio tenso entre ellos, solo interrumpido por el sonido amortiguado de los murmullos de los otros comensales en el restaurante. Finalmente, Rossi levantó la mirada para encontrarse con la mirada desafiante de Lyra.

—Lyra, lo siento. No fue mi intención hacerte daño. Te aprecio más de lo que puedes imaginar, pero nunca dijimos ser exclusivos.

Las palabras de Rossi resonaron en el aire, pero Lyra no pudo evitar sentir un nudo en el estómago al escucharlas.

—¡No me vengas con esa mierda! Nunca dijimos ser una pareja abierta tampoco…Sabes que no veo a otros hombres.

—No aprecio que digas vulgaridades. Mira, Lyra, un hombre como yo…no puedes esperar que este con una mujer sola. Debiste saberlo al conocerme. Además, tú eres tan culpable de esto como yo.

—¿Así que tú me pones los cuernos pero la culpable soy yo? —Lyra se percibió levantando la voz, la gente de las otras mesas mirando incómodos.

—¿Ves? Ya ves como te comportas…¿qué hombre querría estar con una mujer así? Cuando te conocí eras diferente: tan abierta a escuchar, a aprender…La fama se te ha subido a la cabeza, ya ni siquiera escuchas mis consejos. Quieres hacer lo que se te ocurre en lugar de escuchar la voz de la experiencia. Mina no es así; ella está dispuesta a aprender.

El nudo de rabia se ajustó más duro en la garganta de Lyra. Pero no iba a quedarse callada.

—Dispuesta a obedecer, querrás decir. —Soltó una carcajada amarga aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Ya lo comprendo: no puedo creer lo ciega que he estado todos estos años. No eres más que un depredador. Tus presas son jovencitas becarias que llegan aquí solas y vulnerables. Apuesto a que Mina es extranjera, ¿no?

—Es búlgara.

Lyra asintió.

—Claro, las endulzas con tus lecciones de música, con tu apoyo incondicional. Te conviertes en el bastión de sus vidas: el salvador que no solo impulsará sus carreras sino que les brindará amor verdadero. Hasta que te aburres de ellas: hasta que las jovencitas llegan a los treinta, hasta que adquieren algo de experiencia en el mundo, desarrollan amor propio y logran ver a través de tus mentiras patéticas. Por suerte para ti allí aparece otra nueva alumna, más fresca, más joven, una que no conoce tus técnicas. Y allí es cuando desechas a la vieja, ¿me equivoco?

Cuando terminó de hablar, Rossi estaba boquiabierto. ella tampoco comprendía que impulso se había apoderado de ella, quien le había otorgado la valentía para confrontarlo así. Pero le gustaba. Incluso rodeada del dolor de la situación, se sentía poderosa.

—No puedo creer los pensamientos retorcidos que tienes —

exclamó Rossi, ofendido.

Ella no dijo más. Sabía que no había vuelta atrás, que su relación con Rossi había llegado a su fin de una manera dolorosa y desgarradora. Con el corazón roto pero la cabeza en alto, Lyra se levantó de la mesa y se alejó, dejando atrás al hombre que una vez había significado tanto para ella.

Mientras se alejaba del restaurante, podía oírlo decir que su carrera estaba acabada, pero lo ignoró. Tampoco quiso confrontarlo más, estaba agotada.Agotada pero por algún motivo, libre. Con cada paso que la alejaba de Rossi, Lyra experimentaba una libertad que nunca había sentido antes.

Ahora, solo le quedaba seguir adelante y encontrar la fuerza para sanar las heridas que había dejado atrás. No sentía deseos de regresar a casa, así que pasó la tarde deambulando por Roma. También deambulaban sus pensamientos, oscilando entre la eufórica libertad por haberse enfrentado a Rossi, con el miedo y la incertidumbre. ¿Qué ocurriría ahora? Estaba completamente sola: casi no tenía amigos. Por supuesto, intercambiaba alguna que otra palabra con otras alumnas del conservatorio, pero no tenía ninguna amiga verdadera. Su único vínculo profundo desde que había llegado a Italia había sido Mario Rossi. Y ni hablar de su familia; por algo ella hizo todo lo posible por escapar de su país de origen.

Otra punzada de miedo la atacó:¿qué iba a hacer ahora? No era ciudadana italiana, ¿y si Rossi para vengarse saboteaba su beca? No le importaba perderlo, pero no podía perder su sueño. No podía perder la música.

Caminó y caminó por las calles de Roma, rememorando cuando recién llegó como becaria.
Mientras caminaba por las históricas calles de Roma, Lyra se encontraba inmersa en una vorágine de pensamientos y emociones. Recordaba vívidamente el día en que llegó a Italia como becaria, con sueños de grandeza y esperanza en el corazón.

Ahora, se encontraba en una encrucijada, enfrentando un futuro incierto y desconcertante.

El bullicio de la ciudad la rodeaba, pero Lyra se sentía más sola que nunca. Se dio cuenta de cuánto dependía de Rossi, tanto profesional como emocionalmente, y se lamentó por haber puesto toda su confianza en él. Se lamentó por haber sido tan débil y tonta en el pasado. Pero también sabía que debía encontrar la fuerza dentro de sí misma para seguir adelante, incluso en los momentos más oscuros.

A medida que paseaba por las calles adoquinadas, Lyra se encontró recordando los momentos felices que había experimentado en Roma: las tardes en los cafés, los paseos por los jardines, las conversaciones con sus compañeros de conservatorio. Aunque no tenía amigos cercanos, había encontrado consuelo en la belleza de la ciudad y en la pasión por la música que compartía con aquellos a su alrededor. Y las rosas…las rosas de su admirador secreto. Por algún motivo, ese misterio encendía una chispa que la entusiasmaba y le daba fuerzas para seguir adelante.

Decidió que no permitiría que el miedo y la incertidumbre la paralizaran. A pesar de los desafíos que enfrentaba, estaba decidida a seguir persiguiendo su sueño de la música, sin importar lo que el futuro le deparara. Sabía que el camino sería difícil, pero estaba dispuesta a enfrentarlo con valentía y determinación.

Con cada paso que daba, Lyra se sentía más fortalecida, más segura de sí misma. Roma la rodeaba con su eterna belleza y su espíritu indomable, recordándole que, aunque pudiera sentirse sola en ese momento, nunca estaba realmente sola mientras tuviera la música en su corazón y el coraje en su alma.

Decidió que, pase lo que pase, seguiría adelante con esperanza y determinación, lista para enfrentar lo que el destino le deparara. Porque, en última instancia, sabía que su pasión por la música la llevaría hacia adelante, iluminando el camino en la oscuridad y

guiándola hacia un futuro lleno de posibilidades y promesas.

Ya había anochecido y Lyra no quería regresar a casa. Sabía que la esperaba un piso vacío, y no deseaba estar sola en aquel momento. En su interior, deseó ser tan extrovertida y popular como otras chicas. En ese caso,ahora tendría alguien que la consolara, que la acompañara en este momento difícil.

Pero tenía la música; la música siempre sería su compañera incondicional. Y en ese mismo instante decidió que necesitaba la compañía de su fiel amiga: su piano.

Con determinación en su paso, Lyra se dirigió hacia el conservatorio, con la esperanza de encontrar el auditorio abierto y desocupado. Al llegar, se encontró con las puertas entreabiertas, como si el edificio estuviera esperando su llegada. Con un corazón latiendo de emoción, Lyra entró al auditorio y se encontró con la majestuosidad del escenario vacío frente a ella. Las luces tenues iluminaban el espacio, creando una atmósfera serena y acogedora. Era palpable el contraste entre la sala llena de su concierto de anoche, y lo vacía que estaba ahora. El vacío le resultaba seguro, acogedor, íntimo.

Mientras caminaba hacia el escenario, no pudo evitar mirar hacia el palco. Una parte de ella ansiaba ver la figura en sombras de su admirador secreto. Lo necesitaba, especialmente en aquel momento. Necesitaba su apoyo silencioso más que nunca. Pero el palco estaba tan vacío como el resto de sus asientos, y Lyra regresó la vista al piano.

Sin perder tiempo, Lyra se dirigió hacia el piano de cola en el escenario, sintiendo una oleada de familiaridad y confort al sentarse frente a las teclas relucientes. Cerró los ojos y dejó que sus dedos se deslizaran sobre las teclas, dejando que la música fluyera libremente desde su corazón.

Mendelssohn, por supuesto. Esa fue la melodía que brotó salvaje

de sus dedos.Cada nota era un susurro de emoción, una expresión de todo lo que no podía poner en palabras. Sabía que, pase lo que pase, siempre tendría la música como su refugio en tiempos difíciles, y que el auditorio vacío del conservatorio siempre estaría allí para recibirla con los brazos abiertos cuando necesitara consuelo e inspiración.

Se dejó ir por completo. Durante horas, Lyra tocó sin descanso, permitiendo que la música llenara el auditorio con su belleza y su pasión.

A medida que la noche se desvanecía en la madrugada, Lyra se encontró inmersa en un estado de pura euforia musical. El auditorio vacío se convirtió en su propio pequeño mundo, donde podía perderse en la música y dejar atrás todas sus preocupaciones y temores.

Cuando finalmente se detuvo, se encontró jadeante y arrebolada, como siempre que la música se apoderaba de ella y la conducía al mismísimo éxtasis. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y su corazón galopaba duro contra sus costillas. Solo su aliento entrecortado reverberaba entre las paredes del auditorio, como el golpe de un tambor. Pero al mismo tiempo, su instinto le advirtió que no estaba sola.

De pronto, un aplauso solitario reverberó en las paredes del auditorio. Aquellas manos sonaban fuertes y poderosas, como un tambor retumbando en la oscuridad. Lyra sintió que su corazón galopaba al mismo ritmo que aquel aplauso misterioso. Sin levantarse dle piano, giró el cuello hacia la audiencia. Entre las penumbras, pudo distinguir que una figura avanzaba hacia ella. Era un hombre alto, el mismo que no dejaba de aplaudir mientras se acercaba Lyra sintió que su pulso se aceleró, pero se quedó inmovil en el taburete.

La figura se acercaba con pasos sigilosos, casi gatunos, y a medida que se alejaba de la oscuridad, las luces del auditorio revelaron un

hombre alto, delgado pero con hombros anchos, vestido con un magnifico traje negro hecho a medida que remarcaba el triangulo invertido de su torso, asi como su imponente altura.

Lyra observó al misterioso hombre acercarse con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Su presencia imponente llenaba el espacio del auditorio, y cada paso resonaba en el silencio como un eco de poder.

Cuando finalmente estuvo lo suficientemente cerca, Lyra pudo distinguir los rasgos de su rostro: una mandíbula marcada, ojos profundos y penetrantes que la miraban con intensidad, y una sonrisa enigmática que jugaba en sus labios. Sus ojos eran de un café profundo, casi negros, y su cabello prolijamente cortado era tan azabache como sus tupidas cejas que enmarcaban una mirada penetrante. Lyra sintió un escalofrío, era el hombre más atractivo que había visto en su vida.

—Bravo, bravo —dijo el hombre con voz profunda y resonante, su aplauso cesando mientras se detenía frente a Lyra. Su mirada la recorrió de arriba abajo con interés evidente, como si estuviera evaluando cada parte de ella.

Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda ante la intensidad de su mirada, pero se obligó a mantener la compostura. No podía dejar que su nerviosismo la dominara en presencia de este hombre desconocido.

—Gracias —respondió Lyra, su voz apenas un susurro mientras se esforzaba por mantener la calma—. ¿Quién es usted?

El hombre inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera considerando su pregunta antes de responder.

—¿No te han gustado las rosas? —dijo él, su tono de voz resonando en el auditorio—. Y debo decir que tu actuación esta

noche ha sido simplemente extraordinaria, Lyra.

Lyra se sorprendió al escuchar esas palabras en los labios del hombre desconocido. La intriga y la curiosidad se mezclaron en su interior, mientras trataba de descifrar el enigma que era aquel hombre.

—¿Mi admirador secreto? —preguntó Lyra, su voz temblando ligeramente mientras enfrentaba al misterioso hombre.

Él simplemente sonrió, una sonrisa enigmática que no llegaba a sus ojos.

—Digamos que tengo una manera de conocer a aquellos que tienen talento excepcional —respondió él, su voz envuelta en un halo de misterio—. Y tú, Lyra, tienes un talento que trasciende lo ordinario. Estoy intrigado contigo.

Lyra sintió un nudo en el estómago mientras el desconocido la miraba fijamente. No sabía qué pensar de este hombre misterioso, pero algo en su mirada la hizo sentir vulnerable y expuesta. Sin embargo, también sintió una chispa de emoción en su interior. ¿Podría ser este encuentro el comienzo de algo nuevo y emocionante en su vida?

Se perdió en aquella mirada dominante, y una ensoñación se apoderó de ella durante unos instantes. Nunca antes había experimentado algo así, la asustaron las sensaciones que aquel hombre le despertaba. De pronto, una punzada de miedo la atacó. Había algo intimidante en la presencia de aquel hombre. Ahora todo lo romántico y tentador sobre tener un admirador secreto se había convertido en algo aterrador.

—¿Cómo ha entrado aquí? —dijo ella con la voz temblorosa.

—Digamos que tengo mis contactos —dijo con una media sonrisa, entre seductora y amenazante. Dio un paso hacia Lyra y ella se

sintió acechada por un depredador—. Poca gente me dice que no.

Lyra retrocedió, asustada. En aquel momento, solo deseaba huir.

—No tengas miedo —dijo él, como si pudiera leerle la mente—. No te haré daño. Solo quiero tener una conversación contigo.

Pero el instinto de Lyra fue huir. Con la adrenalina palpitando duro dentro de su organismo, ella bajó del escenario de un salto y emprendió carrera hacia la salida. Lyra corrió por el pasillo del conservatorio, sintiendo el latido frenético de su corazón resonar en sus oídos mientras escapaba de la presencia amenazante de ese hombre. O tal vez huía de esas sobrecogedoras sensaciones nuevas que él le había despertado con tan solo una mirada. Cada paso que daba la acercaba un poco más a la seguridad, pero el miedo aún la perseguía, como una sombra oscura acechando en las profundidades de su mente.

Mientras corría, Lyra se preguntaba cómo había llegado aquel hombre misterioso al auditorio, y qué quería de ella. Claramente pertenecía a la mafia; su apariencia, su traje carísimo, su explicación de que "*tenía contactos y nadie le decía que no*". Lyra había oído los rumores de que las autoridades del conservatorio tenían contactos estrechos con la cossa nostra, pero nunca los había creído. Hasta ahora. Su mente estaba llena de preguntas sin respuesta, y el temor la envolvía como una niebla densa y opresiva.

Finalmente, llegó a la salida del conservatorio y salió a la noche oscura, sintiendo el aire fresco en su rostro y el alivio inundar su ser. Se detuvo unos momentos para recuperar el aliento, con el corazón aún latiendo desbocado en su pecho.

Miró hacia atrás, pero el auditorio estaba oscuro y silencioso, como si nada hubiera ocurrido allí. Sin embargo, sabía que el encuentro con ese hombre no había sido una ilusión. Había algo en él, algo que la había hecho sentir vulnerable y temerosa.

Decidió que no podía quedarse allí parada, atemorizada por lo que acababa de suceder. Con determinación en su corazón, Lyra se alejó del conservatorio y se dirigió hacia su hogar, decidida a dejar aquel encuentro perturbador atrás y concentrarse en seguir adelante con su vida. Buscó el móvil en su bolso; sus manos aún temblaban. Miró hacia atrás sin detenerse mientras marcaba el número de la policía. Nadie parecía seguirla.

Aunque el miedo aún la acechaba en las sombras de su mente, Lyra sabía que debía encontrar la fuerza para superarlo. No podía permitir que el temor la paralizara, no cuando había tanto en juego. Con cada paso que daba, se repetía a sí misma que era una luchadora, una superviviente, y que no dejaría que nada ni nadie la detuviera en su camino hacia sus sueños.

El teléfono sonó dos veces, y luego alguien se lo arrebató de las manos. Fue tan rápido que Lyra ni siquiera lo vio acercarse. Quiso echar a correr una vez más sin embargo, sintió un escalofrío recorrer su espalda cuando una figura emergió de entre las sombras y se abalanzó sobre ella. Antes de que pudiera reaccionar, una mano fuerte le tapó la boca y otra le sujetó con fuerza los brazos, impidiéndole moverse.

—No grites, no hagas ningún ruido —susurró una voz ronca y amenazadora en su oído. Definitivamente no era la misma del hombre en el auditorio—. Si cooperas, nadie te hará daño

Lyra luchó por liberarse, pero la fuerza de su captor era abrumadora. Intentó gritar, pero su voz estaba ahogada por la mano que le tapaba la boca. El pánico se apoderó de ella mientras era arrastrada hacia un auto de lujo que emergió de la oscuridad a toda velocidad.Una vez adentro, la dejaron caer en el asiento trasero y el vehículo se puso en marcha. tanto los vidrios de las ventanillas como los que separaban con el asiento del conductor eran opacos; Lyra no podía ver a dónde la llevaban ni quien estaba conduciendo. Llena de rabia y frustración, pateó el vidrio, pero fue

inutil.

El miedo se apoderó de Lyra mientras era llevada a algún lugar desconocido, preguntándose qué le esperaba y si alguna vez volvería a ver la luz del día. Intentó recordar todo lo que sabía sobre defensa personal, pero el terror la paralizaba, impidiéndole pensar con claridad.

Finalmente, un mareo se apoderó de ella. Lyra sintió que todos sus músculos se debilitaban de golpe y que la vista se le oscurecía. Lyra luchó por mantenerse consciente mientras el mareo se apoderaba de ella. Cada vez le costaba más respirar, y una sensación de desesperación la invadió mientras se daba cuenta de que estaba perdiendo el conocimiento. Cada vez se sumergía más en la oscuridad, sintiendo que se alejaba de la realidad y que su mundo se desvanecía a su alrededor.

Y entonces, en un último suspiro de conciencia, Lyra pensó en todas las cosas que había dejado atrás: su música, sus sueños, su vida. Se aferró a la esperanza de que algún día volvería a estar en libertad, de que encontraría una forma de escapar de este infierno y recuperar todo lo que le habían arrebatado.

Pero por ahora, mientras la oscuridad la envolvía por completo, Lyra se dejó llevar, sin saber qué le depararía el futuro ni si alguna vez volvería a despertar de aquella terrible pesadilla en la que se había convertido su realidad.

Capítulo cuatro

La despertaron unos suaves rayos de sol acariciando sus párpados cerrados con una reconfortante luz anaranjada. Desperezó sus músculos, los cuales se sentían relajados y descansados, y se encontró sobre un colchón demasiado mullido para ser el suyo, y envuelta con delicadas sábanas. Estaba descalza, pero todavía tenía la ropa puesta, la misma blusa y pantalón que había elegido para almorzar con Mario Rossi. Aquella escena ahora parecía tan lejana…y ella se sintió tan inocente al recordar que escasa horas atrás, la traición y posterior ruptura con Rossi le había parecido el peor momento de su vida.

Lyra abrió los ojos con cautela, parpadeando ante la suave luz de la mañana que se filtraba a través de las cortinas blancas. Ella se descubrió en una habitación decorada con un estilo clásico italiano, con muebles de madera oscura y suelos de baldosas pulidas. Era un dormitorio precioso, y todo para ella.Pero, ¿por qué? Estudió mejor sus alrededores, intentando descubrir alguna pista sobre dónde se encontraba, pero al mismo tiempo, la majestuosidad del lugar la sobrecogió. Lyra se encontraba en una habitación amplia y luminosa, con paredes pintadas de un suave tono crema que contrastaba con el oscuro brillo de los muebles de madera noble. Una cama grande y mullida ocupaba el centro de la habitación, cubierta por sábanas blancas que invitaban al descanso. Encima de la cama, un dosel de encaje blanco añadía un toque de elegancia y romanticismo al espacio.

A ambos lados de la cama, mesitas de noche de estilo clásico sostenían lámparas de cristal que arrojaban una luz tenue y reconfortante. Sobre una de las mesitas, un ramo de flores frescas añadía un toque de color y fragancia al ambiente, mientras que sobre la otra, un reloj de pared marcaba las horas con precisión.

Frente a la cama, una ventana grande se abría hacia el exterior, permitiendo que la luz del sol inundara la habitación y ofreciendo una vista impresionante de los alrededores. Los viñedos se

extendían en terrazas escalonadas hasta llegar al mar, donde las olas rompían suavemente contra la costa, creando una melodía relajante que llenaba el aire. El aire fresco del mar entraba por la ventana entreabierta, trayendo consigo el suave murmullo de las olas.

Lyra se incorporó lentamente en la cama, todavía aturdida por lo que parecía ser un sueño. Pero a medida que se aclaraba, se dio cuenta de que estaba despierta. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, abriéndola por completo para dejar entrar más luz y aire fresco. Se encontraba en una villa italiana, rodeada por viñedos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Más allá, el resplandor del sol reflejaba en el mar, creando destellos dorados en la superficie serena. Más allá del mar, el horizonte se perdía en un degradado de tonos azules y dorados, donde el sol comenzaba a elevarse en el cielo y pintaba el paisaje con tonalidades cálidas y vibrantes. El brillo del sol sobre el mar creaba destellos dorados que se reflejaban en la superficie serena, añadiendo un toque de magia a la escena.

Lyra se quedó boquiabierta ante la belleza de aquel lugar, preguntándose cómo había llegado allí y quién la había traído. Claramente su admirador secreto…pero, ¿por qué? ¿Quien secuestraba a una mujer para llevarla a una villa paradisiaca como aquella? Y, ¿por qué no le habían atado ni las manos ni las piernas? Tampoco había ningún guardia vigilándola, y su bolso estaba intacto sobre la mesa de noche. ¿Qué clase de secuestro era aquel?

El oleaje rugió a la distancia, distrayéndola de sus preocupaciones. Más allá de la gravedad y la incertidumbre de su situación, Lyra no podía dejar de sentirse maravillada ante la belleza de aquel paisaje, sintiendo una irónica sensación de paz y asombro al contemplar la magnificencia de la naturaleza. Algo le decía que estaba a salvo, que todo estaría bien.

Lyra se dejó envolver por la tranquilidad del momento, dejando de lado momentáneamente las preguntas que bullían en su mente. Se acercó más a la ventana, sintiendo la brisa marina acariciar su rostro y juguetear con sus cabellos.

A lo lejos, las olas rompían suavemente contra la costa, creando una melodía hipnótica que parecía susurrarle palabras de consuelo. La belleza del paisaje la llenaba de una sensación de paz y serenidad, como si estuviera en un lugar apartado del mundo, lejos de todo peligro y preocupación.

A pesar de las circunstancias desconcertantes en las que se encontraba, Lyra no pudo evitar sentir una extraña conexión con aquel lugar. Era como si el paisaje mismo la acogiera y le ofreciera un refugio seguro en medio de la incertidumbre.

Lyra se dejó envolver por la tranquilidad del momento, dejando de lado momentáneamente las preguntas que bullían en su mente. Se acercó más a la ventana, sintiendo la brisa marina acariciar su rostro y juguetear con sus cabellos.

A lo lejos, las olas rompían suavemente contra la costa, creando una melodía hipnótica que parecía susurrarle palabras de consuelo. La belleza del paisaje la llenaba de una sensación de paz y serenidad, como si estuviera en un lugar apartado del mundo, lejos de todo peligro y preocupación.

A pesar de las circunstancias desconcertantes en las que se encontraba, Lyra no pudo evitar sentir una extraña conexión con aquel lugar. Era como si el paisaje mismo la acogiera y le ofreciera un refugio seguro en medio de la incertidumbre.

Decidió aprovechar aquel momento de calma para reflexionar sobre su situación y tratar de encontrar un escape de aquella prisión de oro. Regresó hacia la cama y buscó en su bolso. La alivió encontrar su móvil, aunque no dejaba de preguntarse porqué un secuestrador le permitía conservar su teléfono a su víctima. No importaba eso ahora. Lyra se apuró a marcar el número de la policía, sólo para decepcionarse al descubrir que su móvil no tenía recepción en aquella zona.

¿Tan lejos estaba de Roma? Su corazón estaba palpitando con miedo una vez más cuando alguien golpeó a la puerta y entró sin esperar su permiso.

El corazón de Lyra dio un vuelco al escuchar el golpe en la puerta, y se quedó inmóvil, con el móvil en la mano y los ojos clavados en la entrada de la habitación. Un escalofrío recorrió su espalda cuando la puerta se abrió y entró una figura alta y elegante. En lo más recóndito de su corazón, Lyra deseaba volver a ver a su admirador secreto, pero en su lugar entró un hombre diferente. Lyra lo observó con cautela, preguntándose qué nuevas sorpresas le depararía aquel extraño encuentro. No estaba segura del todo, pero sospechaba que ese era uno de los hombres que la había perseguido afuera del auditorio, uno de los que la había llevado hasta esta villa. Pero, ¿por órdenes de quien?

El hombre se detuvo frente a ella, con una sonrisa enigmática en el rostro.

—Me alegra ver que esté despierta —dijo con voz suave, pero llena de autoridad—. El señor DeLuca desea que haya disfrutado de tu descanso.

Lyra lo miró con desconfianza, preguntándose cuál era el verdadero motivo de su presencia allí.

—¿DeLuca? —preguntó, tratando de mantener la calma a pesar de la creciente ansiedad que sentía en su interior—.¿Quién eres?

El hombre le dedicó una mirada penetrante antes de responder.

—Mi nombre es Aleesandro. Y estoy aquí para asegurarme de que las órdenes del señor DeLuca se cumplan, de que su estancia aquí sea placentera.

Lyra frunció el ceño, sin entender completamente lo que él quería decir.

—¿Estancia? ¿Qué estás insinuando? —preguntó, con un dejo de incredulidad en su voz.

Alessandro le dedicó una sonrisa enigmática y se acercó un poco más, como si estuviera a punto de revelar un gran secreto.

—El señor DeLuca la espera abajo.

La confusión de Lyra se intensificó ante aquellas palabras. ¿Qué tipo de oportunidad podía ofrecerle alguien que la había secuestrado y la había llevado hasta esta villa remota?

—No entiendo —murmuró, sintiendo que su cabeza comenzaba a dar vueltas.

Luca le dirigió una mirada comprensiva.

—El señor DeLuca le brindará las respuestas que está buscando. Ahora, apúrese, al Don no le gusta que lo hagan esperar,

Con esas palabras, Alessandro se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a Lyra con más preguntas que respuestas. Lyra observó cómo Alessandro salía de la habitación, dejándola sola con sus pensamientos tumultuosos. A pesar de las palabras reconfortantes del hombre, no podía evitar sentirse intranquila por lo que estaba por venir. ¿Quién era este "Don DeLuca" y qué tipo de juego estaba jugando con ella?

Decidió que necesitaba respuestas, así que se dirigió hacia la puerta. Salió de la habitación y comenzó a caminar por el pasillo, siguiendo las indicaciones de Alessandro. Llegaron a una escalera y descendieron hacia la sala del primer piso. El lugar era tan lujoso como había imaginado, con suelos de mármol pulido y elegantes obras de arte adornando las paredes.

Finalmente, llegó a una puerta doble al final del pasillo. Respiró hondo y se preparó para lo que iba a encontrar al otro lado. Con determinación, empujó las puertas y entró en la habitación.

Lo que vio la dejó sin aliento.

La habitación era impresionante, con techos altos y ventanas que ofrecían vistas panorámicas del mar y los viñedos circundantes. En el centro de la habitación, había una gran mesa de madera rodeada de sillas tapizadas en terciopelo rojo. Sentado al otro extremo de la mesa, había un hombre elegante con el cabello oscuro y los ojos penetrantes.

Lyra lo reconoció al instante: era el mismo hombre que había hablado con ella en el auditorio. Su *admirador secreto*. También supo de inmediato que este debía ser el señor DeLuca del que Alessandro había hablado. Miró al hombre con cautela, preguntándose qué clase de juego estaba jugando y qué papel jugaba ella en todo esto. Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda al darse cuenta de que el hombre frente a ella había asistido a todos sus conciertos, la había estado observando desde hacía meses, le había enviado rosas después de cada una de sus presentaciones. Sin embargo, esta revelación solo aumentó su confusión y su sensación de intriga. ¿Qué conexión tenía él con esta villa y por qué la había traído aquí?

Admiró en silencio el perfil de aquel hombre, intentando encontrar en su figura enigmática alguna respuesta para todas las preguntas que torturaban su mente,pero la presencia Don DeLuca estaba

envuelta en un aura de misterioso silencio.

Junto a un inmenso hogar que se encontraba apagado por ser verano, el hombre estaba sentado en un ampuloso sillón forrado en terciopelo. En una mano sostenía una taza de café y en la otra una tableta de la cual leía. Sus pantalones negros a medida resltaban lo largo interminable de sus piernas, y vestía una simple camisa de seda blanca que absorbía la luz de sol y traslucía su piel olivacea y sus bíceps fuertes. La línea de su quijada era tan afilada como el perfil de su nariz, y estaba afeitado al ras. Conforme se acercaba a pasos lentos. Una fragancia amaderada y masculina acarició la nariz de Lyra, y ella sintió su corazón acelerarse.

Su cabello negro estaba prolijamente cortado, y bañado por la luz del sol Lyra le encontró destellos del color de chocolate. Sus cejas eran tupidas, creando un arco que le otorgaba a su mirada un halo más intenso y dominante. Sin embargo, él no la estaba mirando: mantenía la mirada fija en la tablet entre sus manos, pero al mismo tiempo, Lyra se sentía observada, acechada por una silenciosa bestia salvaje.

Sin dirigirle la palabra, pero como si supiera exactamente lo que estaba pensando, el hombre finalmente habló.

—Lyra —dijo con una voz profunda y melodiosa—, ¿has dormido bien? ¿Cómo te sientes?

Lyra se quedó sin palabras, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en el aire entre ellos. Trató de mantener la compostura mientras se sentaba en una de las sillas frente al hombre, consciente de que cada movimiento suyo estaba siendo observado de cerca. Aunque el hombre tenía una actitud calma, ostentaba un halo de peligrosidad.

—¿Quién eres tú? —preguntó finalmente, buscando respuestas en los ojos del hombre.

—Es de mala educación responder una pregunta con otra pregunta.

—También es de mala educación secuestrar a alguien.

—¿Secuestro? —Recién en ese momento él volteó el cuello para mirarla. Cuando sus ojos se encontraron, Lyra sintió como si él la hubiera penetrado de un solo movimiento brusco—. ¿Piensas que esto es un secuestro?

—¿No lo es? —Ella notó que su voz temblaba.

Él hizo la tableta a un lado y descruzó sus largas piernas, acercando su rostro al de Lyra.

—Me disculpo, pero en mi línea de trabajo estoy acostumbrado a hacer las cosas de esta manera. Necesitaba que oyeras mi propuesta, y cuando tú huiste, bueno…simplemente decidí usar mis métodos habituales de persuasión. No podía darme el lujo de que no me escucharas.

—¿Persuasión? ¿A eso llamas persuasión?

Él no respondió, tan solo paseó su mirada penetrante por su rostro, su cuello, sus hornos, sus pechos…Lyra sintió que los escalofríos despertaban hasta en la última porción de su carne, y unos latidos molestos comenzaron a torturar su clítoris. ¿Cómo podía excitarse en una situación así?

—¿Acaso mis hombres te han lastimado? —preguntó él luego de unos momentos que se sintieron como una eternidad—. ¿Te has hecho daño de alguna manera? Dímelo y te resarciré.

Lyra tragó saliva, nerviosa: cada palabra de aquel hombre sonaba, extrañamente reconfortante y protectora. Y tanto su mirada como su tono de voz sonaban sinceros y preocupados.

—E-estoy bien —murmuró ella.

—Bien —asintió satisfecho. Pero aquello no respondía todas las preguntas que Lyra tenía. Ella iba a decir algo más pero en forma súbita él extendió la mano y cogió la de ella con suavidad—. Lastimar estas manos, que crean una música tan hermosa, sería un crímen contra la humanidad.

Lyra sintió que expulsaba una exhalación de sorpresa al mismo tiempo que el aire dolía en su pecho. Este hombre le cogía las manos con la más sutil y sensual de las delicadezas, como Rossi jamás la había tocado. Jugaba entrelazando sus dedos y acariciándolos con las yemas algo ásperas, y Lyra sentía que su corazón galopaba duro con cada caricia. Pudo haberse resistido, pudo haber quitado la mano, pero una parte de ella se negaba a hacerlo.

—¿Quién eres? —repitió ella con un suspiro casi agónico.

Él apartó la vista de sus manos y engarzó mirada con la de Lyra. Sus ojos eran de un chocolate profundo, casi negros, y con una intensidad que le hizo temblar las rodillas y el aceleró el pulso todavía más.

—Soy Enzo DeLuca, capo de la familia Luca. Es un placer conocerte, bella Lyra. Por fin nos encontramos cara a cara. He esperado mucho tiempo este momento.

Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda al escuchar esas palabras. Había oído historias sobre la familia DeLuca, una poderosa organización criminal que dominaba gran parte del bajo mundo italiano. Pero nunca se habría imaginado encontrarse cara a cara con su líder, mucho menos en una situación como esta.

Trató de mantener la compostura, a pesar del miedo que comenzaba a apoderarse de ella. Pero una pregunta seguía retumbando en su mente: ¿Por qué él la había traído aquí?

—¿Por qué yo? —preguntó Lyra, luchando por controlar el temblor en su voz—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Enzo DeLuca no sonrió, tan solo le soltó la mano con delicadeza y se puso de pie.

—Acompáñame y te explicaré.

Lyra se levantó de la silla, siguiendo a Enzo DeLuca con cautela mientras él se dirigía hacia la puerta. Cada paso que daba resonaba en su cabeza, recordándole la gravedad de la situación en la que se encontraba. No sabía a dónde la llevaría Enzo ni qué esperar de esta reunión, pero sabía que debía mantener la guardia alta.
Salieron de la habitación y caminaron por un largo pasillo decorado con cuadros antiguos y tapices elegantes. Lyra se sentía como si estuviera caminando por un pasillo del tiempo, adentrándose en un mundo del que apenas había oído hablar pero que ahora estaba experimentando en carne propia.

Finalmente, llegaron a una puerta doble de madera maciza, y Enzo DeLuca la abrió con un gesto elegante. Lyra lo siguió dentro de la habitación, encontrándose en lo que parecía ser un lujoso estudio. Estanterías llenas de libros rodeaban la habitación, y en el centro había un piano de madera pulida con un taburete de cuero frente a él.

Ella contuvo el aliento al verlo: era el piano más hermoso que había visto en su vida; una verdadera obra de arte, y las yemas de sus dedos comenzaron a hormiguear con deseos de tocarlo. Su corazón comenzó a palpitar con más fuerza, presa de la admiración, del impulso de acariciar las teclas y averiguar que tan majestuosas serían las melodías que despertase. Durante unos instantes, presa de este hechizo, Lyra olvidó todo: dónde estaba, el secuestro, el miedo…solo podía contemplar la belleza de ese piano.

—Vamos. —La profunda voz de barítono de Enzo rompió el

silencio y la ensoñación de Lyra—. Sé que deseas tocarlo.

Con un pequeño temblor, ella miró a Enzo, como pidiéndole permiso. Aquel piano exigía una respetuosa devoción, y una parte de ella no se sentía merecedora de tocarlo.

—Adelante —dijo él, y su voz fue una caricia reconfortante—. Quiero escucharte.

Lyra se acercó al piano con reverencia, sintiendo una conexión instantánea con el instrumento. Las estanterías llenas de libros y la atmósfera tranquila del estudio parecían envolverla, creando un ambiente de inspiración y misterio. Enzo la observaba en silencio mientras ella se sentaba en el taburete de cuero, sus dedos rozando delicadamente las teclas. El piano resonaba suavemente en la habitación, como si estuviera esperando a que Lyra le revelara sus secretos más profundos.

Sentada en el taburete, Lyra tomó una respiración profunda para calmarse. Se enfocó en el presente, en el aquí y el ahora. Despejó todos los miedos, incertidumbres y frustraciones de su cabeza. En ese momento, solo existía ese piano, expectante de que ella haga nacer música de sus cuerdas. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando las yemas de sus dedos sintieron el frío marfil de las teclas por primera vez. Una sensación casi orgásmica. Ese piano era realmente perfecto. La perfección absoluta. Sin siquiera planearlo, Lyra comenzó a tocar, y la melodía que brotó de sus dedos, de su alma, fue nada más y nada menos que el concierto para piano N°1 de Mendelssohn.

Lyra se sumergió en la música por completo, dejando que sus dedos danzaran sobre las teclas con una gracia y una pasión indescriptibles. Cada nota era una expresión de sus emociones más profundas, una forma de liberar todo lo que había estado guardando dentro de ella. El sonido del piano llenaba el estudio, envolviendo a Lyra y a Enzo en una atmósfera mágica y emocionante.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente de la melodía, explorando cada matiz y cada variación con una intensidad casi palpable. Sentía como si estuviera en otro mundo, un lugar donde solo existía la música y nada más importaba. Era una sensación de libertad y conexión que Lyra nunca había experimentado antes.

La melodía alcanzó su clímax, llenando el estudio con una energía y una emoción que era casi palpable. Lyra dejó que las últimas notas resonaran en el aire, colmando el espacio con una sensación de asombro y maravilla. El piano respondía a su toque con una voz rica y profunda, creando armonías exquisitas que parecían transportarla a otro mundo. Se sentía libre y viva mientras tocaba, como si el piano fuera una extensión de su ser, una forma de expresar todo lo que no podía decir con palabras.

La melodía fluía a través de ella, llevándola a lugares desconocidos y despertando emociones que ni siquiera sabía que tenía. Se sentía en paz consigo misma y con el mundo mientras tocaba, como si todo estuviera en perfecta armonía. De pronto todo cobraba sentido, todo era perfecto en el universo, No existían la pena ni el dolor, solo la perfección absoluta de la música, la belleza en su estado más puro. Ella era una con Mendelssohn,Lyra había desaparecido, se había fundido con la música. Y no había sensación más placentera y extática que esa.

Tomó conciencia de su propio cuerpo: notó que estaba sudando y su corazón galopando duro, presa del arrebato. Percibió que su pulso estaba acelerado y la carne de gallina erizaba cada porción de su piel. Una sensación sensual, casi sexual. Se regodeo en ella al mismo tiempo que continuó tocando. Cada nota del concierto la empujaba a una sensación orgasmica, eufórica, y Lyra solo pudo responder tocando con más ímpetu.

Cuando finalmente levantó las manos del piano, se encontró sin aliento, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Miró a

Enzo, buscando alguna señal de su reacción. Él la miraba con una expresión de profunda admiración, sus ojos brillando con una luz intensa y emocionante. Nunca había visto a un hombre mirándola así, y hasta se sintió avergonzada. Avergonzada de su piel cubierta de sudor y su aliento entrecortado, avergonzada de pensar que en ese mismo momento lucía como si se hubiera corrido. Nerviosa, se enjugó la frente con las palmas, solo para notar que también estaban sudadas, y temblorosas.

Conforme la última nota se desvanecía en el aire, también lo hacian los latidos en su interior. Ahora un silencio ominoso llenaba la sala, apenas perforado por el rugir distante del oleaje. De pronto Lyra recordó lo peligroso de su situación, y no puso cómo actuar. ¿Debía levantarse del piano? ¿Debía agradecerle a Enzo DeLuca por permitirle tocarlo? De nuevo todas las preguntas y dudas se apoderaron de ella.

Miró la expresión de Enzo, buscando alguna pista sobre qué estaba pensando. Pero su atractivo rostro permanecía frío, pensativo, sumergido en una profunda contemplación. Lyra volvió sentir las palpitaciones en su pecho y entre sus piernas al ser la merecedora de esa mirada penetrante.

—Mendelssohn, concierto para piano N°1 —sentenció él. Su voz parecía teñida de una emoción profunda aunque él no perdía su aura fría y dominante.

—Así es —susurró ella.

Enzo DeLuca caminó con pasos lentos hacia Lyra, y ella no pudo evitar sentir que era una bestia acechando a su presa. Aun así, no tuvo el menor instinto de levantarse del taburete, como si una parte de ella disfrutara ser la presa, anticipara ser devorada por ese depredador.

—De todas las obras que pudiste haber elegido para tocar —continuó Enzo, y su voz era un hechizo grave y delicioso—,

elegiste ese concierto. Es el mismo que elegiste para tu presentación de anoche. ¿Por qué?

—S-sí…—murmuró ella, y tomó otra respiración profunda antes de seguir hablando—. Supongo que mi repertorio es limitado. Tal vez no tengo talento para interpretar otra cosa.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —sentenció Enzo—. Talento te sobra. ¿Por qué Mendelssohn? ¿Por qué específicamente ese concierto?

—Es mi favorito —dijo ella, y sintió que estaba abriendo su corazón por primera vez—. No sé por qué. Simplemente me hace sentir algo ...algo que no sé cómo describir con exactitud. Como si yo no existiera, como si la música brotara de mí hacia el infinito, hacia la nada…—Lyra buscó la mirada de Enzo, quien la escuchaba con atención. Nerviosa, ella sacudió la cabeza y soltó una risita—. Debo estar loca.

—No lo estás —respondió Enzo, y de nuevo, había algo en su tono de voz que resultaba relajante, protector, calmo—. Yo siento algo parecido cuando escucho esa pieza. De hecho, siento exactamente lo mismo, pero nunca pude expresarlo con palabras como tú los has hecho de manera tan vehemente. Si antes me hubieras preguntado qué tocar, yo hubiera solicitado ese mismo concierto de Mendelssohn.
La confesión de Enzo tomó a Lyra por sorpresa. No esperaba que alguien como él, un hombre poderoso y misterioso, compartiera sus sentimientos hacia la música de una manera tan íntima y personal. La conexión que sentía con él en ese momento era inexplicable pero poderosa, como si estuvieran unidos por algo más que solo la música.
—¿De verdad? —preguntó Lyra, buscando confirmación en los ojos de Enzo.
Él asintió con solemnidad, su mirada fija en la de ella.
—De verdad. La música tiene un poder único para conectar a las almas, Lyra. Nos permite expresar lo que no podemos decir con

palabras y nos lleva a lugares que de otra manera serían inalcanzables. Es algo mágico y sagrado.
Lyra se encontró asintiendo en acuerdo, sintiendo una conexión profunda con las palabras de Enzo. A pesar de todas las dudas y los miedos que la habían atormentado desde que había despertado en aquella villa, ahora se sentía más segura que nunca.
¡Qué locura!, pensó, sentirse segura con su secuestrador. De pronto la niebla del hechizo se disipó, y Lyra recordó la adrenalina de escapar la noche anterior, el miedo que Enzo le había provocado durante su primer encuentro. Recordó que, a pesar de su aura serena y su voz acaramelada, aquel hombre era peligroso, y la estaba reteniendo en contra de su voluntad.

A pesar de la calidez de sus palabras y la aparente conexión que sentía con Enzo, Lyra sabía que no podía dejarse llevar por la ilusión de seguridad que él le ofrecía. Recordó las advertencias que había escuchado sobre la familia DeLuca y las historias de sus actividades criminales. Por mucho que Enzo pudiera parecer encantador, no podía olvidar que estaba en manos de un hombre peligroso.

La sensación de seguridad que había experimentado se desvaneció rápidamente, reemplazada por una punzada de temor. Se encontraba en una situación peligrosa, y necesitaba mantenerse alerta si quería encontrar una manera de escapar.

Con determinación, Lyra decidió que no podía confiar plenamente en Enzo, sin importar lo convincentes que fueran sus palabras. Debía estar preparada para actuar en el momento adecuado y buscar una oportunidad para escapar de aquella villa y regresar a la seguridad de su vida anterior.

—Basta de esto —dijo Lyra, su voz firme a pesar de la incertidumbre que sentía en su interior—. Necesito respuestas y una forma de regresar a casa. No puedo quedarme aquí por más tiempo.

Enzo la miró con una expresión indecible en sus ojos oscuros, y Lyra supo que había despertado su curiosidad. Ahora dependía de ella mantener su determinación y encontrar una manera de liberarse de aquellos que la habían llevado hasta aquel lugar.

—¿Quién eres? —repitió Lyra, su voz algo temblorosa—. ¿Por qué me has traído aquí?
Enzo no parecía intimidado, y con toda la la naturalidad del mundo respondió:

—Soy alguien que ha estado siguiendo tu carrera muy de cerca, Lyra.

—Las rosas…—ella pensó en voz alta.

Él asintió.

—He visto tu talento y tu potencial desde el principio, y he estado esperando el momento adecuado para revelarme a ti.

Lyra frunció el ceño, tratando de procesar la información. ¿Cómo podía él haber estado siguiéndola sin que ella lo supiera? Y más importante aún, ¿por qué?

—No entiendo —dijo con sinceridad—. ¿Qué quieres de mí?

El hombre sonrió, pero esta vez, había algo en su expresión que hizo que Lyra sintiera un escalofrío de temor. Era como si estuviera viendo a través de ella, como si supiera exactamente cómo hacerla sentir vulnerable.

—Lo que quiero, Lyra, es ofrecerte una oportunidad única en la vida —dijo lentamente—. Una oportunidad que cambiará tu destino para siempre. Pero primero, debes estar dispuesta a confiar en mí y seguirme a donde te llevaré.

Lyra se mordió el labio, sintiendo la tensión en el aire. Sabía que

esta decisión podría cambiarlo todo, y no estaba segura de si estaba lista para enfrentar las consecuencias. Pero algo en la mirada del hombre la atrajo, una mezcla de peligro y promesa que despertó su curiosidad y su deseo de aventura.

—¿Y si no quiero? —preguntó, desafiante.

Enzo la miró fijamente, con una expresión que hizo que Lyra se sintiera como si estuviera desnuda frente a él.

—Entonces, Lyra —dijo lentamente—, nunca sabrás lo que podrías haber tenido. La elección es tuya.

Lyra se sintió paralizada por la intensidad de la mirada de Enzo y por las palabras que resonaban en su mente.

—No comprendo…—titubeó ella.

—Seré directo —la interrumpió Enzo—, sé que no eres ciudadana italiana, sé que estás aquí gracias a una beca. También sé que esa beca peligra y que regresar a tu hogar no es una opción.

—¿Cómo sabes todo eso? —murmuró Lyra.

Pronto se sintió una idiota por preguntar; estaba cara cara con el capo de una de las familias más notorias de la *cosa nostra.* Seguramente no le resultaría muy difícil averiguar los secretos de una mujer común y corriente como ella.

—Mi querida Lyra, la familia DeLuca siempre ha sido una de las más poderosas de la cosa nostra. No hay secretos para hombres como yo. Además, las autoridades del conservatorio siempre han sido *amigos míos.* Ellos saben que, si le hacen un favor a Enzo DeLuca, entonces Enzo DeLuca se encarga de que su institución nunca carezca de fondos. Así es como funciona nuestro mundo: *quid pro quo.* Nadie hace nada completamente desde el desinterés.

—Quid pro quo —repitió Lyra y tragó saliva para calmar su ansiedad—. Un favor a cambio de otro favor.

—Exactamente, mi querida. Además de hermosa y talentosa, eres inteligente. Quiero algo de tí, y si me lo das, yo seré muy generoso a cambio.

Ella tomó un respiro hondo.

—¿Y qué es lo que tú deseas de mí? —el miedo golpeó su pecho al preguntar.

—Tranquila, sé lo que estás pensando, y no es eso. —Enzo se acercó a Lyra con pasos lentos y elegantes, manteniendo su mirada fija en la suya—. De hecho, hasta me ofende que hayas pensado eso de mí. ¿Crees que soy un hombre tan vulgar como para forzar a una mujer? Si deseo sexo, hay decenas y decenas de mujeres deseosas de follar conmigo, no necesito secuestrar a ninguna.

Un cosquilleo tembló entre las piernas de Lyra al escucharlo hablar así. Y no era algo difícil de creer: ciertamente Enzo DeLuca era un hombre atractivo, de esos que no te cruzas en la calle todos los días. Y su aura dominante, segura de sí misma y hasta un poco fría lo tornaba irresistible.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Lo que quiero de ti, Lyra, es tu talento —dijo, su voz resonando en la habitación con una serenidad inquietante—. Quiero que trabajes para mí, que seas la pianista personal de la familia DeLuca. Quiero que toques para mí en eventos privados, que me brindes la belleza y la emoción de tu música.

Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda al escuchar sus palabras. Ser la pianista personal de la familia DeLuca significaba entrar en un mundo peligroso y desconocido, un mundo del que había escuchado suficientes historias para saber que no era un

lugar seguro para una mujer joven y sola como ella.

—El trato es simple —continuó Enzo DeLuca—. Seguirás viviendo en Roma, en tu piso, seguirás atendiendo a las clases de música y trabajando en la tienda de ropa. Tu vida continuará como siempre. Pero todas las noches, a las ocho en punto, mi chofer para recogerte. Ya lo conoces, es Alessandro. Él te traerá aquí y tocarás para mí durante una hora, en este mismo piano, como has hecho hace unos minutos. Luego regresarás a tu hogar sana y salva. Nunca traspasaré mis límites ni te faltaré el respeto, solo debes tocar para mí durante una hora todos los días.

—¿Y a cambio?

—A cambio tú conservas tu beca.Incluso podríamos tramitar tu ciudadanía italiana sin grandes obstáculos.

Lyra se quedó muda: era una idea descabellada, por supuesto. Asociarse con la mafia solo podría traer problemas. Pero también significaba una oportunidad única para continuar persiguiendo su pasión por la música, una oportunidad que no podía ignorar fácilmente. La idea de que sus preocupaciones desaparecieran para siempre era demasiado tentadora.

—¿Solo debería tocar para ti?

Enzo asintió.

—Nada más que eso, en un horario que no interfiere con tus clases ni con tu trabajo. Sé muy bien que todas las noches practicar en el estudio hasta quedarte dormida. ¿No preferirías hacer eso en mi piano, y además quitarte de encima la preocupación por tu futuro?

Lyra sentía los cosquilleos arder en todo su cuerpo. Miró de nuevo aquel majestuoso piano de cola; la idea de tocarlo libremente todas las noches era casi como un orgasmo.

—Solo tocar —repitió ella, insegura—. ¿Nada más que eso?

—Nada más que eso. Lo juro por mi honor. ¿Qué dices, Lyra? —preguntó Enzo, su mirada penetrante buscando la suya—. ¿Estás dispuesta a aceptar mi oferta?

Lyra se sintió atrapada entre el miedo y la tentación, entre el deseo de seguir su corazón y la necesidad de protegerse a sí misma. ¿Acaso hombres como Enzo DeLuca tenían honor? Pero al final, una chispa de valentía surgió en su interior. ¿Debería confiar en él y seguirlo hacia lo desconocido, arriesgándose a un destino incierto? ¿O debería rechazar su oferta y buscar una manera de regresar a la seguridad de su vida anterior?

Por un momento, el miedo y la indecisión la invadieron, pero luego recordó el impulso que la había llevado hasta Italia en primer lugar: el deseo de perseguir su pasión por la música, de explorar nuevas oportunidades y desafíos. ¿Podría esta ser la oportunidad que había estado esperando, incluso si venía de una fuente inesperada y potencialmente peligrosa?

Con determinación, Lyra miró a Enzo directamente a los ojos y tomó una decisión.

—Está bien —dijo finalmente, su voz firme a pesar de la incertidumbre que sentía—. Estoy dispuesta a seguirte y ver a dónde nos lleva esta oportunidad. Pero con una condición.

—¿Y cuál es esa condición? —preguntó Enzo, sus ojos brillando con interés.

—Que me dejes ir si en algún momento decido que esto no es lo que quiero —dijo Lyra, manteniendo su mirada firme en la suya.

Hubo un momento de silencio tenso antes de que Enzo finalmente asintiera con la cabeza.

—Lo prometo —dijo solemnemente—. Si en algún momento decides que esta vida no es para ti, te dejaré ir sin hacer preguntas.

Lyra sabía que estaba arriesgando mucho al aceptar la oferta de Enzo DeLuca, pero también sabía que esta era su oportunidad de seguir su pasión y explorar un mundo nuevo y emocionante. Con determinación, se preparó para enfrentar lo que sea que el futuro le deparara mientras seguía a Enzo fuera de la habitación, lista para comenzar este nuevo capítulo en su vida.

Una sonrisa sutil se curvó en los labios de Enzo, y Lyra sintió un cosquilleo de emoción mezclado con el miedo en su interior. No sabía qué le deparaba el futuro, pero estaba lista para enfrentarlo con valentía y determinación.

—Entonces, prepárate, Lyra —dijo Enzo, extendiendo la mano hacia ella—. Porque tu vida está a punto de cambiar de una manera que nunca podrías haber imaginado. Ahora puedes retirarte, Alessandro te llevará a casa.

Enzo le ofreció la mano para ayudarla a levantarse del piano.Lyra respiró hondo y tomó la mano de Enzo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y anticipación mientras se preparaba para seguirlo hacia lo desconocido. A medida que salían de la habitación y se adentraban en el mundo exterior,Enzo le dijo:

—Solo tengo algunas condiciones, mi querida Lyra: no debes comentarle esto a nadie. Ni a una sola alma.

—Lo prometo.

—Alessandro te recogerá todos los días a las ocho en punto. Religiosa y puntualmente. No puedes faltar a ninguna de nuestras citas, a menos que estés enferma. en tal caso, yo cuidaré de ti hasta que sanes. Pero de lo contrario, mientras puedas respirar todos los días deberás tocar para mí, sin excepciones. ¿Lo comprendes?

—Comprendo.

Ya estaban en la entrada de la casa, y un lujoso auto negro aparcó frente a ella. Cuando el vidrio polarizado de la ventanilla bajó, Lyra encontró de nuevo el rostro de Alessandro esperándola. Con un gesto caballeroso,Enzo deLuca le abrió la puerta y Lyra entró al auto.

—Nos vemos mañana —se despidió él—. Ocho en punto.

—Ocho en punto.

Lyra se acomodó en el asiento trasero del lujoso automóvil, sintiendo cómo el motor cobraba vida y los paisajes de la campiña italiana se deslizaban fuera de la ventana. El sol del atardecer pintaba de tonos cálidos los viñedos que pasaban a su lado, creando una escena de belleza serena y tranquila.

Mientras el automóvil se deslizaba por las sinuosas carreteras italianas, Lyra se preguntó si había tomado la decisión correcta. A la vez, se permitió soñar con las posibilidades que se extendían ante ella. Sabía que habría desafíos y peligros en el camino, pero también había encontrado una oportunidad para perseguir su pasión y encontrar su lugar en el mundo.

Con determinación en el corazón y la melodía del piano aún resonando en su mente, Lyra miró hacia el horizonte, lista para enfrentar lo que sea que el destino le depare. Porque ahora, más que nunca, sabía que su vida estaba llena de música, de un propósito que la llevaría a lugares que nunca había imaginado. Y mientras el sol se ponía sobre los viñedos de Italia, Lyra supo que su viaje apenas comenzaba.

Capítulo cinco.

A la mañana siguiente, Lyra se despertó, desayunó, se duchó y partió para la tienda de ropa donde trabajaba. Todo parecía como un día normal, pero no lo era; no dejaba de pensar en Enzo DeLuca. Aunque se esforzaba por lucir sonriente y tranquila y atender a los clientes con amabilidad, su cabeza no dejaba de dar vueltas, y un hormigueo nervioso en la boca del estómago no la dejaba en paz.

Conforme pasaban las horas, los recuerdos de su encuentro con Enzo seguían revoloteando en su mente. Se preguntaba por qué había aceptado la propuesta de trabajar para él, sabiendo muy bien quién era y qué implicaba estar vinculada a la familia DeLuca. Recordaba la mezcla de miedo, fascinación y curiosidad que había sentido en su presencia, así como las palabras seductoras y persuasivas que había usado para convencerla.Recordaba ese rostro esculpido como una obra de arte y se preguntaba qué se escondía detrás de esa fachada de poder y misterio, y si había hecho lo correcto al poner su destino en sus manos.
Una oleada de duda la invadió, haciéndola cuestionar sus propias motivaciones y la sabiduría de su elección. ¿Podría confiar verdaderamente en Enzo DeLuca? ¿O había caído en una trampa de la que no podría escapar?
Mientras doblaba una camisa, los recuerdos de su conversación con Enzo inundaron su mente. Se cuestionaba si había tomado la decisión correcta al aceptar su propuesta. ¿Estaba preparada para adentrarse en el mundo peligroso y desconocido de la mafia italiana? ¿O había sido un error confiar en un hombre cuya reputación era tan oscura como la noche?

A medida que las horas pasaban, Lyra sabía que su nuevo encuentro con Enzo estaba cerca.¿Qué le depararía el destino? ¿Cómo cambiaría su vida después de esta experiencia? Las preguntas la atormentaban, pero también sentía una extraña emoción ante la idea de aventurarse en lo desconocido.

A pesar de sus dudas, una parte de ella sabía que ya no podía dar

marcha atrás. Había tomado una decisión y ahora debía enfrentar las consecuencias, por muy inciertas que fueran.

Con un suspiro resignado, Lyra volvió su atención a los clientes que la rodeaban, pero en el fondo de su mente, la expectativa por lo que vendría a continuación seguía creciendo, como una llama que ardía cada vez más intensamente.

A medida que el reloj marcaba el tiempo, Lyra se encontraba dividida entre el deseo de huir de esta vida de peligro y emociones turbias, y la fascinación por el mundo desconocido que Enzo representaba. Una parte de ella ansiaba descubrir más, mientras que otra parte luchaba contra el miedo y la incertidumbre.

Finalmente, llegó el momento de cerrar la tienda y dirigirse a su próxima reunión con Enzo. Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Lyra se preparó para enfrentar lo que sea que el destino tuviera reservado para ella. Porque, al final del día, sabía que ya no había vuelta atrás y que tendría que enfrentar las consecuencias de sus decisiones.

Ese día no tenía clases, y el clima estaba precioso as´qie Lyra decidió caminar. Mientras paseaba por las calles de Roma, se colocó los audífonos. Mendelssohn acarició sus oídos, y no pudo evitar sentir un escalofrío en todo su cuerpo. Recordó las palabras de Enzo: era increíble que un monstruo como él tuviera algo en común con ella. era increíble que un criminal de la cosa nostra tuviera la sensibilidad necesaria para apreciar a Mendelssohn.

A medida que la música envolvía sus sentidos, Lyra se dejó llevar por las melodías, permitiendo que la música la transportara a un mundo de emociones y pensamientos profundos. Aunque Mendelssohn era su refugio seguro, esta vez las notas parecían teñidas de un nuevo significado, resonando con la ambigüedad y el misterio que rodeaban su encuentro con Enzo DeLuca.

Caminando por las antiguas calles de Roma, Lyra se sintió como

en un sueño, perdida en sus pensamientos y en la música que la acompañaba. Las sombras de los edificios antiguos bailaban a su alrededor, proyectando un juego de luces y sombras que reflejaba la dualidad de sus propios sentimientos.

Mientras la melodía de Mendelssohn llenaba el aire, Lyra reflexionaba sobre su encuentro con Enzo y las decisiones que había tomado. ¿Qué significaba realmente todo esto? ¿Estaba tomando el camino correcto al seguir a Enzo, o estaba cayendo en un abismo del cual no podría regresar?

A pesar de las dudas y la incertidumbre que la atormentaban, una parte de Lyra no podía evitar sentirse atraída por el mundo desconocido que se abría ante ella. Era como si una fuerza irresistible la empujara hacia adelante, hacia un destino que aún no podía vislumbrar por completo.

Con cada paso que daba por las calles de Roma, Lyra se preparaba para enfrentar lo que sea que el destino le deparara. Porque, al final del día, sabía que su pasión por la música y su deseo de explorar nuevas posibilidades la guiarían a través de cualquier desafío que se presentara en su camino.

Cuando por fin llegó a su piso, al buscar la llave en su bolso sintió que su móvil estaba vibrando. Al revisar la pantalla, vio el nombre de Mario Rossi en ella. Tenía dos llamadas perdidas y tres mensajes de textos de él.

Podemos hablar?

Por qué no respondes?

Ahora ignoras mis mensajes?

Lyra soltó un gruñido y guardó de nuevo el teléfono en su bolso. Al entrar a su casa, lo dejó caer con suavidad sobre la mesita de café. No sentía deseos de responderle. Rossi ya era un capítulo

pasado en su vida. Miró el reloj de nuevo, faltaba poco para que Alessandro viniera a recogerla. Por algún motivo, eso la excitaba más que enmendar su relación con Rossi. Tal vez se había vuelto loca.

Lyra dejó atrás el teléfono y se dispuso a prepararse para su próxima cita con Enzo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción. Mientras se cambiaba de ropa, su mente divagaba entre los recuerdos de su encuentro con Enzo y los mensajes no respondidos de Mario Rossi.

Por un momento, se permitió reflexionar sobre su relación pasada con Rossi y cómo las cosas habían llegado a su fin. Recordó los momentos felices que habían compartido, y se dio cuenta que nunca habían sido reales. Siempre había sido una relación unidireccional, y Rossi siempre había tenido jerarquía sobre ella. Y bajo su supuesta ala de mentoría y amor, no había más que una necesidad de control. Aunque le dolía estar sola, y le dolía perder el amor del único hombre del cual se había enamorado, Lyra sabía que era lo mejor.

Pero también se preguntó por qué ella: por que Rossi la había elegido en primer lugar. En un momento creyó que su talento había sido al fin merecedor de admiración y amor. Ahora con dolor se daba cuenta que tan solo había sido víctima de un narcisista. ¿Pero por qué? ¿Por qué Lyra era una víctima tan fácil?

Mientras se cambiaba por un vestido azul marino, reconsideró si ahora no le estaba pasando lo mismo con Enzo DeLuca. ¿No estaba, de nuevo, cayendo en las manos de otro manipulador?

Tal vez era su culpa: ella era demasiado débil, demasiado ingenua, demasiado necesitada de amor…entonces era presa fácil de estos depredadores.

Pero no esta vez, se dijo mientras se cepillaba el cabello frente al espejo. Esta vez, ella mantendría el control; esta vez no sería la

víctima. El contrato con Enzo deLuca incluía beneficios para ella; tenía al alcance de los dedos la posibilidad de quedarse en Italia y ser una concertista exitosa. Esta vez, no habría sentimientos de por medio. Esta vez, Lyra saldría ganando.

Con determinación, Lyra terminó de arreglarse y se miró en el espejo, encontrando una sensación de confianza y fuerza en su reflejo. Sabía que estaba a punto de embarcarse en un camino incierto, pero también sabía que tenía la valentía y la pasión necesarias para enfrentar lo que sea que el destino le deparara.

Y aun así, mientras esperaba a Alessandro, su mente se llenaba de pensamientos tumultuosos, preguntándose si realmente estaba tomando la decisión correcta al seguir a Enzo DeLuca.

El sonido del timbre la sacó de su ensimismamiento, y Lyra se levantó de un salto, sintiendo un hormigueo de anticipación recorrer su cuerpo. Al abrir la puerta, se encontró con la mirada serena de Alessandro, quien la saludó con un gesto cortés.

—Buenas noches, señorita Lyra —dijo él con su tono suave y melódico—. ¿Lista para la cita de esta noche?

Lyra asintió con determinación, sintiendo una nueva oleada de emoción recorrer su ser. A pesar de las dudas que la acosaban, sabía que este era el camino que había elegido seguir, y estaba decidida a enfrentar lo que sea que el destino le deparara.

—Sí, estoy lista —respondió, con una mezcla de nerviosismo y entusiasmo en su voz.

Con paso firme, Lyra siguió a Alessandro fuera de su apartamento, dejando atrás el pasado y abrazando el futuro incierto que se extendía ante ella. Mientras caminaba hacia el futuro desconocido, Lyra se aferró a la certeza de que su pasión por la música y su valentía la llevarían a través de cualquier desafío que se presentara en su camino. El hombre le abrió la puerta del auto de lujo que

estaba aparcado en su entrada, atrayendo la mirada curiosa de los vecinos, y ella entró. Pronto, el suave sonido del motor cobró vida cuando Alessandro cerró la puerta tras ella.

Mientras el auto se deslizaba por las calles de Roma, Lyra se dejó llevar por la suave melodía de sus pensamientos. A pesar de la incertidumbre que la rodeaba, sentía una extraña sensación de liberación al dejar atrás su antigua vida. Estaba lista para enfrentar lo que fuera que el destino le tuviera reservado.

La brisa nocturna acariciaba su rostro a través de la ventanilla entreabierta, y Lyra cerró los ojos por un momento, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones. Se sentía viva, llena de energía y determinación, lista para abrazar cada nueva experiencia que el futuro le deparara.

Mientras el auto se alejaba de las calles iluminadas de la ciudad, Lyra se aferró a la certeza de que su pasión por la música y su valentía la llevarían a través de cualquier desafío que se presentara en su camino. Con cada kilómetro que recorrían, se acercaba un poco más a su nuevo destino, ansiosa por descubrir qué aventuras le esperaban al lado de Enzo DeLuca. No podía dejar de pensar en él, en repasar sus palabras…Una parte de ella se avergonzaba de considerarlo atractivo, y se sentía una tonta por ansiar encontrarse con él de nuevo. Había algo magnético, algo peligroso en él que la atraía. Lyra se sumergió en sus pensamientos mientras el auto avanzaba por el oscuro camino bordeado por los viñedos. Una parte de ella se sentía culpable por encontrar a Enzo atractivo, por sentirse intrigada por él a pesar de todo lo que sabía sobre su oscuro pasado. Sin embargo, otra parte de ella no podía evitar sentir una fascinación irresistible hacia él, una atracción magnética que la empujaba hacia adelante, hacia un futuro incierto.

Repasó las palabras de Enzo en su mente, tratando de descifrar sus verdaderas intenciones. ¿Qué es lo que él quería de ella? ¿Y por qué se sentía tan atraída hacia él a pesar de todo? No podía negar que había algo en Enzo que despertaba una chispa dentro de ella,

algo que la hacía desear más, incluso a pesar del peligro que representaba.

Pronto, el suave rugido del oleaje acarició sus oídos. Eso le advirtió que la mansión de DeLuca estaba cerca, y otro escalofrío la agobió. De tan solo anticipar que pronto vería a Enzo otra vez, los cosquilleos entre sus piernas comenzaron a torturarla. No recordaba haber sentido eso jamás con ningún hombre. Ni siquiera con Rossi. Por supuesto, cuando ella era una alumna novata recién llegada, la idea de que un profesor talentoso como él se fijara en ella la hacía estremecer. Pero aun así, nunca había sido un sentimiento tan poderoso como saber que en minutos volvería a reunirse con Enzo de Luca.

El auto se detuvo frente a la imponente villa de DeLuca, Lyra se sintió abrumada por una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, estaba nerviosa por enfrentarse de nuevo a Enzo, por descubrir qué es lo que él quería de ella y cómo podría afectar su vida. Por otro lado, sentía una atracción magnética hacia él que la impulsaba a querer más, a pesar del peligro que representaba.

—Hemos llegado —anunció Alessandro.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Lyra salió del auto y se encontró frente a la majestuosa mansión. El aroma a sal mezclado con el distante perfume de los viñedos la envolvieron, recordándole la belleza y la serenidad del mar que se extendía frente a la villa. Sin embargo, también había una sensación de inquietud en el aire, como si estuviera a punto de adentrarse en un territorio desconocido y peligroso. Una vez afuera, Lyra se sintió algo decepcionada: esperaba ver a Enzo en la entrada recibiéndola, pero en su lugar solo se topó con los bellos rosales del jardín. Alessandro apagó el motor, bajó del auto y la guió adentro.

Con paso decidido, Lyra siguió a Alessandro hacia la entrada de la mansión. Cada paso la acercaba un poco más a su encuentro con Enzo, y la anticipación y el nerviosismo crecían dentro de ella. De

pronto, contemplando la majestuosidad de la casa, con sus invaluables obras de arte decorando las paredes y los preciosos muebles de madera labrada, sintió que su vestido era demasiado barato, que ella desentonaba con ese lugar tan opulento. Su corazón latía cada vez más rápido mientras le seguía el paso a Alessandro por las escaleras y los laberínticos pasillos de la mansión. A medida que avanzaban por los intrincados pasillos de la mansión, Lyra no podía evitar sentirse como una intrusa en aquel lugar. Cada detalle de la decoración, cada pieza de arte que adornaba las paredes, parecía susurrarle que no pertenecía allí, que estaba fuera de lugar.

Sin embargo, a pesar de sus dudas y su incomodidad, Lyra se aferraba a la determinación de enfrentar lo que sea que el destino le tenía reservado. Su curiosidad por Enzo DeLuca y sus verdaderas intenciones la impulsaban a seguir adelante, incluso cuando una parte de ella ansiaba huir de aquel lugar y regresar a su vida normal.

Finalmente, llegaron a una puerta doble de madera tallada, Lyra reconoció esa puerta; era el estudio donde había tocado la noche anterior. Lyra inhaló profundamente, preparándose para lo que encontraría al otro lado. ¿Qué le depararía este encuentro con Enzo? ¿Y cómo cambiaría su vida una vez que cruzara esa puerta?

—El señor DeLuca la espera del otro lado —dijo Alessandro, y abrió la puerta con un gesto elegante.

Lyra entró en esa habitación en penumbras, sintiendo que la oscuridad y su excitación la devoraban viva. Su corazón estaba a punto de reventar y un calor insoportable y placentero a la vez irradiaba desde su vientre hasta el último rincón de su carne. Estaba asustada y excitada en partes iguales; nunca había experimentado algo así. Una parte de su cabeza le advertía que debía huir, que debía regresar a la normalidad aburrida de su vida diaria, y la otra ansiaba por hundirse más profundo en el abismo.

—Buenas noches, Lyra. Llegas tarde.

La voz grave de barítono de Enzo DeLuca retumbó entre las paredes, y entre las piernas de Lyra. El silencio fue perforado con violencia y ella sintió que su corazón daba otro vuelco. Una sutil luz bañó la sala de un tono broncíneo, íntimo y reconfortante. Lyra divisó al capo sentado en un sillón de terciopelo.

—Alessandro me trajo. Supongo que había tráfico —se disculpó ella. Se quedo esperando una respuesta, pero no la obtuvo.

Frente a ella estaba el majestuoso piano que había tenido la fortuna de tocar la noche anterior. De tan solo recordar al textura opulenta y sensual de sus teclas, Lyra se estremecía por tocarlo una vez más. Ante el silencio de Enzo, ella caminó hacia el piano, Con cada paso podías sentir su mirada estudiando penetrándola, recorriendo hasta el más ínfimo rincón de su cuerpo. Sintió que su pulso se aceleraba, y cuando por fin se sentó en el taburete del piano, noto que estaba mojada entre las piernas. Tan solo sentirse observaba por la bestia hambrienta de Enzo, sentir sus ojos admirándola, hacía que su clítoris latiera con fuerza rabiosa.

—Bueno…—Lyra jugueteó un poco con el piano, soltando unas notas sueltas para estirar los dedos y precalentar. En realidad, estaba haciendo eso para calmar sus ansias, para disimular lo exaltada que se sentía—. ¿Qué desea escuchar esta noche?

Volteó la mirada y finalmente miró a Enzo. Vestía una simple camisa de seda negra, cuyos primeros botones abiertos dejaban ver atisbos de una piel bronceada. Sus largas piernas estaban cruzadas, su cabello negro estaba húmedo, echado para atrás y reslatando lo profundo de sus ojos azabache y almendrados. Lyra lo vio buscar un cigarrillo y encenderlo con placidez.

—Lo sabes muy bien —finalmente respondió, una bocanada de humo escapando de sus labios carnosos.

Lyra no necesitó más respuesta; asintió y con un delineado movimiento de sus dedos comenzó tocar el concierto para piano N°1 de Mendelssohn. Una parte de ella estaba extasiada de que él hubiera solicitado esa pieza.

Lyra se sumergió en la música, dejando que sus manos danzaran sobre las teclas del piano con una destreza y pasión incomparables. Cada nota resonaba en la habitación, llenándola con la belleza y la intensidad del concierto de Mendelssohn. A medida que la melodía se desarrollaba, Lyra se dejaba llevar por la emoción del momento, olvidando por un instante todo lo demás y entregándose por completo a la música.

De tanto en tanto, ella se extraía de su interpretación para observar a Enzo observándola. Él la admiraba con atención casi devocional, con los ojos fijos en Lyra mientras sus dedos acariciaban el piano con una habilidad impresionante. El humo de su cigarrillo se elevaba en espirales, formando un halo alrededor de su rostro sereno. Parecía absorto en la música, como si estuviera siendo transportado a otro mundo por las notas que fluían de las manos de Lyra.

La melodía llenó la habitación con su poderío, envolviendo a Lyra y Enzo en una atmósfera orgásmica. Por un momento, el tiempo parecía detenerse, y solo existía la música y la conexión entre ellos.

Cuando finalmente Lyra tocó la última nota, el silencio que siguió fue casi ensordecedor. Por un instante, ambos permanecieron inmóviles, como si estuvieran atrapados en un momento suspendido en el tiempo.

Por supuesto, aquí tienes una versión extendida de la escena:

Lyra esperó en silencio la reacción de Enzo, pero notó que él permanecía inexpresivo, con una mirada fría que no revelaba sus

pensamientos. Un escalofrío recorrió su espalda mientras se preguntaba qué estaba pasando por la mente de Enzo. ¿Había algo en su interpretación que no le había gustado? ¿O acaso había algo más en juego que ella no comprendía? El tiempo pareció detenerse, como si toda su vida pendiera de un hilo: de la aprobación de Enzo De Luca.

El silencio se prolongó, tensando el ambiente entre ellos. Lyra se mordió el labio inferior, luchando por mantener la compostura mientras esperaba ansiosamente la respuesta de Enzo. Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, Enzo habló con voz firme y decidida.

—Lyra, necesito que toques la pieza de nuevo —dijo, su tono sin emociones—. Esta vez, quiero que te enfoques en cada nota, en cada matiz, y que transmitas toda la emoción que puedas.

Lyra asintió, sintiendo un nudo en la garganta. No entendía completamente la solicitud de Enzo, pero sabía que tenía que obedecer. Se giró hacia el piano, su corazón latiendo con fuerza en su pecho, y comenzó a tocar la pieza una vez más. Esta vez, se esforzó por transmitir cada emoción a través de las notas, tratando de complacer a Enzo y de encontrar la respuesta que buscaba en sus expresiones.

A medida que sus dedos danzaban sobre las teclas, Lyra se dejó llevar por la música, permitiendo que cada nota expresara sus más profundos sentimientos. Cerró los ojos y se sumergió en el mundo de la melodía, dejando que su corazón guiara sus movimientos. Podía sentir la intensidad del piano resonando en todo su ser, conectándola de alguna manera con Enzo de una forma que no podía explicar.

Cuando finalmente Lyra tocó la última nota, el silencio que siguió fue casi ensordecedor. Por un instante, ambos permanecieron inmóviles, como si estuvieran atrapados en un momento suspendido en el tiempo. Entonces, Enzo rompió el silencio con un

suave aplauso, sus ojos brillando con admiración.

—Eso fue magnífico, Lyra —dijo Enzo, su voz resonando en la habitación—. Has mejorado notablemente. Sin embargo, siento que aún puedes dar más de ti misma. Te desafío a que lo hagas de nuevo, pero esta vez, déjate llevar por completo. Déjame sentir toda la pasión y la intensidad de tu música.

¿Otra vez? ¿Acaso este hombre se había vuelto loco? Pero no podía negarse. Lyra asintió, sintiendo una mezcla de emoción y determinación ardiendo dentro de ella. Sabía que tenía que darlo todo en esta interpretación, no solo para cumplir con las expectativas de Enzo, sino también para descubrir más sobre sí misma y sobre el extraño vínculo que parecía estar formándose entre ellos. Con un profundo suspiro, se preparó para tocar la pieza una vez más, esta vez dejando que su corazón la guiara en cada nota.

Comenzó a tocar la pieza desde el principio, esta vez con una concentración renovada. Cada nota resonaba con intensidad en la habitación, y Lyra se esforzaba por transmitir toda la emoción que podía a través de la música. Cerró los ojos, dejándose llevar por la melodía, permitiendo que sus sentimientos más profundos se expresaran a través de las notas que fluían bajo sus dedos. La inflamaba una cierta rabia por el hecho de que él le haya pedido repetir la pieza ya por tercera vez.Pero al mismo tiempo, esa rabia la empujaba a tocar con más pasión, con más ímpetu, y miles de cosquilleos recorrían hasta el último rincón de su carne, encendiendola. Y comenzó a sentir de nuevo los cosquilleos furiosos entre sus piernas, su clítoris palpitando al punto de estallar, carne de gallina en todo el cuerpo, el corazón y el pulso acelerados en un hechizo eufórico. Y ella solo podía rendirse a ese placer, solo podía continuar tocando el concierto para piano N° 1 de Mendelssohn.

A medida que avanzaba la pieza, Lyra se sentía cada vez más inmersa en la música, olvidando por un momento la presencia de Enzo a su lado. Se entregó por completo al piano, permitiendo que cada nota la llevara a un lugar de pura emoción y pasión. Sus

manos danzaban sobre las teclas con una destreza y una sensibilidad asombrosas, creando una sinfonía que parecía emanar del fondo de su alma.
Cuando finalmente llegó al clímax de la pieza, Lyra dejó que las últimas notas resonaran en el aire, llenando la habitación con su poderosa melodía. Todo su cuerpo estaba cubierto de una fina capa de sudor, el corazón galopando duro contra sus costillas. Pero más que nada, se sentía al borde el abismo, su pie ardiendo, y su clítoris latiendo con fuerza, casi al borde del orgasmo. El más pequeño roce podría hacerla correrse. Nunca había sentido algo así, y sabía que tanto la música como los ojos de Enzo observándola tenían mucho que ver. Abrió los ojos lentamente, recuperando la conciencia de su entorno, y se volvió hacia Enzo, buscando su reacción con ansiedad.
La habitación estaba cargada de electricidad, y Lyra podía sentir la intensidad del momento envolviéndola como un manto. El último acorde resonaba en el aire, prolongando la sensación de éxtasis que la música había provocado en ella. Con el corazón aún galopando en su pecho y una fina capa de sudor cubriendo su piel, se giró hacia Enzo, buscando ansiosamente su reacción.

Enzo la miraba con una expresión intensa en sus profundos ojos oscuros. No dijo una palabra, pero Lyra pudo ver la emoción destellando en su mirada, un destello de admiración y asombro. Aquellos ojos penetrantes la examinaban con atención, como si estuviera buscando algo en lo más profundo de su ser.

Lyra se sintió atrapada por su mirada, incapaz de apartar los ojos de él. Era como si estuvieran conectados de alguna manera, como si Enzo pudiera ver a través de ella y alcanzar los rincones más ocultos de su alma. La sensación la estremeció, pero también la excitó de una manera que no podía entender completamente.

El silencio entre ellos era palpable, pero estaba lleno de una tensión cargada de deseo y anticipación. Lyra se preguntaba qué pasaría a continuación, qué pensaba Enzo de su interpretación, y si eso tendría alguna consecuencia en el futuro que estaba por

enfrentar.

Enzo se puso de pie con una elegancia imponente, sus pasos resonando en el suelo de madera pulida mientras se acercaba a Lyra. La presencia de Enzo la envolvía como una sombra, y Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda bajo su mirada penetrante.Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Enzo rompió el silencio con una voz suave pero firme.

—Estoy seguro de que lo harás aún mejor la próxima vez, Lyra —dijo Enzo con una sonrisa misteriosa que dejaba entrever la promesa de algo más—. Te estaré esperando aquí mañana por la noche.

Las palabras de Enzo resonaron en la habitación, dejando a Lyra desconcertada. Había algo en su tono de voz y en su mirada que la intrigaba, algo que no podía entender del todo. Mientras Enzo se alejaba de la habitación, Lyra se quedó sola, con la melodía del piano aún vibrando en el aire.

Se quedó allí, contemplando el piano con una mezcla de emociones confusas. La madera pulida brillaba a la luz tenue de la habitación, y Lyra sintió la tentación de correr sus dedos por las teclas una vez más. Pero en lugar de eso, se quedó quieta, sumida en sus pensamientos.

Por un lado, estaba emocionada por la oportunidad de tocar para Enzo nuevamente. La música siempre había sido su refugio, su manera de expresar lo que no podía poner en palabras. Y la idea de compartir su música con alguien tan poderoso como Enzo la emocionaba de una manera que no podía explicar, y que , en el fondo, la asustaba un poco.

Pero por otro lado, se sentía inquieta por la forma en que Enzo la miraba y por lo que él podría querer de ella. Sabía que no podía dejarse llevar por la atracción que sentía hacia él. Después de todo, él era el líder de una familia criminal y ella era solo una estudiante

de música. Pero a pesar de sus reservas, una parte de ella no podía evitar sentirse atraída hacia él y hacia el mundo emocionante y peligroso que representaba.

Lyra sacudió la cabeza, tratando de despejar sus pensamientos. Se obligó a alejarse del piano y a salir de la habitación, sintiendo el peso de la incertidumbre sobre sus hombros. No sabía qué le depararía el futuro, pero sabía que tendría que enfrentar cualquier desafío que viniera su camino. Y si eso significaba tocar para Enzo DeLuca, entonces estaba dispuesta a asumir el desafío.

Estaba todavía sentada en el taburete del piano, sus muslos aun algo temblorosos, cuando Alessandro entró al estudio.

—Me han dicho que debo llevarla a casa —dijo el guardaespaldas —. Vamos, el auto la espera.

—Sí —dijo Lyra con un suspiro. su aliento todavía estaba entrecortado y al ponerse de pie, le avergonzó descubrir lo mojada que estaba entre las piernas.

Capítulo seis

Era de madrugada, Lyra se había acostado en su cama horas atrás, pero la tensión de la noche anterior la mantenía despierta. Cerró los ojos, pero las imágenes del encuentro con Enzo seguían rondando en su mente, como fantasmas que se negaban a desaparecer.

Repasó una y otra vez cada detalle de su encuentro en la mansión DeLuca. La manera en que Enzo la miraba con esos ojos oscuros y penetrantes, la forma en que sus palabras resonaban en el aire, cargadas de un significado que Lyra no podía comprender del todo.

Se preguntaba qué era lo que Enzo realmente quería de ella. ¿Por qué la había elegido a ella, una estudiante de música sin nada que ofrecerle más allá de su talento en el piano? Y más importante aún, ¿por qué ella se sentía tan atraída hacia él a pesar de todo?

Lyra suspiró, sintiéndose abrumada por la confusión y la incertidumbre. Sabía que no podía dejar que sus sentimientos por Enzo la distrajeran de su objetivo principal: convertirse en una pianista famosa y exitosa. Pero al mismo tiempo, no podía ignorar la emoción que sentía cada vez que estaba cerca de él, ni la sensación de que su vida estaba a punto de dar un giro inesperado.

Intentó alejar esos pensamientos de su mente, concentrándose en la suave brisa que entraba por la ventana y en el suave murmullo de la ciudad en la noche. Pero incluso el sonido reconfortante de la ciudad no pudo calmar su mente agitada.

Lyra se dio la vuelta en la cama, buscando una posición cómoda que le permitiera conciliar el sueño. Pero por más que lo intentaba, no podía escapar de los recuerdos de la noche anterior, ni de la inquietante presencia de Enzo DeLuca en su vida.
Con cada giro en la cama, Lyra sentía cómo la ansiedad se apoderaba más de ella. Intentaba despejar su mente, concentrarse en la música o en cualquier otro pensamiento que no estuviera relacionado con Enzo DeLuca, pero era inútil. Su figura, su voz, sus ojos penetrantes seguían apareciendo una y otra vez en su mente, como si estuvieran grabados a fuego en su memoria.

Cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de encontrar algo de calma en medio del caos de sus pensamientos. ¿Qué era lo que Enzo DeLuca quería de ella? ¿Y por qué sentía una extraña conexión con él, a pesar de todo lo que sabía sobre su pasado y su reputación?

Lyra se obligó a enfrentar la verdad: estaba enredada en algo mucho más grande de lo que podía comprender. Y mientras

intentaba desentrañar el misterio que la rodeaba, una parte de ella temía lo que podría descubrir. Pero otra parte, la parte que ansiaba aventura y emoción, no podía evitar sentirse atraída por el peligro y el misterio que rodeaba a Enzo DeLuca.

Con un suspiro resignado, Lyra se dio cuenta de que no encontraría respuestas esa noche. Abrió los párpados y se quedó acostada boca arriba, permitiendo que la oscuridad y el silencio la envolvieran. No podía dejar de pensar en esos ojos de hielo, y al mismo tiempo tan ardientes. Todo Enzo de Luca exudaba una actitud gélida, distante, como el amo todopoderoso que domina desde las alturas. Y al mismo tiempo, parecía que el fuego emanaba de su aura, un incendio salvaje que amenazaba con hacerlo arder todo.¿Cómo podía un hombre ser tan frío y tan caliente al mismo tiempo?

Mientras reflexionaba sobre la fría y a la vez ardiente presencia de Enzo, Lyra se dio cuenta de que estaba perdiendo el control sobre sus propios pensamientos y emociones. ¿Cómo podía un hombre ser tan desconcertante, tan cautivador y tan peligroso al mismo tiempo?

Sus dudas se multiplicaban a medida que repasaba los eventos de la noche anterior. ¿Por qué Enzo la había contratado a ella, en lugar de a cualquier otra estudiante de música más talentosa y joven? ¿Qué buscaba realmente en ella?

Y luego estaba el misterio del concierto de piano N°1 de Mendelssohn. ¿Por qué Enzo había insistido en que lo interpretara una y otra vez? ¿Qué significado tenía esa pieza para él? Lyra se sintió desconcertada por la intensidad con la que Enzo había escuchado su interpretación, como si estuviera buscando algo más que simplemente música.

Pero lo que más la preocupaba era; ¿por qué a ella le obsesionaba tanto? ¿Por qué no podía dejar de pensar en él, incluso a estas horas de las madrugadas? Jamás había sentido eso por Mario

Rossi, mucho menos con otros hombres. Su experiencia era muy limitada en esa área.

Con un suspiro recordó que Enzo DeLuca durante mucho tiempo había sido su admirador secreto. Ese sexy desconocido que no se perdía ninguna de sus actuaciones, ese misterioso extraño que le regalaba las rosas más bellas que nadie le había comprado en su vida. Ese enigma delicioso que durante tanto tiempo la había deleitado.

Los recuerdos de esos momentos con Enzo DeLuca inundaron la mente de Lyra, creando una confusión aún mayor en su interior. Durante mucho tiempo, había sentido la presencia de un admirador secreto, alguien que la observaba desde las sombras, enviándole regalos y llenando su vida de misterio y emoción. Ese mismo misterio incluso le ofreció un breve alivio cuando la ruptura con el maestro Rossi la había angustiado tanto.

Pero ahora, ese admirador secreto se había revelado como nada menos que Enzo DeLuca, el poderoso capo de la familia DeLuca. La idea de que el hombre detrás de ese enigma delicioso fuera el líder de una organización criminal tan temida la llenaba de una mezcla de fascinación y temor.

¿Qué había cambiado desde entonces? ¿Por qué ahora se sentía tan inquieta, tan obsesionada con Enzo, cuando antes solo lo veía como un admirador lejano y misterioso? Lyra se sentía atrapada en un torbellino de emociones contradictorias, incapaz de encontrar respuestas claras a sus preguntas.

Por un momento, se permitió recordar los momentos de emoción y anticipación que había sentido cuando recibía los regalos de su admirador secreto. Recordó la emoción de descubrir quién era realmente Enzo DeLuca y la sorpresa de darse cuenta de que el hombre que tanto la había intrigado resultara ser alguien tan poderoso y peligroso.

Pero ahora, cuando en su cabeza unía la identidad de su admirador secreto con Enzo DeLuca, esa emoción se había transformado en algo más intenso, más profundo. Una fascinación peligrosa por el hombre que la había arrastrado a un mundo de secretos y misterios.

Cuando finalmente reparó en que su admirador secreto y Enzo eran la misma persona, un cosquilleo salvaje despertó entre sus piernas. Ahora su clítoris palpitaba furioso, necesitado, desesperado, al recordarse a sí misma tocando el concierto N°1 frente a la mirada hambrienta de Enzo DeLuca. Más temprano, mientras la música brotaba de sus dedos como un torrente furioso, ella también compartió algo con Enzo: un lazo silencioso, pero increíblemente ardiente. Una pasión sin límites ni necesidad de palabras, o de tacto.

Pero ahora Lyra sí necesitaba el tacto: necesitaba una presión sobre su clítoris palpitante, o de lo contrario se sentiría a punto de reventar. Necesitaba algo de fricción, necesitaba alivio…Lo necesitaba a Enzo, ahora mismo, tocándola, follándola. Pero tuvo que conformarse con sus propios dedos. Deslizó sus yemas contra su clítoris con movimientos circulares, y un golpe de placer la azotó desde la punta de sus pies hasta su nuca. Lyra se escuchó a sí misma gemir en la zelda de su cama, y arqueó la espalda en contra de su voluntad mientra sus movimientos se hacían más rabiosos, más desesperados. No recordaba la última vez que se había masturbado; pero se sentía bien. Se sentía tan bien cerrar los ojos y recordar a Enzo DeLuca observándola devorandola con la mirada mientras ella tocaba el piano. Se sentían tan bien sus dedos contra su clítoris empapado, los latidos en su interior aumentando más y más, empujándola a un orgasmo irrefrenable. Apretó los párpados y gimió de nuevo, el placer creciendo en sus músculos internos, retorciéndose ante la ausencia de algo. Ante la ausencia de Enzo, y la polla enorme que Lyra lo imaginaba portar. Se sentía tan bien que ahora mismo me llene, pensó ella mientras movía sus dedos más rápidos, más hambrientos. Lo necesitaba a Enzo; sus manos gigantes, su piel olivácea, sus ojos profundos, su voz grave

y su aura masculina.

Apenas capaz de controlar sus dedos, Lyra se masturbó con una desesperación primitiva, mascullando el nombre de Enzo entre gemidos agónicos. El placer subió y subió como una descarga eléctrica por su espina dorsal, y los latidos aumentaban a ritmo rabiosos. Se mordió los labios mientras su corazón se sentía a punto de reventar, y recordó una vez más ese rostro esculpido, impecable, esa voz de barítono ordenandole que toque para él, el aroma masculino de su pie, esa aura tan adictiva que la ponía al límite. Pero al borde dle rogasmo, Lyra fue más lejos; imaginó a Enzo poseyéndola, follándola, penetrándola hasta lo más profundo en esa cama gigante de su casona que daba al mar. Lo imaginó dominándola por completo, marcándola como suya, haciéndola gritar con un placer que nunca había experimentado.

Y así, el cuerpo de Lyra se retorció de placer en la oscuridad de su cuarto, su espalda arqueada y sus ojos abiertos de par en par, su boca en forma de O mientras gemía de gozo. Toda su carne erizada, su corazón acelerado, y los latidos de su clítoris deliciosamente contundentes.

El orgasmo la devastó, pero aún del todo no la dejó satisfecha. Lyra permaneció acostada, sola, rodeada de nada más que la negrura de su habitación. Con el aliento entrecortado y los latidos de su corazón y clítoris calmándose poco a poco, ella se sintió algo avergonzada. Como una adolescente tonta. ¿Realmente había hecho esto? ¿Realmente se había aliviado fantaseando con Enzo DeLuca?

Definitivamente me he vuelto loca, pensó mientras giraba en la cama y se cubría con la sábanas, lista para dormir.

Capítulo siete

Por la mañana, Lyra se despertó con una mezcla de ansiedad y emoción que le hizo dar vueltas en la cama durante unos minutos antes de levantarse. Sabía que tenía que ir al trabajo en la tienda de ropa, pero su mente estaba llena de pensamientos sobre Enzo DeLuca y la cita que tenía programada para esa noche.
Después de una ducha rápida y un desayuno ligero, se vistió con un traje sencillo pero elegante y salió hacia el trabajo. Mientras caminaba por las concurridas calles de Roma, el sonido de sus pasos se mezclaba con el zumbido de la gente y el tráfico, pero en su mente solo resonaban las palabras y la mirada de Enzo. Por primera vez en su vida llegó tarde al trabajo, lo que le ganó un regaño de la encargada. Eso hizo que la ligera culpa que Lyra todavía cargaba por lo que había hecho la noche anterior se multiplicara, ardiendo en su pecho.

Ya en la tienda de ropa, se sumergió en sus tareas diarias, pero cada vez que tenía un momento de tranquilidad, su mente volvía a Enzo. Se preguntaba qué significaba todo esto, por qué él la había elegido a ella de entre todas las personas. Se sentía como si estuviera atrapada en un torbellino de emociones que no podía controlar. atendía a los clientes y doblaba la ropa en los estantes, no podía dejar de pensar en Enzo DeLuca y en la cita que tenía programada para esa noche.

Cada vez que recordaba la mirada intensa de Enzo mientras ella tocaba el piano, un escalofrío recorría su espalda. Había algo en él que la intrigaba y la asustaba al mismo tiempo, una atracción magnética que no podía ignorar.

El día pasó lentamente, y Lyra se sintió aliviada cuando finalmente llegó la hora de cerrar la tienda. Mientras se despedía de sus compañeros de trabajo, no pudo evitar sentir un hormigueo de anticipación por la noche que tenía por delante.

Cuando salió a la calle, sacó su teléfono para comprobar la hora y vio que tenía un mensaje de Enzo. "Nos vemos esta noche", decía el mensaje, y Lyra sintió un escalofrío recorrer su columna

vertebral.Una deliciosa mezcla de anticipación con adrenalina y curiosidad.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Lyra se dirigió a su apartamento para prepararse para la cita. Se arregló con esmero, eligiendo cuidadosamente su atuendo y maquillaje. Quería lucir lo mejor posible para Enzo, aunque no estaba segura de por qué le importaba tanto lo que él pensara.
Cuando el reloj marcó las ocho en punto, Lyra se encontraba frente a su edificio, esperando nerviosamente la llegada de Alessandro. Finalmente, el lujoso auto negro apareció frente a ella, y Alessandro abrió la puerta para que entrara.
Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Lyra se subió al auto y se preparó para enfrentar lo que sea que la noche tuviera reservado para ella.

Alessandro le dio una sonrisa cortés cuando Lyra se subió al auto, cerrando la puerta con un suave golpe.

—Buenas noches, señorita —dijo con un tono formal pero amable mientras se deslizaba hacia el asiento del conductor.

Lyra le devolvió la sonrisa, aunque sus nervios aún estaban a flor de piel.

—Gracias, Alessandro —respondió, tratando de mantener la calma mientras el auto se ponía en marcha.

El viaje hacia la casona de Enzo en los viñedos al atardecer fue tranquilo, con solo el suave zumbido del motor y el susurro de las hojas de los árboles rompiendo el silencio. Lyra miraba por la ventana, observando cómo el sol se ponía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos y dorados.

A medida que se acercaban a la casona, Lyra sintió un escalofrío de emoción recorrer su cuerpo. La mansión se alzaba majestuosa frente a ella, con sus imponentes columnas y sus balcones

adornados con enredaderas florecientes. Parecía sacada de un cuento de hadas, y Lyra se preguntó qué secretos y se escondían dentro de sus muros arrullados por el oleaje del mar.

Cuando el auto se detuvo frente a la entrada principal, Alessandro abrió la puerta y Lyra salió, sintiendo el suelo bajo sus pies y el aroma a sal y viñedos en el aire. Miró hacia arriba, admirando la belleza de la casona iluminada por los últimos rayos de sol del día.

"El señor DeLuca la está esperando en el estudio", anunció Alessandro, indicando con un gesto hacia la puerta principal.

Lyra le agradeció con un gesto de cabeza y se dirigió hacia la entrada, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. No podía evitar sentir un hormigueo de anticipación por lo que le esperaba dentro.
Por supuesto, aquí tienes una versión extendida de la escena:

Con paso decidido y el corazón latiendo con fuerza, Lyra cruzó el umbral de la casona, dejándose envolver por la opulencia y el lujo del lugar. Los pasillos estaban adornados con elegantes cuadros y finas alfombras que cubrían el suelo de mármol. La luz cálida de las lámparas de araña daba un brillo dorado a cada rincón, creando una atmósfera de serenidad y elegancia.

A medida que avanzaba por los pasillos, Lyra se sentía como si estuviera entrando en un sueño. Había algo mágico en aquel lugar, algo que la transportaba a otro mundo, tan lejano a su rutina, pero no carente de peligro, Y a la vez, era ese peligro el fuego que avivaba la fantasía. Cada paso la acercaba un poco más al estudio, al piano y a Enzo DeLuca. Y también, cada paso despertaba entre sus piernas ecos de la noche anterior, una lujuria poderosa palpitando en su clítoris.

Finalmente, llegó a la puerta del estudio, una imponente puerta doble de madera maciza que parecía guardar secretos y promesas en su interior. Con un ligero temblor de emoción, Lyra empujó la

puerta y entró en la habitación.

El estudio estaba envuelto en penumbras, iluminado solo por la luz tenue de unas velas dispuestas estratégicamente por la habitación. El piano se alzaba en el centro de la estancia, bañado por la luz dorada de las velas, y Enzo DeLuca estaba de pie junto a él, su figura apenas visible entre las sombras.

Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda al verlo allí, en la penumbra, con su presencia imponente y misteriosa. Sin embargo, no pudo evitar sentir una oleada de emoción al encontrarse con él de nuevo, una mezcla de nerviosismo y anticipación que le aceleraba el corazón.

—Lyra —dijo Enzo, su voz resonando en la habitación con un tono profundo y seductor—. Estaba esperando tu llegada.

Lyra tragó saliva, tratando de controlar las mariposas revoloteando en su estómago y de alejar los pensamientos lascivos de su mente.

—Estoy aquí —respondió con voz firme, aunque en su interior estaba temblando de emoción.

Enzo se adelantó unos pasos, saliendo un poco de las sombras y revelando su figura alta y atlética. Un traje de terciopelo gris oscuro enmarcaba sus anchos hombros, sus brazos poderosos y sus piernas largas. Sus ojos oscuros brillaban con intensidad, fijos en Lyra como si pudieran leer sus pensamientos más íntimos.

—Me alegra verte de nuevo —dijo Enzo con un tono suave, pero cargado de significado y no carente de autoridad—. Ha sido un día difícil y realmente he contado los minutos para oír tu música de nuevo. Por favor, no te demores.

Lyra asintió, sintiendo la tensión en el aire entre ellos y un escalofrío subiendo por su columna. Lyra se acercó al piano, sintiendo la madera fría bajo sus dedos mientras se sentaba en el

taburete. La luz de las velas bailaba en las teclas, creando una atmósfera íntima a su alrededor. Cuando se sentó en el taburete, notó que estaba húmeda entre las piernas, y las palpitaciones se tornaban molestas.

—¿Qué te gustaría que toque esta noche? —preguntó Lyra, buscando la mirada de Enzo en la penumbra.

Enzo permaneció en silencio por un momento, sus ojos oscuros fijos en Lyra con una intensidad que la hizo estremecer.

—El concierto N°1. —dijo finalmente.

La respuesta la sorprendió, y al mismo tiempo no la sorprendió.

—¿No prefieres otra pieza? Conozco varias más.

—No —sentenció él con voz dominante, y encendió un cigarrillo.

Lyra asintió, sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo mientras colocaba las manos sobre las teclas del piano. Cerró los ojos y dejó que sus dedos comenzaran a danzar sobre el piano, dejándose llevar por la música y las emociones que la impulsaban.

Durante un tiempo que pareció eterno, Lyra se perdió en la música, permitiendo que cada nota la transportara a un lugar de pura emoción y pasión. El mundo exterior se desvaneció, dejando solo la música y la presencia de Enzo a su alrededor.

Cuando finalmente llegó al clímax de la pieza, Lyra dejó que las últimas notas resonaran en el aire, llenando la habitación con su poderosa melodía. Abrió los ojos lentamente, recuperando la conciencia de su entorno, y se volvió hacia Enzo, buscando su reacción con ansiedad.

Sin embargo, Enzo permaneció en silencio, su rostro impasible mientras la observaba con intensidad. Lyra se sintió desconcertada

por su falta de respuesta, preguntándose qué estaría pensando en ese momento.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Lyra, su voz temblorosa mientras esperaba.

—Puedes retirarte —sentenció él, y abandonó el estudio.
El eco de esas palabras resonó en la mente de Lyra, dejándola paralizada por un instante. No pudo evitar sentir una punzada de decepción y confusión al escuchar la respuesta de Enzo. ¿Qué había salido mal? ¿Por qué él la había hecho tocar solo para luego despedirla sin decir una palabra más?

Con el corazón pesado y el ánimo tambaleante, Lyra se puso de pie del taburete del piano, sintiendo el peso de la incertidumbre sobre sus hombros. ¿Acaso había interpretado mal sus expectativas? ¿O había algo más en juego que ella no alcanzaba a comprender?

Sin atreverse a cuestionar la decisión de Enzo, Lyra se encaminó hacia la salida del estudio, sintiendo el sabor amargo del desencanto en su boca. Mientras caminaba por los pasillos de la casona, se preguntaba qué le depararía el futuro y si alguna vez entendería los misterios que rodeaban a Enzo DeLuca.

Al salir al exterior, Lyra se detuvo un momento para contemplar el paisaje que se extendía ante ella. El sol poniente teñía el cielo de tonos dorados y rosados, pintando un cuadro de una belleza sublime. Pero por más hermoso que fuera el entorno, no podía borrar la sensación de confusión y desazón que la invadía.

Con un suspiro resignado, Lyra se encaminó hacia donde Alessandro la esperaba afuera, listo para llevarla de regreso a su departamento. Mientras se alejaban de la casona, Lyra se prometió a sí misma que no se dejaría vencer por la incertidumbre, que seguiría adelante con valentía y determinación.

Tampoco era como si Enzo DeLuca le hubiera dado otra alternativa.

Capítulo ocho.

La tarde se desvanecía lentamente en la villa DeLuca, tejiendo sombras que se extendían por los pasillos y el estudio donde Lyra se preparaba para tocar una vez más para Enzo, como venía haciendo todas las noches desde hacía un mes. Desde que comenzó esta peculiar rutina, la atmósfera en la mansión había adquirido una especie de magnetismo, una sensación de misterio y anticipación que parecía envolver cada rincón.

Con manos temblorosas pero determinadas, Lyra se sentó frente al piano, dejando que sus dedos se deslizaran sobre las teclas con una gracia natural. Cerró los ojos y se sumergió en la melodía familiar del concierto para piano N°1 de Mendelssohn, permitiendo que la música fluyera a través de ella como un río impetuoso.

Todas las noches, la misma petición. El mismo concierto para piano.

A medida que avanzaba en la pieza, Lyra se sentía transportada a otro mundo, un lugar donde solo existía ella y la música. Las notas cobraban vida bajo sus dedos, llenando el estudio con una sinfonía de emociones que se entrelazaban en el aire.

Enzo observaba en silencio desde las sombras, su mirada penetrante siguiendo cada movimiento de Lyra con una intensidad palpable. No había expresión en su rostro, pero Lyra podía sentir su presencia como una corriente eléctrica que la envolvía.

A medida que la música alcanzaba su clímax, Lyra se dejaba llevar por la pasión y la intensidad del momento, entregándose por completo al poder de la melodía. Una lujuria rabiosa electrificando toda su carne. Sus dedos danzaban sobre las teclas con una destreza y una sensibilidad asombrosas, creando una sinfonía que parecía emanar del fondo de su alma.

Lyra sabía que todas las noches Enzo le pediría la misma canción. Y todas las noches, la adrenalina que él despertaba en ella la obligaría a masturbarse hasta quedarse dormida. A una parte de ella eso la avergonzaba, pero al mismo tiempo, la excitación de tocar todas las noches frente a Enzo era adictiva, la mejor parte de su día.

Cuando finalmente llegó al final de la pieza, Lyra dejó que las últimas notas resonaran en el aire, llenando el estudio con su poderosa melodía. El silencio que siguió fue casi ensordecedor, y por un momento, todo pareció detenerse en el tiempo.

Las notas del concierto aun reverberaban en las paredes del estudio, aún languidecían en las yemas de Lyra. Y las palpitaciones en su clítoris aun la torturaban, presa del arrebato que le provocaba tocar aquella pieza frente a los ojos hambrientos

de Enzo DeLuca. Giró el cuello hacia él, todavía jadeante y su corazón acelerado, y esperó su reacción.

Lyra sintió un nudo en la garganta mientras él bajaba la mirada, preguntándose qué significaba ese gesto. Segundos después, Enzo se puso de pie y se encaminó hacia la puerta del estudio.

—Hasta mañana. Ocho en punto —sentenció él con su voz acaramelada y grave.

¿Estaba satisfecho con su interpretación, o simplemente estaba cumpliendo con una formalidad? Lyra no podía decirlo con certeza, pero una cosa era segura: ella no podía tolerarlo más.

—¿Eso es todo? —chilló ella, y al mismo tiempo no podía creer que había tenido la osadía de confrontarlo.

Pero no lo toleraba más. No toleraba más la falta de respuestas, no toleraba no comprender por qué la había elegido a ella, por qué la misma pieza noche tras noche. Y sobre todo, no podía tolerar la reacción que él despertaba en su cuerpo, y no podía tolerar otra noche de regresar a casa y complacerse a sí misma como una adolescente desbordante de hormonas.

Al oírla, Enzo DeLuca giró sobre sus talones. La expresión en su rostro evidenciaba que no estaba acostumbrado a que lo desafiaran; no era un hombre a quien le decían que no muy a menudo. De inmediato, el miedo erizó la carne de Lyra con una ola helada. Y la vez, ella sintió un extraño y excitante orgullo haber sido ella quien lo bajara de su pedestal.

Lyra sintió una oleada de frustración y desafío recorrer su cuerpo mientras se enfrentaba a Enzo en el estudio oscuro. Sus palabras salieron más agudas de lo que había planeado, pero ya no podía contener la tormenta de emociones que bullía en su interior.

Enzo la miró con una mezcla de sorpresa y desdén, sus ojos

oscuros reflejando la misma intensidad que siempre, pero también una pizca de curiosidad. Ahora su actitud perdía su frialdad, cobrando un fuego increíblemente dominante y masculino.

—¿Qué esperabas, Lyra? —respondió Enzo con calma, su voz resonando en el estudio como un eco lejano—. Tocaste la pieza como siempre lo haces. ¿Qué más hay que decir?

Lyra apretó los puños, sintiendo la frustración burbujear en su interior. No podía soportar más la falta de claridad, la sensación de estar atrapada en un juego en el que no entendía las reglas.

—Quiero respuestas, Enzo —exigió, su voz temblando con determinación—. No puedo seguir así, tocando la misma canción una y otra vez sin saber por qué. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Enzo la observó en silencio durante un momento, como evaluando sus palabras. Luego, dio un paso hacia ella, acercándose hasta que estuvieron a centímetros de distancia. Lyra pudo sentir el calor de su aliento en su rostro, pero no retrocedió. Una parte de ella se deleitó con ese aroma, y no pudo evitar el pensamiento fugaz de preguntarse cómo sería besar esos labios. Las cosquillas entre sus piernas se tornaron insoportables.

—Lo que quiero, Lyra, es que sigas tocando para mí —respondió Enzo, su tono bajo y cautivador—. Esa es nuestra dinámica, ¿no es así? Tú tocas, y yo escucho. Eso es todo lo que necesitas saber.

Lyra frunció el ceño, sintiéndose frustrada por su falta de claridad. Había esperado algo más, alguna pista sobre lo que Enzo estaba tramando, pero todo lo que recibió fue un muro de indiferencia.

—No puedo seguir así —insistió Lyra, su voz temblando con emoción—. Necesito saber qué es lo que realmente quieres de mí. ¿Por qué esta obsesión con esa canción?

Enzo la miró fijamente, sus ojos oscuros penetrando en lo más

profundo de su alma. Por un momento, Lyra sintió que podía ver a través de ella, que podía leer cada pensamiento y deseo que había mantenido oculto. Pero luego, esa mirada se desvaneció, reemplazada por una máscara de serenidad.

—Te lo dije, Lyra —respondió Enzo con suavidad—. Solo quiero que toques para mí. ¿Es tan difícil de entender?

Lyra apretó los dientes con frustración, sintiendo cómo la ira se acumulaba en su interior. No podía soportar más este juego de sombras y secretos. Necesitaba respuestas, y estaba determinada a encontrarlas, incluso si eso significaba enfrentarse a Enzo DeLuca cara a cara.

Él volvió a girar sobre sus talones, alejándose hacia la salida.

—Tú lo único que quieres es follarme —mascullό ella, enojada.

No creyó que Enzo pudiera escucharla, pero lo hizo. Ella lo supo cuando escuchó sus mocasines de cuero resonar como un tambor contra el linóleo del suelo. Lyra sintió una punzada de pánico acelerar su corazón, y vio a Enzo acercarse a ella con la velocidad de un depredador a punto de destrozar a su víctima. Paralizada, ella notó que no era solo miedo lo que sentía: una parte de ella se excitaba al verlo actuar así, tan hambriento, tan salvaje, tan implacable.

Él se detuvo a escasos centímetros de su rostro, los ojos encendidos como los de una bestia.

—¿Qué fue eso? —preguntó él.

—Nada —mascullό Lyra—. No importa.

Cogió su bolso, que reposaba junto al taburete del piano, y se preparó para salir al encuentro de Alessandro, pero Enzo la detuvo, envolviendole la muñeca con sus poderosas manos. No fue

un gesto violento, pero lo suficientemente brusco para que Lyra se detuviera y soltara un gemido de sorpresa. Los dos engarzaron miradas una vez más: debajo de la frialdad de Enzo había un fuego peligroso, uno que ella había encendido. Y la idea de afrontar las consecuencias de ese fuego no la asustaba…al contrario, Lyra ansiaba arder. Lo ansiaba con todo su cuerpo.

—Regresa al piano —ordenó él con un susurro ronco.

Algo en esa voz la doblegó a obedecer. Con las palpitaciones ardiendo entre sus piernas y el corazón acelerado, Lyra dejó su bolso de nuevo en el suelo y caminó hacia el piano. Se sentó con lentitud al taburete mientras percibía a Enzo de pie detrás de ella.

—Toca de nuevo. —Volvió a ordenar Enzo con su voz dominante — .Ya sabes qué.

Lyra tragó saliva y asintió. Una vez más, el concierto N°1 de Mendelssohn brotó de las yemas de sus dedos. Pero esta vez, el deseo amplificado por mil debajo de su piel, sabiendo que Enzo estaba casi pegado a su espalda. Con cada nota los latidos en su clítoris aumentaban, y una neblina de calor la rodeó. intentó concentrarse en la música, pero percibió a Enzo agachándose detrás de ella, su aliento acariciándole el oído y despertándole una nueva ola de escalofríos y cosquillas ardientes.

—¿Qué has dicho antes? —susurró Enzo en su oído con un susurro tan autoritario como seductor—. ¿Que yo solo quiero follarte? —Una risita cruel mientras Lyra seguía tocando la pieza —. Mi querida Lyra, si yo quisiera follarte ya lo hubiera hecho mil veces.

Al oír eso, Lyra creyó que ya no podía tolerar las ansias que palpitaban en su interior, las palpitaciones tan violentas entre sus piernas. Tomó un respiro hondo y se concentró en seguir tocando, en seguir ejecutando el concierto de manera impecable.

Pero era imposible ignorar los susurros calientes en su oído, las caricias de esa voz tan grave empujándola al límite. La tensión era insoportable, y Enzo rio de nuevo en su oído, como una bestia sádica disfrutando de acorralar a su presa.

Cambió de oreja, y ahora él susurraba en su oído derecho mientras ella continuaba tocando el piano.

—Yo creo que tú quieres que te folle —dijo él con otro susurro grave que acarició su lóbulo y despertó nuevas olas abrasantes en su cuerpo—. Creo que mueres por ello…y ahora mismo estás frustrada porque no lo he hecho.

—Estás demente —farflló ella con el aliento entrecortado, usando el ultimo atisbo de autocontrol que le quedaba para seguir tocando la pieza sin errores.

—¿Lo estoy? —dijo Enzo con fingida inocencia.

Durante unos instantes tortuosos, Lyra se preguntó qué ocurriría. La anticipación la estaba asesinando, así como un deseo que ningún otro hombre jamás había despertado en ella. Estaba a la completa y total merced de Enzo DeLuca, y eso le encantaba. Mientras la música seguía bañando el estudio, Lyra sintió las manos de Enzo deslizarse por delante de su cuerpo.

—Sigue tocando —le ordenó, y ella obedeció.

La mano de él bajó por su cuerpo, delante de su pecho y de su vientre, apenas rozándole el vestido, sin tocarla, pero aún así Lyra sintió un escalofrío al percibir el calor ardiente que emanaba de su mano. Pudo haberlo detenido; pudo haber dejado de tocar el piano y apartado su mano, pudo haber gritado, peleado, resistido. Pero Lyra no lo hizo; tan solo tragó saliva y sintió su corazón golpear duro contra sus costillas mientras la mano de Enzo le alzaba la falda del vestido y la tocaba entre las piernas. Ella se estremeció cuando las yemas de sus dedos le rozaron por encima d ela ropa

interior, pero no dejo de tocar. Escuchó a Enzo soltar otra risita que acarició sus oídos y le despertó otro escalofrío.

—Estás tan mojada…parece que deseabas esto.

Lyra no dijo nada; siguió tocando el piano mientras los dedos de Enzo ahora se deslizaban bajo su ropa interior. Cuando encontraron su clítoris, empapado y ultra sensible por los latidos furiosos, Lyra soltó un gemido.

—No dejes de tocar —le ordenó él con otro susurro ronco, mientras sus dedos aceleraban el ritmo y le masajeaban el clítoris con deliciosos movimientos circulares.

Lyra soltó un sonido incomprensible, y abusó de toda su fuerza de voluntad y autocontrol para seguir ejecutando el concierto de piano N° 1 mientras Enzo la masturbaba. y el desgraciado lo hacía tan bien…sabía como mover sus dedos, sabía el ritmo perfecto para que las pulsaciones de placer la golpearan en todo el cuerpo.

—Eres un bastardo —Lyra apretó los dientes, apenas capaz de controlar sus manos sobre las teclas cuando el placer la azotaba tan duro.

—Si quieres me detengo —dijo él con un tono de voz tan irritante, tan exquisitamente dominante.

Lyra no dijo nada: sentía que si Enzo se detenía ella moriría de frustración. No, el placer estaba creciendo tan perfecto, a un ritmo tan delicioso..construyendo las bases para un orgasmo devastador. tal vez el más intenso de toda su vida. Toda su carne cosquilleando con ardor, y Enzo no se detenía. Sus dedos le masajeaban el clítoris cada vez más rápido, y ella estaba tan empapada que la fricción era exquisita. Estaba cerca, tan cerca…Lyra sintió el impulso de girar el cuello y besar a Enzo…besarlo mientras sus manos la torturaban.

Logró contenerse, pero tan solo ese pensamiento fue suficiente para hacerla acabar. Lyra perdió el control de sus manos y el dio un fuerte golpe a las teclas, uno que interrumpió la melodía. Ahora eran sus gemidos desesperados lo que reverberaba en las paredes del estudio, el placer golpeándola con una fuerza brutal, mientras Enzo daba los últimos toques de sus dedos y Lyra se sentía explotar por completo. Era increíble lo bien que sentía; mil veces mejor que con Rossi, toda su carne ardiendo y explotando, retorciéndose con un placer oscuro e intenso.

Con otro gemido agónico, Lyra dejó caer su cuerpo hacia adelante, rendida. Descansó su mejilla sobre el piano y Enzo retiró la mano de entre sus piernas. Ella todavía estaba recuperando el aliento cuando escuchó sus pasos alejarse un poco. Agotada por el orgasmo que aún latía con suavidad en su interior, ella abrió los párpados. encontró a Enzo de pie junto al piano,saboreando sus propios dedos.

—Eres deliciosa —dijo él con una sonrisa satisfecha y confiada. Lyra estaba a punto de maldecirlo cuando él se encaminó hacia la salida—. Mañana a las ocho. Puntual.

Mañana no estaré aquí, pensó Lyra mientras el orgasmo aún languidecía en sus interiores con un latido suave.

Capítulo nueve

Lyra se encontraba detrás del mostrador de la tienda de ropa, doblando cuidadosamente prendas y atendiendo a los clientes con una sonrisa educada, pero fingida. Sin embargo, su mente estaba en otro lugar, perdida en un torbellino de pensamientos y emociones que la atormentaban sin descanso.

No podía dejar de repetir una y otra vez lo que había ocurrido la

noche anterior, de esos dedos poderosos e increíbles empujándola a un éxtasis que nunca había experimentado antes,Desde que había comenzado a “trabajar” para Enzo DeLuca, su vida había dado un giro inesperado. Cada noche, cuando tocaba el piano para él en aquella misteriosa mansión, Lyra se sentía cautivada por la presencia magnética de Enzo, pero también atormentada por la incertidumbre de sus propios sentimientos.
Pero anoche…anoche había cruzado un límite que jamás debió cruzar.Acaso se había vuelto loca? ¿Qué se había apoderado de ella para dejar que un tipo tan peligroso como Enzo DeLuca le pusiera las manos encima? ¿Por qué no se había resistido?

Y lo peor de todo era que lo había disfrutado ... .había gozado como una loca cuando él la masturbó. Una parte de ella se volvía a estremecerse al recordar esas manos ansiosas y expertas sobre su clítoris empapado…una parte de ella ansiaba repetirlo…incluso ir más lejos.

Definitivamente, se había vuelto loca.

Se preguntaba si era posible sentirse atraída por alguien tan peligroso como Enzo, si era seguro permitirse sentir algo por un hombre cuyas intenciones seguían siendo un misterio para ella. Temía lo que podría significar entregarse a ese tipo de pasión, pero al mismo tiempo, no podía negar la atracción que sentía hacia él, una atracción que la consumía día y noche.

En medio de sus dudas y temores, Lyra se sintió abrumada por la necesidad de escapar, de alejarse de ese mundo de sombras y secretos que la envolvía. Sí, debía escapar. Escapar del embrollo en el cual se había metido antes de que las consecuencias fueran peores. Había tenido la valentía de cortar su relación tóxica con Mario Rossi, ahora debía aunar la misma valentía para alejarse de Enzo de Luca.

Aunque era más que obvio que Enzo DeLuca era un monstruo completamente diferente a Rossi. No sería tan fácil abandonarlo.

Especialmente porque una parte de ella sentía que moriría si lo abandonaba, si no volvía a sentir esa voz aterciopelada susurrando en su oído, o ver esos ojos de hielo, y a la vez tan fogosos, escudriñándola. No podía imaginar su vida tocando el concierto para piano N°1 de Mendelssohn para nadie más que Enzo.

Pero debía ser fuerte. ser fuerte y pensar en su propio bienestar. Involucrarse con la mafia fue una idea horrenda desde un principio, y Lyra se preguntaba si no era demasiado tarde para ponerse a salvo.

Lyra se encontraba en medio de un dilema angustioso, atrapada entre el deseo de seguir a Enzo y la necesidad de protegerse a sí misma. Por un lado, estaba la atracción magnética que sentía hacia él, esa conexión profunda que había surgido entre ellos desde el primer momento en que se conocieron. Por otro lado, estaba la realidad de lo que significaba estar involucrada con alguien como Enzo DeLuca, alguien cuyo mundo estaba lleno de peligros y secretos insondables.

A medida que repasaba mentalmente sus opciones, Lyra se dio cuenta de que no podía ignorar la advertencia que resonaba en su interior. Sabía que seguir a Enzo solo la llevaría a un camino oscuro y peligroso, uno del cual podría no ser capaz de escapar. Pero al mismo tiempo, el miedo a perderlo la paralizaba, como si la idea de dejarlo fuera a arrancarle el corazón.

Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de encontrar la fuerza para tomar una decisión. Sabía que no podía permitirse seguir siendo arrastrada por sus emociones, que necesitaba ser racional y pensar en su propio bienestar. Pero cada fibra de su ser anhelaba la presencia de Enzo, anhelaba el calor de su cuerpo y el sonido de su voz.

Finalmente, con un suspiro resignado, Lyra se prometió a sí misma que tomaría el control de su destino. No permitiría que el miedo o la incertidumbre la dominaran. Si quería mantenerse a salvo, debía

alejarse de Enzo, sin importar lo difícil que fuera. Aun si eso incluía perder su beca.

Decidida a seguir adelante, Lyra salió de la tienda, dejando atrás el mundo de sombras y secretos que la había envuelto. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero también sabía que valía la pena luchar por su propia libertad y su propia felicidad. Prefería perder la beca y renunciar a sus sueños que obtenerla gracias a la mafia.

El atardecer teñía las calles de Roma de un precioso tono rosado, y Lyra busco el móvil de su bolsillo. En un poco más de cuarenta minutos, Alessandro estaría en la puerta de su apartamento, listo para llevarla a la casona de DeLuca como todas las noches.

Y por primera vez, ella faltaría a su cita.

En un impulso repentino, Lyra decidió dirigirse al conservatorio de música, el único lugar donde se sentía verdaderamente libre. Sin mirar atrás, se deslizó por las calles de la ciudad, sintiendo el aire fresco de la noche acariciar su rostro mientras corría hacia su refugio secreto.

En el conservatorio estaría a salvo, podía buscar una sala de ensayos vacía y tocar el piano hasta la madrugada. Alessandro no la encontraría allí. En el peor de los casos, podía dormir en algún rincón del conservatorio, en algún aula vacía, y regresaría a casa cuando se sintiera segura.

¿Y mañana? ¿Realmente podría esconderse en el conservatorio para siempre?

No importa mañana, se dijo para sus adentros mientras la ansiedad crecía en su pecho. Esta noche tenía un refugio, mañana encontraría otro. Mañana trazaría otro plan. Lo importante era escapar de Enzo, escapar de esas sensaciones tan intensas y peligrosas que él había despertado en ella.

Lyra se encontraba en medio de un torbellino de emociones mientras corría por las calles de Roma hacia el conservatorio de música. Cada paso que daba la acercaba un poco más a su refugio, un lugar donde podía dejar atrás sus preocupaciones y perderse en la música.

Cuando finalmente llegó al conservatorio, Lyra se apresuró a entrar en el edificio silencioso y oscuro.A medida que se adentraba en el conservatorio, el sonido de sus propios pasos resonaba en los pasillos vacíos, recordándole la soledad de la noche. Pero también había algo reconfortante en ese silencio, algo que la hacía sentir segura y protegida.

Finalmente, encontró una sala de ensayos vacía y se dirigió directamente al piano. Sin dudarlo, se sentó frente al instrumento y dejó que sus dedos acariciaran las teclas, dejándose llevar por la melodía que fluía de su corazón. Una sensación de paz la envolvió mientras dejaba que sus dedos danzaran sobre las teclas.

Con cada nota que tocaba, Lyra sentía una liberación, como si estuviera desprendiéndose de las cadenas que la ataban a Enzo y a todo lo que representaba. Por un momento, se permitió olvidar sus preocupaciones y simplemente perderse en la música, dejando que esta la envolviera y la llevara a un lugar de pura emoción y pasión.

Horas pasaron volando mientras Lyra tocaba el piano, completamente absorta en su arte. Había encontrado un momento de paz en medio del caos que había dominado su vida últimamente. Pero al mismo tiempo, sabía que no podía esconderse para siempre. Tarde o temprano, tendría que enfrentar la realidad y tomar decisiones difíciles sobre su futuro. Sin embargo, por ahora, estaba agradecida por este breve respiro y por la oportunidad de encontrar consuelo en la música.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la música, permitiendo que cada nota expresara las emociones que había estado guardando en lo

más profundo de su corazón. En ese momento, no había temor ni duda, solo la pura y ardiente pasión de la música que fluía a través de ella.

Por un instante, Lyra olvidó todas sus preocupaciones y miedos, sumergiéndose en un mundo de melodías y armonías que la transportaban a un lugar donde nada más importaba. Era como si el piano fuera su único refugio, su única salvación en un mundo lleno de incertidumbre y peligro.

Y mientras tocaba, Lyra se dio cuenta de que no dejaba de pensar en Enzo de Luca. Una parte primitiva de ella ansiaba volverlo a ver, lo necesitaba. La misma parte que se lamentaba de no estar tocando el concierto N°1 de piano para él en este mismo instante, la parte que ansiaba por esos ojos oscuros y esas manos cálidas y fuertes. La parte que ansiaba sentir el aroma masuclino de su piel envolviendola, esa aura peligrosa y al mismo tiempo reconfortante observándola entre las sombras.

A pesar de su determinación inicial de escapar de Enzo y de todo lo que representaba, Lyra se encontraba dividida entre dos mundos opuestos: el deseo de liberarse de su influencia y la anhelante necesidad de estar cerca de él una vez más. Cada nota que tocaba en el piano parecía evocar su presencia, recordándole la intensidad de sus encuentros pasados y despertando una mezcla de emociones en su interior.

Por un momento, se permitió sumergirse en esos recuerdos, reviviendo las sensaciones que lo acompañaban. Recordaba el calor de su mirada, la cadencia de su voz, el magnetismo que lo rodeaba. Era como si estuviera atrapada en un hechizo, incapaz de resistirse a la poderosa atracción que sentía hacia él.

Pero al mismo tiempo, una voz en su interior le recordaba las razones por las cuales había decidido escapar. Sabía que involucrarse más profundamente con Enzo solo traería más problemas y peligros a su vida. Se recordaba a sí misma la

promesa que se había hecho de protegerse a sí misma y de buscar su propio bienestar, incluso si eso significaba alejarse de él.

Mirando la hora en su móvil, Lyra se dio cuenta de que ya era tarde. La noche había avanzado más de lo que había pensado, y sabía que debía regresar a casa antes de que alguien necesitara la sala. Con un suspiro resignado, cerró la tapa del piano y se levantó de su asiento, sintiendo el peso de la indecisión en sus hombros mientras se preparaba para enfrentar la realidad una vez más.

Mientras Lyra cogía su bolso y salía del conservatorio, una punzada de miedo se hundió en su pecho. Miró en todas las direcciones, asegurándose de que Alessandro no estuviera acechándola desde algún rincón. Pero después de una rápida inspección, Lyra no encontró rastros de Alessandor, ni de ningún hombre sospechoso. Tomó un respiro hondo y se tranquilizó, lista para regresar a casa.

Mientras se adentraba en la tranquila calle, una sensación de alivio la envolvió. Había encontrado consuelo en la música, pero ahora debía enfrentarse nuevamente a la realidad de su vida. Sin embargo, su breve momento de calma se vio interrumpido por la repentina aparición de una figura familiar al final de la calle.

El corazón de Lyra dio un vuelco cuando reconoció al Maestro Rossi, parado frente a ella con una expresión que no auguraba nada bueno. Sus ojos oscuros la miraban con intensidad, y Lyra pudo sentir la tensión en el aire mientras se acercaba a ella con paso firme.

—Lyra —dijo Rossi, su voz cargada de emociones reprimidas—. ¿Qué estás haciendo aquí a esta hora?

Lyra se tensó ante su presencia, sintiendo un nudo en el estómago mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para responder.

—Estaba... estaba practicando en el conservatorio —balbuceó, su voz apenas un susurro—. ¿Qué haces tú aquí?

Rossi frunció el ceño, claramente insatisfecho con su respuesta.

—He estado tratando de localizarte todo el día —dijo él, su tono lleno de frustración—. He intentado llamarte, pero no respondías. ¿Qué está pasando, Lyra? ¿Por qué has estado evitándome?

Lyra se mordió el labio, luchando por encontrar una excusa creíble. Sabía que no podía revelarle la verdad sobre su encuentro con Enzo DeLuca, ni tampoco sobre su decisión de alejarse de él. Pero tampoco podía mentirle directamente.

—He estado ocupada con mis estudios —respondió finalmente, tratando de mantener la calma—. He tenido mucho que practicar últimamente.

Rossi la miró con escepticismo, como si pudiera leer sus pensamientos.

—No me estás diciendo toda la verdad, Lyra —dijo él con firmeza —. Sé que algo está pasando. ¿Qué está sucediendo realmente?

Lyra se sintió acorralada por sus preguntas, pero sabía que no podía revelar demasiado. Decidió desviar la conversación hacia otro tema, esperando poder salir de esa situación incómoda.

—Debo irme, Maestro Rossi —dijo con un tono apresurado—. Tengo que volver a casa.

Rossi la observó con atención durante un momento más, y ella sintió que la ansiedad la instaba a huir. Durante un breve instante, Rossi le pareció más peligroso que Enzo. Ella estaba alejándose cuando un dolor agudo le aprisionó la muñeca; era Rossi sujetándola con fuerza.

—¡Me estás lastimando! —chilló ella, forcejeando en vano. Rossi se negaba a liberarla.

—Hay muchas cosas que necesitamos discutir —dijo él, aunque su tono seguía siendo firme.

—¡No tengo nada que discutir contigo! Déjame en paz.
—¿Crees que puedes desechar así como si nada? —protestó él entre dientes apretados— ¿Realmente crees que vas a llegar muy lejos sin mi ayuda?

Presa de una rabia que Lyra jamás creyó sentir, ella lanzó un violento movimiento con su mano libre, asestándole un sonoro bofetón en el rostro de Rossi. Eso la obligó a soltarla.

—¿Quién crees que eres? —farfulló él, presionándose la mejilla golpeada con la palma de su mano.

Lyra retrocedió unos pasos, respirando agitadamente, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho. La adrenalina recorría su cuerpo, y su mente estaba llena de confusión y miedo. No esperaba que la confrontación con Rossi llegara a ese nivel de violencia, y ahora se encontraba en una situación aún más complicada de la que estaba antes. Solo una cosa estaba clara en su mente: ya no permitiría que nadie la controlara o la manipulara jamás.

—No vuelvas a tocarme —advirtió Lyra, con voz temblorosa pero firme—. No tienes derecho a retenerme ni a acosarme de esta manera.

Rossi la miró con furia contenida, sus ojos brillando con una intensidad peligrosa.

—No puedes escapar de mí tan fácilmente, Lyra —dijo él, su voz baja y amenazante—. Tienes mucho que perder si intentas alejarte de mí. ¿Crees que una concertista mediocre como tú llegará podrá

triunfar sin mi apoyo?

Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda ante las palabras de Rossi. Sabía que él tenía el poder de hacerle daño, tanto en su carrera como en su vida personal. Pero también sabía que no podía permitir que él la controlara de esa manera.

Y en medio del caos, Lyra tuvo un momento de claridad: hombres como Rossi eran mil veces más peligrosos que hombres como Enzo DeLuca, pues se acercan a ti con una fachada falsa. Dulces, tiernos, ofreciendo un apoyo incondicional, pero cuando la máscara cae, tú no eres más que una esclava. Hombres como Rossi son como vampiros, pensó Lyra. Roban tu vida, tu alegría, tu felicidad, y dejan solo una cáscara vacía de ti cuando ya no tienen más que tomar. Son abusadores natos buscando a su próxima víctima.

En cambio Enzo DeLuca…Enzo nunca fingió ser nada que no era. Nunca escondió su aura de peligrosidad. Nunca mintió. Y sobre todas las cosas: nunca había hecho nada que ella no deseara,

—No necesito tu ayuda, Maestro Rossi —declaró Lyra, con determinación en su voz—. Puedo cuidar de mí misma. Y si vuelves a acosarme de esta manera, no dudaré en tomar medidas legales en tu contra.

Rossi la miró con incredulidad, y Lyra se apresuró a poner distancia entre ellos. Ella estaba a punto de girar sobre sus talones y darle la espalda para regresar a casa, cuando algo le advirtió que estaba en peligro.En una fracción de segundo notó a Rossi abalanzarse hacia ella con el puño cerrado. Iba a golpearla, y no había forma de detenerlo. En forma instintiva, Lyra alzó sus manos delante de su rostro para protegerse, cuando algo se intruso entre ellos. Cuando ella abrió los ojos vio que un hombre golpeaba a Rossi, la sangre brotando escarlata de su nariz y salpicando el pavimento.

Lyra quedó atónita por un momento, observando la escena ante ella con incredulidad. El hombre que había intervenido para protegerla, aunque no podía ver claramente su rostro en la oscuridad, irradiaba una presencia imponente y decidida. pronto descubrió que era Alessandro. Rossi yacía en el suelo, sujetándose la nariz ensangrentada, mientras Alessandro se mantenía erguido, con los puños aún en guardia.

Lyra retrocedió unos pasos y su espalda chocó contra alguien. Unos brazos la envolvieron en forma protectora y ella giró el cuello. Era Enzo DeLuca.

—¿Estás bien? —preguntó él su voz profunda resonando en el aire nocturno como música en los oídos de Lyra.

Lyra asintió con la cabeza, todavía en estado de shock por lo que acababa de presenciar.Aunque era innegable que verlo a Enzo la hizo sentir a salvo. Ahora Enzo se dirigió a Rossi, que recibía las furiosas patadas de Alessandro con el cuerpo hecho un ovillo sobre el cemento.

—Vuelves a tocarla y te mato —sentenció con un tono de voz tan frío como implacable. Lyra sintió un escalofrío al escucharlo—. ¿Me oyes? Ella es mía.

Lyra se estremeció ante las palabras de Enzo, su tono lleno de autoridad y determinación. Sentía que algo en su interior se encogía ante la intensidad de sus palabras, pero al mismo tiempo, una extraña sensación de seguridad la envolvía al escucharlo hablar en su defensa.

Mientras Alessandro continuaba golpeando a Rossi en el suelo, Enzo cogió a Lyra de la mano y la alejó de la escena con paso decidido. Ella no tuvo más opción que seguirle el paso.

—No lo mates —masculló ella mientras Enzo la conducía hacia el auto.

—Como quieras —respondió él. incapaz de esconder su disgusto. Miró hacia atrás, le hizo un gesto a Aleesandor y él detuvo sus golpes.

Lyra asintió lentamente, aún procesando lo que acababa de presenciar. No podía negar que se sentía a salvo en presencia de Enzo, pero al mismo tiempo, la idea de pertenecerle le resultaba desconcertante y perturbadora. Enzo asintió con gesto serio, como si fuera consciente del efecto que tenía sobre ella. Sin embargo, no dijo nada más, simplemente la condujo hacia el coche y abrió la puerta para que entrara. Lyra se deslizó en el asiento trasero, sintiendo un torbellino de emociones en su interior.

Mientras el coche se alejaba de la escena, Lyra se preguntaba qué significaba realmente ser "de Enzo". Y más importante aún, ¿estaba dispuesta a aceptar las consecuencias de estar bajo su protección?

Miró una última vez a Rossi, quien todavía estaba recostado en el suelo con la cara hinchada y ensangrentada. Alessandro se unió a ellos y condujo el auto rápidamente por las calles de Roma.

El interior del lujoso automóvil negro estaba impregnado de un aura tensa y cargada de emociones. Lyra se sentía atrapada entre la adrenalina de lo que acababa de presenciar y la incertidumbre sobre lo que vendría a continuación. Mientras el vehículo se deslizaba por las calles iluminadas de Roma, y se alejaba de la capital, el silencio pesaba en el aire, interrumpido solo por el suave murmullo del motor.

Lyra se recostó en el asiento, sintiendo el frío cuero bajo sus manos temblorosas. Las imágenes de la confrontación con Rossi se reproducían una y otra vez en su mente, como si quisieran atormentarla con sus recuerdos vívidos. Se aferró al respaldo del asiento, tratando de controlar el temblor que recorría su cuerpo.

Enzo permanecía en silencio en el asiento delantero, su perfil apenas iluminado por las luces de la ciudad que se filtraban por las ventanas. Lyra no podía ver su expresión, pero podía sentir su presencia poderosa y dominante a su lado. Una parte de ella se sentía agradecida por su intervención salvadora, pero otra parte se preguntaba qué implicaba realmente ser "de Enzo", como había dicho.

Finalmente, después de unos minutos que parecieron una eternidad, Enzo rompió el silencio.

—Lo siento por lo que has tenido que presenciar esta noche, Lyra —dijo, su voz suave pero firme—. No deberías haber estado expuesta a esa situación.

Lyra levantó la mirada hacia él, encontrándose con su mirada intensa a través del espejo retrovisor. Por un momento, se sintió atrapada en su escrutinio, como si pudiera leer sus pensamientos más profundos con solo una mirada.

—¿Adónde vamos? —respondió Lyra, su voz temblorosa.

Durante un breve momento, la tensión pareció disiparse ligeramente. Sin embargo, había algo más en los ojos oscuros de Enzo, algo que Lyra no podía descifrar por completo. Se preguntaba qué pasaría ahora, qué significaría esta experiencia para su relación con Enzo y para su propia seguridad en el futuro.

—Has faltado a nuestra cita. —Fue lo único que respondió él.

Mientras el coche continuaba su camino a través de los familiares viñedos que rodeaban la casona DeLuca, Lyra se aferró a la certeza de que su vida había dado un giro inesperado y que tendría que enfrentar las consecuencias de estar vinculada a Enzo de Luca, el hombre cuyo poder y misterio la envolvían como una sombra impenetrable. Cuando el auto finalmente se detuvo en el umbral, Alessandro y Enzo bajaron primero. Ella sentía las piernas

demasiado débiles para dar siquiera un paso; el miedo y la tensión acumulada del día había hecho estragos en ella. Apenas se sentía capaz de pensar. Alessandro abrió la puerta y Enzo le ofreció la mano para bajar.

Los ojos de Enzo le ofrecieron un reconfortante alivio, y ella cogió su mano.

—Estoy demasiado débil para tocar el piano ahora —susurró ella, un poco asustada.

Era obvio que Enzo DeLuca no aceptaba un no como respuesta, ¿que ocurriría si ella lo desafiaba por segunda vez? ¿Alessandro la golpearía como habían golpeado a Rossi delante de sus ojos?

Sin embargo, ella encontró en la mirada de Enzo una comprensión inusitada; como si el hielo se derritiera.

—Está bien —respondió Enzo.

Lyra sintió que su corazón volvía a latir con fuerza. y cuando menos lo esperaba, Enzo se agachó hacia ella y la alzó en sus brazos. De esta manera la transportó dentro de la casona, y escaleras arriba, hasta conducirla al mismo dormitorio donde ella había despertado por primera vez. La cama estaba prolijamente tendida con spabanas de satén de color claro, y el aroma salado del mar envolvía el dormitorio como un sueño. Enzo la depositó sobre la cama con una ternura inesperada, y se alejó unos pasos para entornar el ventanal. En ese momento, Lyra exploró su espalda ancha, su altura imponente, y algo en su aura la hizo sentir a salvo.

Si, Enzo DeLuca era un monstruo, pero ella se sentía a salvo en su presencia, aunque sonara como una locura.

Enzo giró y sus miradas se engarzaron. A pesar de lo agotada que estaba, Lyra sintió que una urgencia ardiente despertaba en su interior.

—Ahora descansa —le dijo él, acercándose unos pasos hacia la cama. Lyra sintió que su corazón dio un vuelco ante la cercanía, pero su cuerpo estaba demasiado cansado para actuar. O para pedirle explicaciones a Enzo.

Simplemente sintió cómo sus párpados se hacían pesados, y hasta el último de los músculos se relajaba sobre la suavidad de ese colchón y con el rugir del mar a la distancia.

Justo antes de quedarse dormida, a Lyra le pareció que Enzo le depositaba un suave beso en la frente.

Capítulo diez

Lyra despertó de pronto y lo primero que sinti´po fue que estaba atrapada en un remolino de emociones contradictorias. Por un lado, se sentía aliviada de haber escapado del peligroso encuentro con Rossi y de estar bajo la protección de Enzo y Alessandro. Pero por otro lado, se enfrentaba a la realidad de haber faltado a su cita con Enzo, lo que seguramente tendría consecuencias.

Lyra se encontraba acostada en la cama, rodeada por la suavidad de las sábanas y el cálido abrazo del edredón. El recuerdo de Enzo depositando un beso en su frente antes de quedarse dormida todavía resonaba en su mente, como un destello de luz en medio de la oscuridad que la envolvía. Pero a medida que la claridad de la vigilia la abrazaba, también surgían las dudas y los temores que la habían perseguido durante tanto tiempo.

Se sentó en la cama, dejando que sus pies tocaran el suelo con suavidad. El dormitorio estaba iluminado por la luz suave de las lámparas, pero afuera todavía era de noche. Miró el reloj: eran las cuatro ela madrugada, pero ella se sentía despierta. Lyra respiró profundamente, tratando de calmar la tormenta de pensamientos que se agitaba en su interior.

¿Qué significaba todo esto? ¿Qué papel jugaba ella en la vida de Enzo DeLuca? Y más importante aún, ¿podía confiar en él? La idea de estar vinculada a un hombre tan poderoso y misterioso como Enzo la llenaba de una mezcla de fascinación y miedo.

Se levantó de la cama y se dirigió al ventanal, dejando que sus ojos se perdieran en el paisaje de los viñedos que se extendía más allá de la ventana. La belleza de la madrugada era hipnotizante, pero Lyra sabía que detrás de esa aparente serenidad se escondían secretos oscuros y peligrosos.

Incapaz de volver a conciliar el sueño, deambuló por la lujosa casona DeLuca, dejando que sus pies la guiaran por los laberínticos pasillos. La mansión estaba envuelta en un silencio casi palpable, interrumpido solo por el suave murmullo del viento que se colaba por las ventanas entreabiertas. Cuando llegó a unas escaleras, dos guardias de traje negro se sobreslataron al verla. Ella se sobresaltó todavía más; el miedo de la escena con Rossi aun languidecía en su cuerpo. Pero en cuanto reconocieron su rostro los hombres se relajaron y la dejaron bajar por las escaleras. Cada paso que daba resonaba en el suelo de mármol, como un eco de sus propios pensamientos tumultuosos.

¿Por qué la dejaban deambular como si este fuera su hogar?

Lyra se detuvo frente a una de las numerosas puertas que se alineaban a lo largo del pasillo. Dudó por un momento antes de girar el pomo y adentrarse en la habitación. Era el estudio donde ella solía tocar para Enzo, inundado por la luz tenue de las lámparas de pie que iluminaban el espacio. En el centro, el majestuoso piano de cola blanco se alzaba como un monumento a la música.

Sin pensarlo dos veces, Lyra se acercó al piano y se sentó frente a él. Sus dedos acariciaron las teclas con delicadeza, como si estuvieran buscando la melodía perfecta en medio del silencio. La música fluía de sus manos con una naturalidad sorprendente, llenando la habitación con su poderosa presencia.

Cada nota resonaba en el aire como un eco de sus propias emociones, reflejando la tormenta que se agitaba en su interior. Era como si el piano fuera su único refugio en medio de un mundo lleno de incertidumbre y peligro.

A medida que tocaba, Lyra se dejaba llevar por la música, permitiendo que sus emociones fluyeran libremente a través de cada acorde y cada arpegio. Era como si el piano fuera su confidente más fiel, capaz de entenderla incluso cuando ella misma no podía entenderse.

El tiempo parecía detenerse mientras Lyra tocaba, sumergida en un estado de trance donde solo existía ella y la música. Incluso en medio de su ensimismamiento, podía sentir como cada nota sanaba el dolor en su interior.

Después de un tiempo que pareció tanto eterno como fugaz, Lyra notó que no estaba sola. Dejó de tocar y se quedó allí, sentada en silencio frente al piano. La habitación estaba envuelta en una calma serena, como si la música hubiera dejado una huella de paz

en su estela, pero ella no estaba sola.

Enzo estaba allí, fumando entre las sombras. Ella podía ver las tenues luces modelando su figura sentada en el sillón, sus largas piernas cruzadas y sus mocasines puntiagudos, sus dedos sosteniendo el cigarrillo con elegancia y el humo elevándose en grises caracolas que se desvanecer en el aire. Lyra sintió que su corazón daba un vuelco, y al mismo tiempo, el aroma a cedro y cuero de su piel la envolvió y la reconfortó.

¿Desde hacía cuanto él había estado en el estudio, observándola desde la sombras? Ella no se animó a preguntar, solo permaneció sentada en el piano sintiendo cómo su corazón se aceleraba y escuchando su propia respiración.

Él se incorporó con suavidad, y Lyra se volvió para encontrarse con la mirada penetrante de Enzo. Había algo en sus ojos que la hizo estremecer, una intensidad que la atrajo y aterró al mismo tiempo.

—Buenos noches, Lyra —saludó Enzo, su voz resonando en el silencio de la habitación—. ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Yo podría hacer la misma pregunta,

Lo escuchó soltar una risita por lo bajo, aunque también teñida de un tono melancólico y amargo. Enzo se acercó todavía más a ella, ahora su rostro asomando de entre la sombras para revelar una expresión taciturna.

—¿Has descansado bien?

Lyra asintió, incapaz de apartar la mirada de él.

—Supongo. —Su voz sonaba débil y temblorosa, pero se esforzó por mantener la compostura. Incapaz de sostenerle la mirada a

Enzo, ella regresó la vista las teclas del piano, y las acarició con suavidad—. No podía dormir más, y necesitaba tocar el piano. Simplemente lo necesitaba. La música siempre me ha aliviado en malos momentos.

—Te comprendo mejor de lo que tú crees —dijo él.

Algo en su tono le dijo a Lyra que no estaba mintiendo, pero ¿alguna vez le había mentido? A diferencia de Mario Rossi, Enzo siempre había sido sincero con ella.

—¿Qué... qué va a pasar ahora?

Enzo se acercó a ella con pasos lentos y deliberados, como un depredador que se acerca a su presa. Lyra contuvo el aliento, sintiendo el corazón galopar en su pecho.

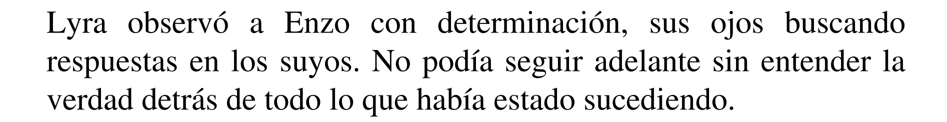
—Lo que pase a partir de ahora depende de ti, Lyra —respondió Enzo, su tono sereno pero cargado de significado—. Estás en mi mundo ahora, y debes decidir si estás dispuesta a aceptar las reglas que lo rigen.

Lyra lo miró fijamente, tratando de descifrar las palabras ocultas detrás de su enigmática expresión. Sabía que estaba en una encrucijada, que su vida había tomado un giro inesperado y que tendría que enfrentar las consecuencias de sus decisiones.

—Entiendo —musitó ella, aunque en realidad no estaba segura de entender nada en absoluto.

Enzo se detuvo frente a ella, tan cerca que podía sentir su aliento cálido sobre su piel. Lyra contuvo el aliento, incapaz de apartar la mirada de esos ojos oscuros que la hipnotizaban.

—Toca para mí, Lyra —dijo Enzo, y su voz sonó casi como una súplica.



Lyra observó a Enzo con determinación, sus ojos buscando respuestas en los suyos. No podía seguir adelante sin entender la verdad detrás de todo lo que había estado sucediendo.

—No —dijo ella finalmente.

—¿No? Pocos hombres me dicen que no.

—Yo no soy hombre. —dijo Lyra, su voz temblorosa pero firme —. Necesito respuestas. No puedo seguir tocando para ti sin saber qué está pasando realmente.

Enzo la miró en silencio por un momento, su expresión impasible pero sus ojos reflejando una mezcla de emociones difíciles de descifrar. Lyra sintió un nudo en el estómago mientras esperaba su respuesta, preguntándose qué secretos podrían estar escondidos detrás de esa fachada impenetrable.

—Lyra, no puedo revelarte todo —respondió Enzo finalmente, su tono serio pero lleno de una extraña suavidad—. Hay cosas que es mejor que no sepas, por tu propia seguridad.

Lyra frunció el ceño, sintiendo una oleada de frustración arder en su pecho. No podía aceptar una respuesta tan vaga, no cuando su vida estaba en juego.

—Lo siento, pero no puedo conformarme con eso —dijo Lyra con determinación—. Necesito saber la verdad, aunque sea dolorosa. ¿Por qué? ¿Por qué siempre el mismo concierto?

Enzo la observó en silencio por un momento, sus ojos buscando los de ella en busca de algo que Lyra no podía identificar. Por un momento, pareció que iba a ceder, que finalmente le revelaría lo que había estado ocultando. Pero luego, su expresión se endureció una vez más, como si hubiera tomado una decisión irrevocable.

—Lyra, te lo ruego, toca una última vez para mí —dijo Enzo, su

voz llena de una urgencia que Lyra no había escuchado antes—. Por favor, solo toca para mí el concierto para piano de Mendelssohn. Es todo lo que te pido. Toca para mí y te daré las respuestas que pides.

Lyra se sintió atrapada entre el deseo de obtener respuestas y la necesidad de seguir adelante con su relación con Enzo. Aunque una parte de ella ansiaba la verdad, otra parte temía lo que podría descubrir. Pero en ese momento, algo en la súplica desesperada de Enzo la hizo ceder.

—Está bien, Enzo —susurró Lyra, resignándose a seguir adelante por ahora—. Tocaré para ti.

Enzo asintió con solemnidad, su mirada fija en la de ella con una intensidad que la hizo estremecer. Lyra sabía que había aceptado un trato peligroso, pero en ese momento, no podía resistirse a la necesidad de saber más.Lyra se sintió observada por los ojos penetrantes de Enzo mientras se ajustaba en el taburete. Las emociones turbulentas se agitaban dentro de ella, pero se obligó a centrarse en la tarea que tenía por delante: tocar el concierto de Mendelssohn una vez más.

Con un suspiro, Lyra colocó sus manos sobre las teclas, sintiendo la familiaridad reconfortante del piano bajo sus dedos. Cerró los ojos por un momento, dejando que la música fluyera a través de ella, buscando la conexión con la pieza que había interpretado tantas veces antes.

Comenzó a tocar con una delicadeza exquisita, permitiendo que cada nota se fundiera con la siguiente en una armonía perfecta. La melodía envolvía la habitación, llenándola con su belleza melancólica y su poder emocional.
Mientras tocaba, Lyra se dejó llevar por la música, permitiendo que sus pensamientos se desvanecieran y que su corazón se abriera a la experiencia única de estar frente al piano una vez más. Aunque todavía ansiaba respuestas, por ahora, se permitió

sumergirse completamente en la música, dejando que la pasión y la emoción la consumieran por completo.

A medida que la pieza llegaba a su clímax, Lyra se sintió transportada a otro mundo, un lugar donde solo existía la música y la conexión profunda que compartía con Enzo. Por un momento, todo lo demás desapareció, dejando solo la pureza del arte y la intensidad del momento presente.

Cuando finalmente terminó de tocar, el silencio que siguió fue casi palpable. Lyra abrió los ojos lentamente, encontrando la mirada de Enzo fija en ella con una intensidad que la dejó sin aliento. Hubo un breve instante de complicidad entre ellos, un reconocimiento silencioso de la conexión que compartían a través de la música. Y una vez, el cuerpo de Lyra comenzó a despertar, la pasión palpitando entre sus piernas mientras su piel se encendía. Los ojos de Enzo admirándola mientras ella recordaba el placer que le había brindado sentada en ese mismo taburete, la presión deliciosa de sus manos, el aroma masculino de su piel.

Cuando terminó de tocar, Lyra estaba jadeante. Descansó las manos sobre las teclas mientras podía percibir su corazón galopando duro contra sus costillas, su clítoris despertando ante la presencia dominante de Enzo. Una sensación de euforia que recorría cada fibra de su ser. Con las manos aún descansando sobre las teclas del piano, se permitió respirar profundamente, tratando de recuperar el aliento después de la intensa experiencia, tanto musical como sensual. una experiencia que jamás en su vida había compartido con nadie.

Enzo permanecía frente a ella, su presencia imponente llenando la habitación. Los ojos oscuros de Enzo la miraban con una intensidad que la hacía sentir desnuda, como si pudiera ver a través de cada capa de su ser y descubrir sus secretos más profundos.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y Lyra podía sentir el

zumbido de la tensión entre ellos. Había algo en la forma en que Enzo la observaba, algo que despertaba un fuego dentro de ella y la hacía desear más.

—Eso fue... increíble —murmuró Enzo finalmente, rompiendo el hechizo que los envolvía.

Lyra asintió lentamente, todavía incapaz de encontrar las palabras para expresar lo que acababa de experimentar. Se sentía viva de una manera que nunca antes había sentido, como si la música hubiera abierto una puerta a un mundo completamente nuevo y emocionante.

—Gracias, Lyra —dijo Enzo, su voz suave pero llena de una emoción que Lyra no podía identificar—. Has demostrado una vez más que ha sido una decisión sabia elegirte. —Él apagó el cigarrillo y soltó un suspiro de resignación—. Pero ahora, es hora de las respuestas que buscas.
Lyra observó a Enzo con atención, buscando cualquier indicio de lo que estaba a punto de revelarle. A medida que sus ojos se encontraban, podía ver la tormenta de emociones que se agitaba detrás de la máscara impasible de Enzo.

—Lyra, hay algo que necesitas saber sobre mí —comenzó Enzo, su voz resonando en la tranquila atmósfera del estudio—. Algo que ha estado influyendo en mi vida más de lo que me gustaría admitir.

Lyra asintió, sintiendo un nudo en la garganta mientras esperaba la revelación de Enzo.

—El concierto de Mendelssohn tiene un significado muy especial para mí —continuó Enzo, su mirada perdida en el pasado—. Me recuerda a alguien que fue muy importante en mi vida. Mi esposa.

Lyra contuvo el aliento, sorprendida por la confesión de Enzo. No había esperado que su revelación estuviera tan profundamente

arraigada en el dolor y la pérdida.

—Ella amaba esa pieza, Lyra —continuó Enzo, su voz cargada de emoción—. Solía tocarla en este mismo piano, para mí, en las tardes tranquilas mientras el sol se ponía sobre los viñedos. Era nuestro momento, nuestro refugio del mundo exterior. Durante esos breves momentos, en su presencia, yo me daba el lujo de olvidar que soy un monstruo.

Lyra sintió un nudo en la garganta mientras escuchaba las palabras de Enzo. Aún un capo de la mafia como él evidenciaba un dolor increíblemente palpable al recordar a su esposa de esa manera.

—Ella…—Enzo hizo una pausa para aclararse la garganta—. Ella murió por mi culpa.

Las palabras de Enzo resonaron en la habitación, llenando el espacio con una pesadez inesperada. Lyra sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras absorbía la revelación de Enzo. No sabía qué decir, cómo reaccionar ante la confesión de culpa de Enzo en la muerte de su esposa. No podía ni siquiera imaginar lo él debía estar sintiendo.

Enzo la miró, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de dolor y arrepentimiento. Se acercó a Lyra y se sentó a su lado en el banco del piano, como si necesitara el apoyo físico para continuar.

—Era un día como cualquier otro —comenzó Enzo, su voz llena de pesar—. Ella quería salir a dar un paseo por los viñedos al atardecer. Pero yo estaba ocupado, tenía asuntos que atender, negocios que resolver. La dejé ir sola, pensando que estaría bien.

Lyra escuchaba en silencio, su corazón apretado por la tristeza que emanaba de Enzo. Podía ver el tormento en sus ojos, el peso de la culpa que cargaba consigo.

—Pero no estuvo bien —continuó Enzo, su voz temblando

ligeramente—. Alessandro la encontró en los viñedos esa noche. Una vendetta. La asesinaron para enviarme un mensaje.
Lyra se estremeció al escuchar las palabras de Enzo, su corazón latiendo con fuerza mientras absorbía la impactante revelación. La idea de que la muerte de la esposa de Enzo hubiera sido parte de una vendetta lo dejó sin aliento, inundando su mente con una mezcla de horror y compasión. Enzo la miró, sus ojos oscuros llenos de una mezcla de tristeza y rabia contenida.

—Por supuesto, ríos de sangre corrieron después de eso.Los culpables ahora mismo están fertilizando mis viñedos con sus cuerpos descompuestos. pero nada puede devolverme a Clara.Fue mi culpa, Lyra —continuó Enzo, su voz llena de autorreproche—. Si no hubiera estado tan absorto en mis asuntos, si hubiera estado allí para protegerla, ella aún estaría viva.

Lyra sintió un nudo en la garganta ante las palabras de Enzo, el peso de su culpa resonando en cada una de ellas. Quería consolarlo, ofrecerle algún tipo de consuelo en medio de su sufrimiento, pero sabía que nada que dijera podría aliviar el dolor que sentía.

—Desde ese día, el concierto de Mendelssohn ha sido un doloroso recordatorio de lo que perdí —susurró Enzo, su voz apenas un susurro en el aire—. Cada nota, cada acorde, me lleva de vuelta a ese momento. Y no puedo evitar sentir que todo fue culpa mía, que si hubiera estado allí, si no hubiera sido tan descuidado, ella aún estaría viva.

Lyra sintió las lágrimas empañando sus ojos mientras escuchaba las palabras angustiadas de Enzo. Era imposible no sentirse conmovida por la desolación que emanaba de su voz, aunque él se esforzaba por mostrarse frío y apacible. Aunque ella se recordaba una y otra vez que era un hombre peligroso, otra parte de ella quería consolarlo, abrazarlo y decirle que no era culpa suya, que no podía controlar lo que había sucedido. Pero sabía que no había palabras que pudieran aliviar el dolor que sentía, y otro parte de

ella la instaba a protegerse.

—Durante mucho tiempo —continuó Enzo—, me concentré en mi trabajo. Día y noche, solo negocios. Mantenerme ocupado me ayudaba a no pensar en ella, a no ahogarme en la culpa y el remordimiento. Alessandro y los muchachos me insistían en que volviera a casarme. Después de todo, un hombre que no vive para su familia no puede llamarse un hombre de verdad. Pero no podía, no puedo. Ella murió por mi culpa, Lyra. No puedo darme el lujo de enamorarme y que otra mujer inocente sufra por mi causa. Esta es la vida que yo elegí, y nadie debería pagar las consecuencias de mis decisiones, mucho menos con su propia vida. No, el amor está prohibido para mí. Follar sí, pero sin emociones, sin amor.

—Lo entiendo —susurró Lyra, sintiendo un nudo en la garganta al imaginar el sufrimiento que había experimentado.

—Está bien —dijo Enzo—, el amor no fue hecho para los monstruos como yo. Pero no fue a lo único que tuve que renunciar: durante un largo tiempo, me negaba a escuchar música. Especialmente a Mendelssohn. El concierto para piano N°1 era especialmente doloroso, como retorcer un cuchillo en una herida abierta, cada nota, cada acorde, me recordaba que Clara había muerto, y que jamás regresaría.

Lyra asintió, comprendiendo mejor la carga que Enzo llevaba sobre sus hombros. Era difícil imaginar cómo alguien podía soportar tanto dolor y culpa.

—Pero la música también puede ser una fuente de sanación —respondió Lyra, buscando consolarlo—. Quizás enfrentar esos recuerdos a través de la música te ayude a encontrar paz y cierre.

Enzo la miró con intensidad, como si considerara sus palabras con seriedad.

—Es cierto —dijo él con una sonrisa amarga—. Totalmente cierto.

Lo que me lleva a la primera parte de tu pregunta anterior: "¿por qué yo?". Bueno, tengo negocios con el conservatorio desde hace más de veinte años. Una noche, me aventuré al auditorio principal, pues había corrido la vez sobre una nueva concertista extranjera. Eras tú, Lyra, tocando mi talón de Aquiles.

Lyra escuchaba atentamente las palabras de Enzo, sentada frente a él en la habitación de la casona DeLuca. Las velas parpadeaban suavemente en la penumbra, iluminando apenas el rostro de Enzo mientras compartía sus pensamientos más íntimos.

—¿Tu talón de Aquiles? —preguntó Lyra, intrigada por la expresión que Enzo había usado.

Enzo asintió, su mirada perdida en el recuerdo.

—Sí, Mendelssohn siempre ha sido mi punto débil —explicó Enzo —. Pero cuando te escuché tocar esa noche en el auditorio, algo en tu interpretación despertó algo dentro de mí. Fue como si la música hubiera traspasado las barreras que había construido a mi alrededor, haciéndome confrontar esos recuerdos que había estado evitando durante tanto tiempo.

Lyra se quedó sin palabras, asimilando la profundidad de lo que Enzo estaba compartiendo con ella.
—Y así te convertiste en mi admirador secreto —dijo ella, pensando en voz alta.

Enzo asintió.

—Cuando te escucho tocar esa pieza, me transportas de vuelta a esos momentos, Lyra. Por un instante, puedo sentir su presencia a mi lado otra vez. Puedo recordar la calidez de su sonrisa, el brillo en sus ojos.

Lyra se sintió conmovida por las palabras de Enzo, sintiendo cómo su corazón se llenaba de compasión por él. No había imaginado

que su música pudiera tener un impacto tan profundo en alguien, mucho menos en un hombre como Enzo.

—Entonces, ¿eso fue lo que te llevó a contratarme? —preguntó Lyra, sintiendo una mezcla de incredulidad y asombro.

—Sí, esa fue parte de la razón —confirmó Enzo—. No me perdía una sola de tus actuaciones. Pero también había otra razón; llegó un punto en que te necesitaba. Te necesitaba, Lyra. Aquí, conmigo. No bastaba con verte en un lejano escenario. Hay algo más en ti, algo que no podía explicar completamente en ese momento. Ahora veo que eres más que una talentosa pianista; eres una fuente de luz en medio de mi oscuridad.

Lyra se sintió abrumada por las palabras de Enzo, sin saber qué decir.

—No sé qué decir —murmuró Lyra, sintiéndose profundamente conmovida por la honestidad y vulnerabilidad de Enzo.

Enzo le ofreció una sonrisa cálida, sus ojos reflejando una mezcla de gratitud y afecto. El poderoso y misterioso líder de la mafia que ahora se revelaba como un ser humano vulnerable y complejo, y eso hizo que Lyra se estremeciera.

—No necesitas decir nada, Lyra —dijo Enzo suavemente—. Tu música y tu presencia son suficientes para mí. Gracias. Por tocar para mí, por darme la oportunidad de recordar a mi esposa de una manera tan hermosa. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Este estudio ha estado cerrado con llave desde que Clara murió. Cobró vida de nuevo cuando tú entraste por primera vez a tocar para mí.

Lyra se estremeció una vez más, sintiendo cómo un vínculo más profundo se formaba entre ellos en ese momento. Aunque había mucho que aún no sabía sobre Enzo y su complicado pasado,

ahora se sentía más cerca de él que nunca. Y estaba determinada a estar allí para él, pase lo que pase.

No podía contenerse: lo deseaba. Lyra se encontraba inmersa en un torbellino de emociones, sintiendo el magnetismo de Enzo envolviéndola con cada gesto, cada palabra. La vulnerabilidad que mostraba ahora, junto con su poder y misterio habituales, despertaba en ella un deseo ardiente y prohibido.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras contemplaba la sonrisa cálida de Enzo, sus ojos brillando con una mezcla de dolor y gratitud. La atracción entre ellos era palpable, una corriente eléctrica que lo inundaba todo, y Lyra no podía negar el deseo que ardía en su interior.

Sin poder resistirse más, Lyra se acercó a Enzo, su cuerpo temblando ligeramente por la anticipación. Sus labios se encontraron en un beso apasionado, uniendo sus almas en un momento de pura entrega y deseo. El mundo parecía desvanecerse a su alrededor, dejando solo la intensidad del momento presente.

Enzo respondió al beso con una pasión igualmente ardiente, sus brazos rodeando a Lyra con fuerza mientras la atrapaba entre sus brazos. El calor de su cuerpo la envolvía, haciéndola sentir segura y protegida en sus brazos.

El tiempo parecía detenerse mientras se entregaban el uno al otro, explorando cada rincón de sus almas en busca de conexión y consuelo. En ese momento, no había secretos ni peligros que los separaran; solo existía el amor y la pasión que compartían.

Y mientras el beso se prolongaba, Lyra se dio cuenta de que estaba exactamente donde pertenecía: en los brazos de Enzo, el hombre cuyo poder y misterio la habían cautivado desde el principio. Lyra se encontró atrapada en la intensidad de la lujuria de Enzo, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de emociones que la dejaron sin aliento. En ese momento, la barrera entre ellos parecía

desvanecerse, dejando al descubierto la conexión palpable que compartían.

—Lyra... —murmuró Enzo, su voz suave y cargada de emoción mientras su mano le acariciaba la mejilla con una mezcla de ternura y dominación.

El corazón de Lyra latía con fuerza en su pecho mientras se dejaba llevar por el impulso del momento. Cada fibra de su ser anhelaba la piel de Enzo, la seguridad que encontraba en sus brazos fuertes y protectores.

Sin palabras, se acercaron el uno al otro, dejando que el deseo y la pasión los consumieran. Sus labios se encontraron en un beso ardiente y lleno de promesas, sellando el pacto silencioso entre ellos.

En ese momento, Lyra supo que había tomado una decisión que cambiaría su vida para siempre. Aunque el camino por delante sería peligroso y lleno de desafíos, estaba dispuesta a enfrentarlo todo con Enzo a su lado.

Y mientras se perdían en el calor de su amor mutuo, el mundo exterior se desvaneció, dejándolos solos en su propio universo de pasión y deseo. Lyra sentía su corazón acelerarse con cada beso, y cuando Enzo le acarició la lengua con la suya, un relámpago subió furioso por su columna vertebral, azotándola con un placer urgente. Ahora todo su cuerpo vibraba, deseoso, su clítoris latiendo con furia entre sus piernas. Lyra se entregó completamente al momento, dejando que las sensaciones abrumadoras la envolvieran por completo. Cada beso, cada caricia de Enzo encendía un fuego dentro de ella, avivando el deseo que ardía en lo más profundo de su ser.

Cuando sus labios se separaron, Lyra buscó el aliento de Enzo, su pecho subiendo y bajando con rapidez mientras luchaba por controlar las oleadas de placer que la recorrían. Sus manos

exploraban cada centímetro de la ancha espalda de Enzo, ansiosas por descubrir cada uno de sus secretos y deleitarse en su tacto. Lanzó un gemido en su boca cuando sintió las manos de Enzo acariciarle los pechos con la perfecta mezcla de brusquedad con devoción. Le abrió la blusa con fuerza y con dedos ansiosos buscó el camino bajo su sostén. El tiempo parecía detenerse mientras ella se entregaba al éxtasis del momento, perdiéndose en el torbellino de sensaciones que la consumía. En ese instante, nada más importaba excepto el calor de la boca de Enzo, buscando uno de sus pezones.

El deseo entre ellos era palpable, una corriente eléctrica que los unía en un vínculo indisoluble. Lyra se aferró a Enzo con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo respondía con fervor a cada caricia de sus labios, a cada roce de sus dientes hambrientos contra su pezón inflamado por las caricias.

Y mientras el mundo exterior quedaba atrás, Lyra se abandonó por completo al placer, dejando que la pasión la llevara a un lugar donde solo existían ellos dos. Mientras ella se aferraba a un mechón de su cabello, Enzo deslizó las manos hacia su cintura. La aferró con fuerza y se levantó del taburete, llevándola con él. La alzó de la cintura y la sentó sobre el piano, Lyra se aferró con más fuerza a Enzo; sus manos envolviendo los anchos hombros y los muslos envolviendo la cintura. Podía sentir su erección presionando contra su clítoris, y se encontró empapada. El beso se tornó más profundo, y notó que Enzo se apresuraba a alzarle la falda y bajarle la ropa interior. Ella lo ayudó, echando un poco el cuerpo para atrás. no había tiempo para desvestirse: necesitaba a Enzo ya mismo. Con el aliento entrecortado y el corazón galopando fuerte, vio como él se aflojó el cinturón y se abrió la cremallera con dedos apresurados. Lyra soltó un gemido al contemplar ese miembro duro, grueso, enrojecido. Pero ella no tuvo tiempo de admirarlo demasiado: pronto Enzo se abalanzó sobre ella y la besó como si deseara robarle todo el oxígeno. Lyra se aferró a su espalda y se rindió al beso tan dominante, tan posesivo. Sus lenguas estaban danzando cuando él la penetró por

primera vez. Ella estaba tan mojada que él se deslizó con facilidad en lo más profundo de ella, con una sola estocada primitiva, salvaje, desesperada.

Esa penetración inicial la hizo soltar un gemido agónico de dolor y placer. Amaba sentirse tan llena, el miembro durísimo de Enzo llenándola mientras su clítoris palpitaba. Sus ojos se encontraron y Lyra se estremeció de nuevo. Durante una milésima de segundo, los dos conectaron como nunca antes, un dejo de vulnerabilidad y preocupación en la murada de Enzo DeLuca. otro beso, hambriento y desesperado. Sus lenguas se saborearon y danzaron una vez más, y Enzo comenzó a mecer las caderas. Lyra cerró los ojos y se rindió al placer, a cada embestida de Enzo encendiendo su carne. Era increíble lo bien que la colmaba, lo delicioso de sus estocadas haciendo eco con las contracciones de sus músculos internos. El ritmo era brutal pero exquisito, y Lyra ansiaba más, necesitaba más. Se encontró jadeando y suplicando el nombre de Enzo, y él la follaba cada vez más rápido, más duro. Lyra lo escuchaba gruñir de placer en su boca, y el orgasmo crecía en su interior, preparándose para destruirla por completo.

Ella alzó más las piernas, enredando los talones detrás de la espalda baja de Enzo, y así la penetración fue total. Ahora su miembro la follaba en lo más profundo, y Lyra se sintió reventar mientras se corría. El orgasmo totalmente devastador, los muslos temblando y el corazón a punto de explotar, y Enzo no se rendía, empujaba más y más duro, más profundo, hasta que su semen caliente estaba desbordándola.

El éxtasis golpeó a Lyra como nunca antes en su corta experiencia. Cada célula de su cuerpo vibraba con una intensidad desconocida, como si estuviera siendo consumida por un fuego sagrado. El placer la envolvía en una espiral vertiginosa, elevándola a alturas insospechadas de placer. Lyra se abandonó por completo al torrente de sensaciones, dejando que el placer la inundara por completo. Cada roce, cada beso de Enzo parecía encender una nueva llama dentro de ella, llevándola cada vez más cerca del

borde del abismo del placer.

El mundo a su alrededor se desvaneció, dejándola suspendida. flotando en el aire.

Cada fibra de su ser resonaba con el más intenso de los placeres, y Enzo se vaciaba por completo en su interior. Con un último gruñido gutural de placer, él aflojó su cuerpo y dejó caer su rastro en la curva entre su cuello y hombro. Lyra lo sentía respirar contra su cuello, sus respiraciones sincronizadas mientras los dos recuperaban el aliento. Su miembro aun seguía enterrado en lo más profundo de ella, palpitando, perdiendo su dureza.

Lyra no quería regresar al presente, no quería regresar a la realidad. Quería permanecer tumbada sobre ese piano con Enzo enterrado en su interior. sin embargo, pronto él alzó el rostro y la miró a los ojos con una expresión inusual en un hombre de su calibre, una expresión que hizo que Lyra se sintiera vulnerable.

—¿Seguimos esto arriba? —ofreció él en un tono de voz que se asemejaba a una orden deliciosa.

Una que Lyra no iba a negar.

Capítulo once.

Ya escaleras arriba, Enzo empujó a Lyra dentro del dormitorio y cerró la puerta con un estruendo. Las piernas de ella todavía estaban débiles por el poderoso orgasmo anterior, pero aún así se percibía empapada entre los muslos, deseosa por repetir. Enzo la besó con una voracidad que la hizo derretirse entre sus fuertes brazos, y ella se rindió una vez más ante su poderío.

Solo que esta vez ella iba a deleitarse con su cuerpo; iba a desvestirlo y admirar hasta el último centímetro de ese cuerpo imponente. Entre besos hambrientos, Lyra le desabrochó la camisa. Cuando el último botón estuvo abierto él se la terminó de quitar y la arrojó a un rincón. jadeante, Lyra contempló ese torso trabajado, esa piel naturalmente olivácea y besada por el sol, con los pectorales fuertes y los músculos abdominales cubiertos por una fina capa de sudor. Ella no pudo contenerse de pasear los dedos sobre ellos, confirmando su dureza, y también admiró los antebrazos torneados que pronto la rodearon. Enzo le sujetó el rostro con una mezcla de ternura y fuerza, y la besó de nuevo. la desvistió con manos apresuradas pero al mismo tiempo deleitándose en su piel, y la carne de Lyra se erizaba con cada prenda que perdía, con cada caricia de Enzo en su cuello, en sus pechos, en su vientre y en sus caderas. Mientra sla cabeza le daba vueltas por la pasión que la agobiaba, Lyra buscó la cintura de él. Le aflojó el cinturón y le bajó la cremallera, pudo percibir que él ya tenía una erección palpitante entre sus piernas. Con sus labios unidos en un profundo beso, ella envolvió ese miembro durísimo en su palma, otra vez sorprendida por su implacable firmeza. Se sentía tan caliente y duro entre sus dedos, y ella lo masajeó desde la base hasta la punta mientras Enzo saboreaba su lengua.

Lyra aún no podía creer lo que estaba ocurriendo: pero tampoco podía pensar, solo podía sentir. Sentir la voracidad y la urgencia

con la que necesitaba a Enzo DeLuca. Lo masturbó un poco más rápido, fascinada por su tamaño y por cómo él gruñía en su boca mientras se besaban. Ella aceleró y Enzo despegó la boca de la suya para expulsar un delicioso y macsulino gemido de placer. Su rostro estaba arrebolado, y Lyra no pudo contenerse más. Con un movimiento desesperado y salvaje, ella descendió a sus rodillas y se lo llevó a la boca. Era increíble lo bien que se sentía, tan cálido…y escuchar la respiración agitada de Enzo solo aumentaba los latidos entre sus piernas. Pero intentó ignorarlos y concentrarse en él, en lo bien que se sentía entre sus labios, en masajearle la base mientras deslizaba la lengua por la punta, en besarle toda la extensión y luego volver a tragarlo casi completo. le era imposible tomar toda esa longitud en la boca sin ahogarse, pero intentarlo sin duda era divertido. Comenzó a mover su cabeza hacia atrás y adelante, sujetando con firmeza la base, y el placer era tan grande que se encontró obligada a usar una mano para juguetear con su propio clítoris. Enzo gruñía de placer, meciendo sus caderas con delicadeza y sujetando un mechón de su cabello. Y ella necesitaba cada vez más.

De pronto, Enzo lanzó un gemido de frustración y jaló de su cabello para apartarla. Con la cabeza dándole vueltas, Lyra comprendió que él no quería correrse tan pronto. La obligó a incorporarse y la besó de nuevo, hambriento,salvaje, jadeante. La empujó sobre la cama y su espalda dolió un poco cuando golpeó el colchón. Ahora Enzo estaba acechándola como un depredador salvaje. le arrancó la ropa interior y la arrojó a un rincón de la habitación. Lyra instintivamente abrió las piernas y pronto él estaba con la cara enterrada entre ellas. La forma en que movía su lengua era exquisita, jugueteando con su clítoris, dándole severos azotes y luego besándolo mientras ella gritaba de placer. El calor parecía que iba a hacerle arde la piel: Enzo la estaba devorando viva, y ella tan solo podía aferrarse de su cabello y arquear la espalda en contra su voluntad. Enzo la besaba, la lamía, le succionaba el clítoris como un animal, y ella pronto sentía que su corazón iba a reventar. Cuando creyó que su orgasmo iba a destrozarla por completo, él se detuvo.

Lyra soltó un agónico gemido de frustración, y pronto lo vio a a el ponerse de pie frente a la cama y terminar de desvestirse. Enzo DeLuca desnudo era una maravilla para contemplar; sus muslos fuertes y bronceados, su miembro duro y grueso con la punta enrojecida y pequeñas venas azuladas recorriéndolo.

Él acercó el rostro a ella y la besó. Cuando menos lo esperaba, Enzo la jaló del muslo y la giró sobre la cama. Su clítoris todavía estaba palpitando con rabia mientras ella se acomodó sobre sus manos y rodillas. Sintió las manos de él firmes en su cintura y luego penetrarla de un solo movimiento cruel y despiadado. Lyra enterró su rostro en la almohada para ahogar un grito de placer. Era magnífico cómo él la estaba llenando, cómo la estaba follando. Y con su cara enterrada en la almohada, el ángulo de su cuerpo resultaba en una penetración profunda, una que tocaba las zonas más dulces en el interior de Lyra y amenazaba con enloquecerla. Lo sintió a Enzo embestir duro, fuerte, rápido, mientras sus manos la sujetaban de la cintura. Con cada estocada su orgasmo estaba más cerca, y podía sentir el miembro de él palpitando contra sus músculos internos con una cadencia deliciosa. Enzo se detuvo, y la guió para acostarse sobre su espalda. Lyra así lo hizo, casi sin poder respirar, y cuando él volvió a penetrarla sus rostros estaban a milímetros de distancia. El placer explotó de nuevo dentro de ella, cada embestida enceguecíendola de gozo mientras esos ojos de hielo absorbían cada reacción, cada gemido que escapa de su boca. Lyra solo pudo ajustar el abrazo de sus muslos alrededor d ela cintura de Enzo, y hundir las uñas en su espalda musculosa mientras él la follaba duro y profundo. Una última estocada y ella se sintió explotar: todo su cuerpo ardía y palpitaba mientras él volvía a llenarla con su semen caliente.

Lyra se encontraba de nuevo presa de ese éxtasis exquisito, gimiendo entre los poderosos brazos de Enzo mientras él se vaciaba en su interior, ajustado, caliente. permaneció en sus brazos mientras el orgasmo aún palpitaba con fuerza dentro de ella, y él recuperaba el aliento en la curva entre su cuello y hombro. Lyra

quiso decir algo, pero no sabía qué. No sabía absolutamente nada, solo que jamás se había sentido tan plena. satisfecha y feliz en toda su vida. Envuelta por esa felicidad oscura y suave se quedó dormida.

Capítulo doce

El día de Lyra comenzó con el suave tintineo del despertador. Con los ojos aún entreabiertos, se estiró en la cama, dejando que los primeros rayos del sol acariciaran su rostro. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar lo que le esperaba ese día: por supuesto no era su turno en la tienda de ropa ni su clase de teoría musical en el conservatorio lo que la emocionaba tanto, sino lo que pasaría a las ocho. Alessandro la recogería en su auto y ella vería a Enzo DeLuca una vez más.

Lyra se levantó con renovado entusiasmo, sintiendo la energía palpitar en su pecho mientras se preparaba para el día que tenía por delante. Al entrar en la ducha y sentir el agua cálida contra su piel desnuda, no pudo evitar sentir un estremecimiento al recordar todo lo que había ocurrido entre ella y Enzo apenas una cuarenta y ocho horas atrás. Todavía no podía creer que se había acostado con Enzo DeLuca…¿qué la había impulsado a cometer una locura así?

Pero no se arrepentía. Era imposible arrepentirse después de la increíble atracción que había crecido entre ellos, y d elo poderosa y trascendente que había resultado su noche juntos.

A medida que el agua caliente caía sobre su piel, Lyra dejó que los recuerdos de su último encuentro con Enzo la envolvieran, provocando un cosquilleo de anticipación en su estómago. Cada caricia, cada mirada intensa, cada palabra susurrada en la penumbra de la noche, se había grabado profundamente en su memoria. Nunca había experimentado algo así con ningún hombre; Enzo había encendido su piel con un fuego que incluso ahora parecía devorarla. Tan solo recordar sus manos acariciando todo su cuerpo, su voz jadeando en sus oídos al borde del clímax, su fuerza tan masculina embestido en su interior hasta enloquecerla…¿como arrepentirse de algo así? Al contrario, Lyra se sentía agradecida por haberse dado el lujo de cometer tal locura. Había sido la experiencia más intensa de toda su vida.

Se quedó unos minutos bajo la ducha, dejando que el vapor y el sonido del agua la envolvieran, sumergiéndola en un estado de ensimismamiento. Pero cuando finalmente salió y se envolvió en una toalla suave, la realidad la alcanzó de nuevo.Por supuesto, una experiencia tan intensa no venía sin cuestionamientos o consecuencias. Se había acostado con el jefe de la mafia… un hombre como Enzo DeLuca. Si bien Lyra había conocido su faceta vulnerable, la faceta del hombre que aún sufría la pérdida de su esposa, ella no podía ser ingenua. Enzo había dejado bien claro que él no podía enamorarse de.nuevo con otra mujer, solo follar.

¿Era eso lo que estaba haciendo con ella? ¿Solo follar?

Una extraña punzada de dolor y decepción se hundió en su pecho. No se sentía bien ser un polvo pasajero…no era muy diferente de lo que había sucedido con Mario Rossi. Ella se había enamorado de su maestro, solo para descubrir con amargura que él solo estaba jugando con ella. Tal vez ese era el destino de Lyra, tal vez el

amor no era para ella, de la misma forma que el amor no estaba destinado para Enzo.

Y tal vez esto estaba ocurriendo por una razón: tal vez era el momento de que ella madurara y abandonara sus fantasías de amor romántico. Después de todo, ansiar ese estilo de amor tan perfecto solo le había ocasionado dolor, solo la había conducido a hombres manipuladores y tóxicos. Ahora era el momento de enfrentar que su relación con Enzo DeLuca era puramente sexual, y así debía quedar. Solo disfrute sin culpa ni remordimientos. Sin expectativas de algo más.

Después de un desayuno rápido pero reconfortante, Lyra se encaminó hacia la tienda de ropa donde trabajaba. Aunque su trabajo en la tienda no era particularmente emocionante, se obligó a concentrarse en ayudar a los clientes a encontrar el atuendo perfecto por unas horas. Cada interacción con los clientes la acercaba un poco más a las ocho en punto.

Aunque el tiempo parecía pasar con lentitud mientras trabajaba en su tarea habitual en la tienda de ropa y luego asistía a su clase de teoría musical, cada momento que pasaba la acercaba un poco más al ansiado encuentro con Enzo. Cada vez que miraba el reloj, sentía cómo la emoción crecía en su interior, palpitando con fuerza junto a su corazón.

Sabía que esa noche tendría la oportunidad de ver a Enzo de nuevo, el hombre que la había cautivado de una manera que nunca antes había experimentado. Aunque le costaba concentrarse en la clase teórica; en su mente no dejaba de repasar los momentos tan ardientes que había vivido junto a Enzo, y todo su cuerpo ansiaba repetirlos. ansiaba volver a sentirlo en su interior, llenándola,desbordándola. Ansiaba sentir sus manos callosas sobre su piel desnuda, y escucharlo gruñir su nombre entre jadeos mientras la follaba.

Finalmente, llegó la hora de partir del conservatorio. Con el

corazón latiendo de emoción, Lyra se apresuró a casa para prepararse para su cita con Enzo. Se tomó su tiempo para elegir cuidadosamente su atuendo, seleccionando con esmero cada detalle. Después de arreglarse el cabello y aplicarse un toque de maquillaje, se miró en el espejo con una sonrisa radiante en el rostro, lista para lo que el destino le deparaba esa noche.

.

Pero al mismo tiempo, su corazón le advirtió que no se emocionara mucho, recordándole que, si pasaba algo de nuevo con Enzo, solo sería algo sexual. Sin sentimientos involucrados. El verdadero amor de él era su difunta esposa, y el verdadero amor de ella era la música. No había sitio en la vida de ninguno de los dos para el amor. El amor ya los había dado lo suficiente, incluso a un hombre tan peligroso como Enzo DeLuca.

A las ocho en punto, Alessandro tocó a su puerta, y Lyra sintió que su corazón daba un vuelco. Tomó un respiro hondo para calmarse y salió a su encuentro.

Lyra abrió la puerta con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Alessandro la recibió con una sonrisa servicial, pero ella apenas podía prestar atención a sus palabras de cortesía. Su mente estaba ocupada con la idea de encontrarse nuevamente con Enzo, y las emociones contradictorias que eso implicaba.

Mientras caminaban hacia el auto de Alessandro, Lyra luchaba por mantener la calma. Por un lado, anhelaba la conexión física y la pasión que compartía con Enzo, pero por otro, temía las complicaciones y los sentimientos confusos que surgían cada vez que estaba cerca de él.

Una vez dentro del auto, Alessandro condujo por las calles de Roma hacia la majestuosa casona de Enzo. Lyra se aferraba al asiento, su corazón latiendo con fuerza mientras el auto se deslizaba por las calles iluminadas por la luz de las farolas.

Cuando finalmente llegaron a su destino, Lyra se sintió abrumada

por una mezcla de emociones. Sabía que no podía permitirse ilusionarse demasiado, pero al mismo tiempo, no podía evitar sentirse emocionada por verlo de nuevo.

Con un suspiro nervioso, Lyra bajó del auto y se preparó para enfrentar lo que fuera que la noche tuviera reservado para ella. Lyra siguió a Alessandro a través de las imponentes puertas de la casona DeLuca, sintiendo una mezcla de asombro y nerviosismo mientras atravesaban el umbral. El interior era tan lujoso como recordaba, con sus altos techos ornamentados y sus elegantes muebles de época que conferían al lugar un aire de opulencia y poder.

Alessandro la condujo por un largo pasillo, pasando por una serie de habitaciones decoradas con obras de arte y antigüedades. Lyra apenas podía contener su emoción, sabiendo que se dirigía hacia el estudio de Enzo, el lugar donde habían compartido momentos tan intensos de intimidad y pasión a través de la música y de sus cuerpos.

Finalmente, llegaron a la puerta de madera maciza al final del pasillo. Alessandro golpeó suavemente y la puerta se abrió para revelar el acogedor interior del estudio de Enzo. El aroma a madera pulida y a notas musicales impregnaba el aire, y Lyra se sintió envuelta por una sensación de familiaridad y adrenalina a la vez.

Enzo estaba de pie junto al piano, con una expresión seria en su rostro al verla entrar. Lyra se acercó con paso firme pero tembloroso, consciente de la tensión que se acumulaba en el aire entre ellos. Al mismo tiempo, algo en su expresión le advertía a Lyra que algo no estaba bien.

Lyra sintió cómo un escalofrío recorría su espalda al contemplar a Enzo, vestido con un impecable traje gris oscuro. Aunque su expresión seguía siendo seria, sus ojos oscuros brillaban con

intensidad, como si estuvieran cargados de un peso invisible. Una sensación de inquietud se apoderó de ella, pero Lyra se obligó a mantener la compostura mientras se acercaba al piano.

—Enzo —saludó Lyra, tratando de disimular su nerviosismo—. Buenas noches.

Se sentía tan tonta por ofrecerle un saludo tan formal y vacío después del arrebato que habían compartido hace unos días, pero ¿qué otra cosa podía decir? Aunque en ese mismo instante, algo en el interior de Lyra deseaba abalanzarse sobre Enzo y dejar que la avasallara otra vez. Enzo le ofreció una leve sonrisa, pero había algo en su mirada que la hacía sentir incómoda. Lyra se mordió el labio inferior, preguntándose qué podía estar pasando por la mente de Enzo en ese momento.

—Toca —respondió Enzo, su voz profunda resonando en la habitación. Ella se quedó esperando que él dijera algo más, pero solo el silencio reverberó en las paredes del estudio.

Lyra asintió, tratando de apartar de su mente la sensación de malestar. Se sentó frente al piano y dejó que sus dedos se posaran sobre las teclas, sintiendo la familiaridad reconfortante del instrumento bajo sus manos.

—¿Qué te gustaría que toque esta noche? —preguntó Lyra, buscando romper la tensión que flotaba en el aire.

Enzo se acercó al piano, su presencia imponente llenando la habitación. Lyra contuvo el aliento, esperando su respuesta con ansiedad.

—El concierto número uno de Mendelssohn —dijo Enzo finalmente, su voz firme pero cargada de frialdad—. Ya lo sabes.

Lyra asintió, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo ante la elección de Enzo.

Lyra asintió con cautela, notando el cambio en la atmósfera. La firmeza en la voz de Enzo, cargada de una frialdad que no había percibido antes, la hizo sentirse aún más inquieta. Pero decidió no dejar que su nerviosismo la dominara y se concentró en prepararse para tocar la pieza que Enzo había elegido.

Colocó sus manos sobre las teclas del piano, sintiendo la familiaridad reconfortante del instrumento bajo sus dedos. Respiró profundamente, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón.

Comenzó a tocar las primeras notas del concierto número uno de Mendelssohn, dejándose llevar por la música mientras intentaba ignorar la tensión que llenaba la habitación. Cada acorde resonaba en el aire, llenando el espacio con una intensidad emocional que Lyra no podía ignorar. Mientras tocaba, Lyra se esforzaba por mantener la concentración, pero no podía evitar sentir la mirada penetrante de Enzo sobre ella. Su presencia imponente llenaba la habitación, y Lyra se sentía cada vez más atrapada por su aura dominante y misteriosa.

Tampoco podía evitar que su piel se erizara, o su corazón se acelerara al interpretar esa pieza. Pero había algo más: en esa misma habitación él había abierto su alma a ella, había mostrado un lado vulnerable que un jefe mafioso no podía darse el lujo de exhibir. Y por algún motivo, la había elegido a ella. Y la pasión había seguido: en ese mismo taburete ella lo había besado por primera vez, en ese mismo taburete él había explorado su cuerpo hasta empujarla al abismo dle placer. Sobre ese mismo piano desde donde brotaba la melodía de Mendelssohn, Enzo la había poseído como ningún hombre lo había hecho antes, llegando a lo más profundo de ella.

A medida que la pieza avanzaba, Lyra se dejó llevar por la música, entregándose por completo a la pasión y la emoción de la composición de Mendelssohn. Cada nota era una expresión de sus

propios sentimientos, una forma de comunicarse con Enzo a través de la música. y al mismo tiempo, una parte de su corazón le advertía que mejor mantenerse a salvo, mejor no exponerse mucho. Intentaba recordar que su relación con Enzo era una mezcla de profesionalismo con sexo sin compromisos. Mientras ella ejecutaba cada nota con precisión, volcando su alma entera en cada acorde, no pudo evitar sentir el dolor descarnado en cada rincón de su ser. Pero no, esto no podía ser ... .no podía sentir nada por Enzo. No podía cometer el mismo error que con Rossi, no podía dejar a otro monstruo entrar a su vida para destruirla.
Debía luchar contra sus sentimientos, contra la manera en que su corazón dolía con cada nota, recordándola la profunda intimidad quehabia experimentado con Enzo. porque no había sido solo follar, aunque ella se decía eso como mecanismo de defensa. Había compartido algo que no había compartido con ningún hombre, al igual que este concierto, cada vez que ella tocaba a Mendelssohn, un lazo invisible la unía con Enzo DeLuca para siempre.
Lyra se obligó a mantener la compostura, aunque su corazón dolía con cada nota que tocaba. Cada acorde del concierto de Mendelssohn le recordaba la profunda intimidad que había compartido con Enzo, algo que no había experimentado con ningún otro hombre. La conexión entre ellos era palpable, como un lazo invisible que los unía cada vez que ella interpretaba esa pieza.

Intentó apartar esos pensamientos de su mente mientras continuaba tocando, pero era como si la música misma la arrastrara de vuelta a aquellos momentos de pasión y deseo compartidos. Recordaba la forma en que Enzo la miraba con intensidad, la forma en que la tocaba con una suavidad que la dejaba sin aliento. Cada vez que interpretaba el concierto de Mendelssohn, sentía como si estuviera reviviendo esos momentos una y otra vez.

Pero debía recordarse a sí misma que no podía permitirse dejarse llevar por esos recuerdos. Debía luchar contra sus sentimientos,

contra la atracción abrumadora que sentía por Enzo. Sabía que no podía permitirse involucrarse más allá de lo que ya había sucedido entre ellos. El amor entre ellos era imposible, y debía aceptarlo.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, Lyra sabía que ese lazo invisible entre ella y Enzo nunca desaparecería. Por mucho que intentara ignorarlo, siempre estarían conectados a través de la música, a través de ese concierto que había sido testigo del amor que ella sentía por él.

Sí, amor, aunque se esforzara tanto por negarlo. Estaba enamorada de Enzo, como no lo había estado de Mario Rossi.Lyra luchaba consigo misma mientras continuaba tocando, tratando de ignorar la verdad que se abría paso como fuego salvaje en su interior. Aunque se esforzara por negarlo, sabía que estaba enamorada de Enzo, el único hombre que había comprendido como ella lo que significaba el concierto para piano N°1.

Cada vez que recordaba los momentos compartidos con Enzo, sentía una chispa de emoción que no podía ignorar. Recordaba sus miradas intensas, sus caricias suaves y dominantes a la vez, la forma en que la hacía sentir viva de una manera que nadie más lo había logrado. Con Enzo, había encontrado una conexión que trascendía las palabras, una conexión que la había atrapado desde el primer momento en que lo conoció.

Pero sabía que amar a alguien como Enzo era complicado, lleno de desafíos y obstáculos que no podían ignorarse. Él era un hombre peligroso, envuelto en un mundo de secretos y violencia que ella apenas entendía. Y aunque su corazón anhelaba estar con él, su mente le recordaba una y otra vez los riesgos que implicaba.

Sin embargo, incluso con todas las advertencias y los peligros que acechaban en el horizonte, Lyra no podía evitar sentir que su destino estaba entrelazado con el de Enzo. Por mucho que intentara negarlo, su amor por él era real y profundo, y no podía evitar preguntarse si algún día tendrían la oportunidad de estar

juntos sin miedo ni restricciones.

Cuando finalmente terminó de tocar, el silencio que siguió fue abrumador. Ella todavía podía sentir su corazón palpitando furioso dentro de su pecho; interpretar aquella pieza siempre le provocaba una intensa reacción física, pero esta vez sus manos estaban temblando, y algunas lágrimas amenazaban con asomar de sus ojos. Lyra levantó la mirada hacia Enzo, buscando alguna señal de su reacción.

El silencio que siguió al último acorde del concierto llenó la habitación, envolviendo a Lyra en una atmósfera cargada de emociones. Su corazón seguía retumbando en su pecho con fuerza, como si cada nota hubiera despertado una tormenta dentro de ella.

Sus ojos oscuros la observaban con intensidad, pero su rostro permanecía impasible, revelando poco de lo que pasaba por su mente en ese momento. Una corriente de ansiedad recorrió a Lyra mientras esperaba su respuesta, preguntándose qué pensaría él de su interpretación, de lo que ella sentía.

Finalmente, después de un momento que pareció eterno, Enzo se acercó al piano lentamente. Sus pasos resonaban en la habitación, llenando el espacio con una tensión palpable. Lyra contuvo el aliento, sin saber qué esperar.

Cuando estuvo frente a ella, Enzo extendió una mano y secó suavemente una lágrima que se deslizaba por la mejilla de Lyra. Sus ojos se encontraron en un instante de profunda conexión, y Lyra sintió que el mundo a su alrededor se desvanecía, dejándola sola con Enzo y sus emociones entrelazadas.

—Eres increíble, Lyra —susurró Enzo, su voz cargada de una emoción que Lyra no pudo identificar.

Lyra sintió un torrente de alivio inundar su ser, acompañado de una oleada de amor y gratitud hacia Enzo. En ese momento, se dio

cuenta de que, a pesar de los desafíos y peligros que enfrentaban, su conexión con él era real y profunda, y valía la pena luchar por ella.

Pero de pronto, algo cambió. Enzo retiró su mano lentamente, rompiendo el contacto visual con Lyra. Un velo de frialdad pareció caer sobre él, transformando la calidez que había estado presente apenas un instante antes.

—Pero a partir de ahora, no quiero que toques más para mí —dijo Enzo con voz firme, su tono desprovisto de cualquier rastro de la emoción anterior.

Lyra sintió como si un puñal atravesara su corazón. La sorpresa y el dolor la dejaron sin aliento, mientras luchaba por comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Por qué? —preguntó Lyra, su voz temblorosa con la confusión y la tristeza que la embargaban, pero aun así esforzándose por sonar estoica. Una vez más, su corazón le decía que se protegiera, que ocultara sus emociones.

Enzo la miró con seriedad, pero sus ojos no revelaban ninguna emoción.

—Simplemente he decidido revocar el contrato—respondió él con calma casi inhumana. ¿Dónde estaba ahora aquel hombre vulnerable que aún sufría el duelo por su esposa perdida?

Lyra sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies. Todo lo que había sentido, todo lo que había compartido con Enzo, se desvanecía ante sus ojos. Era como si estuviera perdiendo una parte de sí misma, una parte que nunca había sabido que necesitaba hasta que la había encontrado en él.

—No te preocupes, Lyra —dijo Enzo, su voz suave pero inquebrantable—. Mantendré mi palabra y tú obtendrás tu beca

aunque ya no toques para mí. Pero esto es lo mejor para ambos.

Con el corazón hecho pedazos, Lyra asintió en silencio, incapaz de encontrar las palabras para expresar la tormenta de emociones que la invadía. Se puso de pie con esfuerzo, sintiendo el peso del rechazo de Enzo sobre sus hombros mientras se alejaba del piano y salía del estudio.
Lyra caminó por el pasillo con paso vacilante, sintiendo como si cada paso fuera una carga pesada que arrastraba consigo. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos, pero se obligó a contenerlas, manteniendo su rostro impasible mientras luchaba por procesar lo que acababa de suceder.

Cada rincón de la casona DeLuca parecía cargar con el peso de su dolor, recordándole las dulces melodías que alguna vez había compartido con Enzo en ese mismo lugar. Ahora, esos recuerdos se desvanecían en la oscuridad de su decepción y tristeza.

Al salir a la fría noche, Lyra sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, pero no se detuvo. Necesitaba alejarse de allí, alejarse de Enzo y de todo lo que representaba. Se envolvió en su abrigo, tratando de encontrar consuelo en su calidez mientras se dirigía hacia la salida.

El aire fresco de la noche golpeó su rostro, haciéndola sentir más viva que nunca, pero también más vulnerable. No sabía a dónde iría a continuación, ni qué haría ahora que su conexión con Enzo había sido cortada de raíz. Lyra salió de la casona DeLuca con paso vacilante, todavía aturdida por la abrupta ruptura de Enzo. Sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas que amenazaban con caer en cualquier momento, pero se obligó a mantener la compostura mientras avanzaba por el camino oscuro hacia la salida.

Cuando finalmente llegó a la puerta principal, se detuvo por un momento, respirando profundamente para calmar su agitado corazón. Fue entonces cuando vio a Alessandro, de pie junto a su

automóvil, mirándola con una expresión de preocupación en el rostro.

—Lyra —llamó él, acercándose a paso lento—. ¿Estás bien?

Lyra asintió débilmente, sin saber qué decir. Se sentía demasiado vulnerable para hablar, pero agradeció el gesto de preocupación de Alessandro.

—¿Te llevo a casa? —ofreció él, abriendo la puerta del auto con gesto cortés.

Lyra titubeó por un momento, pero luego negó con la cabeza.

—No, gracias, Alessandro —respondió ella con voz temblorosa—. Creo que prefiero caminar un poco.

Alessandro asintió comprensivamente, aunque su mirada reflejaba una mezcla de preocupación y duda.

—Son órdenes del jefe —advirtió él con tono serio—. Es mi responsabilidad traerla y regresarla a salvo todas las noches.

—Ya no más. —Ella le dedicó una sonrisa agridulce mientras se alejaba.

Lyra asintió con un débil agradecimiento antes de darle la espalda y comenzar a caminar por el oscuro sendero. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero también sabía que necesitaba tiempo para procesar lo que acababa de suceder, y caminar bajo las estrellas era su mejor oportunidad para encontrar la claridad que tanto ansiaba.

Solo sabía una cosa: no sabía cuánto tiempo le tomaría encontrar la fuerza para seguir adelante.

Capítulo trece

A pesar de que el tiempo había pasado desde su última vez con Enzo, Lyra aún no podía sacarlo de su mente. Cada día seguía una rutina aparentemente normal: despertarse con el sonido del despertador, desayunar con café humeante y un tostado crujiente, y luego dirigirse a su trabajo en la tienda de ropa del centro de la ciudad. Pero, por dentro, algo le faltaba, y lo sabía bien.

Durante las horas que pasaba en la tienda, mientras ayudaba a los clientes a encontrar el atuendo perfecto, su mente divagaba hacia Enzo. Recordaba sus conversaciones en el estudio, las miradas intensas que intercambiaban, y el calor reconfortante de sus abrazos. A menudo se preguntaba si él también pensaba en ella, si los recuerdos de su tiempo juntos lo perseguían como lo hacían con ella.

Por las tardes, después de su turno en la tienda, Lyra se dirigía al conservatorio de música para sus clases de piano. Se sumergía en la música, dejando que las notas llenaran su mente y su corazón. Pero incluso allí, en su santuario de melodías y armonías, no podía escapar del recuerdo de Enzo.

Al llegar la noche, cuando regresaba a su pequeño apartamento, el silencio que la rodeaba parecía aún más ensordecedor. Sentada en su sofá, con una taza de té entre las manos, Lyra cerraba los ojos y dejaba que su mente la llevara de vuelta a los momentos felices que compartió con Enzo. La risa, el calor de su cuerpo junto al suyo, la sensación de pertenecer a algo más grande que ella misma. Y en esos momentos de recuerdo, el dolor de la separación se hacía más agudo, recordándole cuánto lo extrañaba.

A medida que las semanas pasaban, Lyra intentaba mantenerse

ocupada para distraerse de los pensamientos persistentes sobre Enzo. Se sumergía en su trabajo y en sus estudios de música con una determinación renovada, pero no importaba cuánto se esforzara, su corazón seguía anhelando la presencia del hombre que había dejado una marca indeleble en su vida.

En sus momentos de soledad, Lyra se encontraba reflexionando sobre el abrupto final de su relación con Enzo. ¿Por qué la había rechazado tan bruscamente después de haber compartido momentos tan íntimos juntos? ¿Qué había cambiado en su corazón desde entonces?

A pesar de las dudas y la confusión, una parte de Lyra se aferraba a la esperanza de que tal vez, algún día, las cosas podrían volver a ser como antes. Anhelaba el día en que volvería a ver a Enzo, con la esperanza de que pudieran resolver sus diferencias y encontrar una manera de estar juntos, a pesar de los desafíos que enfrentaban.

Mientras tanto, Lyra se aferraba a la música como su refugio, encontrando consuelo en las notas que emanaban del piano y en las emociones que expresaba a través de su arte. Sabía que, mientras tuviera la música en su vida, nunca estaría completamente sola, y eso le daba la fuerza para seguir adelante, día tras día.

En lo más profundo de su corazón, una parte de ella albergaba la esperanza de que el destino la reuniría una vez más con Enzo. Pero aquello era una fantasía peligrosa: Enzo era un hombre peligroso, y tal vez que él saliera de su vida era lo mejor que podía ocurrirle.Aunque Lyra lo reconocía, no podía evitar dejarse llevar por esa chispa de esperanza que ardía en su interior. Sabía que era una fantasía peligrosa, que aferrarse a la posibilidad de un reencuentro con Enzo solo alimentaba el dolor y la incertidumbre que sentía.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por apartar esos

pensamientos de su mente, encontraba pequeños momentos en su día a día que la llevaban de vuelta a él. Un perfume en el aire que le recordaba al suyo, una canción que evocaba recuerdos compartidos, o incluso un simple gesto que le recordaba la intimidad que habían compartido.

En esos momentos, el dolor de la separación se intensificaba, envolviéndola en una bruma de tristeza y nostalgia. Se preguntaba si Enzo también pensaba en ella, si sentía el mismo vacío en su corazón que ella experimentaba cada día.

Pero cada vez que se permitía dejarse llevar por esas fantasías, recordaba las palabras frías y despiadadas que Enzo le había dirigido la última vez que se vieron. La cruel realidad se interponía en sus sueños, recordándole que tal vez nunca volverían a estar juntos, que su amor por Enzo era una ilusión destinada a desvanecerse en el aire.

A pesar de todo, Lyra seguía adelante con valentía, tratando de encontrar la fuerza para superar su dolor y seguir adelante con su vida. Sabía que debía aprender a vivir sin Enzo, aunque su corazón se resistiera a dejarlo ir.

Los días pasaron para Lyra, quien se aferraba a su rutina diaria con determinación, tratando de mantenerse ocupada para distraerse de los pensamientos persistentes sobre Enzo. Se sumergía en su trabajo en la tienda de ropa durante el día y se refugiaba en la música en sus clases en el conservatorio por las noches. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por seguir adelante, el dolor de la separación seguía pesando en su corazón.

Una tarde, al salir de la tienda después de un largo día de trabajo, Lyra se sintió agotada pero aliviada de haber terminado su jornada laboral. Caminaba por las calles iluminadas por las luces de la ciudad, perdida en sus pensamientos, cuando de repente se dio cuenta de que alguien la estaba siguiendo. Se detuvo y miró nerviosa a su alrededor, pero las calles estaban desiertas y

silenciosas.

Aunque sentía palpitaciones por lo peligroso de la situación, una parte de ella se encendió con la ilusión de que fuera Enzo quien la estaba acechando.

Lyra se mordió el labio inferior, luchando contra la esperanza creciente en su pecho. Sabía que era una locura, que Enzo era el último hombre que debería estar buscándola en la oscuridad de la noche. Pero el deseo de verlo una vez más, de encontrar respuestas a sus preguntas sin resolver, era más fuerte que cualquier racionalidad.

Con el corazón latiendo con fuerza, decidió tomar un camino alternativo, buscando perder al desconocido que la seguía. Sin embargo, cada vez que giraba en una esquina, sentía la presencia persistente detrás de ella, como una sombra acechando en la oscuridad.

Finalmente, cuando se dio cuenta de que no había escapatoria, Lyra se detuvo en seco y se volvió para enfrentar a su perseguidor. El alivio y la decepción se mezclaron en su interior cuando vio que no era Enzo quien la seguía, sino un extraño con la mirada dura y el rostro cubierto por una sombra amenazadora.

El miedo la invadió cuando se dio cuenta de que estaba en peligro real. Intentó retroceder, pero el hombre se acercó más, bloqueando su escape con una sonrisa siniestra en los labios. Con el corazón en la garganta, Lyra supo en ese momento que estaba en problemas, y que nadie vendría en su ayuda.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando otra figura oscura emergió de la oscuridad, bloqueando su camino. Antes de que pudiera reaccionar, una mano fuerte la agarró por el brazo y la arrastró hacia un auto. Lyra luchó contra su captor con todas sus fuerzas, pero era inútil: estaba indefensa contra su fuerza abrumadora.

Lyra luchó con desesperación mientras era arrastrada hacia el auto, sus gritos ahogados por la mano que le tapaba la boca. Sus intentos de escapar fueron en vano, su captor era demasiado fuerte y estaba decidido a llevarla consigo.

El miedo se apoderó de ella cuando la realidad del secuestro se hundió en su mente. ¿Quién era este hombre y qué quería de ella? ¿Dónde la llevaría? Las preguntas giraban sin respuesta en su cabeza, mientras la adrenalina la mantenía alerta y en un estado de pánico.

Cuando finalmente fue arrojada al interior del automóvil, Lyra luchó por recuperar el aliento, su corazón latía con fuerza en su pecho. Miró desesperadamente a su alrededor, buscando alguna salida, pero estaba atrapada en la oscuridad del vehículo, rodeada por la amenaza de lo desconocido.

Mientras el auto arrancaba y se alejaba por las calles de la ciudad, Lyra se aferró a la esperanza de que alguien la encontraría, de que alguien vendría en su rescate antes de que fuera demasiado tarde. Pero en el fondo de su mente, sabía que estaba sola en su lucha por sobrevivir.

Con el corazón latiendo con fuerza y el miedo retumbando en su pecho, Lyra se dio cuenta con horror de que había sido secuestrada. A medida que la oscuridad la envolvía y el sonido de sus propios gritos se perdía en el silencio de la noche, se preguntaba qué le depararía el destino y si alguna vez volvería a ver la luz del día.

Capítulo catorce

Lyra luchaba contra las lágrimas mientras el auto se alejaba de la ciudad, llevándola hacia un destino incierto. Trató de recordar todo lo que había aprendido sobre cómo actuar en situaciones de peligro, pero el miedo amenazaba con abrumarla.

El sonido monótono del motor y el silencio tenso en el interior del automóvil eran ensordecedores. Se preguntaba qué le esperaba al final de este viaje, qué planes tenía su captor para ella. ¿Estaría Enzo detrás de todo esto, o era obra de alguien más?

Mientras la noche caía sobre la ciudad, Lyra se aferraba a la esperanza de que alguien notara su ausencia y lanzara una búsqueda desesperada para encontrarla. Pero en el fondo de su corazón, sabía que estaba sola en este oscuro y peligroso viaje. Después de todo, ¿quién se preocuparía por ella? ¿Rossi? De tan solo pensarlo la amargura la hizo reír. Desde hacía años que estaba sola en un país extranjero…y no había formado ningún vínculo humano significativo. Al notar su ausencia en la tienda de ropa probablemente sus superiores asumirán que ella había renunciado sin aviso. Lo mismo sus profesores al notar que faltaba a clases; lo interpretarían como que simplemente había abandonado. Tampoco tenía contacto muy estrecho con ninguna de sus compañeras de clase o trabajo.

El único vínculo realmente profundo que había entablado era con Enzo DeLuca, y eso le provocaba una horribles ganas de llorar.Pero no, no podía llorar. Ahora debía ser fuerte, y buscar una manera de sobrevivir.

La oscuridad de la noche envolvía el auto mientras continuaban su trayecto hacia lo desconocido. Lyra luchaba contra la amargura y el miedo que amenazaban con consumirla, tratando de encontrar un rayo de esperanza en medio de la incertidumbre que la rodeaba.

A medida que el paisaje pasaba velozmente por la ventana, los recuerdos de su vida pasada se agolpaban en su mente. Recordaba los días en que había llegado a este país extranjero, llena de esperanza y entusiasmo por un nuevo comienzo. Pero ahora, esos sueños parecían lejanos y difusos, perdidos en la vorágine de eventos que la habían llevado a este momento.

Enzo DeLuca seguía siendo su único punto de referencia en medio de la confusión. Aunque ahora estaba lejos de él, el recuerdo de su conexión complicada y peligrosa la atormentaba. Se preguntaba si él estaría preocupado por ella, si haría algo para encontrarla. Pero sabía que esperar ayuda de un hombre como Enzo era poco realista y potencialmente peligroso.

Con un suspiro, Lyra decidió que debía confiar en sí misma para encontrar una salida de esta situación. No importaba cuán oscura se volviera la noche, ella estaba determinada a luchar por su libertad y su vida.

A medida que el auto se adentraba en las calles cada vez más desiertas de la ciudad, Lyra intentaba mantener la calma y mantener la mente clara. Recordaba vagamente algunas técnicas de defensa personal que había aprendido en el pasado, pero ahora se sentía vulnerable y desarmada.

La tensión en el aire era palpable, y Lyra se preguntaba qué destino le esperaba al final de este viaje forzado. ¿Qué querían sus

captores de ella? ¿Y cómo podría escapar de esta situación sin poner en peligro su propia vida?

A medida que el auto se detenía en un lugar desconocido, Lyra sentía que su corazón latía con fuerza en su pecho. La puerta se abrió y un hombre corpulento se acercó, mirándola con ojos fríos y calculadores. Lyra tragó saliva, tratando de ocultar su miedo detrás de una máscara de valentía.

—Vas a venir conmigo —ordenó el hombre con voz ronca, agarrándola del brazo y haciéndola salir del auto.

Lyra se vio arrastrada hacia un edificio oscuro y amenazador, con la sensación de que estaba siendo llevada hacia lo desconocido. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, sabía que debía encontrar una manera de mantenerse fuerte y resistir, porque su vida dependía de ello.

A medida que avanzaban por los sombríos pasillos del edificio, Lyra se esforzaba por mantener la calma y centrarse en su entorno. Cada paso resonaba ominosamente bajo sus pies, recordándole la gravedad de su situación. No podía permitirse ceder al pánico; debía mantener la mente clara y buscar cualquier oportunidad para escapar.

Finalmente, llegaron a una puerta de hierro macizo, custodiada por dos hombres igualmente imponentes. Uno de ellos abrió la puerta con un crujido, revelando una habitación oscura y austera en su interior. Lyra fue empujada hacia adentro, sintiendo el corazón latir con fuerza en su pecho mientras trataba de mantener la compostura.

El hombre que la había secuestrado la soltó bruscamente y se retiró, dejándola sola en la habitación. Lyra se quedó de pie en medio de la habitación, mirando a su alrededor con cautela. La habitación estaba casi vacía, con solo una silla en el centro y una tenue luz iluminando el espacio.

Respirando profundamente para controlar los nervios, Lyra se sentó en la silla, manteniendo los sentidos alerta ante cualquier movimiento. Sabía que debía estar preparada para lo peor, pero también estaba decidida a luchar por su libertad y su vida.

Las horas transcurrieron, lentas y tortuosas. Y, para sorpresa de Lyra, nada ocurrió. Nadie entró a la habitación con ella, nadie la golpeó ni abusó de ella, era como si la hubieran abandonado en aquel depósito viejo. Su mente no dejaba de dar vueltas: ¿por qué ella? ¿por qué la habían secuestrado? Con una fría y horrible punzada de miedo, recordó la historia de la mujer de Enzo DeLuca. ¿Acaso había sido su corta relación con él la causa de su secuestro? ¿Querían, una vez más, llegar a él a través de un ser querido? No, eso eran más ilusiones de ella. Lyra nunca había sido un ser querido para Enzo, apenas una aventura…un juguete que tocara música para él. Quizás era él quien la había secuestrado ... .no, Lyra despejó esa idea en seguida. Aún rodeada por el miedo y la incertidumbre, sabía que Enzo no la lastimaría así. nunca. Tan solo lo sabía con todos su ser.

Su cuerpo dolía por el agotamiento. Le habían quitado su bolso así que no tenía el móvil para ver la hora, pero suponía que ya debía ser de madrugada. Echa un ovillo en el suelo, Lyra se quedó dormida.

Un fuerte golpe de la puerta la despertó, y alguien la jaló del brazo con fuerza para levantarla. Cuando abrió los párpados, vio que otros dos hombres escoltaban a quien la empujaba., estaban armados, y ella sintió un escalofrío.

Mientras la mano firme del secuestrador la arrastraba por un laberinto de pasillos oscuros, Lyra sentía que el tiempo se ralentizaba. Cada paso resonaba en su mente con el eco de la incertidumbre y el miedo que crecía con cada momento. Finalmente, la condujeron a una habitación austera y sombría, donde una mesa de madera gastada ocupaba el centro y varias

figuras oscuras se alzaban alrededor, sus rostros parcialmente ocultos por la penumbra.

Lyra contuvo el aliento cuando su mirada se encontró con la de Enzo De Luca, quien estaba de pie en un rincón de la habitación, rodeado por algunos miembros de su propia organización y los secuestradores. La sorpresa parpadeó en los ojos de Enzo al verla allí, un destello de reconocimiento y preocupación cruzando su semblante.

Antes de que Lyra pudiera decir una palabra, uno de los secuestradores habló con voz áspera, su tono cargado de recelo.
—Mira lo que hemos encontrado, DeLuca —dijo, empujando a Lyra hacia adelante.

Lyra se sintió como una pieza de ajedrez en un juego peligroso mientras los secuestradores intentaban usarla como ficha de negociación. Miró a Enzo, buscando desesperadamente algún indicio de lo que estaba pasando en su mente, pero su expresión era impenetrable.

El silencio se espesó en la habitación, cada segundo que pasaba aumentaba la tensión. Lyra sabía que estaba en medio de algo mucho más grande que ella misma, y rezaba en silencio para que Enzo pudiera resolver la situación antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué significa esto? —respondió Enzo con frialdad.

Los secuestradores intercambiaron miradas nerviosas, conscientes de que Enzo no había reaccionado como ellos esperaban. Uno de ellos, visiblemente incómodo, tomó la palabra.

—Lo sabes muy bien. Vas a firmar el acuerdo o tu amante se va al fondo del mar con un tiro en la frente.

Al oír esas palabras, Lyra sintió que sus rodillas comenzaron a

temblar. También sus manos. Tenía tanto miedo…no quería morir. No quería morir…

Enzo lo interrumpió con un gesto brusco de la mano, su rostro impasible pero sus ojos ardían con una intensidad peligrosa.

—Se nota que son unos amateurs. —Enzo soltó una risita cruel—. Escucharon la historia sobre mi esposa y creen que pueden manipularme de la misma manera para aceptar un acuerdo desfavorable para mi familia, pero son unos idiotas, realmente. Esta mujer no es mi esposa —continuó Enzo, su voz helada pero controlada.Se puso de pie y se acomodó el saco—. Hagan lo que quieran con ella.

Los secuestradores intercambiaron miradas nerviosas, pareciendo dudar de su propio plan ahora que se enfrentaban a la implacable determinación de Enzo. Lyra no podía creer las palabras que había oído salir de la boca de Enzo. Rezaba en silencio para que esta situación se resolviera, para poder regresar a casa sana y salva. Pero temía que el destino tuviera otros planes para ella.

El silencio fue perforado por la risa de uno de los secuestradores.

—Enzo DeLuca, todos dicen que eres un hombre de hielo. Pero yo puedo ver a través de tu farol. —Con un movimiento violento, jaló a Lyra del brazo. Ella soltó un chillido de terror, y pronto tenía el arma apuntando en la nuca—. Si no te importa, entonces la mataré aquí mismo.

A pesar de que nunca había sentido un terror tan profundo, Lyra permaneció quieta. Tenía el cañón frío contra su nuca y sus ojos estaban fijos en Enzo.

Él reaccionó como un torbellino de furia. Desenfundó el arma en la solapa de su saco con un movimiento más rápido que el ojo, y abrió fuego sin piedad.

—¡Abajo, Lyra! — Fue lo único que ella logró distinguir entre los estruendos de la balacera y los gritos de los hombres. En forma instintiva se cubrió la cabeza mientras las balas volaban a su alrededor.

Se tumbó en el piso y buscó la mesa para protegerse. Había charcos de sangre en el suelo y algunos hombres ya yacían muertos, de ambos bandos. Su corazón se sentía a punto de reventar por el miedo, y una capa de sudor frío empapaba todo su cuerpo bajo su ropa.

Cuando por fin las balas cesaron, Lyra todavía estaba temblando. Desde abajo de la mesa solo podía ver los pies de algunos hombres. Asumió que eran todos de la familia DeLuca, pero aún así temía levantarse.

Fue la mano de Enzo la que acudió a su rescate. Cuando alzó la vista, ella lo encontró ofreciéndole el brazo para levantarse, una expresión de miedo con preocupación tiñendo su mirada.

Esa mirada…esa mirada fue el velo de seguridad que necesitaba. Temblorosa,Lyra alzó su mano para coger la suya, y el simple contacto cálido de sus dedos la reconfortó. Estaba a salvo. Lo sabía. El toque de la mano de Enzo fue como un ancla en medio de la tormenta que había sido esa noche. Lyra se aferró a él con fuerza, dejando que su presencia la envolviera en un manto de seguridad y protección. Aunque su corazón aún latía con fuerza y su mente estaba llena de temor, el contacto reconfortante de Enzo le recordaba que no estaba sola en este mundo oscuro y peligroso.

Con un leve tirón, Enzo ayudó a Lyra a ponerse de pie, sosteniéndola con gentileza mientras ella se enderezaba. Su mirada se encontró con la de ella, y en ese instante, Lyra pudo ver la preocupación y la determinación reflejadas en esos profundos ojos oscuros. Era como si Enzo estuviera dispuesto a enfrentar el mundo entero por su seguridad, y eso la afectó profundamente.

—¿Estás bien, Lyra? —preguntó Enzo con voz suave, su tono lleno de una mezcla de alivio y preocupación.

Lyra asintió lentamente mientras se aferraba a la mano de Enzo con gratitud. Ella sintió un nudo en la garganta que le impidió pronunciar palabra, sabiendo que había algo más profundo entre ellos que solo un rescate casual. Había un lazo que los unía, una conexión que iba más allá de las palabras.
A su alrededor, los hombres de la familia DeLuca ya guardaban sus armas. Los cadáveres los rodeaban, y Lyra sintió que su estómago se revolvía. Aun así, no apartó la mirada de la sangre.

—Vamos —dijo Enzo, colocando con suavidad su mano en la cintura de ella—. Este no es lugar para tí.

La estaba conduciendo hacia la puerta, pero el instinto le decía a Lyra que no estaban del todo a salvo. Por algún motivo, no apartó los ojos de uno de los cadáveres de la familia rival. El hombre estaba boca arriba, con el brazo extendido, y a Lyra le pareció que aún movía los dedos.

Todavía está vivo, quiso decir, pero el hombre fue más rápido. Cogió el arma a centímetros de distancia y abrió fuego hacia Enzo. Al oír el disparo, él la empujó hacia adelante, arrojándola al piso. Los hombres de la familia DeLuca fueron lentos al reaccionar; uno de ellos recibió un disparo en el hombro. Lyra, que había aterrizado sobre su estómago, no dejaba de temblar. Aun presa del miedo, sus ojos encontraron un revólver en el suelo. Nunca había disparado un arma en su vida, aun así no titubeó en coger el revólver. Estaba caliente, y era más pesado de lo que imaginaba, sin embargo extendió su brazo, apuntó al hombre y gatilló.

Ante sus ojos, el disparo le dio en el pecho al que había sido uno de sus secuestradores. Su ropa pronto se tiñó de escarlata, y su cara se tornó pálida. Un lamento final y el hombre se desplomó en el piso.

Un silencio sepulcral llenó la habitación; solo reverberaba contra las paredes la respiración agitada de Lyram que apenas podía pestañear. No podía creerlo. Ella lo había hecho. Había asesinado a un hombre. Su mente le repetía una y otra vez que había sido defensa propia; el delincuente iba a matarla. Pero la verdad era que, en el momento de disparar, ella solo estaba pensando en Enzo. En que las balas no lo tocaran, en salvarlo.

Todavía temblando notó que el pánico se apoderaba de ella. Solo cuando Enzo le quitó el arma de las manos con suavidad, y ella contempló sus ojos, se sintió a salvo.

Él la abrazó fuerte, y ella se perdió en el abrazo. Rompió en llanto entre sus poderosos y reconfortantes brazos, y él le acariciaba el cabello mientras la sostenía.

—Tranquila —la arrullaba. La ayudó a ponerse de pie—. Vámonos de aquí.

Cuando Lyra quiso dar el primer paso, un dolor agudo en su muñeca la obligó a soltar un chillido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enzo, sus hombres ya se estaban marchando del lugar.

—No lo sé —se quejó ella de nuevo. El dolor era casi insoportable —. Me duele mucho.

El dolor irradiaba desde sus dedos hasta la muñeca, casi impidiéndole que la flexionara. Con una expresión preocupada, Enzo la examinó.

—¿Es la primera vez que disparas un arma?— preguntó. Lyra asintió—. Seguramente el rebote te ha lastimado la muñeca —dijo Enzo con calma, su voz resonando con autoridad—. Es importante que te la revisen lo antes posible. Vamos, te llevaré a un médico.

Lyra asintió débilmente, dejándose guiar por Enzo mientras salían de la habitación, dejando atrás el peligro y el caos que habían reinado allí minutos antes. Aunque el dolor seguía retumbando en su muñeca, Lyra se aferraba a la esperanza de que, con la ayuda de Enzo, encontraría la fuerza para superar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Capítulo quince

Lyra abrió los ojos y se encontró en el hospital. No recordaba cómo había llegado allí, pero poco a poco, conforme la neblina mental del sedante se iba dispersando, ella recordó.

Enzo la había llevado a toda velocidad al hospital más cercano. Uno muy caro también; Lyra recordó cuestionarse si ella podía pagar la atención en un lugar así. La atención fue rapidísima y de lujo; y hasta se notaba que los médicos conocían (y temían) a Enzo DeLuca. Le revisaron la muñeca y le hicieron unas radiografías para un mejor diagnóstico. También le tomaron una muestra de sangre, y la extracción hizo que Lyra se sintiera todavía más débil. Enzo no se alejó de su lado en ningún momento, incluso cuando le dieron una habitación para ella sola. Mientras esperaba los resultados de las radiografías, una de las enfermeras la notó todavía alterada. Ella se negó a contar nada sobre el tiroteo, y no hubo más preguntas. Por orden del médico le dieron un sedante suave que la ayudara a dormir y reponerse.

Y Enzo no abandonó su lado en ningún momento. Lo último que Lyra recordaba antes de deslizarse hacia la negrura de la inconsciencia era verlo adormilado en la silla junto a su cama en el hospital.

Ahora al despertar, la silla estaba vacía, y ella estaba sola en la habitación. Lo primero que recordó fue la sangre en el pecho de aquel hombre. Ella lo había asesinado, y aún en defensa propia,

era una carga terrible. Miró su mano derecha, vendada hasta la altura de la muñeca. Todavía dolía un poco, y Lyra se preguntó con temor si podría volver a tocar el piano. El miedo se multiplicó en su corazón, y deseó con todas sus fuerzas que Enzo estuviera a su lado para reconfortarlae. Su sola presencia era suficiente para que ella se sintiera mejor, segura, protegida. Pero ¿dónde estaba ahora? Otra punzada de dolor en su muñeca, tal vez ella merecía no volver a tocar el piano. Tal vez era el castigo por haberle quitado la vida a un hombre, pensó con amargura.

La puerta se abrió, arrancándola de sus preocupaciones, Durante una fracción de segundo su corazón dio un vuelco,esperando a Enzo, pero en su lugar entró un doctor. Ella se sentó en la cama, tratando de ocultar su nerviosismo mientras el médico se acercaba con una expresión seria en el rostro.

—Buenos días, señorita —dijo el doctor con voz calmada—. ¿Cómo se siente hoy?

—Bien, todavía me duele la muñeca.

El médico le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de revisar las vendas en la muñeca de Lyra.
—Según su exámen, no hay fracturas graves en su muñeca —anunció el doctor con una expresión de alivio—. Solo algunas contusiones y esguinces menores.
Con reposo y cuidado, debería recuperarse por completo en unas semanas.
Lyra exhaló un suspiro de alivio al escuchar las palabras del doctor. Aunque aún se sentía abrumada por la situación, saber que su lesión no era grave le dio un rayo de esperanza. Solo había algo que aún la torturaba.
—Gracias, doctor —respondió Lyra con sinceridad—. Eso es un gran alivio.Entonces,¿podré seguir tocando el piano?
La expresión del doctor cambió.
—Mientras no lo haga profesionalmente —respondió con una sonrisa incómoda.

Lyra sintió el pánico brotando en su pecho, su corazón acelerándose.
El doctor recuperó su expresión seria.
—Recuperar la movilidad total, que le permita movimientos finos sin nada de dolor, tardará bastante. Deberá hacer terapia de recuperación durante algunos meses.
—Ya veo —suspiró Lyra. Inmediatamente su cerebro comenzó a hacer matemáticas—. ¿Cuánto sale el tratamiento?
—No se preocupe, antes de irse el señor DeLuca dijo que se hacía cargo de todos los gastos, inclusive la rehabilitación.
Lyra se obligó a respirar profundamente, tratando de mantener la compostura a pesar de la tormenta de emociones que la invadía.

El médico le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de revisar las vendas en la muñeca de Lyra.

—Todo parece estar sanando bien —dijo—. Necesitará reposo y tiempo para recuperarse por completo, pero no es necesario que siga hospitalizada.

Mientras el doctor continuaba con su examen, Lyra se sumió en un mar de pensamientos turbulentos, anhelando la seguridad y el consuelo que solo la presencia de Enzo podía proporcionarle.

—Gracias, doctor —respondió con voz temblorosa—. ¿Dónde está Enzo? ¿Él no estaba aquí antes?

El doctor frunció el ceño ligeramente, notando la preocupación en los ojos de Lyra.

—El señor DeLuca se fue hace un rato —explicó el médico.
Lyra asintió, aunque una sensación de vacío se apoderó de ella al escuchar que Enzo se había ido. Había esperado despertar y encontrarlo a su lado, ofreciéndole consuelo y apoyo en su momento de necesidad.

—Entiendo —murmuró Lyra, luchando por mantener la compostura—. Gracias, doctor.

El médico asintió con una sonrisa tranquilizadora antes de despedirse y salir de la habitación. Lyra se recostó en la cama, dejando que las noticias positivas la reconfortaran y pesaran más que el dolor y la culpa. Con cada exhalación, Lyra intentaba liberar la tensión acumulada en su cuerpo, permitiendo que la tranquilidad del entorno hospitalario la envolviera. La cama bajo ella se sentía reconfortante, ofreciéndole un refugio temporal de las turbulencias emocionales que había experimentado en las últimas horas.

A pesar de la ansiedad persistente en su pecho, las palabras tranquilizadoras del médico resonaban en su mente como un eco reconfortante. La idea de que su muñeca sanaría con el tiempo y el reposo le brindaba un rayo de esperanza en medio de la incertidumbre que la rodeaba.

Lyra cerró los ojos y dejó que su mente se adentrara en un estado de calma relativa. Durante un momento, se permitió escapar de la realidad, sumergiéndose en un remanso de paz que la ayudaba a alejar los pensamientos oscuros que la habían atormentado desde que despertó en el hospital.

Sin embargo, incluso en ese momento de relativa calma, la sombra de la culpa seguía acechando en las profundidades de su conciencia. A pesar de los intentos de alejar esos pensamientos, no podía evitar sentirse abrumada por el peso de lo que había sucedido.

Lyra suspiró profundamente, reconociendo que el proceso de curación no se limitaba solo a su muñeca física, sino también a las heridas emocionales que la afligían. Sabía que el camino hacia la recuperación sería arduo, pero estaba decidida a enfrentarlo con valentía y determinación, como lo había hecho durante toda su vida. Ya no se sentía la misma muchacha vulnerable, presa fácil de

mentiras y manipuladores como Mario Rossi. Sabía que ella tenía la fortaleza para salir adelante.
Tan solo deseaba que Enzo estuviera a su lado para acompañarla.

Capítulo dieciséis

El sol comenzaba a asomarse tímidamente por el horizonte cuando el despertador de Lyra sonó, marcando el inicio de otro día. Lo primero que notó aquella mañana era que había dormido en una posición extraña, y aún así su muñeca no dolía. Después de un largo y difícil proceso de rehabilitación, su muñeca estaba mejorando gradualmente, pero aún requería cuidado y atención constantes.

Con un suspiro de determinación, Lyra se levantó de la cama y se preparó para su trabajo en la tienda de ropa. Después de un rápido desayuno, salió de su pequeño apartamento en Roma y se dirigió hacia la tienda, lista para comenzar su jornada laboral.

Durante horas, Lyra se dedicó a atender a los clientes con

amabilidad y profesionalismo, ayudándolos a encontrar las prendas perfectas que se ajustaran a sus gustos y necesidades. A pesar de las largas horas de pie detrás del mostrador, se mantenía enérgica y comprometida.

Pero aún con el ajetreo diario, de tanto en tanto brotaba en su memoria el momento en que todo se desató: el enfrentamiento, el sonido ensordecedor de los disparos y la sensación de pánico que la invadió mientras luchaba por su vida. A pesar de haber actuado en defensa propia, la idea de haberle quitado la vida a otro ser humano la atormentaba. Por lo menos ya no tenía pesadillas, gracias a las sesiones de psicoterapia, pero una parte de ella sabía que nunca podría superar aquel evento del todo.

Al finalizar su turno en la tienda, Lyra se apresuró hacia el conservatorio de música, donde tenía una clase de piano programada. Aunque su muñeca aún estaba en proceso de recuperación, podía asistir a clases teóricas. Y conforme mejoraba su muñeca, con paciencia y determinación, logró poco a poco volver a practicar escalas y acordes. Mejorando un poco cada día, y sacrificando muchas noches de sueño practicando el piano, ahora podía interpretar piezas de repertorio sin que el dolor la hiciera llorar.

Y lo mejor de todo, es que comenzaba a sonar de nuevo como la vieja Lyra. Poco a poco recuperaba esa motricidad aguda que le permitía tocar piezas complejas, piezas dignas de ser interpretadas en un auditorio.

Solo había una pieza que ella no se animaba a interpretar. Por supuesto, era el concierto para piano N°1 de Mendelssohn. El primer día que ella notó que sus manos estaban mejor se aventuró a tocar la que siempre había sido su pieza favorita, su luz en la oscuridad. Pero tan solo tocar las primeras notas le llenaba la hacía romper en llanto. Sin embargo, no era un dolor físico; era un profundo pesar por lo que jamás recuperaría.

Después de ese único intento, Lyra decidió practicar con otras piezas.Aunque esas extensas madrugadas despierta tocando el piano le devolvieron la vida, también le recordaban que Enzo ya no estaba junto a ella. No lo había vuelto a ver desde el accidente.

Después de la última clase del día, Lyra se dirigió hacia la clínica de rehabilitación. Allí, se sometía a sesiones de terapia física diseñadas para fortalecer su muñeca y mejorar su rango de movimiento. Aunque el proceso era a menudo doloroso y desafiante, Lyra se aferraba a la esperanza de una recuperación completa, recordándose a sí misma que cada ejercicio y cada repetición la acercaban un paso más hacia su sueño.

Al finalizar su sesión de rehabilitación, Lyra regresó a casa exhausta pero satisfecha, sabiendo que había dado lo mejor de sí misma en cada aspecto de su día. A pesar de los desafíos y obstáculos que enfrentaba, seguía adelante con determinación y valentía, recordándose a sí misma que cada paso en su viaje de recuperación la acercaba un poco más a la plenitud y la realización. Nadie iba a detenerla en su sueño de ser una concertista de piano. Y con esa certeza en su corazón, se preparó para descansar y recargar energías para enfrentar otro día lleno de desafíos y oportunidades.

Hasta que se encontraba de nuevo con ese enemigo tan familiar; la noche. Bastaba apagar las luces y encontrarse rodeada por la oscuridad para que la cabeza de Lyra comenzara a dar vueltas por lugares dolorosos.

Enzo. El rostro esculpido de Enzo brotaba en su mente. Tan frío, y tan apasionado a la vez. sus caricias, su voz de terciopelo…sus manos recorriendo su cuerpo. Su dureza hundida en lo más profundo de ella, haciéndola gritar de placer.

¿Por qué Enzo había aparecido en su vida de esa manera, desatando un torbellino de emociones que no podía controlar? ¿Por qué había permitido que él se convirtiera en el centro de su universo, solo para ser rechazada una vez más?

Lyra se retorcía en la cama, atrapada en un laberinto de preguntas sin respuesta. Sabía que debía dejar de pensar en él, dejar de

permitir que su presencia dominara sus pensamientos y emociones. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Enzo había dejado una marca imborrable en su corazón, una marca que parecía destinada a perseguirla incluso en los momentos más oscuros de la noche.
Con un suspiro resignado, Lyra cerró los ojos y se obligó a enfocarse en su respiración, en el ritmo constante y calmante que la conectaba con el presente. Con cada inhalación y exhalación, trató de alejar los pensamientos intrusivos de Enzo y concentrarse en el aquí y ahora. Era imposible: recordaba sus ojos intensos, la forma en que la miraba con una mezcla de deseo y protección. Pero también recordaba su frialdad cuando la dejó sola en el hospital, su ausencia en los días que siguieron y el vacío que dejó en su corazón.
Lyra luchaba por reconciliar sus sentimientos contradictorios hacia Enzo. Por un lado, lo culpaba por arrastrarla a un mundo peligroso y caótico, pero por otro lado, no podía negar la atracción que sentía hacia él, ni la sensación de seguridad que le brindaba su presencia.

Mientras la oscuridad envolvía su habitación, Lyra se aferraba a la esperanza de encontrar la paz interior que tanto anhelaba.
Con determinación, Lyra cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente, buscando calmar su mente inquieta y encontrar la serenidad que tanto necesitaba para conciliar el sueño. Sabía que Enzo ya no formaba parte de su vida, y tal vez eso era para mejor.
Debía concentrarse en sí misma y olvidar a Enzo DeLuca, por más doloroso que eso fuera.

Capítulo diecisiete

El auditorio del conservatorio brillaba con una luz tenue mientras la multitud expectante ocupaba cada asiento disponible. El

murmullo de la audiencia llenaba el aire, impregnado de anticipación y emoción por el espectáculo que estaban a punto de presenciar.

En el escenario, Lyra se preparaba para su actuación, su corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras se masajeaba las manos con los movimientos que le habían enseñado en rehabilitación. Había tomado un analgésico antes por las dudas, aunque el dolor había desaparecido definitivamente. Habían pasado varios meses desde el incidente, pero gracias a la dedicación y el arduo trabajo, finalmente había recuperado su fuerza y destreza musical.

El dolor en su muñeca ya no era más que un fantasma. El dolor en su corazón, por otra parte…

Vestida con un elegante traje negro que hacía juego con el brillo del majestuoso instrumento en el centro del escenario, Lyra se sentía lista para enfrentar el desafío que tenía por delante. Cerró los ojos por un momento, dejando que la música fluyera a través de ella, recordando el camino que había recorrido para llegar hasta aquí.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se encontró con la mirada expectante de la audiencia. Un escalofrío de emoción recorrió su espalda mientras se preparaba para llevar a su audiencia en un viaje musical.

Con un gesto delicado de sus dedos, la música comenzó a llenar el auditorio, envolviendo a la audiencia en un torbellino de sonido y emoción. Lyra dejó que el piano hablara por ella, como había hecho durante toda su vida,cada nota resonando con pasión y habilidad, llevando a la audiencia a un lugar más allá de las palabras.

Cuando finalmente la última nota se desvaneció en el aire, la audiencia estalló en aplausos y ovaciones, reconociendo la magnificencia de la actuación de Lyra. Con una sonrisa radiante en

su rostro, Lyra se inclinó ante el público, agradecida por el apoyo y el amor que le habían brindado.

No podía creer lo afortunada que era; su sueño se estaba materializando frente a sus ojos.

Y aún así, no era suficiente. Aún así algo faltaba.

Respiró hondo y alejó una vez más los pensamientos intrusivos. Se dijo así misma que estaba completa, realizada y en paz consigo misma. Que había superado los desafíos que se interpusieron en su camino y había emergido más fuerte y más resiliente que nunca. Y mientras la luz del escenario la envolvía, Lyra se dijo que este era solo el comienzo de un viaje musical que la llevaría a lugares aún más increíbles.

Pero incluso a ella misma le costaba creer sus propias palabras. De pronto, su instinto la obligó a alzar la vista hacia el palco superior del auditorio. El palco que siempre compraba su "admirador secreto".

Había alguien allí; no estaba vacío.

Con los aplausos aún resonando en sus oídos, Lyra sintió que el tiempo se detenía y su corazón se desbocaba. ¿Acaso era Enzo? No podía distinguir bien el rostro, apenas podía ver una figura envuelta en la negrura.

No, no podía ser que fuera Enzo. Seguramente era una persona que compró esa publicación por casualidad. La sala estaba llena, después de todo.

Lyra parpadeó varias veces, tratando de enfocar la figura en el palco superior mientras los murmullos de la audiencia se desvanecían en el fondo. Una parte de ella anhelaba que fuera Enzo, una parte capaz de devorarla por completo.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, Lyra se obligó a apartar la mirada del palco y regresó al presente. Tenía un concierto que terminar, una audiencia expectante que esperaba su siguiente interpretación.

Con determinación, Lyra se preparó para continuar con su actuación. Sin embargo, una sensación persistente de inquietud la acompañaba mientras regresaba a sentarse en el taburete del piano, su mente vagando una y otra vez hacia el misterioso espectador en el palco.

¿Podría ser Enzo? ¿Y por qué ahora, después de casi un año de indiferencia?

Despejó todo pensamiento de su mente, y de pronto pudo ver todo con claridad. El programa indicaba cerrar el concierto con Mozart, pero cuando ella acarició las teclas fue Mendelssohn quien reverberó en la sala, con su concierto para piano N°1.

Interpretar esa pieza después de tanto tiempo era como morir y renacer. Lyra no podía negar el dolor que le provocaba esa música, y aun así estaba extasiada de tocarla una vez más. Esa pieza era Enzo…era la pasión que los unía era ese lenguaje secreto que ella nunca había compartido con ningún hombre, era una lujuria arrolladora que ahora mismo despertaba deliciosos cosquilleos en todo su cuerpo.

A medida que la actuación llegaba a su clímax, Lyra se dejó llevar por la música, entregándose por completo al momento. La melodía fluía a través de ella, transportándola a un estado de gracia y belleza pura. Toda su piel erizada ahora, como cuando Enzo la tenía entre sus brazos, su corazón palpitando como cuando él la penetraba, toda su carne encendida en un gozo indescriptible.

Cuando finalmente llegó el momento de la ovación final, Lyra estaba jadeante. Le tomó unos largos momentos recuperar el aliento y regresar al presente. Se notó húmeda entre las piernas,

con su clítoris palpitando, y se avergonzó un poco. Se levantó y se inclinó ante la audiencia, sintiendo la felicidad palpitar en hasta el último rincón de su cuerpo. Era una felicidad agridulce, mezclada con dolor. Las piernas le temblaban y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Una vez más, su mirada se desvió hacia el palco superior, pero esta vez solo encontró oscuridad.

¿Había imaginado todo? ¿O había sido la presencia real de alguien en el palco? Lyra no podía estar segura, pero una cosa era segura: algo en su corazón había cambiado, y el misterio de esa noche la perseguiría mucho después de que las luces del auditorio se apagaran.

Sin embargo, ya en su camerino un ramo anónimo de rosas rojas la esperaba.

Al contemplar la belleza escarlata de los pétalos, el perfume que la envolvía, las palpitaciones regresaron.

—Parece que tu admirador secreto ha regresado —comentó entre risas una de sus compañeras.

Pero para Lyra, esa fue la gota que rebalsó el vaso. Con una ebullición ardiendo en su pecho, ella cogió su bolso y se precipitó hacia la salida. Ya en la calle, el aire frío de la noche le golpeó el rostro; ella aún llevaba puesto su vestido de gala y sus tacones cuando llamó a un taxi. Cuando le indicó al chofer la dirección de la casona DeLuca, el hombre le dedicó una mirada extraña.

—¿Es la casa con los viñedos? —El taxista sacudió la cabeza—. No puedo conducir hasta allí. La dejo en la entrada de los viñedos.

—De acuerdo —Lyra suspiró frustrada—. Apresúrese.

Lyra se sentó en el taxi, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras el vehículo se abría paso por las oscuras calles de la ciudad. Las luces de los edificios pasaban velozmente, creando

destellos de color que se reflejaban en los cristales del auto. Su mente estaba llena de preguntas y emociones encontradas mientras se acercaba cada vez más a su destino. Solo sabía que necesitaba ver de nuevo a Enzo.

En el trayecto, su mente divagaba entre recuerdos de su última vez en la casona DeLuca y la anticipación de lo que podría encontrarse esta vez. La figura de Enzo DeLuca se dibujaba vívidamente en su mente, su presencia imponente y misteriosa despertando un torbellino de emociones dentro de ella. A pesar de todo lo que había sucedido, una parte de Lyra ansiaba verlo de nuevo, para desentrañar los misterios que envolvían su relación y buscar respuestas a las preguntas que la atormentaban.

Finalmente, el taxi se detuvo en la entrada de los viñedos, y Lyra salió apresuradamente, agradeciendo al conductor con un gesto rápido. Miró hacia arriba, hacia la imponente casa DeLuca que se alzaba en la distancia, apenas visible entre las sombras de la noche.

Con determinación en su mirada, Lyra comenzó a caminar por el sendero que conducía a la casona. Cada paso resonaba en la noche silenciosa, y el aire frío le mordía la piel expuesta. Sin embargo, nada podía detenerla en su misión de reencontrarse con Enzo. Lo necesitaba con cada fibra de su ser, aunque sea para maldecirlo.

A medida que se acercaba a la casa, los viñedos parecían cobrar vida a su alrededor, sus hojas susurraban secretos antiguos que se perdían en el viento. Lyra se estremeció, sintiendo una sensación de intriga y temor que se apoderaba de ella. Pero también sentía una chispa de emoción y anticipación, sabiendo que estaba a punto de enfrentarse a algo que cambiaría su vida para siempre.

Finalmente, llegó a la puerta principal de la casona DeLuca y se detuvo por un momento, respirando profundamente para tranquilizar su corazón acelerado. Con un movimiento decidido, levantó la mano y golpeó tres veces, el sonido resonando en la

noche como un eco de su determinación.

Fue Alessandro quien abrió la puerta, una expresión de sorpresa en su rostro al reconocerla. Una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios mientras lo saludaba con un gesto amistoso.

—Hola, Alessandro —dijo, tratando de ocultar los nervios que la invadían—. ¿Está Enzo aquí?

Alessandro la observó por un momento, como si estuviera evaluando si debía dejarla entrar o no. Finalmente, asintió con la cabeza y le abrió paso hacia el interior de la casona.

—Sí, está en su estudio —respondió—. Sígueme.

Lyra siguió a Alessandro por los pasillos oscuros y elegantes de la casona, sintiendo el peso de la historia que se escondía en cada rincón. El aroma a madera antigua y a notas de piano flotaba en el aire, envolviéndola en una sensación de nostalgia y emoción.

Llegaron a la puerta del estudio de Enzo. Alessandro tocó suavemente y luego abrió la puerta, revelando el interior iluminado por la suave luz de las lámparas de pie. Enzo estaba de pie junto al piano, con una expresión seria en su rostro al verla entrar.

Lyra se detuvo en el umbral, sintiendo una oleada de emociones contradictorias. Por un lado, estaba emocionada de volver a ver a Enzo después de tanto tiempo, pero por otro, se sentía ansiosa por enfrentarse a él y descubrir qué era lo que realmente había entre ellos.

—Lyra —dijo Enzo, su voz profunda y resonante llenando la habitación—¿Qué haces aquí? —Enzo desvió su atención hacia Alessandro—. ¿Por qué la has dejado pasar?

—Lo siento, jefe. Imaginé que usted desearía verla, ¿me he

equivocado?

El jefe DeLuca lanzó un suspiro de desaprobación.

—Vete, me ocuparé de ti más tarde —despidió a Alessandro.

Cuando se quedaron solos en el estudio, Lyra le devolvió la mirada, sintiendo el peso de su presencia sobre ella. Sabía que esta era su oportunidad de enfrentar los fantasmas del pasado y encontrar la verdad que tanto ansiaba. Con determinación en su mirada, dio un paso adelante hacia el hombre que había cautivado su corazón y su mente desde el primer momento en que lo había conocido. Un escalofrío la recorrió al encontrarse de nuevo a solas con Enzo en aquel estudio, donde habían dado rienda suelta a sus deseos por primera vez. Con las palpitaciones resonando en todo su cuerpo, ella tragó saliva y volvió a engarzar miradas con Enzo, quen lucía su actitud fría y distante.

—¿Por qué has venido? —dijo él, rompiendo el silencio.

—Podría preguntar lo mismo —respondió Lyra paseándose alrededor del piano blanco y acariciando la sedosa madera con sus yemas—. ¿Por qué fuiste a verme al auditorio?

Enzo no dijo nada durante unos momentos.

—¿Vas a negarlo? —insistió Lyra—. ¿No fuiste tú quien me envió las flores? ¡Te vi en el maldito palco Enzo!

—Es cierto, fui al concierto —respondió él, apacible—. Quería oírte tocar, quería ver si tu muñeca había sanado del todo.

Esa respuesta no la satisfacía del todo.

—Sin embargo no te importó acompañarme durante mi rehabilitación.

Enzo soltó un suspiro, y ella supo que estaba penetrando más allá de su fachada fría.

—¿Qué quieres que te diga, Lyra? Revocar el contrato ha sido lo mejor para ambos. Además, no me necesitaste para recuperarte por completo.

—Es cierto,no te necesité para sanar, ni para reanudar mi carrera. —Lo miró a los ojos—. Pero si deseabas alejarte de mí, ¿por qué me enviaste las flores?

—¿Por qué interpretaste el concierto N°1 hoy? —dijo él, dando un paso a frente y adquiriendo un tono de voz comandante—. No estaba en el programa.

El aliento cálido de él casi acariciaba su rostro.. Lyra no se dejó amedrentar: sacó el pecho y echó los hombros hacia atrás, enfrentando a Enzo. El aroma amaderado y masuclino de su piel la envolvía.

—¡Maldita sea, Enzo, responde una puta pregunta por una vez! —dijo ella entre dientes apretados. Su corazón latía con fuerza—. ¿Por qué me enviaste esas flores? Primero te alejas de mí, luego desapareces, y casi un año después apareces en mi concierto y me envías flores. ¡Estaba perfecta sin ti! ¡Pero esas malditas flores reviven algo que no deseo revivir!

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —insistió él—. ¿Si no deseas nada de mi, porque tocaste a Mendelssohn hoy?

—Necesito respuestas….si realmente no hay nada entre nosotros, entonces no asistas a mis conciertos, ni me envíes flores.

—¿Qué respuesta quieres? —dijo Enzo con un susurro ronco—. ¿Que me he enamorado de ti?

Al oír esas palabras, Lyra sintió que su corazón iba a explotar.

Pero Enzo se alejó unos pasos de ella.

—Eso no puede ocurrir —Él sacudió la cabeza, apesadumbrado—. Una mujer inocente ya ha muerto por mi culpa. ¿Piensas que quiero que lo mismo te ocurra a ti? Ya has tenido una muestra del mundo en el que vivo…¡por mi culpa casi pierdes la capacidad de tocar el piano para siempre! No, Lyra. Soy peligroso. Puedo hacerme cargo de mis acciones, pero no puedo poner en peligro la vida de la mujer que amo. No por segunda vez.

La mujer que amo. Esa frase retumbó en la mente de Lyra como un tambor de guerra, toda su piel erizándose por los escalofríos y su corazón a punto de reventar. Enzo volvió a acortar la distancia entre ellos, una mirada desesperadamente dolorosa en sus ojos de hielo.

—Si el precio a pagar es dejarte ir, entonces lo pagaré. Quiero que seas feliz, que cumplas tus sueños, y solo podrás lograrlo sin mí. Lo de esta noche…esta noche fue un momento de debilidad. Cuando supe que ibas a dar un concierto, no pude con la tentación, necesitaba verte, aunque sabía que no debía. Pero necesitaba verte, oírte. Y que hayas interpretado a Mendelssohn fue un regalo para mi alma, uno que no merecía. Gracias, Lyra. Pero lo mejor para ti es olvidar que existo, ya bastante te he dañado.

Lyra sintió que unas lágrimas asomaban por sus ojos, aún así alzó sus brazos para abrazar a los anchos hombros de Enzo.

—Idiota…¿realmente crees que haré eso?

Enzo alzó sus cejas, sorprendido.

—¿Sabes? Pocas mujeres se atreven a hablarme así.

—Imagino que también pocas mujeres están dispuestas a asesinar por ti. Porque cuando disparé esa rama, lo único que pasaba por mi mente era protegerte. Que las balas no te alcancen. Así que ahora

mismo, Enzo DeLuca, no tienes ningún derecho a decirme que me aleje.Sé muy bien dónde me estoy metiendo, y no necesito que me protejas. Puedo hacerlo sola.Pero sí te necesito a mi lado.

Lyra no pudo terminar la frase: los labios ansiosos y dominantes de Enzo la poseyeron por completo. Besarlo una vez más, perderse entre sus labios y saborear su lengua se sentía irreal; casi como un sueño. Las sensaciones eran tan poderosas que pronto Lyra se encontró perdida entre los brazos y labios de Enzo. Podía sentir sus brazos sosteniéndola con fuerza, como si no quisiera dejarla ir, y sus besos eran salvajes y ardientes. Lyra se encontró separando la boca de la suya para respirar tan solo por un instante, porque necesitaba a Enzo DeLuca con una urgencia con la cual nunca había necesitado a ningún hombre.

Mientras los latidos entre sus piernas aumentaban más y más, al punto de enloquecerla, Lyra sintió las manos de Enzo sujetarla de la cintura y alzarla. Ya sentada sobre el piano, ella sujetó los hombros de Enzo y lo besó con voracidad, mientras las manos de él se deslizaban bajo su vestido y luchaban por quitarle la ropa interior.Lyra se descubrió ya empapada entre sus piernas, Enzo la empujó con suavidad sobre sus espaldas y ella instintivamente alzó las piernas. los labios de Enzo depositaban exquisitos besos en la cara interna de sus muslos, haciéndola gritar, y cuando encontraron su clítoris palpitante, Lyra arqueó su espalda con placer. Enzo la devoró viva mientras ella se retorcía sobre el piano:sus labios y su lengua le torturaban el clítoris, besándolo, succionándolo,dándole latigazos con la lengua. El orgasmo estaba cada vez más cerca, y Lyra sentía que apenas podía respirar.

Cuando estaba a punto de acabar, Enzo alejó la boca de su entrepierna, obligándola a soltar un gemido de frustración. Con fuerza, él la asió de la cintura, volvió a alzarla del piano y la tumbó al piso junto del estudio. Presa de una lujuria enloquecedora, Lyra lo ayudó a quitarse los pantalones y se apresuró a sentarse a horcajadas de él. Lo necesitaba, necesitaba sentirlo en su interior. Masajeó un poco su miembro firme y

enrojecido, mientras él la besaba y le acariciaba el cabello. Cuando ya no podía tolerarlo más, cuando los latidos en sus músculos internos la estaban enloqueciendo, Lyra condujo su erección hacia su interior. Se enterró a sí misma en la polla enorme de Enzo, sintiendo como el placer la hacía gritar con cada centímetro. él le sujetó la cintura y la ayudó a descender hasta que toda su longitud estaba dentro de ella, ajustada, palpitando. Lyra comenzó a moverse, como nunca se había movido antes, desesperada por sentir a Enzo dentro de ella, por amplificar ese placer tan intenso con cada movimiento. Las manos de Enzo jugaban con sus pechos, hasta que se sentó para poder alcanzarlo con la boca. Los dientes torturándole un pezón, combinado con lo delicioso de su miembro dentro de ella, hicieron que Lyra pronto se encontrara al límite. Cuando estaba a punto de acabar, Enzo la volteó sobre sus espaldas con una fuerza animal, se acomodó entre sus muslos mientras la besaba y la penetró con unas embestidas brutales. Pronto Lyra estaba aullando con su orgasmo, las uñas clavadas en la espalda de Enzo mientras él seguía follándola duro y profundo, como un animal salvaje. Lyra todavía estaba gritando cuando su semen caliente la llenó,desbordándola.

Largos minutos después, los dos permanecían abrazados en el suelo dle estudio, sus brazos y piernas enredados y cubiertos de sudor mientras compartían lánguidos besos y caricias.

—¿Qué te parece si vamos arriba? —sugirió Enzo con una sonrisa seductora.

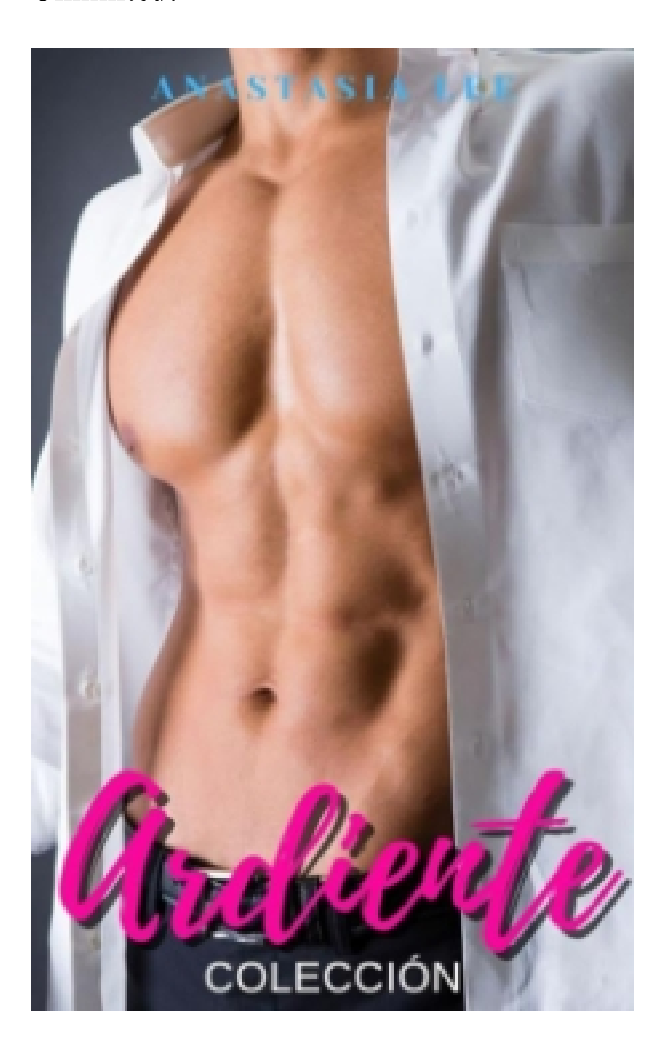
—¿Al dormitorio de huéspedes? —Lyra se mordió el labio, recordando la primera vez que despertó en ese cuarto.

—No —respondió él, muy serio—. Mi futura esposa, la mujer que amo, comparte su dormitorio conmigo.

Lyra soltó un suspiro de sorpresa, y un beso apasionado fue la única respuesta que Enzo necesitó.

FIN.

Otros libros de Anastasia Lee disponibles en Kindle Unlimited:

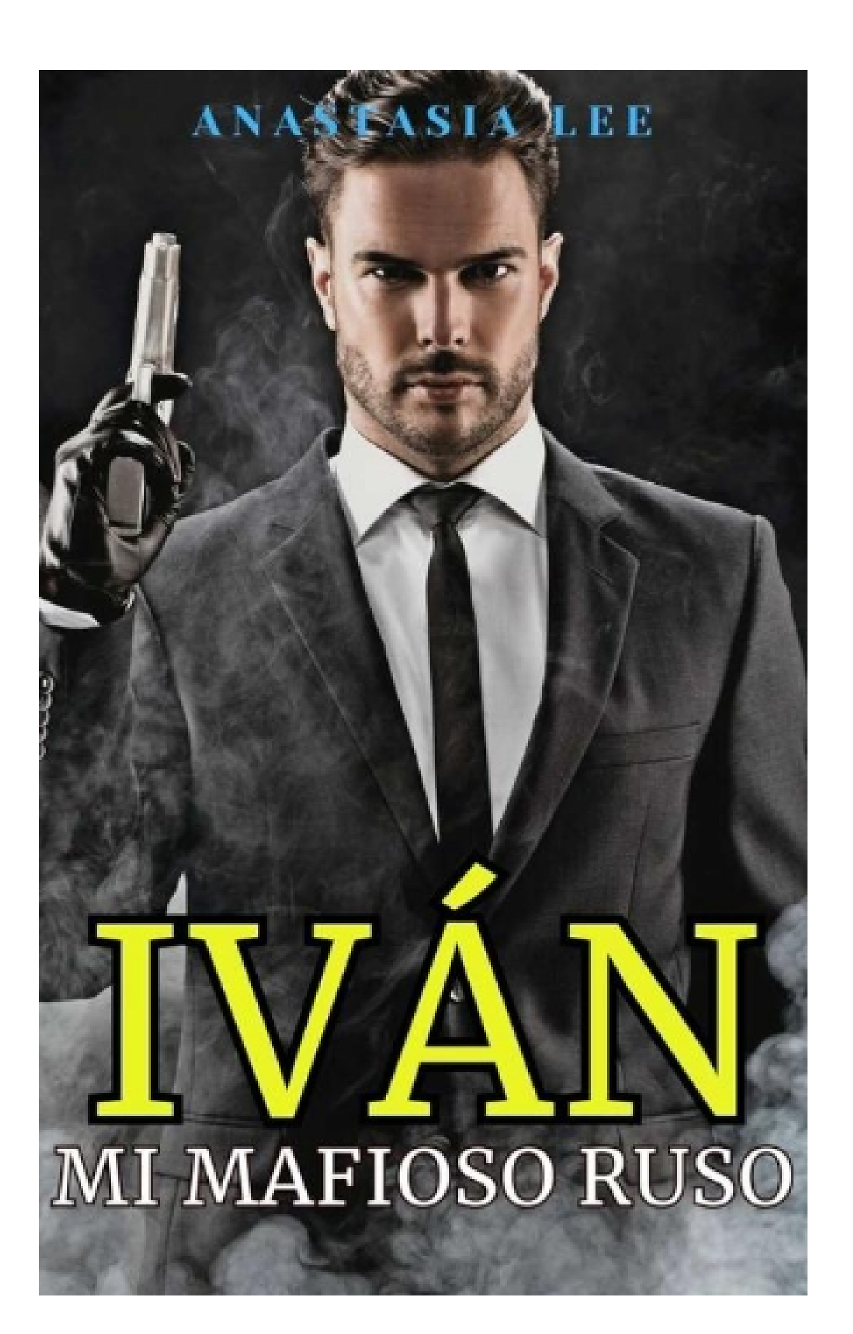


Ardiente: Una jugosa antologìa repleta de jefes millonarios, highlanders romànticos, una buena cuota de matrimonios por contrato y enemies to lovers, y hasta un par de historias de deliciosa dominación.

Contiene:

*Aslada con el millonario
*La canciòn del cowboy
*Dominada por el policia
*Mi bombero dominante
*Mi dominante escocès
*La musa del millonario
*La amante del jefe escocès
*Matrimonio por contrato con el CEO
*Matrimonio por contrato con el multimillonario
*Matrimonio por contrato con el Highlander

Consigue la colección Ardiente aquí


ANASTASIA LEE
IVÁN
MI MAFIOSO RUSO

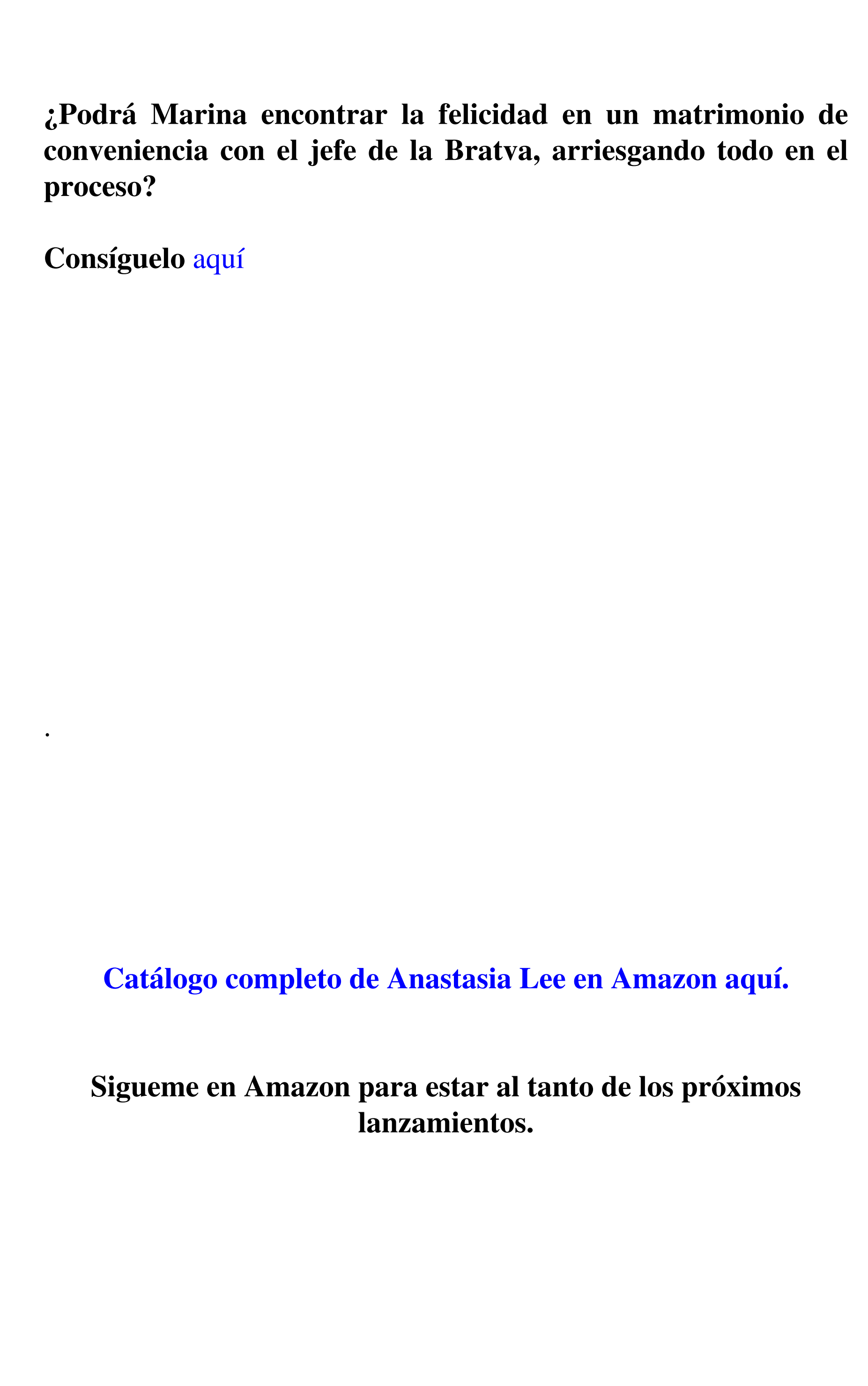
Iván: Mi mafioso ruso

Sinopsis:

Marina, una talentosa curadora de arte apasionada por el arte bizantino, se muda a Moscu para iniciar un nuevo capitulo de su vida. Un capítulo que tal vez involucre darle una segunda oportunidad a su ex marido Michael para escapar de una soledad cada día más insoportable.

Hasta que su rutinaria vida sufre un quiebre cuando es secuestrada por Ivan Morozov, el poderoso jefe de la Bratva. A pesar de las circunstancias adversas, Marina siente una conexión instantánea con Ivan, compartiendo una profunda apreciación por el arte y la cultura rusa. Es obvio que Ivan la desea, pero ¿es posible que este monstruo tenga un lado humano? ¿Un lado capaz de sentir amor verdadero?

Cuando Ivan le propone un matrimonio por contrato como una forma de protección mutua, Marina se encuentra enfrentando una difícil decisión entre seguir su corazón o protegerse a sí misma. A medida que su relación se desarrolla, Marina se sumerge en un torbellino de emociones mientras lucha por reconciliar su irrefrenable atracción por Ivan con las consecuencias de su situación.



¿Podrá Marina encontrar la felicidad en un matrimonio de conveniencia con el jefe de la Bratva, arriesgando todo en el proceso?

Consíguelo aquí

.

Catálogo completo de Anastasia Lee en Amazon aquí.

Sigueme en Amazon para estar al tanto de los próximos lanzamientos.